MARIÁTEGUI: POLÍTICA REVOLUCIONARIA
CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA SOCIALISTA

TOMO I

LA ESCENA CONTEMPORÁNEA
Y OTROS ESCRITOS

Fundación Editorial
el perro y la rana

Biblioteca
José Carlos Mariátegui

MARIÁTEGUI: POLÍTICA REVOLUCIONARIA

CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA SOCIALISTA

LA ESCENA CONTEMPORÁNEA

Y OTROS ESCRITOS

TOMO I

Fundación Editorial
el perro y la rana

© José Carlos Mariátegui
© 1.ª Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2017 (digital)
© 1.ª Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2010

Centro Simón Bolívar
Torre Norte, El Silencio
piso 21, Caracas - Venezuela.
Teléfonos: 0212-7688300 / 0212-7688399

Correos electrónicos:
elperroylaranacomunicaciones@yahoo.es
atencionalescritor@yahoo.es
Páginas web:
www.elperroylarana.gob.ve
www.ministeriodelacultura.gob.ve

Redes sociales:
Facebook: Editorial perro rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de portada y diagramación:
Yeibert Vivas

Edición al cuidado de:
Ángel Cristóbal García
Orión Hernández
Yeibert Vivas

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017001426
ISBN 978-980-14-3790-1

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la **Cultura**

1817 - 2017 ZAMORA UNIÓN CÍVICO MILITAR

MARIÁTEGUI: POLÍTICA REVOLUCIONARIA

CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA SOCIALISTA

LA ESCENA CONTEMPORÁNEA Y OTROS ESCRITOS

TOMO I

BIBLIOTECA MARIÁTEGUI: POLÍTICA REVOLUCIONARIA

El renovado debate sobre la independencia y emancipación de los países de Nuestramérica a propósito del inicio de la Era Bicentenaria, a partir del cual constatamos que hace doscientos años lo que se conquistó fue una independencia política que inauguró —al mismo tiempo— la dominación colonial interna de una oligarquía blanca criolla, frente a la gran mayoría mestiza, africana e indígena, configura un contexto único e irrepetible para presentar la obra de José Carlos Mariátegui, conocido como el "Amauta" peruano. Sus reflexiones sobre las implicaciones de hacer la Revolución Socialista en una sociedad como la peruana de principios del siglo XX nos dejó inestimables lecciones sobre la interpretación marxista de la realidad —como la del Perú de su época o la de nuestra Venezuela bolivariana— contextualizándolas además en la realidad más general del sistema mundial en la época de transición del capitalismo clásico-competitivo al capitalismo monopólico-corporativo.

Su análisis del "problema de la raza" y la cuestión indígena, su preocupación por la renovación universitaria, su lucha contra el fascismo que es también la nuestra, su propuesta del "Socialismo indoamericano" y su convicción de que ese socialismo no podía ni debía ser en nuestras tierras "calco ni copia", sino "creación heroica", hacen que consideremos la obra del Amauta una referencia ineludible para los actuales movimientos sociales, obreros, campesinos, estudiantiles y feministas; para las organizaciones político-revolucionarias, para sus bases y sus dirigentes que, con constancia y consecuencia, luchan en Venezuela y en otros países de la Patria Grande por la construcción de un socialismo original, particular y único, pero internacionalista.

Por todo eso, la Fundación Editorial el Perro y la Rana, consciente de su papel central en *la artillería del pensamiento*, presenta esta novedosa edición con el claro propósito de orientar la acción política, promoviendo el debate y despertando y fortaleciendo el pensamiento crítico-reflexivo a partir de la atenta lectura de las obras de José Carlos Mariátegui. La presente biblioteca, titulada ***Mariátegui: Política Revolucionaria. Contribución a la crítica socialista***, presenta los textos decisivos del revolucionario peruano y universal, la cual consta de cinco tomos que contienen los títulos más representativos de la obra mariateguiana, como lo son *La escena contemporánea, 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana, El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy, Defensa del marxismo* e *Ideología y política*. Esta Biblioteca se enorgullece también en presentar una selección de prologuistas de nuestra Patria Grande. Las publicaciones que han servido como base para la presente edición y a las cuales brindamos todo nuestro reconocimiento son: *Colección Obras Completas* de José Carlos Mariátegui en 20 volúmenes; *Correspondencia de José Carlos Mariátegui* en 2 tomos; *Escritos Juveniles* (la Edad de Piedra) de José Carlos Mariátegui en 8 tomos; *Mariátegui Total* en 2 tomos, antologías todas de la Empresa Editora Amauta S.A., Lima-Perú; *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú* de Ricardo Martínez de la Torre; así como la edición del 24 de mayo de 1930 de la revista *Repertorio Americano* de Costa Rica. Sírvase pues el heroico pueblo venezolano y de la Patria Grande, de recibir en esta edición, única en su concepción, la garantía de la "creación heroica" plasmada en la obra del gran Amauta nuestramericano.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, EL "AMAUTA"

José Carlos Mariátegui (Moquegua, 1894; Lima, 1930), primer marxista peruano y uno de los primeros en América Latina, nos ha dejado una herencia profusa e imprescindible en el camino de liberación de nuestros pueblos. Periodista desde muy joven, ensayista, activista y dirigente político, Mariátegui levantó la polémica y la producción ideológica en torno a la realidad histórica de la sociedad peruana y latinoamericana, así como sobre la problemática revolucionaria, la escena mundial, la economía, el arte, la literatura y el sentido de la lucha y la existencia humana de su tiempo.

Organizador de los trabajadores, los campesinos, intelectuales e incluso referente de los estudiantes peruanos; fundador del primer partido de la clase obrera en el Perú, de la primera central sindical y coautor del programa de lucha unitario para guiar a las masas empobrecidas hacia su emancipación. Se podría considerar que Mariátegui no sólo abre una nueva era en la interpretación socialista original sobre nuestra realidad, sino que su aporte constituye, junto con el de muchos otros, el nuevo período heroico y hereje de la tradición marxista, iniciado con la Revolución Rusa de Octubre y las luchas revolucionarias del siglo XX.

Amauta quiere decir en lengua quechua, "guía", "orientador", "maestro". Mariátegui fue conocido así por el pueblo organizado de su época y los tiempos siguientes porque, más que un caudillo, era el traductor de los anhelos de grandes mayorías, su líder natural, su referente e inspirador.

Criterio de esta edición

Este tomo contiene los escritos incluidos en el volumen 1 (*La escena contemporánea*) de las llamadas *Obras Completas* de José Carlos Mariátegui publicadas por la Empresa Editora Amauta S. A., desde 1959. Se han añadido a este volumen otros escritos sobre la interpretación de los acontecimientos mundiales más importantes ocurridos el primer cuarto de siglo de la centuria pasada, con el fin de complementar los temas allí tratados.

Los textos son: "El fascismo y el monarquismo en Alemania" (de *Figuras y aspectos de la vida mundial*. Parte I, volumen 16 de las mismas *Obras Completas*) que complementa el primer capítulo titulado "Biología del fascismo".

Se añaden, además, tres nuevos capítulos: el octavo capítulo, "Veinticinco años de sucesos extranjeros", cuyos textos son tomados del volumen 8, *Historia de la crisis mundial*, de las *Obras Completas*; el noveno capítulo, "Temas de Nuestra América", con doce textos extraídos del volumen 12, *Temas de Nuestra América*, de las *Obras Completas*; y un décimo capítulo, "Entrevistas", que contiene: "La cuestión del Ruhr y la gran crisis europea", "El ocaso de la civilización europea" (ambas de la colección *Mariátegui Total*) y "Unión de Repúblicas Socialistas de la América Latina" de la revista *Repertorio Americano*.

Se han respetado las notas de la edición original, y las añadidas en esta edición son señaladas como "N. de los E.". Se hace un reconocimiento a la viuda y los hijos de José Carlos Mariátegui por emprender la publicación de sus obras (*Obras Completas*, en 20 volúmenes; *Escritos Juveniles*,

en 8 volúmenes; *Mariátegui Total*, en 2 volúmenes, etc.), sin la cual este trabajo habría sido imposible. Agradecemos al Partido Comunista del Perú-Patria Roja, en cuyo portal www.patriaroja.org.pe se encuentran en versión digital parte de las denominadas *Obras Completas*, las cuales nos fueron de gran utilidad en la realización de esta edición.

Manifestamos una gratitud especial a la Comisión de Formación Política del Movimiento José María Arguedas (MOVJMA) del Perú, dirigida por el compañero Martín Guerra, así como al compañero Gabriel Cabrera, por la propuesta del concepto de la antología, la selección y la transcripción de los textos parcialmente inéditos; y a la Universidad Socialista del Perú José Carlos Mariátegui (USP-JCM) por su fraterna guía a través del historial mariateguiano.

Los Editores

PRÓLOGO

La política revolucionaria de José Carlos Mariátegui y su contribución a la crítica socialista

Juzgar una obra fundamentalmente política y revolucionaria, puesto que su devenir ha concernido sobre todo a los actores sociales dispuestos a la transformación estructural de todo un sistema, y que ha circunnavegado en el *mare nostrum* de los procesos de realización de la política; no debe hacerse únicamente desde una perspectiva histórica o teórica, demanda precisamente del análisis político. Y de un análisis político militante.

Desde la idea de Freud del "libre juego de las representaciones[1]", Mariátegui ha sido representado, reinventado, replanteado y últimamente *repensado*, muchas veces, con una suerte de variación de postulados que van desde la esterilidad interpretativa hasta la reinvención catártica. A partir de asociaciones múltiples que incluyen malversaciones y falsas lecturas de su obra y de su accionar, así como imposiciones de líneas políticas foráneas y de oportunismos; se han diseñado pseudo aclaraciones del pensamiento y de la actividad del amauta; olvidando que él era ante todo y sobretodo un revolucionario militante y un marxista en formación, esto último no por la simpleza argumental de que "le faltara formarse o leer ciertos textos" como algunas veces se ha afirmado –pues, ¿a quién no le falta o quién lo ha leído todo?, o por último, ¿acaso todo el substrato

1 FREUD, Sigmund. *La interpretación de los sueños (Tomo III)*. Alianza Editorial. Madrid, España, 1985. Pág. 156.

para interpretar la realidad, entenderla o actuar en ella se encuentra en los libros?– , sino porque la época que vivió –el período en el cual se hizo marxista– fue un ciclo crucial de cambios y definiciones en el movimiento revolucionario comunista, en el que Mariátegui se hallaba adscrito; que le habría llevado a tomar posiciones y puntualizar líneas políticas decisivas.

Es por lo anteriormente expuesto que aquí se va a tratar de un Mariátegui vivo; no de un escritor político o de un político escritor; sino de un revolucionario actuante, cuyas polémicas y ensayos fueron siempre planteados a partir de necesidades urgentes de esclarecimiento y de organización de las fuerzas para actuar para la revolución.

Es Mariátegui, el primer revolucionario marxista de América Latina, no por ser el primero en abrigar el marxismo; sino por ser el primero en organizarlo como contingente de interpretación de los problemas latinoamericanos en su aspiración a la liberación nacional y la construcción socialista. Y aquella organización del marxismo no surgió de su cabeza para aplicarse en nuestra realidad; más bien nació y se desarrolló del contraste con la misma.

Mariátegui es producto de su tiempo, pero a la vez lo revoluciona, lo transforma, lo interpreta y lo gesta. Forma parte de una generación de jóvenes revolucionarios latinoamericanos que buscarán actuar no por cuenta propia presos de su voluntarismo, sino más bien a partir de sus propios problemas. Luis Emilio Recabarren[2], Agustín Farabundo Martí[3], Luis Carlos Prestes[4], Julio Antonio Mella[5], entre otros; tiene más en

2 Luis Emilio Recabarren Serrano nació en Valparaíso el 6 de julio de 1876. Obrero tipógrafo en sus inicios, dirige varios periódicos revolucionarios y obreros, fundando los periódicos *La Vanguardia*, *La Reforma*, *El Grito Popular*, *El Socialista*. Fundó el 4 de junio de 1912 el Partido Obrero Socialista (POS) en la ciudad de Iquique, que en su Cuarto Congreso adopta el nombre de Partido Comunista de Chile en Rancagua, el 2 de enero de 1922. En 1918 participa en la fundación del Partido Comunista Argentino. En 1921 es elegido diputado por Antofagasta. Viaja a la URSS en 1922 y 1923. Se suicida el 19 de diciembre de 1924.

3 Nació en Teotepeque, El Salvador, el 5 de mayo de 1893 y fue fusilado el 1 de febrero de 1932. Mayor que Mariátegui por un año. Murió dos años después que aquél.

4 Nació en Porto Alegre, Brasil, el 3 de enero de 1898 y falleció en la ciudad de Río de Janeiro el 7 de marzo de 1990. Cuatro años menor que Mariátegui.

5 Nicanor Mc Partland y Diez, llamado Julio Antonio Mella, nació en La Habana, Cuba, el 25 de marzo de 1903 y fue asesinado en México el 10 de enero de 1929. Menor que Mariátegui por nueve años. Murió un año antes que él.

común de lo que se cree con José Carlos Mariátegui. El mayor, Recabarren tratará de unificar a la clase obrera y morirá cuando ya se empezaban a notar los cambios, producto de la fractura de los bolcheviques. Farabundo Martí, contemporáneo de Mariátegui será preso de los postulados de la Tercera Internacional para Latinoamérica y sólo al morir comprobará sus errores, los cuales intuyó, sin embargo no supo o no pudo operar en contradicción; Prestes, también de la generación de José Carlos, se desenvolverá con soberanía al principio, para después aplicar los acuerdos de Moscú; más tarde oscilará entre el propio criterio y el ajeno; hasta terminar rompiendo con el Partido Comunista de Brasil, recién en 1982, ocho años antes de fallecer. Y Mella, probablemente el más despejado, el más polifacético, el más atrevido, y por supuesto, el más joven.

La visión amplia de Recabarren de combinar el uso de la tribuna parlamentaria con el acopio de fuerza obrera y las manifestaciones callejeras; la experiencia de la lucha armada y los postulados del centroamericanismo de Farabundo Martí, que aspiraba a un socialismo a partir de la unidad de las fragmentadas repúblicas de Centro América; la interrelación del líder, el ejército oficial y el pueblo[6] de Prestes, en donde las milicias se convierten no sólo en la defensa armada de la población, sino en la conductora de un mar humano que se desterritorializa para luchar por lo propio; y el dinamismo de Mella, esa importante relación entre conductor y conspirador que le ha dado a la revolución cubana un dirigente tan importante como Fidel Castro; todo eso se perdió con los factores combinados e interdependientes de las muertes tempranas, las derrotas materiales y la pérdida de voluntades.

No se está diciendo que los procesos fracasen única y exclusivamente por el destino de sus dirigentes, pero no se puede negar que en momentos históricos de formaciones y definiciones, los líderes representan la voz actuante de sus bases y pueden significar la diferencia fundamental entre una correcta o errada conducción, como orientadores de conciencias.

---

6 Tesis atribuida al sociólogo argentino Norberto Ceresole (1943-2003), sobre todo por sus libros, *Ejército y política nacionalista* (1968) y *Caudillo, ejército, pueblo: la Venezuela del Comandante Chávez* (1999); pero que es añeja en nuestro continente, enraizada en nuestra misma cultura como pueblo.

Mariátegui, por su parte, en brevísimo tiempo realiza labores titánicas –y no por eso cuantitativamente grandes necesariamente–, funda el primer partido revolucionario socialista de Perú y la central de los trabajadores, la CGTP; dotando a los obreros y a la vanguardia revolucionaria de una personalidad y de un estilo que, aunque hasta ahora no ha logrado la hegemonía política ni una ligazón profunda con las masas, no se ha perdido, ha perdurado, ha aprendido, está avanzando. Mariátegui, a diferencia de los otros, es un marxista convencido, no tanto en el discurso o la acción, que son inseparables y fundamentales, sino en el manejo de la concepción materialista, de la dialéctica de su accionar. Mariátegui deslinda tempranamente con el relativismo, con el historicismo mecánico, con el pragmatismo, con el marxismo de café, con el criticismo, con el dogmatismo; se puede decir que Mariátegui piensa marxistamente, su evolución es tan rápida e interesante, que leyendo sus escritos de manera cronológica podemos ver como cambia su marxismo, como se afiata, como se pule. Y Mariátegui hace todo esto no por el ansia de pertenencia a una corriente o a un movimiento, sino que él experimenta en el plano cognitivo la abstracción de los fenómenos que constituyen la lucha de clases, y esto le ocurre, al mismo tiempo que se solidifica una posición de clase en él. El Mariátegui obrero de la adolescencia había cedido espacio ante el joven periodista y artista; con el marxismo él retoma su segmento de clase, primero lo aprisiona, luego lo vive, más tarde lo disfruta. Y con el leninismo, Mariátegui comprende desde la práctica la inmensa necesidad de un aparato organizado de la vanguardia trabajadora. En Mariátegui el leninismo no es aprehensión de axiomas ni defensa de principios; el leninismo de José Carlos Mariátegui constituye la parte más rica de su socialismo, de su comunismo. El marxismo de Mariátegui adviene de escuela, de doctrina; su leninismo se construye pedagógicamente. Con Marx, Mariátegui comprende el mundo, no lo conceptualiza, más bien desagrega los conceptos, palpa la realidad; con Lenin, actúa sobre ella, cada vez más rápidamente, más vertiginosamente. Por ello escribirá en el punto 4° de los Principios Programáticos del Partido Socialista que: "El marxismo-leninismo es el método revolucionario de la etapa del imperialismo y de los monopolios. El Partido Socialista del Perú, lo

adopta como su método de lucha"[7]. Y como el leninismo es el desarrollo del pensamiento marxista, el cual hemos separado sólo para explicar el proceso mariateguiano, Mariátegui deviene en marxista-leninista.

Mariátegui, es no sólo el primer marxista de América por todo esto, lo es también porque incorporó a su análisis el elemento nacional, así como Lenin estudió las comunas rusas, el Amauta observó que existían razones vivenciales de peso para que el socialismo se desarrollara en nuestro continente, pues en nuestro presente aún latía el pasado colectivista. Mariátegui viaja a Europa a observar la revolución socialista y se cierra el círculo que iniciara Thomas More[8] al escribir *Utopía* bajo la influencia de la experiencia europea en América. En las raíces del socialismo utópico, ancestro del marxismo aparece entonces un contingente de ideas nuestras, procesadas bajo el acento europeo, que al ser producto de un choque cultural, se torna mestizo. Esta acentuación americana en el socialismo, la conoce Mariátegui, la lleva en la sangre, la expresa en su cultura, la siente. El marxismo latinoamericano es el producto de la estrecha relación entre la conquista y la resistencia, entre un modelo social excluyente y abusivo y uno colectivo, entre una sociedad transformada por la invasión y otra, magnificada por invadir. Las bases materiales de la evolución del pensamiento occidental a partir del siglo XV, no habrían sido posibles sin la conquista de América. Mariátegui resuelve el conflicto mental, descubre las semillas de nuestro aporte en las formas de vida solidaria de los pueblos originarios, y postula el socialismo indoamericano, que se construye como producto de la liberación nacional.

---

7 MARIÁTEGUI, José Carlos. *Ideología y política*. Empresa Editora Amauta S. A. Lima, Perú, 1969. Pág. 160.

8 Inglés (1478-1535). En 1516 publica el libro *Del estado ideal de una república en la nueva isla de Utopía*. En la isla las personas viven en comunidad con la subsecuente propiedad común de los bienes. Existe el voto popular, sólo se trabaja seis horas y hay tolerancia religiosa. Aunque no se ha establecido con exactitud todos los informes que recibió More sobre las formas sociales de vida en América, sí se sabe que constituyó su modelo comunal en base al contraste entre Europa y América. A propósito ver: CAVE, Alfred A. *Thomas More and the New World.* Albion. A Quartely Journal Concerned with British Studies. Vol. 23. N° 2. 1991. Págs. 209-229.

¿Quién fue José Carlos Mariátegui?

Mariátegui es el hijo de un hogar mestizo, tanto por su intercambio genético como por el proceso de su formación sociocultural. Existen tres principales tesis sobre su filiación paterna (ver Cuadro 1); las cuales nos presentan a un José Carlos Mariátegui hijo de un miembro de la oligarquía intelectual del país (ver cuadros 2 y 4), o hijo de un mesócrata asociado a las clases pudientes y al comercio, o hijo de un inmigrante chino y/o tal vez mestizo chino peruano, o hijo de un hombre apellidado Mariátegui sin filiación aparente, hijo natural de algún emparentado con los Mariátegui o no[9]. Su madre, Amalia La Chira (ver Cuadro 3), mestiza, hija de un artesano, considerado socialmente superior que un campesino o un jornalero; ella misma trabajaría de adulta como costurera e inclusive como maestra. Mujer de profunda convicción religiosa rozando el fundamentalismo católico, tuvo que enfrentar los problemas de la infancia, manutención y formación de sus hijos, sola. El padre, de visitas esporádicas, terminó por abandonarlos.

Nacido en Moquegua, una región situada al sureste de Perú, en la vertiente occidental de la Cordillera de los Andes, vivió su primera infancia en Huacho, una ciudad de la costa central del país, hasta que en 1902, a la edad de ocho años jugando con un niño se golpeó muy fuerte la pierna izquierda y se hizo un hematoma que lo condujo paulatinamente a la muerte. La enfermedad que se generó de esta herida jamás cicatrizada por completo, y sobre la que se ha especulado mucho, yendo desde la osteomielitis hasta la diabetes juvenil[10], marcó la vida del niño, que tuvo que abandonar su educación primaria –no llegaría a concluir ni el segundo grado–, para ocuparse en

9 Foción Mariátegui (1885-1961), periodista peruano, primo hermano del padre de José Carlos Mariátegui según la tesis 1 de filiación; señaló alguna vez sobre su amistad con el Amauta y sobre su supuesto parentesco, que: "Desventuradamente nunca se presentó la ocasión de conversar sobre cuestiones relacionadas con él y sus posibles vínculos de sangre con nosotros. O porque José Carlos no lo deseaba o porque nosotros no queríamos tocar un punto tan escabroso y sensible. En una palabra no sabíamos a ciencia cierta cuál de nuestros parientes era (su) padre". En: RODRÍGUEZ PASTOR, Humberto. *José Carlos Mariátegui La Chira: Familia e infancia*. SUR, Casa de Estudios del Socialismo. Lima, Perú, 1995. Nota 59. Pág. 58.

10 Para mayor información, ver: GARCÍA CÁCERES, Uriel. *La enfermedad de José Carlos Mariátegui*. En: *Anuario Mariateguiano*. Volumen VIII, N° 8. Empresa Editora Amauta S. A. Lima, Perú, 1996. Págs. 248-253.

salvar la vida. Mariátegui pasaría el resto de su vida siempre enfermo, con períodos de salud breves. Aprendió desde muy niño a resistir el dolor, a vivir difícilmente.

No descuidó sin embargo, su autoformación, tenía una capacidad impresionante para asimilar conocimientos y para plantearse las preguntas adecuadas, supo ir desde siempre, de lleno al tema principal de lo estudiado, al nodo, al meollo. Autodidacta preciso, se vinculó pronto con las corrientes más importantes de pensamiento de su época. Primero, en lo referente a la literatura y el arte y la vida social; luego en lo filosófico, teológico, económico, científico y político. Mariátegui se propuso desde niño, que su impedimento físico no iba a constituirse en un óbice para conocer el mundo, para palparlo, para actuar en él.

Ante los apuros económicos de su hogar, tuvo que trabajar para solucionarlos, entrando antes de cumplir los quince años a laborar como obrero en una imprenta, gracias a la recomendación de otro obrero muy querido por José Carlos, Juan Manuel Campos. Poco a poco desde su humilde puesto, traba contacto con los periodistas que bajo la dirección de Alberto Ulloa Cisneros editan el diario *La Prensa*.

Su gran cultura le ayuda a realizar comentarios inteligentes sobre los artículos, incluso a corregirlos y hasta escribir alguno. Su arrojo lo lleva de la sala de máquinas a las oficinas de redacción. Entra en contacto con Manuel Gonzáles Prada, Abraham Valdelomar, José María Eguren, entre otros. Para Mariátegui, el periodismo no será el resultado de una escuela formal o académica; sino el corolario de una actitud hacia la vida, el periodismo de Mariátegui no presenta acontecimientos, más bien, los enjuicia, los estructura, los proyecta. Mariátegui no aborda un tema sin preocuparse por todos los demás asuntos relacionados fundamentalmente o accesoriamente. Todo lo visto por el ser humano se torna imprescindible para el análisis, para la crítica. Nace así "Juan Croniqueur", nombre afrancesado con el cual acomete el joven Mariátegui su labor reporteril y periodística. Y será la crónica, "el más literario de los géneros periodísticos",[11] la especie que trabajará con más ahínco, la que le llevará a enmendar el lenguaje, a descubrirse.

---

11 ORRILLO, Winston. *Biografía y biología de Juan Croniqueur*. Fondo Editorial de la Biblioteca Nacional del Perú. Lima, Perú, 2000. Pág. 27.

La crónica policial lo transportará a la crónica política, pasando antes por la bohemia, y su travesía por la poesía, el teatro, el cuento, la hípica. Mariátegui se aproximará a todo movimiento nuevo, moderno, y siempre lo hará en tono de pesquisa, de balance. Pero al mismo tiempo respetará el profundo fenómeno de lo tradicional, entendiéndolo como la manera de sentir de un pueblo y no como un catecismo de vida. En un país fracturado como Perú, unido a la fuerza por sus partes, con su población originaria marginada y explotada, Mariátegui, fruto del abrazo de dos sectores sociales intermedios, entendiéndolo esto en toda la magnitud de la palabra. Su madre, de extracción popular, pero no pobre. Su padre, de ascendencia oligárquica pero nieto de un prócer e intelectual independentista. Por lo tanto Mariátegui no es por origen cultural, ni muy pobre ni muy rico, se halla en un trance socioeconómico. No obstante su desclasamiento paulatino en su adolescencia, al empobrecerse más su núcleo familiar, lo conduce al seno de la clase obrera, de la cual emergerá –previa educación proletaria del trabajo– como un periodista, un escritor, de búsqueda, no de obediencia; de rebeldía y de crítica, de propuesta.

Mariátegui, a través del periodismo vertebra los diseminados huesos de toda una época que se resiste a estallar; y, organiza al mismo tiempo su propio carácter. El periodismo redondeó en él a decir de Carnero Checa, "el impulso humano hacia la verdad"[12], nosotros añadiríamos que el periodismo lo acercó a la vida.

El ejercicio del verbo, su sensibilidad obrera, y su honestidad, lo llevarán a la crítica política y luego a la organización política de sus escritos, apoyando las luchas de los trabajadores por las ocho horas, fundando y dirigiendo *La Razón*, periódico con el que, como señalara Juan Gargurevich, "Mariátegui entró ya en contacto estrecho con los nuevos sindicatos y ayudó a organizar mítines y huelgas de gran envergadura."[13] Fue pues, por esto, "el diario más radical de su tiempo."[14]

---

12 CARNERO CHECA, Genaro. *La Acción Escrita. José Carlos Mariátegui periodista*. Imprenta Torres Aguirre. Lima, Perú, 1964. Pág. 81.

13 GARGUREVICH, Juan. *La Razón del joven Mariátegui*. Editorial Horizonte. Lima, Perú, 1978. Pág. 8.

14 Ibíd.

Luego vendrá la revista *Nuestra Época*, en la que "Juan Croniqueur" dejará de existir por voluntad expresa de Mariátegui.

En esta etapa, que es al mismo tiempo una época de avance del movimiento obrero, termina enfrentándose con las castas gubernamentales, eclesiásticas y militares, voluntad que le costará, además de un atentado contra su salud, el exilio. Tenía, al salir del país rumbo a Europa, veinticinco años e iba a ser padre (ver Cuadro 5).

Es este Mariátegui que ha madurado un pensamiento sobre los acontecimientos de su época, quien se resiste a conformar un Partido Socialista sobre las bases débiles de un Comité de Propaganda, sin arraigo obrero o popular. Ricardo Martínez de la Torre, quien será su futuro colaborador nos ofrece un panorama de este "partido": "Al lado de la corriente popular, que me ocupa, su artificio destaca lamentablemente sobre el enérgico fondo de la lucha. Su efímera existencia demuestra que sólo tiene posibilidad de perdurar, de hacer obra, de señalar un surco, de fecundarlo, el partido animado del impulso verdaderamente revolucionario, que en cualquier momento se siente respaldado por la mayoría de la población, y convencido de que todos sus pasos serán sostenidos por los electos afines, decisivos en la lucha."[15] Lo mismo afirmará Mariátegui, un partido de espaldas a su época, a las masas, no es en realidad un partido revolucionario, es un partido al viejo estilo, un partido que terminará extinguiéndose o sirviendo a la burguesía.

Este joven decidido a quienes los trabajadores respetan y admiran, es el mismo que irá a Europa con su intuición socialista, con su heredad colectivista del país de los incas; a contrastarse con el marxismo y con la experiencia descomunal y creadora de la Revolución Rusa.

El aprendizaje marxista

Lenin apuntó alguna vez que "el conocimiento humano no es (o no sigue) una línea recta"[16], refiriéndose justamente a la dialéctica. El

---

15 MARTÍNEZ DE LA TORRE, Ricardo. *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú*. Tomo I. Edición de los estudiantes de Sociología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, Perú, 1973. Pág. 26.

16 LENIN, V. I. Sobre la Dialéctica. En: LENIN, V. I. *Cuadernos filosóficos*. Editora Política. La Habana, Cuba,1964.Pág. 335

marxismo de José Carlos Mariátegui tampoco se forjó en una escuela política con un programa de lecturas estructurado para formar un cuadro político, no. Mariátegui se hizo marxista en el exilio, y se adhirió a éste desde la observación y la participación en el panorama político que le tocó vivir. Era la dura época del desarrollo de la Revolución Rusa, del debate sobre la línea de la revolución mundial, del ascenso del fascismo, al que Mariátegui caracterizaría como la contrarrevolución.

Desde el principio Mariátegui identificará revolución con transformación, en donde lo nuevo posee dialécticamente transformado lo viejo, idea que le permite identificar los rasgos socialistas latentes en las sociedades y junto a ellos, la esperanza, la fe.

Por eso su visión del concepto de cambio trasuntará el interesante matrimonio entre las herencias sociales de rebeldía y el desarrollo del pensamiento científico; la combinación de historia social de los pueblos o tradición con el mito movilizador del individuo, como motor, como impulso de las masas: "la revolución proletaria es, sin embargo, una consecuencia de la revolución burguesa (…) La ilusión de la lucha final resulta, pues, una ilusión muy antigua y muy moderna."[17] Entre estos dos aspectos está el discurso. Es Mariátegui también el creador de una discursiva marxista de la acción fundamentada en el análisis desde adentro.

Esta formación marxista de Mariátegui tuvo sus ventajas en un elemento como él, que tampoco se había desarrollado con una meta prefijada o como se supone que debía ser. Él se había alzado de la discapacidad a la capacidad creadora, del humilde mecanicismo de la imprenta a la organización sistemática de su pensamiento, de la actitud contemplativa a la crítica; y esos beneficios redundaban en la manera de observar los procesos. Mariátegui ve en Italia, no sólo la realización de los 21 puntos de la Komintern para la generación de los partidos comunistas, sino que intuye cierta aplicación mecánica, en sus escritos de aquella época observa el saldo negativo de las formaciones comunistas desde el seno de los partidos socialistas; ya que más allá del debate entre la II Internacional y la Komintern, lo que está ocurriendo es el crecimiento

17 MARIÁTEGUI, José Carlos. *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*. Empresa Editora Amauta. Lima, Perú, 1972. Pág. 31.

del fascismo en gran parte de Europa; por ello, lo que más le preocupa es la incapacidad que han mostrado socialistas y comunistas (sobre todo estos últimos, pues Mariátegui se identifica con ellos), para unirse contra el enemigo en común, luego de su propia división.

Y así sucede en las elecciones, Mariátegui apunta que "la izquierda extrema sabe que, a través el parlamento, no puede conquistar el poder político. Mira en el parlamento una tribuna de acusación y de ataque (…) Las elecciones hallan divididos a los socialistas. (…) Además, la tendencia antieleccionista, la aversión a la acción parlamentaria, ha aumentado en la extrema izquierda…"[18] Los comunistas, ante el excesivo parlamentarismo de lo socialistas, se van al extremo en Italia y como consecuencia de esto, triunfa el fascismo. Esa táctica o reacción dogmática, sólo conseguirá vacíos en la lucha parlamentaria primero, y luego en las más fuertes contradicciones teóricas y programáticas. Y ocurrirá lo mismo y más trágicamente en Alemania y en otros países europeos.

Es importante señalar que lo que Mariátegui pareciera reclamar en su experiencia italiana, no es la escisión que separó a comunistas de socialistas el 21 de enero de 1921 en el Teatro San Marco de Livorno y que determinó la fundación del Partido Comunista de Italia, llevada a cabo entre otros por Antonio Gramsci, a la cual el peruano se adhirió sin reservas; sino, que el que luego de dividirse orgánicamente en dos Partidos diferentes, no supieran actuar en Frente Único para desafiar las elecciones y el fascismo.

Algo similar ocurrió con el Partido en Alemania. Si bien es cierto su gestación fue disímil pues ocurrió no en vísperas de elecciones, sino en una coyuntura insurrecional, aplicaron aún antes del nazismo una política confrontacional contra los sindicatos y la socialdemocracia, lo que hizo imposible –a partir de las elecciones de 1932–, cualquier frente antifascista[19].

---

18 MARIÁTEGUI, José Carlos. "Vísperas de elecciones". En: *Cartas de Italia*. Empresa Editora Amauta. Lima, Perú, 1987. Págs. 133-135. El artículo original fue fechado en Roma, marzo de 1921; publicado en *El Tiempo*, en Lima, 15 de junio de 1921.

19 En relación con el ascenso del fascismo y el error en la táctica comunista, ver: GUERRA, Martín. "La brújula socialista no puede olvidar la historia". En: Periódico *La Mancha*. Caracas, República Bolivariana de Venezuela. Febrero de 2010. Números 91 (Págs. 8-9) y 92 (Pág. 10).

Esa misma incomprensión de la labor frentista, que debe surgir más como necesidad y como conocimiento de la realidad que como consigna, llevó a Mariátegui a teorizar sobre el frente y a actuar y defender el mismo, no sólo como expresión unitaria, sino como crisol de fundición de la organización proletaria, de la fecundación partidaria, del ascenso de la conciencia revolucionaria, de la gestación de líderes y procesos. Respecto al tema intelectual, ya en Perú, Mariátegui construiría un frente, en donde reunirá a intelectuales de todas las artes y de todas las opiniones, y poco a poco, gradualmente los irá haciéndolos participar en diversos escalones del proceso. Inclusive en el plano internacional, se adherirá al surrealismo, creyéndolo el arte revolucionario de la época, algo que también hará León Trotsky, por cierto. Sobre este arte dirá el Amauta: "(…) el suprarrealismo es una fuerza revolucionaria (…) Aceptando la validez del marxismo en el plano social y político, ha hecho el más honrado esfuerzo por imponerse, contra su impulso centrífugo y anárquico, una disciplina en la lucha contra el orden capitalista."[20] En esta cita está contenido el más puro método mariateguiano, no sólo le reconoce méritos, también señala sus defectos, pero no como dos aspectos separados, Mariátegui entiende la dialéctica, por lo mismo sabe que existe una estrecha relación entre el comportamiento "centrífugo y anárquico" del surrealismo y su adhesión al comunismo. A Mariátegui le interesa, sobre todo, por ser una expresión artística propia del desarrollo del pensamiento científico y al mismo tiempo, por ser fuente de profundas manifestaciones. En el surrealismo Mariátegui encuentra a Freud, a su búsqueda de la conciencia, a la crítica informal de las formas estéticas a través de las mismas. Es el arte destinado a revolucionar el arte.

La misma capacidad de análisis y la misma actitud unitaria utilizaría Mariátegui alrededor del tema indígena. La revolución socialista para el Amauta no pasa por la trivial importancia de la aplicación de un programa, sino por su desarrollo a partir de las manifestaciones de un pueblo, se trata de que el pueblo se eleve en el proceso y con él su vanguardia, el proletariado, no se trata de "elevar al pueblo" o "servir al pueblo"; no se impone una táctica, se gesta, se procesa, surge del trabajo, de la praxis.

---

20 MARIÁTEGUI, José Carlos. *El artista y la época*. Empresa Editora Amauta. Lima, Perú, 1972. Pág. 33.

Muchas veces en la historia del movimiento revolucionario se ha comprobado que Mariátegui tenía razón, cuando una dirección revolucionaria impone criterios, deviene entonces en contrarrevolucionaria; pues eleva a programa y táctica lo elucubrado por una minoría dictadora, seguida de una mayoría inconsulta, aquello lleva definitivamente al fracaso, a corto o a largo plazo.

Mariátegui dirá luego, en 1925, al publicar su primer libro *La escena contemporánea* que: "La ofensiva fascista se explica, y se cumple, en Italia, como una consecuencia de una retirada o de una derrota revolucionaria."[21] Y no fue otra cosa, una derrota. El movimiento comunista, recientemente surgido del interior del movimiento socialista, no pudo enfrentar las labores del frente único; el sectarismo y el dogmatismo, dominaron en uno y otro lado. Los fascistas ganaron en Italia a los marxistas, la batalla de posiciones políticas ante los requerimientos del pueblo; ante su pluriclasismo, el comunismo respondió a una política extrema de clase. Eso anuló todo planteamiento unitario en la práctica. Por lo menos hasta la década del treinta.

En sus análisis de la historia Mariátegui no estudia solamente los asuntos meramente coyunturales, del momento. Mariátegui busca descubrir el enraizamiento de estos fenómenos públicamente "políticos", en manifestaciones seculares de requerimientos sociales, de las frustraciones de todo un pueblo. Y, por lo tanto, descubre en estas expresiones, los rasgos componentes de la historia viva. Karl Korsch, el estudioso de Marx, diría: "Marx no considera ya la sociedad burguesa desde el punto de vista de su primera fase de desarrollo y contraposición con la sociedad feudal de la Edad Media. No le interesan sólo las leyes de su existencia. Trata la sociedad burguesa como una organización histórica en todos sus rasgos y, por lo tanto, también históricamente perecedera. Estudia todo el proceso histórico de su génesis y su desarrollo y las tendencias que contiene y desarrolla en el sentido de su subversión revolucionaria. Halla estas tendencias de dos modos: objetivamente en el fundamento económico de la sociedad burguesa y subjetivamente en

21 MARIÁTEGUI, José Carlos. *La escena contemporánea*. Empresa Editora Amauta. Lima, Perú, 1959. Pág. 34.

la nueva contraposición entre las clases sociales, debida precisamente a aquel fundamento económico, y no, por ejemplo, a la política, el derecho o la moral."[22] Como Marx, Mariátegui no se preocupa solamente de los aspectos externos, visuales, de la explotación. Para él no es tan fácil, la revolución es un parto de voluntades, es la liberación de ataduras históricas profundizadas durante siglos, en donde los traumas y las represiones se han constituido en formas de vida social. Por ello le interesa la sabia, el pueblo, sus creencias y sus formas nacionales de vida económica, que no es lo mismo que la situación de clase que presentan en el capitalismo. Mariátegui busca el favor decisivo de los marginados en su revolución, no el dictado de la misma por una lúcida mentalidad. Pero eso no quiere decir que no se necesite del desarrollo del factor humano, del impulso del organizador, del transmisor del mito.

En su libro *Defensa del marxismo*, Mariátegui volverá sobre lo mismo: "Marx pudo ser un técnico de la Revolución, lo mismo que Lenin, precisamente porque no se detuvo en la elaboración de unas cuantas recetas, de efectos estrictamente verificables."[23]. Y aquí además añade otra consideración, la necesidad del "técnico revolucionario", lo que Gramsci llamaría el "intelectual orgánico"; éste no se sujeta a la mera aplicación de principios, sino que actúa en descubrimiento y resolución de contradicciones. Por eso Mariátegui en su aprendizaje marxista, observa y resuelve, critica.

Curiosa escuela para alguien que años más tarde, tendrá que situarse entre el pluriclasismo falsamente igualitario y oportunista de Haya de la Torre y el sectarismo dogmático de la Komintern.

Mariátegui, constructor del marxismo latinoamericano

En un corto período de tiempo, con apremios económicos y la salud resquebrajada, llegando a sufrir la amputación de su pierna derecha en 1924; Mariátegui revolucionó las ideas políticas en el país, utilizando el marxismo-leninismo como instrumento de interpretación y como

---

22 KORSCH, Karl. *Karl Marx*. ABC, S. L. Madrid, España, 2004. Pág. 20.

23 MARIÁTEGUI, José Carlos. *Defensa del marxismo*. Empresa Editora Amauta. Lima, Perú, 1988. Pág. 128.

palanca para la construcción, uniendo voluntades dispersas, polemizando pedagógicamente y organizando conciencias.

Toda Latinoamérica estaba convulsionada por movimientos que abarcaban desde organizaciones anarquistas obreras hasta luchas de liberación anticolonial, y en el medio los socialistas, los indigenistas, los regionalistas y los nacionalistas, que muchas veces confundían programas. Mariátegui trabajó por definir una línea clara de acción, internacionalista, sí, pero que definiera que el logro de la revolución mundial estaba condicionado por desarrollar las propias tácticas y los propios programas que de la realidad se desprendieran en cada país, en cada región. Nacido en un país colonizado por siglos, lo último que ansiaba era un colonialismo político de la revolución.

Inició Mariátegui por realizar un estudio marxista de Perú, lo que más tarde sería su libro de 1928: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*; a la par que fundamentaba la revista *Amauta*, que tenía como objetivos generar polémica de ideas para el esclarecimiento, y aglutinar espíritus dispersos y diversos para la lucha. Se comunica con lo más avanzado del pensamiento político latinoamericano que participa de procesos de cambio y no sólo observa. La *Revista de Filosofía* dirigida por Aníbal Ponce de Buenos Aires; *La Pluma* dirigida por Alberto Zum Felde de Montevideo; *La Vida Literaria*, dirigida por Enrique Espinoza (Samuel Glusberg) de Argentina; las dirigidas por Juan Marinello de Cuba; *El Libertador*, de Julio Antonio Mella y Diego Rivera, en México, etc. Está enterado de las manifestaciones políticas y culturales de todo el continente, eso forja su visión marxista del fenómeno revolucionario en su país y en todo el hemisferio. Lo prepara para la polémica. *Amauta* da a luz a *Labor*, el periódico obrero, y el grupo de Mariátegui va avanzando hacia la organización proletaria.

Parte de esta preparación teórico práctica y de agitación y difusión, fue el trabajo en las Universidades Populares Manuel González Prada, en donde se contribuía con la educación obrera y se creaba el caldo de cultivo para la Confederación General de Trabajadores del Perú-CGTP. Pero también se interesó por ir nucleando compañeros revolucionarios para el futuro partido. Mariátegui luchó por acumular fuerzas, tanto en el movimiento intelectual, como en el laboral y el político.

En Chile por ejemplo se necesitó de dos energías distintas que lideraran estos procesos de heredad del comportamiento político. Luis Emilio Recabarren, fundaría en 1912 el Partido Obrero Socialista en Iquique y en 1920 éste cambiaría de nombre a Partido Comunista de Chile, que es ratificado en 1922. Funda también la Federación Obrera de Chile, la FOCH el 18 de setiembre de 1909, sustentándose en el gremio ferroviario organizado, que durará hasta 1936. Recabarren tendrá claro que "es necesario convencer a los trabajadores que son un gran poder, como no hay otro, pero que la fuerza de su poder sólo reside en la organización."[24] La reconstrucción del movimiento obrero corresponderá a Clotario Blest[25], el fundador de la Central Unitaria de Trabajadores, la CUT, en 1953; él predicaría que se debería participar en la lucha por la transformación social, "haciendo abstracción de nuestro bienestar personal, con conocimiento exacto de la doctrina que predicamos y amoldándonos a ella en nuestras acciones, [así] lograremos vencer y curar el cáncer individualista que corroe las entrañas de la sociedad moderna."[26] Y así en todos los países, las gestas populares de organización obrera y de centralización de las demandas se estaban realizando con sus particularidades.

Pero antes de que Mariátegui regresara al continente americano, ya habían llegado las directivas de la Tercera Internacional y pasaban a ser un gran factor de influencia en el comportamiento de los dirigentes y de los partidos propios del movimiento socialista latinoamericano.

Al principio por falta de experiencia, los más lúcidos cuadros consumaban errores tácticos, en un primer caso; en un segundo caso, los cuadros sobresalientes tenían que pagar las consecuencias de los errores cometidos por direcciones equivocadas. Estas fallas se daban, por un apego burocrático a las normas, por rencillas personales o simplemente porque no sabían

---

24 WITKER, Alejandro. *Los trabajos y los días de Recabarren*. Editorial Nuestro Tiempo, S. A. México D.F., México, 1977. Pág. 7.

25 Clotario Blest Riffo (1899-1990). Conoció a Recabarren desde muy joven y participó de su convocatoria para organizar a los trabajadores. Difusor del pensamiento cristiano, organizador obrero y gran defensor de los derechos humanos. Permaneció en Chile durante la dictadura de Pinochet y soportó una serie de vejámenes. Presidió la CUT en 1961.

26 BLEST, Clotario. "Pobre pueblo". En: SALINAS, Maximiliano. *Clotario Blest*. Arzobispado de Santiago. Santiago de Chile, Chile, 1980. Pág. 47.

qué estaban haciendo. Nuestro socialismo latinoamericano, si bien es cierto estaba enraizado hacía siglos como intuición de la herencia colectivista de nuestros ancestros originarios, era bastante joven desde una perspectiva importada, desarrollado primero en Argentina, a través de los brazos obreros que llegaron de los barcos con las migraciones (ver Cuadro 6).

Los problemas de los indígenas, la desintegración nacional, el racismo, tan propios de nuestro continente, no eran discutidos con propiedad o seriedad revolucionarias, primaba antes que nada la lucha urbana, estudiantil; inclusive más clasemediera que obrera. Mariátegui regresó al continente para poner al derecho lo que estaba al revés, puesto que se pretendía aplicar un método, no desarrollarlo. Esta visión positivista del marxismo, chocaba contra una dura realidad, más compleja que cualquier postulado teórico. Se trataba de un continente que había servido de fuente de recursos naturales y mano de obra para impulsar la rudeza de los países coloniales y cuya génesis había dado como resultado poblaciones enteras enajenadas que sobrevivían en condiciones increíbles de miseria, con su cultura y sus creencias despreciadas o prohibidas. Cuando Mariátegui retornó, encontró que se pedía de la realidad que se amoldara a los constructos desarrollados en otras latitudes. Por todo esto, existieron muchas situaciones en donde dirigentes brillantes que tenían una mirada de gran perspectiva a futuro, colisionaban con tendencias dirigenciales u opositoras a la dirección que no miraban más allá de sus narices. Y eso hizo daño a los nacientes partidos. Fue parte de la gestación de la vanguardia organizada, pero también contenido aún incipiente de su derrota.

Se señala esto, pues una de las características más sobresalientes del comunismo latinoamericano, fue que sus fundadores principales terminaron proscritos o malversados de los instrumentos y de los postulados que habían contribuido principalmente a forjar.

Uno de los ejemplos que podrían ilustrar el primer caso, esta vez en Norteamérica; es el del talentoso periodista John Reed, quien junto a Benjamin Gitlow, equivocó su visión en 1919 y quiso tomar el control del Partido Socialista en los Estados Unidos, a pesar de que el ala derecha ya los había expulsado. Sanción por demás ridícula, ya que los reformistas sólo contaban con 10% de influencia sobre la militancia; por lo tanto Reed no debió gastar tantas energías junto a su grupo, tratando de tomar un

aparato que era sólo una cáscara, pues el verdadero partido, el otro 90% había sido expulsado junto a él. He allí el caso de un dirigente talentoso que pierde la brújula.

Para el segundo caso sobran ejemplos. Tal vez el más impresionante sea el de Julio Antonio Mella, miembro del grupo fundador del Partido Comunista de Cuba; a quien la dirección del PCC expulsó de sus filas en 1926 por haber iniciado una huelga de hambre en la cárcel en donde se encontraba preso, sin consultar con el Comité Central del partido. No obstante también se sucedían en esta alborada grandes muestras unitarias, en donde se imponía la comprensión a la inexperiencia y las ganas de mantenerse unidos de la mayoría frente a los sectarismos minoritarios. Así, fue Charles Ruthenberg, secretario general del Partido Comunista de los Estados Unidos, entre los años 1919 y 1927, quien lideró la escisión del ala socialdemócrata para ingresar a la Internacional Comunista; quien apuntaló a Mella defendiéndolo frente a sus propios camaradas del PCC.

Pero, aún así, esta inexperiencia, cierta tendencia al caudillismo de los líderes más jóvenes frente a las dirigencias provenientes del reformismo, desde los aspectos negativos; y el espíritu unitario, la polémica sana y la comprensión, como rasgos positivos; generaron una dialéctica que preparó organizaciones permeables a las imposiciones de la Internacional Comunista como producto de sus cambios de tácticas y su revisión del contenido estratégico. La incompetencia de la mano de líderes dóciles, domesticados, generaría partidos vasallos y jefes dogmáticos; el caudillismo se tornaría en arma exclusiva de la socialdemocracia, el fascismo y la derecha; y el espíritu unitario moriría dando pie al sectarismo. Que dicho sea de paso, no sería lo único en morir, extraordinarios hombres de acción, al mismo tiempo que teóricos de gran nivel, caerían en este proceso. Baste con mencionar esta vez en Europa, a Andreu Nin, torturado y asesinado por orden del general soviético Orlov en 1937, crimen del que fue directamente responsable Vittorio Vitali; quien estuvo relacionado con la muerte de Julio Antonio Mella en 1929.

Dinámicas similares ocurrían en los demás partidos. La experiencia de José Carlos Mariátegui no estuvo exenta de estas.

El colectivismo agrario y el movimiento indígena. Entre la marginación y el chauvinismo

Una de las polémicas más interesantes que enfrentó a Mariátegui con diversas posturas, fue la que se realizó en torno al tema del indigenismo, principalmente en 1929, aunque sus influjos perdurarían, mucho más de medio siglo después.

En un país como Perú, en donde la masa indígena había sido diezmada y expoliada a partir de la conquista española, situación que no había variado mucho durante la independencia y la república, el indio como sujeto transformador de su situación de postración, debía pasar de ser personaje de su drama a actor de su liberación; por lo tanto las declaraciones lacrimógenas a favor del indio, o una visión derrotista respecto a su rol, o una exaltación chauvinista de éste, no podía ser aprobada por Mariátegui, quien antes que nada entendía el problema del indio como un problema económico, el problema de la tenencia de la tierra y de sus formas de producción. Mariátegui ve, frente a sus contendores, que este asunto fundamental en Perú, y en toda la zona andino-amazónica, se manifiesta con argumentos racistas de uno y otro lado y por lo tanto, se vuelca al análisis y propone una visión marxista de las razas en América Latina, tanto para el movimiento popular peruano, como para la Komintern, pues pronostica lo que va a suceder: que los campesinos hambreados y desposeídos van a responder más a una prédica de reivindicación de su tenencia de la tierra, que a alguna de manifestación política del poder, pues el interés de los indígenas en ese momento era poseer la tierra no socializarla, aquello en el plano económico; mientras que en el cultural, clamaban por el respeto a su cultura. Aunque eso no negara sus formas colectivas de vida social heredadas por siglos.

Pero, aún así, Mariátegui no descarta el valor del indigenismo como elemento aglutinador de reclamos y difusor de situaciones sobre la problemática indígena, pues, ante voces oligarcas que desdeñan el indigenismo tildándolo de pasadista, el Amauta contestará: "No se puede equiparar, en fin, la actual corriente indigenista a la vieja corriente colonialista. El colonialismo, reflejo del sentimiento de la casta feudal, se entretenía en la idealización nostálgica del pasado. El indigenismo en

cambio tiene raíces vivas en el presente."[27] ¿Y cuáles serían esas raíces vivas en la actualidad? Pues nada menos que la situación de postración en que vivían los indios y la cultura de resistencia que habían generado. Colonialismo e indigenismo, con retóricas similares respecto a sociedades ideales, no son lo mismo; mientras el primero se afianza para oprimir, para desconocer, para imponer; el otro quiere, antes que nada, liberarse.

En el debate, Luis Alberto Sánchez, más tarde aprista, diría: "La raza quechua, como núcleo de esa transformación deberá proveerse de las armas que disponemos los hombres libres: independencia política y económica efectivas, y cultura. Quizás para esta evolución haya que *sacrificar* algunos dogmas provisionales. Pero, ello es nada con tal de llegar a la meta."[28] Según esta visión, el indio no tenía cultura, y su única salvación era la "independencia económica y política", algo que no se entiende bien, que va desde la idea de un proyecto autárquico hasta la concepción de la propiedad rural capitalista, aunque haya que sacrificar demasiado. Era en el fondo, el mismo argumento de Domingo Faustino Sarmiento, ayudar al indio, cambiando al indio; sus creencias y formas de vida social no son cultura, deberían aprender de los "hombres libres".

Mariátegui plantearía firmemente: "El indio no representa únicamente un tipo, un tema, un motivo, un personaje. Representa un pueblo, una raza, una tradición, un espíritu. No es posible, pues, valorarlo y considerarlo, desde puntos de vista exclusivamente literarios, como un color o un aspecto nacional, colocándolo en el mismo plano que otros elementos etnográficos del Perú."[29] Mariátegui entiende bien la diferencia, se puede hablar de integración nacional, de construcción de la nacionalidad, con todas las expresiones variopintas del país; pero no se puede decir que todas estas manifestaciones socioculturales *están en*

---

27 MARIÁTEGUI, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Empresa Editora Amauta. Lima, Perú, 1988. Pág. 335.

28 SÁNCHEZ, Luis Alberto. "Colofón a Tempestad en los Andes" (1927). En: MARIÁTEGUI, José Carlos / SÁNCHEZ, Luis Alberto. *La polémica del indigenismo*. Mosca Azul Editores. Lima, Perú, 1976. Pág. 146. Las cursivas son nuestras.

29 MARIÁTEGUI, José Carlos. "El indigenismo en la literatura nacional II (1927)". En: MARIÁTEGUI, José Carlos / SÁNCHEZ, Luis Alberto. *La polémica del indigenismo*. Mosca Azul Editores. Lima, Perú, 1976. Pág. 36.

el mismo plano. No. El sector indígena ha sido el desposeído, el maltratado en la historia del colonialismo en nuestro continente, la integración no es con ellos, es a partir de ellos. Así lo entendía el Amauta, e iba más allá, pensaba que las formas colectivas de reciprocidad indígena que se expresaban, además, a través de su influjo en otros sectores nacionales, podían servir como fundamento e inspiración a nuestro socialismo.

Víctor Andrés Belaúnde, el teórico de la derecha oligárquica en Perú, si bien es cierto valora la preocupación de Mariátegui respecto a la situación del indio, le reprocha la forma utilizada para plantearla: "esta misma realidad sufre, en los ensayos de Mariátegui, las inevitables deformaciones impuestas por el credo rígido del socialismo pseudocientífico."[30] Para la derecha Mariátegui deforma la realidad del indígena– y digamos, toda la realidad –pues la observa a través del marxismo. Lo que incomoda a la derecha es que Mariátegui encuentre en esta reivindicación indígena, que muchos ven racial, cultural, moral, una expresión de la lucha de clases, que se manifiesta justamente, como todas sus declaraciones, a través de disímiles representaciones. La solución para la derecha no puede ser nunca estructural pues atentaría directamente contra su patrimonio.

Así se observa que, mientras Mariátegui combate contra aquellos que desde la izquierda proponen un no indio, lo hace también contra la derecha que no acepta la responsabilidad estructural, sistémica, del Estado peruano, en las circunstancias del indio.

El análisis marxista del Amauta se forja aquí en la praxis y se demuestra con ella. No obstante, a su muerte, los rusos lo calificarán como populista. Miroshevski, dirá que para "Mariátegui, que no comprendía el papel histórico del proletariado, que negaba su hegemonía en el movimiento revolucionario y se orientaba por los 'instintos colectivistas' del campesinado peruano, el problema aparecía de forma distinta."[31] Justamente Mariátegui, que no entiende el decurso del pensamiento

---

30 BELAÚNDE, Víctor Andrés. "La realidad nacional". En: BELAÚNDE, Víctor Andrés. *Obras completas. Tomo III*. Edición de la Comisión Nacional del Centenario. Lima, Perú, 1987. Pág. 20.

31 MIROSHEVSKI, V. M. "El populismo en el Perú" (1941). En: ARICÓ, José (editor y prologuista) *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. Ediciones Pasado y Presente S. R. L. México D. F., México, 1980. Pág. 67.

humano como una línea recta, cree que el desarrollo de la conciencia del proletariado se da desde su realidad histórica y no desde afuera o por sí mismo; ni inmerso únicamente en su mismidad, ni a partir de esquemas preestablecidos. En Perú, el proletariado iba a desarrollar su nivel de comprensión de su situación de clase y de su rol histórico, a partir de las luchas indígenas por su reivindicación, puesto que las manifestaciones proletarias de clase del obrero peruano, se dan a través de su cultura, y su cultura es pues, colectiva, andina, amazónica, originaria. Mientras que para Miroshevski Mariátegui no entiende al proletariado e idealiza a los indígenas, Mariátegui lo que hace es comprender precisamente que el carácter de clase del obrero en Perú está marcado profundamente por su raigambre indígena, *por su raza, su tradición, su espíritu*.

No comprendió Miroshevski, que la conciencia de clase del proletariado de una sociedad no industrial está sumergida en las creencias que ha heredado por la tradición y que posee desde hace siglos, fenómeno que se manifiesta en su cultura, en su arte, en su forma de trabajar, en sus vínculos sociales, en su fe; en sus odios y en sus amores.

Robert Paris intenta aclarar el panorama material que llevó a Mariátegui a identificar en el movimiento indígena una gran fuerza social, inspiradora además del socialismo. Basándose en estudios de Abelardo Solís, dice: "¿Quién es el proletario? Sobre un total de alrededor de 5 millones de habitantes, el Perú de Mariátegui sólo tiene unos 100.000 obreros, comprendidos los 'braceros' empleados en las plantaciones, mientras que se empadronan 1.500.000 comuneros."[32] Este importantísimo dato, que nos permite observar la importancia del campesinado en el proceso económico de Perú y la situación del obrero, no debe conducirnos como a muchos, a creer, que por la cantidad de campesinos mayoritaria, el rol del obrero como vanguardia transformadora se posterga o se empequeñece, y que por esa razón José Carlos Mariátegui ubica al indio como eje vital de la transformación social; no, las razones de Mariátegui son otras. Es cierto que él observa que en nuestra realidad colonial, es el indígena el sujeto de las más graves exacciones, pero también

32 PARIS, Robert. *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*. Ediciones Pasado y Presente, S. R. L. México D. F., México, 1981. Pág. 184.

comprueba que la clase obrera peruana es su proyección urbana, su representación moderna, tanto racialmente, como culturalmente. Es por eso que Mariátegui entiende que las luchas obreras en Perú –y en grandes territorios de Latinoamérica– tienen rostro indígena. Y ese motivo no es cualquier cosa. Ni populismo, ni chauvinismo.

Además no es cuestión de cantidad, sino del nivel de incorporación en el proceso productivo, de su capacidad de organización y de su disposición salarial y legal, lo que hace importante a la clase obrera como motor de transformación global. No obstante, en sociedades que han sido pueblos coloniales y que están sufriendo recientemente el proceso de la industrialización, el fenómeno se adereza con los componentes específicos de su contexto. Ya Mariátegui había comprobado, aún antes de hacerse marxista, en las luchas por las ocho horas de 1919, que en ellas había participado un gran contingente no obrero ni estudiantil, sino allegado a las masas campesinas provenientes de las masas indígenas que veían en estas reivindicaciones proletarias, las propias.

Cronista de los hechos como siempre fue, no podía dejar pasar por alto estas consideraciones a la luz del marxismo. No obstante, cierto sector indianista criticará negativamente las posiciones de Mariátegui, pues verán al marxismo como un objeto importado, ajeno a nuestras propias condiciones americanas. Esta idealización de lo indio, ya había sido duramente combatida por Mariátegui. Él sabe muy bien diferenciar entre el despotismo incaico de la élite gubernamental, y las formas de vida colectivas de explotación de la tierra y su reproducción en experiencias sociales solidarias y recíprocas. No hay relación entre el nacionalismo a secas, el chauvinismo, y el socialismo de Mariátegui. Ninguna concesión[33]. Por ello dirá en 1928: "El socialismo en fin, está en la tradición americana. La más avanzada organización comunista, primitiva, que registra la historia, es la incaica."[34] Ya para estas fechas, el Amauta

33 Sobre esta visión chauvinistoide del marxismo, leer las opiniones del reconocido indianista boliviano Fausto Reinaga (1906-1994), que si bien, resalta ciertos puntos de vista de Mariátegui, rechaza su marxismo. Ver: REINAGA, Fausto. *La revolución india*. Ediciones Fundación Amaútica "Fausto Reinaga". La Paz, Bolivia, 2001. 512 pp.

34 MARIÁTEGUI, José Carlos. *Aniversario y balance*. En: *Ideología y política*. Empresa Editora Amauta. Lima, Perú, 1969. Pág. 249.

tiene bien decidido que todo programa revolucionario que impulse con su grupo, tendrá que hacerse de la mano del movimiento indígena, el socialismo en Perú es un proyecto y es un renacimiento. Requiere de la fe de las masas en un futuro, cuyo pasado contiene el germen vital de su propia independencia.

Polémica sobre la táctica revolucionaria. Entre el Apra y la Komintern. Liberación nacional y socialismo

Mariátegui vuelve al continente cuando la influencia del anarquismo y del anarcosindicalismo se ha debilitado un poco en muchos lugares y en otros ha cedido terreno al socialismo. En otros territorios aún las ideas nacionalistas campean ante el pensamiento colonial. Será ésta la época en donde el "polo norte comunista" de Latinoamérica será el Partido Comunista de México y el "polo sur" los partidos comunistas argentino y uruguayo, es decir el eje Buenos Aires-Montevideo (ver Mapa 3). En nuestra América las condiciones del movimiento revolucionario habían sido radicalmente distintas a las europeas o asiáticas, el pueblo aún guardaba en su memoria la gesta revolucionaria de procesos de liberación nacional como los liderados por José Gabriel Condorcanqui Túpac Amaru II, Túpac Katari, José de San Martín, Simón Bolívar, José Gervasio Artigas, José Martí; y más recientemente Eloy Alfaro y Emiliano Zapata, entre otros. Los partidos revolucionarios se habían fundamentado en estas tradiciones, siendo dislocadas sus proclamas, primero por el advenimiento del anarquismo, y después del socialismo. Será justamente, José Carlos Mariátegui el que propondrá que sea el socialismo el encargado de resolver esa contradicción histórica entre liberación nacional y socialismo.

Los países en donde se habían anidado las ideas socialistas con más fuerza que en otros, eran los que habían potenciado sus fuerzas productivas; Argentina, Uruguay en ciertos sectores y México, luego del proceso reformista. El mapa del continente en esos años mostraba un *collage* entre movimientos indigenistas, populistas, socialistas y nacionalistas (ver Mapas 1 y 2). En esa diversidad es en la que le tocó actuar a Mariátegui. En un continente que era un poco África, un poco Europa. Un continente mestizo.

Cuando Mariátegui da por terminado el debate sobre el indigenismo y sienta posición sobre el asunto respecto a la lucha de clases y al problema nacional respectivamente, ya el movimiento comunista no es el mismo, las pugnas al interior del Partido Comunista de la Unión Soviética son cada vez más fuertes, asiste pues, José Carlos, a un debate sobre dos formas de construir la revolución mundial, diferencias que se proyectarán a los grupos y partido hermanos a través de la Komintern. En esta etapa, Mariátegui discutirá con los elementos de vanguardia del país y al mismo tiempo enfrentará a nivel continental el oportunismo de Haya de la Torre y el aprismo, mientras que por otro lado mantendrá sus propias divergencias en el seno del movimiento comunista internacional.

Estas diferencias van a darse en interesante contraste con lo que Mariategui vive en el país, mientras el naciente aprismo –es decir el marxismo pequeñoburgués de aquel entonces– ve en el problema del indio, un problema cultural y de desarrollo económico exógeno, la Internacional Comunista lo observa como un fenómeno del viejo régimen, distanciado de la clase obrera; en un principio, luego, cambiará de visión, y postulará la independencia de los pueblos originarios. Basándose en las nociones leninistas del derecho de los pueblos a la autodeterminación, la Komintern intentará la liberación soberana de los pueblos originarios, más allá de la propia disposición de éstos a intentarlo, fracasando rotundamente. Por lo tanto, no es que Mariátegui busque la polémica, ésta se da por la necesidad del Amauta de aclarar el panorama y advertir sobre futuros errores en el proceso revolucionario.

Cuando José Carlos Mariátegui profundiza las relaciones que ya había iniciado en Europa con el movimiento comunista internacional, pues está orientado definitivamente a favor de éste y de ninguna manera se coloca en torno al socialismo domesticado y claudicante de la Segunda Internacional; entra en contacto necesariamente con Vittorio Codovilla[35], dirigente del partido argentino y coordinador para

35 Vittorio Codovilla. Comunista argentino de origen italiano. Fundador del Partido Comunista Argentino entre 1917 y 1918, junto a José Penelón, Rodolfo y Orestes Ghioldi y el apoyo de Luis Emilio Recabarren. Sucedió a Penelón en la dirección del movimiento en Argentina y Latinoamérica, al distanciarse éste del comunismo.

Latinoamérica del movimiento comunista. Para hacernos una idea del personaje desde la política práctica, diremos que Codovilla coincidió con la dirección del Partido Comunista de Cuba en la idea que tenían sobre Julio Antonio Mella: para Codovilla éste era un "pequeño burgués, caudillista e intelectual"[36]. Por otra parte, para ese entonces, Mariátegui y Mella tenían una misma idea de los proyectos de Haya de la Torre. Para el peruano el Apra intentaba recrear el Kuomintang; para el cubano, Haya no era más que un Chiang Kai-shek criollo. A partir de aquí y en contraste con Mariátegui –y para entenderlo más–, será necesario ver más adelante cómo les fue a los otros notables dirigentes marxistas de Latinoamérica, que prefirieron o intentaron construir sus organizaciones y sus programas a partir de sus realidades y no imponiendo criterios; algunos de ellos fracasarían o cejarían en la lucha.

Haya de la Torre había opinado en una entrevista a fines de 1926, que "el único Frente Único Antiimperialista parecido al Kuomintang es el Apra. Como lo es el Kuomintang, nosotros somos un frente único de estudiantes, obreros, campesinos, intelectuales, soldados, etc., contra el imperialismo yanqui y por la soberanía y libertad de nuestros países"[37]. Vemos como Haya intentaba perfilar al Apra como el gran frente continental contra el imperialismo. Eso es lo que vio Mariátegui en el Apra en un inicio y nada más. No era lo mismo integrar un frente antiimperialista que un partido antiimperialista. Y así lo entendió el Amauta, cuando criticó la política comunista china de perder su carácter de clase, en su temporal unidad con los nacionalistas chinos. Lo mismo constituiría la base de su polémica con Haya, el plantear que el Apra fuera frente y partido a la vez. Para Mariátegui estaba claro: los comunistas pueden –y deben– participar en un frente pluriclasista antiimperialista, pero no dentro de un partido que no sea el que porte sus consignas y símbolos, y realice, sobre todo su prédica.

Mariátegui evalúa de la siguiente forma la política china que luego criticará por la forma en que se hizo: "La colaboración con la burguesía,

---

36 RAVINES, Eudocio. *La Gran Estafa. La penetración del Kremlin en Iberoamérica*. Libros y revistas S. A. México D. F., México, 1952. Pág. 104.

37 HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl. "Entrevista por la Tribuna de Cantón". En: *Repertorio Americano*, Vol. XIV. Costa Rica, 1927. Pág. 344.

y aún de muchos elementos feudales, en la lucha antiimperialista china, se explica por razones de raza, de civilización nacional que entre nosotros no existen. El chino noble o burgués se siente entrañablemente chino. Al desprecio del blanco por su cultura estratificada y decrépita, corresponde con el desprecio y el orgullo de su tradición milenaria. El antiimperialismo en China puede, por tanto, descansar en el sentimiento y en el factor nacionalista. En Indo-América las circunstancias no son las mismas. La aristocracia y la burguesía criollas no se sienten solidarizadas con el pueblo por el lazo de una historia y de una cultura comunes. En Perú, el aristócrata y el burgués blancos, desprecian lo popular, lo nacional. Se sienten, ante todo, blancos. El pequeñoburgués mestizo imita este ejemplo".[38] Mariátegui hace hincapié nuevamente en lo racial, no como efecto aislado, sino como fenómeno que representa las diferencias clasistas; no es que el Amauta haga un análisis racial del proceso histórico, por el contrario, su diagnóstico social es un balance de la lucha de clases, pero sin perder de vista el factor cultural, que es, entre otras cosas, una de las más grandes y profundas manifestaciones de las diferencias de clases. Con el trascurrir de la revolución en China, Mariátegui pasará a criticar negativamente la experiencia con el Kuomintang: "La traición de la burguesía china, la quiebra del Kuo Min Tang, no eran todavía conocidas en toda su magnitud. Un conocimiento capitalista, y no por razones de justicia social y doctrinaria, demostró cuán poco se podía confiar, aún en países como China, en el sentimiento nacionalista revolucionario de la burguesía."[39] En ambos análisis, el Amauta está planteando toda una concepción de partido, éste no puede ni debe perder perspectivas en las alianzas temporales. Representa a un sector y a ese sector debe defender en todas sus acciones. La alianza con el nacionalismo no radica en convertirse en nacionalistas y activar su programa, sino en –y a través de éste– agitar y construir el propio, en unidad[40].

---

38 MARIÁTEGUI, José Carlos. "Punto de vista antiimperialista". En: *Ideología y política*. Empresa Editora Amauta. Lima- Perú, 1969. Pág. 88.

39 Ibíd. Pág. 89.

40 Rodolfo Puiggros ha querido ver en esta segunda valoración de Mariátegui la presión de la Komintern para que el Amauta cambie sus puntos de vista. Nada más ajeno a la personalidad del dirigente peruano. Si bien es cierto que

La colaboración con la burguesía debe darse frente al enemigo en común, siempre y cuando esta burguesía tenga una concepción de patria nueva, no sólo en el discurso sino en la práctica, y se esté enfrentando a un enemigo colonial; pero cuando la burguesía es enemiga de toda transformación social y más aún, cuando esta misma burguesía local es la subsidiaria del imperialismo, es su operador local, se ha constituido en su bisagra, y debe su carácter de clase al mismo imperialismo, cualquier alianza es imposible. Y la revolución deviene, entonces, en revolución socialista. Dice Mariátegui: "En el Perú los que representan e interpretan la peruanidad son quienes, concibiéndola como una afirmación y no como una negación, trabajan por dar de nuevo una patria a los que, conquistados y sometidos por los españoles, la perdieron hace cuatro siglos y no la han recuperado todavía."[41] ¿Y qué es la peruanidad? Pues la defensa de la integración nacional como foco de resistencia a las pretensiones coloniales; es elevar a plan nacional las formas sociales de vida del pueblo oprimido, pero desde una perspectiva libertaria. Allí sí es posible una alianza con sectores nacionalistas. Siempre y cuando éstos planteen una modificación del orden imperante de las cosas. Para Mariátegui, todo nacionalismo que se proponga consumar la liberación nacional, ha de ser un nacionalismo revolucionario. No por gusto Lenin advertía que: "el nacionalismo ruso, como todo nacionalismo, atravesará distintas fases, según predominen en el país burgués unas u otras clases"[42]. Mariátegui así lo entendía y pretendió construir un socialismo acorde con las corrientes de pensamiento que en su realidad se expandían a partir de la misma.

Mariátegui no quiso romper tan pronto con las posiciones nacionalistas de Haya de la Torre, pues lo consideraba demasiado pronto según su concepción de frente único, ello no significa que creyera que había que perder la personalidad dentro de la unidad. Y así como vio bien la alianza china entre el Kuomintang y los comunistas frente a un enemigo común, no estuvo de acuerdo en su pérdida de brújula, lo que los llevó a serias derrotas. Ver la nota 68.

41 MARIÁTEGUI, José Carlos. "Nacionalismo y vanguardismo". En: *Peruanicemos al Perú*. Empresa Editora Amauta. Lima, Perú, 1988. Pág. 102.

42 LENIN, V. I. *El derecho de las naciones a la autodeterminación*. Editorial Progreso. Moscú, URSS, 1980. Pág. 60.

El Amauta observa el nacionalismo a secas como propio de la derecha, pero entiende que el pueblo en sus gestas, esgrime un nacionalismo revolucionario, que debe empatar necesariamente con el socialismo. Y es por eso que critica fuertemente a Haya de la Torre cuando sin consultar con el movimiento y sin contar con una base social organizada pretende la conquista del poder mediante un putsch, mientras agita su candidatura presidencial. En las proclamas de Haya de la Torre de la época se observa como pasa de una posición electoral a una prédica insurreccional indistintamente. Fallecido ya Mariátegui, Haya, que ya había visto frustrado su sueño de la elección presidencial no puede contener a las bases apristas que encandiladas por la palabrería estéril de su jefe y con ansias sinceras de cambio se lanzan a la insurgencia en 1931 y aun en 1932. Haya de la Torre traicionará estas gestas y negará su relación con ellas en repetidas ocasiones. Centenares de militantes apristas pagarán con su vida las desviaciones de su dirección.

Mariátegui nunca aprobó este aventurerismo, extraordinaria coincidencia de visión con José Martí, quien ante las intentonas armadas de raíz aventurera declara que su partido[43] es "censor enérgico de toda rebelión parcial o incipiente."[44] Por el contrario, lo condena. Para Mariátegui cualquier táctica a desarrollar debe ser siempre con el pueblo y no a pesar de él. No obstante su posición era diferente a la hegemónica, en un principio las críticas fueron veladas.

Fue con el viraje del VI Congreso de la Internacional Comunista que se endurecieron y se zanjaron las posiciones con aquellos que estaban por un camino propio. Si bien antes de éste el Apra había sido vista como lo que era; un programa de contemporización con el capitalismo norteamericano, bien pudo ser vista después como el modelo partidario perfecto a los intereses conciliatorios de Moscú. Recordemos que la consigna de

---

43 El Partido Revolucionario Cubano, fundado en 1892 por José Martí y Carlos Baliño López (1848-1926), entre otros. Baliño fue el primer marxista de Cuba, el mismo que años más tarde fundaría el Partido Comunista de Cuba al lado de Julio Antonio Mella. Para mayor información de la relación de Martí con los primeros socialistas cubanos ver: CANTÓN NAVARRO, José. *Algunas ideas en relación con la clase obrera y el socialismo*. Instituto Cubano del Libro. La Habana, Cuba, 1970. 164 pp.

44 MARTÍ, José. "El Partido Revolucionario a Cuba". En: MARTÍ, José. *Antología mínima*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, Cuba, 1972. Pág. 174.

Frente Popular llevó al Partido Comunista Peruano y al Apra en unidad impulsando la candidatura del Dr. José Luis Bustamante y Rivero por el Frente Democrático Nacional. Uno de los más importantes teóricos comunistas latinoamericanos fiel a Moscú fue el uruguayo Rodney Arismendi, secretario general del PCU desde 1955 hasta 1987. En uno de sus principales textos dirigidos contra el pensamiento de Haya de la Torre, saluda en la introducción la acción conjunta de apristas y comunistas al lado de Bustamante y Rivero y pasa a criticar duramente las posiciones filosóficas de Haya, como individuo. La columna vertebral de esta crítica desde el punto de vista político se aprecia en la siguiente cita: "la concepción hayista es nefasta para el desarrollo de la revolución democrático-burguesa en el Continente y que sus postulados contribuyen a la conservación de las prescriptas estructuras del atraso económico, encadenadas a la voracidad del capital financiero internacional[45]". Este texto de 1946 retrata la evidente ceguera de Moscú respecto al carácter de la revolución en América Latina y en Perú. Y es una ceguera total. Lo decimos por segunda vez. En países como los nuestros en los cuales la burguesía ha cumplido el rol accesorio de los intereses capitalistas no puede haber una revolución democrático burguesa, pues jamás la burguesía nacional va a luchar para dejar a un lado ese rol suplementario que le otorga tantos beneficios; es la revolución socialista la encargada de cumplir con esas tareas; es decir con las tareas democrático burguesas bajo una dirección proletaria, tal y como lo pensaba Mariátegui. Pues si eso pensaba y hacia eso iba, ¿cuál sería el carácter de su partido?

Pero respondamos eso luego. ¿Cuál era el verdadero problema con Haya? ¿Por qué quienes abiertamente lo combatieron fueron tildados por Moscú como "provocadores" y "caudillistas", como en el citado caso de Mella? ¿Por qué a pesar de esas críticas Moscú lanzó la consigna de desmantelar el Apra desde afuera? El problema de Haya de la Torre era su excesivo oportunismo y su independencia del movimiento comunista. Cuando se da el viraje ya es muy tarde para Haya, se ha colocado como enemigo del comunismo luego de su polémica enconada con Mariátegui.

---

45 ARISMENDY, Rodney. *La filosofía del marxismo y el señor Haya de la Torre. Sobre una gran mistificación teórica*. Ediciones Anteo. Lima, Perú, 1986. Pág. Pág. 19.

No obstante, los partidos comunistas en Latinoamérica fueron dotados desde la Internacional de programas muy similares al aprismo y éste construyó su aparataje partidario de forma muy similar al de los partidos comunistas. A partir de 1935 ambos "lucharían" por la revolución democrática en el continente.

Pero repasemos las relaciones directas de Mariátegui con la Komintern. Mariátegui y su equipo participan en el IV Congreso Sindical Rojo, en marzo de 1928, al que son enviados Armando Bazán y Julio Portocarrero; en aquella experiencia, Codovilla exige a Mella su firma para la expulsión de Andreu Nin. Éste la rechaza. Lo mismo harán Bazán y Portocarrero. Codovilla iniciará una campaña de desprestigio contra el cubano y de crítica a los peruanos.

La segunda experiencia internacional del grupo se da ya constituidos como partido, pues Mariátegui fundará el Partido Socialista del Perú el 7 de octubre de 1928. Se lleva a cabo el Congreso Constituyente de la Confederación Obrera Latinoamericana de Montevideo, en mayo de 1929. Es delegado Julio Portocarrero. En este certamen, Portocarrero presenta una tesis de Mariátegui: *Antecedentes y desarrollo de la acción clasista*; que es una sumaria visión de la organización de las fuerzas proletarias en Perú a partir de la experiencia del grupo de Mariátegui. La invectiva a "una visión propia de Mariátegui" es realizada.

La tercera experiencia internacional vuelve a colocar en la delegación enviada a Julio Portocarrero, esta vez acompañado por el brillante intelectual, Dr. Hugo Pesce; es la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana de Buenos Aires, en junio de 1929. En ella, la comisión peruana expone *Punto de vista antiimperialista* y *El problema de las razas en América Latina*; en la que están presentes los principales postulados del Amauta, no subestimar el aporte indígena como expresión de la lucha de clases en la parte andino amazónica del continente; y la valoración del colectivismo agrario; así como define el antiimperialismo consecuente como propio de una actitud marxista.

En esta reunión la condena a los postulados de José Carlos Mariátegui se da con toda su fuerza. El planteamiento del tema racial es considerado una equivocación, la lucha es de clases, no de razas. No por gusto, Miroshevski calificaría a Mariátegui de populista, del mismo modo que

las tendencias indianistas no se radicalizarían y se alejarían del comunismo ante el desprecio de éste por sus proclamas y su insistencia en imponerles un programa desde afuera. Esa negatividad de la Komintern no tratará ya de comprender los temas nacionales de cada país, sino a permitir o impulsar sus propios tratamientos contextuales; generó la aversión de amplios sectores sociales a sus prédicas o el comportamiento dogmático, sectario y aventurero en otros.

En muchos casos los revolucionarios consecuentes caerían víctimas de su osadía, siempre entre el aprismo y la Komintern. Veamos los ilustrativos casos de Augusto César Sandino, Julio Antonio Mella, Agustín Farabundo Martí y Luis Carlos Prestes. Sería la época del auge de los partidos comunistas en Latinoamérica (ver Mapa 3).

Julio Antonio Mella habría pasado también por un proceso similar, él también actuó en unidad con Haya de la Torre en un período inicial y luego sería quien lo combatiría furibundamente en el Primer Congreso Antiimperialista de Bruselas en febrero de 1927, había dicho en 1923: "Como Haya debió de ser Martí, el mismo amor, la misma consagración al ideal, el mismo espíritu de combatividad serena, pero agresiva y enérgica, igual desprecio a los placeres, a las comodidades, a la vida misma"[46], además de denominarlo, "genio", "magistral", "sueño", etc. En un primer momento, Haya parecía el líder de un movimiento continental que para muchos, debía concretarse en una prédica socialista comunista, no sencillamente reformista; sin embargo, la ambigüedad de criterios de Haya para juzgar los fenómenos sociales, su egocentrismo disimulado, su caudillismo envolvente y vertical; y su espíritu organizacional más parecido a los albores del fascismo que al movimiento socialista, cosa que lo conduciría a militarizar en cierto sentido la futura organización partidaria; terminó por distanciarlo de Moscú y de sus adeptos en todo el mundo. Para Moscú pesaba más –como criterio político para este distanciamiento– las amistades y contactos que Haya había establecido, no sólo en Europa con prominentes líderes socialdemócratas ligados al

46 MELLA, Julio Antonio. "Víctor Raúl Haya De La Torre". En: MELLA, Julio Antonio. *Documentos y artículos*. Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro. La Habana, Cuba, 1975. Págs. 76-77.

menchevismo más como concepción teórica y realización práctica, que en lo orgánico; entre aquellos allegados figuraba Karl Kautsky.

Aquí es imprescindible entender el porqué de la ruptura de Mariátegui con Haya, algo que no se hará si no lo intentamos, colocándonos en el marco de la relación de ambos con la Liga Antiimperialsita y con la Internacional Comunista. Para el Segundo Congreso Antiimperialista de Frankfurt de julio de 1929, Haya de la Torre no será invitado. Fiel a la tradición de modificar la verdad y no respetar las consideraciones históricas, Luis Alberto Sánchez[47], amigo de Mariátegui y acérrimo hayista luego de la muerte de éste, señalará que el comunista alemán Alfonso Goldschmidt[48], "pidió que se invitara al Apra, puesto que se trataba de un Congreso Antiimperialista"[49], dando a entender una simpatía política de parte de Goldschmidt hacia el Apra, y no lo que significa políticamente ese reclamo: el no romper aún con los frentes antiimperialistas. Autores apristas han continuado utilizando postulados de este profesor alemán, así como de Hermann Dunker y otros para justificar sus teorías[50]. El que sí reclamó la presencia del Apra y no estuvo de acuerdo con su expulsión fue el delegado de Sandino[51], José Constantino Gonzáles, quien más preocupado por la presencia del Apra en la Liga, lo estaba porque ésta se volviera cada vez más sectaria, llegando a desaparecer ellos mismos –el grupo de Sandino– de la organización; ya el Kuomintang no estaba luego de la ruptura por su traición a los comunistas.

---

47 Sánchez nació en 1900 y falleció en 1994. Llegó a ser vicepresidente de Perú durante el primer gobierno de Alan García Pérez. Mariátegui derrotó sus planteamientos en la célebre polémica sobre el indigenismo. No obstante continuaron manteniendo relaciones de amistad.

48 Este profesor alemán de Economía Política marxista realizó una visita a México en el segundo quinquenio de los años veinte, a dar una serie de conferencias. Allí nace la idea de dar vida al Instituto Mexicano de Estudios Económicos. Algunos de sus miembros fundadores fueron Jesús Silva Herzog, Julio Antonio Mella y Víctor Raúl Haya de la Torre.

49 SÁNCHEZ, Luis Alberto. *Haya de la Torre o el político. Crónica de una vida sin tregua*. Enrique Delgado Valenzuela, Editor. Lima, Perú, 1979. Pág. 165.

50 A propósito ver el libro de: SÁNCHEZ, Luis Alberto. (Editado por Hugo García Salvattecci y Marlene Polo Miranda). *La vida del siglo*. Biblioteca Ayacucho, Caracas, Venezuela, 1988. 461 pp.

51 Augusto Nicolás Calderón Sandino, llamado Augusto César Sandino, nació en Niquinohmo en 1895 y murió asesinado en Managua en 1934. Llamado "General de hombres Libres" por Henri Barbusse en 1928.

Sandino tenía hasta el momento excelentes relaciones con el Kuomintang, parte de sus tropas portaban el retrato del líder nicaragüense, incluso una división militar ostentaba su nombre.[52]

En medio de ambos congresos, se habían sucedido dos hechos de capital importancia para orientar la acción mariateguiana: el primero, en 1927 en torno a las declaraciones de Haya, en octubre, cuando Haya de la Torre se entrevista con el senador estadounidense William E. Borah[53], el mismo hombre que se manifestó a favor de la ejecución de los sindicalistas Sacco y Vanzetti[54], luego en diciembre Haya declaraba

---

52 CERDAS, Rodolfo. *Sandino, el Apra y la Internacional Comunista*. Editorial e Imprenta Sudamericana S. A. Lima, Perú, s/f. 144 pp.

53 William Edgar Borah (1865-1940). Controvertido senador republicano estadounidense por el estado de Idaho, desde 1907 hasta su muerte. Puso en tela de juicio del Tratado de Versalles, así como la división del Reino de Hungría. Fue partidario de una mejor relación de su país con la Unión Soviética. Este senador se opuso a continuar la intervención estadounidense en Nicaragua. Para mayor información de su opinión en el asunto nicaragüense, revisar los siguientes libros de SELSER, Gregorio. *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina: 1899-1945*. Unam, México D. F., México, 2002. Pág. 491; *El pequeño ejército loco. Sandino y la operación México, Nicaragua*. Editorial Nueva Nicaragua, 1986; *Nicaragua de Walker a Somoza*. Mex-Sur Editorial, 1984, y *Sandino, General de hombres libres*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, Cuba, 1981.
Mella condena el hecho de que Haya de la Torre elogiara a alguien como Borah, que si bien es cierto estaba en contra de la intervención yanqui en Nicaragua, opinaba desfavorablemente sobre Sacco y Vanzetti. Borah era miembro del Comité de Relaciones Exteriores del Senado Norteamericano, y en 1914 había suscrito un Convenio entre los Estados Unidos y Nicaragua, en donde entre otras cosas, se analizaba la deuda interna y externa de Nicaragua y se veía la posibilidad de apoderarse de su territorio dada la cantidad inmensa de propiedades agrícolas en el país a manos de terratenientes estadounidenses. Ignoramos si Mella conocía esto, imaginamos que su indignación ante los comentarios de Haya habría sido mayor.
Cuando el enviado de José Carlos Mariátegui, Julio Portocarrero está en Moscú para el IV Congreso Sindical Rojo (marzo de 1928, cuenta que el dirigente Losovsky le enseñó una carta de Haya de la Torre en donde proponía que "era mucho más importante entenderse con el senador Borah (…) que con los trabajadores norteamericanos". Ver: PORTOCARRERO, Julio. *Sindicalismo peruano. Primera etapa 1991-1930*. Editorial Gráfica Labor. Lima, Perú, 1987.Pág. 150.

54 Ferdinando Nicola Sacco (1891-1927) y Bartolomeo Vanzetti (1888-1927), anarquistas italianos ejecutados por electrocución en los Estados Unidos, el 23 de agosto de 1927. Su caso despertó la indignación de miles de personas que en todo el mundo realizaron manifestaciones a favor de su libertad. Entre ellas sobresalió Julio Antonio Mella en México entre junio de 1926 y agosto de 1927. "Labor", el periódico obrero de José Carlos Mariátegui, cuyo primer número

que Inglaterra seguía una política moderada en sus colonias, además de reconocer la ayuda prestada por ésta a la independencia de América[55]; el segundo, la realización del VI Congreso de la Internacional Comunista entre julio y septiembre de 1928. En este congreso se dio paso a la táctica de la lucha "clase contra clase" pasando al denominado "Tercer Período". Como "Primer Período" se conoce al momento de la crisis capitalista como consecuencia del estado de cosas luego que se hicieron visibles con la llamada Gran Guerra, y el ascenso revolucionario en el mundo, de 1917 a 1924, desde el arribo de los bolcheviques al poder hasta la muerte de Lenin. El "Segundo Período" desde 1925 a 1928, fue el denominado de "estabilización del capitalismo". Es Ricardo Martínez de la Torre, del grupo de Mariátegui quien sustenta extemporáneamente esta posición a partir del análisis económico, en un artículo titulado: *Aspectos de la estabilización capitalista*[56], publicado en la revista *Amauta*; en donde contrapone a la estabilización capitalista de posguerra, la socialista. Por su parte Eudocio Ravines publica en la misma revista, en junio, noviembre y diciembre de 1928 y en febrero-marzo y abril de 1929) tres artículos referentes al capital monopolista y al capital financiero[57]. Ravines insiste en estos textos en los antagonismos irreconciliables entre los diversos imperialismos. De la Torre prefiere entre mayo y octubre de 1929 publicar en *Amauta*, un análisis sobre la economía peruana[58], resaltando los antagonismos entre los latifundistas de la costa y la nueva burguesía

salió en noviembre de 1928, publicó cinco textos alusivos al caso de Sacco y Vanzetti, destacando el artículo de Ricardo Martínez de la Torre de agosto de 1929, número 9, en donde rinde homenaje a estos obreros anarquistas en el segundo año de su ejecución.

55 A propósito leer el artículo *La lucha revolucionaria contra el imperialismo*. En: MELLA, Julio Antonio. *Documentos y artículos*. Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro. La Habana, Cuba, 1975. Págs. 363-370.

56 MARTÍNEZ DE LA TORRE, Ricardo. "Aspectos de la estabilización capitalista". En: Revista *Amauta* N° 21. Lima, Perú, febrero-marzo de 1929. Págs. 65-71.

57 RAVINES, Eudocio. "La etapa del monopolio capitalista" (*Amauta*, N° 16. Págs. 29-31), "El capital financiero" (*Amauta* N° 19. Págs. 21. 31) y "Los instrumentos del capital financiero" (*Amauta* N° 21. Págs. 1-8) y N° 22 (Págs. 37-42).

58 MARTÍNEZ DE LA TORRE, Ricardo. "La teoría del crecimiento de la miseria aplicada a nuestra realidad". *Amauta* N° 23 (Págs. 57.71), N° 24 (Págs. 57-64), N° 25 (Págs. 57-66) y N° 26 (Págs. 73-81).

prohijada por el gobierno de Leguía. En ambos se observa la preocupación por no ver solamente las generalidades de los antagonismos, sino hallar sus situaciones específicas en el ámbito económico y su correspondencia con el movimiento de masas. Ravines será el hombre que instará a Mariátegui a romper con Haya de la Torre, y será quien a la muerte de Mariátegui lidere la reunión de cambio de nombre al partido de Partido Socialista a Partido Comunista, el mismo que lanzará la consigna de "desamautizar" el partido, es decir, la consigna de Moscú.

Así vemos cómo y por qué, debido a la propia génesis del movimiento comunista internacional y a las tesis desprendidas del VI Congreso, así como al oportunismo claudicante de Haya de la Torre, el Apra no es tomada en consideración y sancionada negativamente en el Congreso de Frankfurt.

Augusto César Sandino y Agustín Farabundo Martí

Augusto César Sandino era miembro del Comité Ejecutivo de la Liga Antiimperialista, y al interior de su ejército se hallaban tanto comunistas como personajes vinculados al aprismo. Cuando acudió a México a recibir ayuda económica del presidente de aquel país, Emilio Portes Gil[59], ya para ese entonces contaba con la ayuda de Agustín Farabundo Martí, enviado de la Komintern y coronel del Ejército de Sandino. Allí se da una primera ruptura entre Martí y Sandino, por la actitud del segundo de continuar recibiendo aportes de un gobierno que perseguía y encarcelaba a los comunistas. Portes Gil, sucesor de Plutarco Elías Calles[60] colocaron como

59 Emilio Cándido Portes Gil (1890-1978). Presidente de México de 1928 a 1930. Durante su gobierno cayó muerto Julio Antonio Mella. La política gubernamental pese a las manifestaciones en honor a Mella fue la de ordenar el cierre de las pesquisas al cabo de seis días.

60 Francisco Plutarco Elías Campusano, conocido como Plutarco Elías Calles (1877-1945). Presidente de México entre 1924 y 1928. Sin embargo su influencia duró muchísimo más. Señaló que después de su gobierno y gracias a él, México se iba a institucionalizar, para ello fundó el Partido Nacional Revolucionario, el 04 de marzo de 1929. Tanto Portes Gil como Ortiz Rubio fueron sus miembros. El PNR cambió de nombre a Partido de la Revolución Mexicana, el 30 de marzo de 1939, cuando el presidente Lázaro Cárdenas del Río rompe con Calles y decide darle al partido mayor participación obrera. Al ir concluyendo su gobierno; Cárdenas apoya como candidato al representante del ala moderada de su partido, siendo elegido presidente Manuel Ávila Camacho, quién al concluir

sucesor a Pascual Ortiz Rubio, de clara orientación hacia los Estados Unidos. Antes Calles había tenido buenas relaciones con la Unión Soviética, advirtiendo que "no permitiría el ingreso de las ideas comunistas", ello le valió la felicitación del senador yanqui William Borah, amigo de Haya de la Torre. En enero de 1930, el Secretariado de la Liga Antiimperialista acusó a Sandino de haberse vendido por dinero a Portes Gil y al imperialismo, justo en esa misma fecha México rompía relaciones con la URSS. Sandino, preocupado por la pronta ascensión de Ortiz Rubio decide regresar a Nicaragua, a su campamento guerrillero[61]. Lanza un manifiesto pidiendo a los trabajadores organizarse en la Confederación Sindical Hispanoamericana, reanudando relaciones con la Komintern. En abril del mismo año, la Liga señalaba la inocencia de Sandino respecto a las acusaciones de traición y se retomaba el trabajo en conjunto.

Atrapado en medio del resultado de estas discusiones quedó Agustín Farabundo Martí. Martí había difundido el comunismo desde su primera juventud en Centroamérica; y había fundado varias organizaciones socialistas, entre ellas el Partido Socialista Centroamericano. Sería Martí el fundador del Partido Comunista Salvadoreño, en 1930. Realizada la ruptura con Sandino, Martí informa en 1931 a los comunistas, que Sandino había traicionado al movimiento antiimperialista para transformarse en un caudillo pequeñoburgués[62]. En una entrevista realizada en febrero de 1933 a Sandino, por Ramón de Belausteguigoitía, él opina sobre Martí y los comunistas y aún sobre los objetivos de su lucha, en los siguientes términos: "En distintas ocasiones se ha tratado de torcer este movimiento de defensa nacional, convirtiéndolo en una lucha de carácter más bien social. Yo me he opuesto con todas mis fuerzas. Este movimiento es nacional y antiimperialista. Mantenemos la bandera de libertad para Nicaragua y para toda Hispanoamérica. Por lo demás, en el terreno social,

---

su mandato en 1946, cambia el nombre del partido al de Partido Revolucionario Institucional. Había nacido el PRI que adheriría a los postulados de Haya de la Torre y del Apra.

61 Sandino permanecería en México entre junio de 1929 a febrero de 1930.

62 LUNA, David. "Algunas facetas sociales en la vida de Agustín Farabundo Martí". En: *Revista Salvadoreña de Ciencias Sociales*. N° 1. Universidad de El Salvador. San Salvador, El Salvador, enero-marzo de 1965. Pág. 97.

preconizamos un sentido de avance en las aspiraciones sociales. Aquí han tratado de vernos, para influenciarnos, representantes de la Federación Internacional del Trabajo, de la Liga Antiimperialista, de los cuáqueros. Siempre hemos opuesto nuestro criterio decisivo de que esta era una lucha nacional. Martí, el propagandista del comunismo, vio que no podía vencer en su programa, y se retiró.". Así había sido, Agustín Farabundo Martí no volvió más al Estado Mayor de Augusto César Sandino.

En 1931, en plena práctica de lo acordado en el VI Congreso, se desata la insurgencia campesina en El Salvador, que no estaba en los planes de la Internacional Comunista. El PCS trata de contenerla al no tener la dirección de los acontecimientos, pero no lo logra. Revolucionario consecuente como era Martí, intentó junto a su grupo, dirigir y/o colaborar con la insurrección indígena y campesina, ya que el PCS no tenía aún mucha influencia en este sector. De esta forma, los comunistas salvadoreños aplicando desesperadamente la táctica de "clase contra clase", llegaron a lanzar manifiestos que no se articulaban con la realidad, por ejemplo: "En presencia de todo esto, el Comité Central del Partido Comunista, que representa la opinión de todos los trabajadores y trabajadoras de la República y que cuenta con el apoyo moral y material de todos los trabajadores del mundo, y bajo la dirección de la Internacional Comunista, ordena: "El armamento de todos los obreros y campesinos y el establecimiento del Cuartel General del Ejército Rojo de El Salvador (…)"[63] El partido era aún un destacamento osado pero incipiente. La rebelión fracasó, 30.000 muertos quedaron por parte del pueblo. Y Agustín Farabundo Martí fue ejecutado el 1 de febrero de 1932, junto a Mario Zapata y Alfonso Luna. Antes de morir proclamó: "Doy testimonio de la entereza moral, de la pureza absoluta del General Sandino. Me consta que en México recibió ofertas repetidas de considerables sumas de dinero con tal de que abandonara su lucha en Las Segovias, y que esas ofertas fueron rechazadas por el General con la más noble indignación. Mi rompimiento con Sandino no provino, como se dijo alguna vez, de divergencias de principios morales, o por normas opuestas de conducta. Yo me negué a seguirle

63 *Manifiesto del Comité Central del Partido Comunista a las clases trabajadoras de la República: obreros, campesinos y soldados* (21-01-1932). En: LOWY, Michael. *El marxismo en América Latina*. LOM ediciones. Santiago de Chile, Chile, 2007. Págs. 133-134.

nuevamente a Las Segovias, porque él no quiso abrazar el programa comunista que yo defendía. Su bandera era sólo bandera de independencia, bandera de emancipación, y no perseguía fines de rebeldía social (…) Tengo interés en que se aclaren estos puntos, para establecer la verdad histórica. Y ya para morir, a dos pasos de la ejecución, declaro solemnemente que el general Sandino es el primer gran patriota del mundo."[64] Por su parte Carlos Fonseca consignará la siguiente frase de Sandino años después: "sólo los obreros y campesinos irán hasta el fin, sólo su fuerza organizada logrará el triunfo."[65] Tal vez tarde, Sandino comprendió quiénes eran los que sí iban a luchar hasta las últimas consecuencias: ejemplos así se han cocinado lamentablemente en todo el continente durante décadas, tal vez el más trágico sea el de Salvador Allende Gossens en el Chile de 1973, desde el socialismo o el de Juan Velasco Alvarado en el Perú de 1975, desde el nacionalismo.

El debate Sandino-Martí muestra en los acontecimientos lo que es un grave modelo de sacrificio en vano y de no entendimiento del trabajo frentista. Y así se fue de derrota en derrota. Se pretendió de Sandino un comportamiento de comunista cuando él y su grupo se proclamaban antiimperialistas, se intentó parar la rebelión campesina en El Salvador por no tener la dirección, pretendiendo después darles conducción cuando ya era muy tarde.

Julio Antonio Mella

A Mella no le fue tan diferente. Veamos, en el V Congreso de la Komintern en 1925 se aconsejaba la creación de la Liga Antiimperialista como una manera de reunir a todos los que luchaban por la liberación nacional y/o el socialismo. En 1928 el VI Congreso lanza la consigna de "clase contra clase", con lo cual la línea más amplia había sido derrotada y se pasaba a un sectarismo sin parangón en el movimiento comunista, que trajo tremendos

---

64 FONSECA, Carlos. *Viva Sandino*. Departamento de Propaganda y Educación Política del FSLN / Centro de Publicaciones Silvio Mayorga. Managua, Nicaragua, 1984. Pág. 135.

65 FONSECA, Carlos. *Sandino Guerrillero Proletario*. Departamento de Propaganda y Educación Política del FSLN / Centro de Publicaciones Silvio Mayorga. Managua, Nicaragua, 1984. Pág. 34.

retrocesos, sobre todo para las naciones de América Latina, Asia y África. Esta táctica venía bañada de un barniz radical, pero en realidad era un viraje hacia la derecha, pues se abandonaba prácticamente a los movimientos de liberación nacional o se les imponía un programa y una dirección.

Mella, al ser expulsado del PCC, impulsa con todas sus fuerzas la Liga Antiimperialista; llegando a parecerles a los dirigentes del partido cubano, que se estaban creando dos organizaciones paralelas,[66] proponiendo virtualmente que la Liga Antiimperialista debía ser dirigida por los comunistas, no comprendiendo pues, el carácter de frente antiimperialista que esta poseía. ¿Si la dirigían los comunistas entonces por qué no crear una "Liga Comunista" o sencillamente no crearla? Con el tiempo la Liga se extremó en posiciones llegando a ser una agrupación comunista, aunque el VI Congreso definiera que no en sus acuerdos.

Luis Carlos Prestes

Con Luis Carlos Prestes la situación no fue distinta. A él sólo se le trató con complacencia cuando entró al Partido Comunista de Brasil. Empero, cuando intentó su revolución campesina, en el segundo movimiento tenentista, esto dijo la Komintern a través del Secretariado Sudamericano: "La Columna número dos repite la vieja experiencia política en condiciones históricas cambiadas; pero la Segunda Columna Prestes es, sin duda, más peligrosa que la primera experiencia de Prestes. Primero, porque Prestes lanza un programa de la revolución agraria y antiimperialista; segundo, porque trata de ligar la lucha militar con el movimiento de masas: tercero, por la experiencia insuficiente del proletariado y de las masas campesinas en las luchas revolucionarias y por la popularidad de Prestes"[67]. El movimiento de Prestes logró lo que nadie, unificar al pueblo trabajador con la plana baja del ejército y constituir un único pueblo en armas. No obstante fue rechazado. Años más tarde aquel defensor de los "sufridos y humillados" convertido en secretario general

66 Leer al respecto la Carta del PCC a los miembros del CC del Partido Comunista de México del 31 de mayo de 1926.

67 "La Revolución en Brasil". En: *Revista Comunista, órgano teórico del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista*. N° 1. Septiembre de 1930. Pág. 48.

del PCB lanzaría la Alianza Nacional Libertadora contra el gobierno de Getulio Vargas, acción fuera de contexto, en el marco de los frentes populares, consigna del último congreso de la Komintern.

Como se ve, la política de la Internacional Comunista para América Latina era dubitativa, oscilante, pero impositiva; tan pronto se mostraba purista, como reformista y ultraizquierdista. Ello respondía a dos tipos de polémicas, la que continuaba –a pesar de la diatriba de Lenin– con los renegados de la Segunda Internacional, que fueron entre otras cosas responsables del ascenso del fascismo en Europa; y la que se reprodujo al interior del Partido Soviético a la muerte de Lenin.

Lo que decimos es que no se puede negar que la radicalización de la Komintern no se debiera a una mala política que surgía por sí sola, era la continuidad relativa, la reacción a las polémicas al interior del PCUS y a la división cada vez más antagónica entre el movimiento socialista internacional, dentro del cual, aún el comunismo era una tendencia.

Otro disidente de estas políticas errantes fue el argentino Rodolfo Puiggros, quien sería expulsado en 1947 ante la oposición que el Partido Comunista Argentino hizo al peronismo; inclusive el PCA participa junto a la derecha en contra de Perón en las elecciones de 1946. En 1967 Puiggros escribe respecto a los denominados socialistas argentinos: "Queda ratificado (…) que los socialistas de la Argentina, tanto los que despreciaban como los que admiraban a la filosofía, (…) no veían en el marxismo más allá de un positivismo económico que empleaba el método inductivo. Transferían al marxismo sus propias limitaciones y no osaban confesarlo 'públicamente' "[68]. Inclusive va más allá, analizando la polémica de la Internacional Comunista y el Apra –y en medio y alrededor el papel del grupo de Mariátegui– señala que la táctica de la Internacional de acabar con el Apra atacándola desde afuera en lugar de luchar la dirección del movimiento de masas desde adentro fue errada.

Puiggros sostuvo que la Internacional Comunista conminó a Mariategui a endurecer sus discrepancias con el grupo de Haya de la Torre. Lo que interesa aquí del pensamiento del marxista argentino es su visión

68 PUIGGROS, Rodolfo. *Las izquierdas y el problema nacional*. Editorial Jorge Álvarez S. A. Buenos Aires, Argentina, 1967. Pág. 64.

sobre las directivas de los comunistas de aquel entonces: "La praxis demostró en el propio Perú que las tesis de la Internacional Comunista, de su Secretariado Sudamericano y de la Primera Conferencia cayeron en el vacío y, si se exceptúa una pequeña minoría sectaria, no fueron aceptadas por las masas obreras y campesinas[69]". Las mencionadas directivas de la Komintern fueron enviadas al grupo comunista peruano y difundidas en *La Correspondencia Sudamericana*, en su edición del 1 de mayo de 1930, Mariátegui tenía ya dos semanas de fallecido.

Resulta muy interesante observar cómo se gestó el pensamiento de Mariátegui dentro del desarrollo del pensamiento comunista en Latinoamérica; por un lado rebatiendo las posiciones socialdemócratas que acusaban al comunismo de sectario y dogmático, de postular un determinismo económico; posición que disimulaba un temor de clase ante la socialización de los medios de producción planteados airadamente por los leninistas; y la posición de la hegemonía comunista en aquel entonces, que postulaba la copia maquinal de la experiencia soviética. Revolucionarios convencidos de la talla de Mariátegui, Mella, Prestes, Martí y tantos otros, tuvieron que construir en debate permanente contra ambas posiciones. Y fue Mariátegui precisamente quien trató de mantener en el seno de su grupo inicial a todas esas posiciones disímiles.

En la lucha por la hegemonía en el Partido Comunista de la Unión Soviética y por la línea internacional del movimiento comunista, entre Trotsky y Stalin, un tercer grupo, que adolecía en realidad de propuestas sólidas que iban desde la ultraizquierda, entre otros, Georgi Dimitrov y Ernst Thälmann[70], creadores del término "socialfacista"; al derechismo de Nikolái Bujarin[71]; se fue dibujando poco a poco, a partir del trabajo práctico. Este grupo que aplicaba cabalmente las disposiciones arrojadas por los

69 Ibíd. Pág. 160.

70 Georgi Dimitrov (1882-1949) fue el principal impulsor de las tesis del Frente Popular. Thälmann (1886-1944), fue un destacado dirigente del Partido Comunista de Alemania, asesinado por los nazis. Ambos terminarían postulando las tesis del colaboracionismo de clases que antes habían rechazado furibundamente.

71 Nikolái Ivánovich Bujarin (1888-1938). Dirigente soviético. Fue secretario general de la Internacional Comunista en 1926. Aliado de Stalin, luego opositor. Fue ejecutado en 1938 durante el llamado Juicio a los 21.

congresos, muchas veces con poca creatividad e impositivamente, pasando por encima de los acuerdos de las bases y del movimiento real de las masas, fue arrastrado más de una vez, sin zanjar en las cuestiones teóricas por la batahola del movimiento en su lucha contra el sistema capitalista, convirtiéndose así en un aparato de ejecución, en una bisagra entre las organizaciones y la realidad. Era la semilla de la burocracia que ahogaría al movimiento en el futuro. Una vez Trotsky y la Oposición de Izquierda fuera de combate, este tercer grupo, los Togliatti, Codovilla, William Z. Foster, Ravines, entre otros; se pusieron a las órdenes de las nuevas tácticas y las aplicaron a rajatabla. De esta forma aplicaron las consignas del "Tercer Período", que se sustentaban en ignorar las tradiciones de lucha de los pueblos anteriores al comunismo y en no desarrollar una política de alianzas con otras organizaciones socialistas o democráticas, impulsando de considerarla necesaria, la vía de la insurrección armada.

Pero también participaban Julio Antonio Mella, Luis Carlos Prestes, Agustín Farabundo Martí y José Carlos Mariátegui. Todos ellos latinoamericanos. Un cuarto grupo en realidad no agrupado, puesto que no coordinaba entre sí; pero que se mantenía dentro del movimiento, aunque polemizando y muchas veces construyendo un propio camino a pesar de los embates internos y de la lucha contra la represión burguesa.

Recordemos que ya antes de la táctica de clase contra clase arrojada por el VI Congreso, en el Congreso Antiimperialista de Bruselas, dirigentes como Codovilla denostaban a camaradas como Mella. El tercer grupo mencionado más arriba veía con preocupación a los dirigentes de estas tendencias marxistas, que anhelaban construir un proyecto profundamente enraizado en el alma nacional y sin ceder en cuanto a principios, pero erigiendo un programa de lucha acorde con la realidad de los acontecimientos y con el movimiento de masas. Pero no de acuerdo porque se subordinara a él, sino acorde en el sentido de una armonía dialéctica, es decir, constituyendo un programa que sirviera para que una organización revolucionaria de clase, con un pueblo alzado organizado, pudiera convertirse en palanca de cambio.

El "Tercer Período" arribó ya cuando las diferencias entre Stalin y Trotsky habían alcanzado la ruptura. Según el VI Congreso, este

período era el final del capitalismo[72]. En este Congreso se llama a una agudización de las acciones contra la burguesía internacional, los grupos no comunistas son denominados socialfascistas. Y se exige la ruptura con todos aquellos que planteen situaciones diferentes.

La ruptura de Mariátegui con Haya fue correcta desde el punto de vista de los principios, pero fue acelerada, forzó a Mariátegui a actuar antes de tiempo. Él consideraba que la maquinaria partidaria debía aún madurar. Por eso más arriba decíamos que mientras Ravines, hombre de Moscú, en sus textos económicos anuncia el fin, Martínez de la Torre pronostica la estabilidad. Ambos miembros del grupo de Mariátegui tenían visiones contrapuestas sobre el fenómeno capitalista en ese momento. En la Komintern no pasaba de otro modo, los que habían apostado por el período de la estabilidad capitalista, con Bujarin a la cabeza fueron duramente tratados por aquellos que habían pronosticado la crisis, los que lideraba Stalin. En ambos casos, cuando se creyó en la estabilidad y cuando se previó la crisis se actuó con pragmatismo. La estabilidad les hizo virar al reformismo, la crisis al ultraizquierdismo. Era claro que una grave distorsión había ocurrido en ese marxismo y en el seno de la revolución mundial. Los años iban a confirmar que a pesar del tremendo *crack* de 1929, el capitalismo superaría la crisis y las revoluciones, francesa, italiana, alemana y española no llegarían.

En 1931 en la URSS, el gran poeta peruano universal, César Vallejo asiste a una "conferencia contradictoria" como él la denominó entre obreros, campesinos, funcionarios, expertos en economía, comunistas, soldados y artistas, entre otros. Allí observa Vallejo las sutiles críticas que manifiesta un *mujik*, campesino pobre, a ciertas formas burocráticas del Soviet. En realidad todo el libro de Vallejo está lleno de aquellos comentarios[73]. La burocratización del partido, el ascenso del fascismo y las derrotas en Europa y en América, hacían vislumbrar un largo período de repliegue en el movimiento comunista internacional.

---

72 *VI Congreso de la Internacional Comunista. Primera Parte*. México D. F., México, 1977. 318 pp.

73 VALLEJO, César. *Ensayos y reportajes completos* (Editor: Manuel Miguel de Priego). Editorial Rectorado de la Pontifica Universidad Católica del Perú. Lima, Perú, 2003. 68 pp.

Mariátegui, al igual que Antonio Gramsci, ve con inmensa preocupación la ruptura al interior del Partido Comunista de la Unión Soviética. El italiano, en una hermosa carta dirigida a Stalin y a Trotsky, decía: "La unidad de nuestro partido hermano de Rusia es necesaria para el desarrollo y el triunfo de las fuerzas revolucionarias mundiales; para ello todo comunista debe estar dispuesto a hacer los máximos sacrificios. Los perjuicios causados por un error del Partido unido son fácilmente superables; los de una escisión o los de una prolongada situación de escisión latente pueden ser irreparables o mortales."[74] Nosotros nos atrevemos a decir que la ruptura del único partido en el poder en aquel momento y el transporte de sus debilidades teóricas y tácticas a la Komintern, determinó un atraso de décadas en el movimiento revolucionario mundial. Mariátegui –como Gramsci y Nin– no estuvo por la ruptura, pues comprendía que se estaba viviendo una época de construcción.

El partido de Mariátegui

Definamos el corrector carácter que ha de tener un partido revolucionario: ¿debe constituirse en base a una receta o debe ser reflejo de la dinámica de clases de una sociedad determinada?, manteniendo en su interior por supuesto, y como guía, el objetivo final. Lenin, maestro en el diagnóstico de la realidad y de su actuación desde ella para transformarla, tenía razón cuando en 1909 en una de sus diferencias con Trotsky cuando aún éste no era bolchevique, sostenía su concepción del partido en base a que éste poseyera una única línea férrea de programa político y no una amalgama de las más diversas plataformas: pero ojo, Lenin no proponía anular tendencias, discrepancias o fracciones como insinúa Zinóviev[75]; solamente creía que el partido debía luchar por mantener una posición sólida que fuera perfilando una línea en consonancia con una posición de clase y no mil tendencias que en realidad tradujeran la fragilidad

74 GRAMSCI, Antonio. "Carta al Comité Central del PCUS". En: GRAMSCI, Antonio. *Revolución Rusa y Unión Soviética*. Ediciones R. Torres. Barcelona, España, 1976. Págs. 149-150.

75 ZINÓVIEV, Grigori Yevséyevich. *Historia del Partido Bolchevique*. Editorial Clave. Lima, Perú, 1988. Pág. 204.

del mismo, por representar en el fondo otras mil expresiones de clase. Lo que se está diciendo es que para 1909 faltando sólo ocho años de la Revolución de Octubre, el movimiento obrero y las acciones reivindicativas de grandes sectores del movimiento campesino, habían definido que el partido pudiera ya abandonar esa fase inicial en donde se parece tanto a un frente único sin serlo. Años después, Mariátegui, que había visto de cerca la experiencia italiana, la cual analizó hasta el cansancio[76], fue testigo de cómo el naciente Partido Comunista termina derrotado frente al fascismo al igual que el Partido Socialista del cual se habían escindido. Ambas organizaciones en los albores del fascismo no pudieron unirse para tareas concretas contra éste, perdiendo gran influencia en las masas populares, tal como hemos visto más arriba. Si eso había ocurrido en Italia, cuyas relaciones productivas y sociales no eran ni tan complejas ni tan atrasadas como en Perú, y que poseía decenas de miles de militantes de un partido y de otro, ¿no ocurriría algo peor en Perú si el grupo fundacional se empecinaba en constituirse en partido sin arraigo popular, siendo aún un conglomerado pequeñísimo de espíritus dispares? Pensamos que Mariátegui actuó de acuerdo a la realidad que le tocó vivir, por ello la denominación de Partido Socialista Peruano, un nombre aglutinador para un proyecto iniciático. Ya dijimos que Mariátegui había rechazado antes de la experiencia italiana la conversión de un grupo de socialistas en Partido por considerarlo prematuro, vanguardista e irresponsable, esto en 1919 y dictado por el sentido común. ¿Y qué es sino el marxismo?

Aunque no solamente. "Si no se captan los pensamientos de Marx y Engels, como un empeño de movilización de las conciencias y de esclarecimiento científico acerca de los métodos con los cuales debemos orientar nuestra acción transformadora, no se podrá descubrir el fondo de esta inmensa sabiduría (…) Las ideas filosóficas de Marx y Engels, se revelan con tal escala de abstracción que para llevarlas a la práctica se exige su asimilación crítica.[77]" El aporte crítico de Mariátegui radica en que él descubre las contradicciones no evaluando la realidad a la luz de

76 Ver "Cartas a Italia".

77 HART, Armando. *Marx & Engels y la condición humana*. Una visión desde Latinoamérica. Ocean Sur. Estados Unidos, 2005. Págs. 84-85.

la teoría, sino elevando la teoría a raíz de la práctica. Su contribución a la crítica revolucionaria es precisamente el de darle un soporte político contextualizado, sin dejar de ser por eso internacionalista, al aparataje que el marxismo-leninismo ha fecundado como método de interpretación y lucha. Mariátegui no crítica para negar, lo hace para afirmar. Y si al afirmar ha negado, he allí el aporte revolucionario de su dialéctica.

El partido de Mariátegui fue creado en duras condiciones, además de la realidad propia de una sociedad semifeudal y semicolonial, del pobre desarrollo de las fuerzas productivas y de la represión del Estado burgués; Mariátegui tuvo que asumir el debate con Haya de la Torre y el Apra, además de mantener activas y unitarias sus respectivas discrepancias con la Internacional Comunista, lo que le daría al partido de Mariátegui un nacimiento bastante original, ya que no sería únicamente el resultado de una planificación y de una coordinación políticas, sino la construcción de un engranaje que permitiera desenmascarar las intenciones de Haya de la Torre y los apristas y al mismo tiempo, mantener la unidad en el seno del movimiento comunista y antiimperialista, buscando y sosteniendo una propia ruta. Todo esto sin poseer una estabilidad intensa en la organización de las masas trabajadoras y campesinas; sin significar una influencia decisiva en el movimiento indígena y en plena fase inicial de aglutinamiento de intelectuales, de polémica interna, de formación de cuadros y de diagnóstico. Que la causalidad histórica presentara al Perú como generador de los proyectos de Haya y de Mariátegui, llevó a este país a ser el epicentro de la batalla por definir el carácter de clase del organismo centralizador de las luchas antiimperialistas, socialistas y revolucionarias de la América Latina. O "partido-frente pluriclasista y antiimperialista", es decir, desarrollar un programa para sostener a la burguesía nacional, o sea, el Apra; o "partido de cuadros", con gran influencia en las masas obreras y campesinas, es decir el Partido Comunista. Esa era la disyuntiva en la que se colocaba al movimiento de masas; con el añadido de que además de escoger una de las dos; los socialistas tendrían que –en todas las acciones que significaran el nacimiento de su organización– montar un aparato de desmontaje de su antigua alianza con el Apra. Debían nacer matando. Pero, como toda lucha entre vanguardias, sale ganando el que presenta un carácter más amplio, aunque sea

farisaicamente, ya que para la complexión de clases en el Perú de aquel entonces, que reposaba sobre la explotación, la ausencia de derechos civiles, las castas militares y oligarcas, era la capital, la ciudad de Lima, el caldo de cultivo de una nueva pequeña burguesía ascendente aún con apariencia de pueblo, que luchaba por no serlo, y que terminaría engrosando las filas del Apra. El partido de Mariátegui, muerto éste, se encerró en sí mismo y fue obsecuente a los dictados de Moscú por décadas.

Mariátegui vive

Las dos fuentes principales en la formación teórica de José Carlos Mariátegui se desarrollan en dos paralelos, el primero, el nivel sistémico de análisis de estructuras de pensamiento y acción, entre ellas, el gran acontecimiento de la Revolución Rusa, la situación de las potencias luego de la Primera Guerra Mundial, las tendencias ideológicas en el mundo, la religiosidad de oriente, la correlación entre las diversas ideas; con todo esto Mariátegui desplegó un método que le permitió comprender los fenómenos sociales y sus manifestaciones filosóficas en toda su complejidad; su marxismo formado en plena polémica con diversas corrientes de pensamiento, aprendió muy rápido a encontrar vacíos discursivos, contradicciones insalvables, aportes incompletos.

El segundo nivel está constituido por los hechos políticos; entre ellos, la creación del Partido Comunista Italiano, las luchas revolucionarias en Latinoamérica, el problema del indio, la reforma universitaria, el arribo del fascismo; a todos, Mariátegui no los juzga desde hechos consumados, sino desde su propio proceso, los entiende vivos, dinámicos, diversificados y continuos.

El método de Mariátegui, el marxismo latinoamericano, y su crítica socialista, que no es otra cosa que el sustento de su accionar político, la matriz de sus decisiones, la savia de su proceso, no son más que dos aspectos del mismo fenómeno. Mariátegui es la expresión política más alta del mundo mestizo; y al mismo tiempo de la marginalidad, de lo subversivo contra lo colonial –de cualquier índole–, de la creatividad revolucionaria. Mariátegui es la comprobación de la más perspicaz, certera y humana de las tesis de Lenin; aquella que indica *que la cadena*

puede romperse por el eslabón más débil. Esa tesis es uno de los fundamentales aportes de Lenin al marxismo; el entender que los pueblos coloniales, los países que se encuentran al sur en el planisferio, aquellos que han servido de patio trasero de los imperialismos, pueden liberarse, sin pasar necesariamente por todas las etapas del proceso económico, político y social, que han sufrido los países occidentales. Respecto a esto es interesante recordar que la Revolución Rusa planteaba estos conceptos desde el momento del triunfo. En un libro que el mismo Lenin recomendaba a los cuadros jóvenes como un gran texto de historia política, se lee: "los países atrasados se asimilan las conquistas materiales e ideológicas de las naciones avanzadas. Pero esto no significa que *sigan a estas últimas servilmente, reproduciendo todas las etapas de su pasado*."[78] Pues de lo contrario la revolución socialista triunfante en un país en su lucha contra la dictadura capitalista, estaría colonizando a los demás pueblos que aún no hubieran alcanzado su liberación, exigiéndoles el duplicado de procesos.

Esa *nueva* conceptualización de revolución socialista, como aquella que se recrea, que se replantea, que se fundamenta cada vez y cada vez diferente, que puede realizar no sólo lo posible sino lo imposible; se sustenta en el pensamiento y la cultura de los pueblos oprimidos, que por las casualidades de la historia comparten formas colectivas de trabajo. Lenin significa también, el combate contra el pensamiento eurocéntrico en una fase auroral y no dogmática, y eso es lo que significa Mariátegui. El marxismo de Mariátegui y de Lenin, el leninismo, es el producto rebelde de los pueblos coloniales frente al mismo marxismo, como producto terminado de occidente.

En Mariátegui, esta tesis se vivifica, se nutre además de hechos concretos; la historia pasada y presente de Perú, recordaba en su avatar la impronta del colectivismo agrario y de las comunidades campesinas españolas, fusionadas en amplexo innovador y prolífico, son base real para proponer un *socialismo histórico*.

---

78 TROTSKY, León. *Historia de la Revolución Rusa*. Editorial Indoamérica. Buenos Aires, Argentina, 1953. Vol. I. Pág. 21. Las cursivas son nuestras.

La adhesión a octubre de 1917 de Mariátegui, no es sólo una declaración de principios y una profesión de fe, es también un acto de conciencia. Por ello, no está en el carácter de Mariátegui –ni en el de la sociedad peruana y/o latinoamericana– el copiar. Las palabras de Lenin: "en eso reside la garantía de que, al implantar el Poder soviético, hemos hallado la forma internacional, mundial de la dictadura del proletariado. Y estamos firmemente convencidos de que el proletariado del mundo entero ha emprendido el camino de esa lucha, el camino de la creación de esas formas de poder proletario[79]", malentendidas como: hacer la revolución aplicando el método soviético, son en realidad una falsificación. Lenin, cuando habla de "la forma internacional", no propone ignorar los contextos, pasar por alto las especificidades; todo lo contrario, formula no perder de vista el carácter proletario de la revolución, que es en última instancia lo que va a asegurar el proceso. Y esa característica es universal, pues universal es el capitalismo. Lo que había que hacer era hallar la expresión externa del fenómeno clasista y a eso se avocó el Amauta José Carlos Mariátegui, a resolver el problema peruano desde su génesis y no desde lo foráneo.

Y aunque Mariátegui entienda que hay que hacer la revolución también en los países atrasados en relación al capitalismo, no pierde de vista tampoco que esto no será posible si no se le derrota al sistema, en su centro neurálgico. Pues si es cierto lo que señaló Melotti: "hoy, como en la época de Marx, es necesario, para construir una verdadera sociedad socialista, romper la cadena de la explotación en su eslabón más fuerte: los países industriales adelantados,"[80] también es cierto que las revoluciones son fenómenos interdependientes y hacerlas en los países pobres, significa restarle albedrío al imperialismo, cercenarle sus capacidades de explotación y dominio; arrancarles de frente infinidad de gollerías y privilegios, imposibilitarles ciertos niveles de plusvalor. Mariátegui comprendió que en Latinoamérica reposa una gran responsabilidad, la de participar en la creación de una revolución que podría determinar el

---

79 LENIN, V. I. "VIII Congreso del PC(b) de Rusia". En: LENIN, V. I. *Discursos pronunciados en los congresos del Partido (1918-1922)*. Editorial Progreso. Moscú, URSS, 1971. Pág. 44.

80 MELOTTI, Umberto. *Marx y el Tercer Mundo*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, Argentina, 1972. Pág. 240.

destino de la causa socialista mundial. Una revolución continental produce el fin del trabajador barato y el uso racional de los recursos naturales, así como la proyección científica del proceso productivo socializado.

No obstante, Mariátegui como Marx y Engels, repulsa la idea del valor de la nacionalidad por sí misma; si en occidente la identidad nacional se afianza con el capitalismo y aun con el fascismo; en los países coloniales, esa misma identidad es enemiga del sistema, por eso, el arma principal de la dictadura del capital es el racismo, que mantiene a la sociedad en permanente violencia, y al pueblo y su cultura, en la marginalidad. Si para Marx y Engels "el egoísmo de la nacionalidad es el egoísmo natural de la esencia general del Estado,"[81] para Mariátegui la búsqueda de la nacionalidad es el camino hacia la destrucción del Estado mediante la clarificación de la situación de clase y de sus manifestaciones ideológicas. En Latinoamérica, como en Asia y en África de lo que se trata es de destruir el viejo Estado, gestando la destrucción del Estado colonizante, a través de la ruptura de la cadena de explotación. Para Mariátegui, la construcción nacional, *la razón nacional* es la solidaridad de clase elevada a programa general del Estado.

El Amauta en toda su vida política, en sus trabajos cardinales; corrobora una y otra vez, que "las clases sociales en América Latina constituyen elementos fundamentales del capitalismo dependiente latinoamericano."[82] Y no sólo las clases en sí mismas, sino sus afirmaciones, sus dudas y resentimientos, en el plano ideológico y en el plano de la conciencia. Comprender lo propio es en Mariátegui borrar las falsas percepciones.

En su polémica con la Internacional Comunista, Mariátegui no pierde la perspectiva, debate, pero no se distancia, más bien se aproxima, en sus últimas semanas un viaje a Buenos Aires es lo que planifica, pretende estar más cerca del Secretariado Sudamericano, del "polo sur" del comunismo latinoamericano. Nunca piensa romper, o alejarse del movimiento comunista internacional. Lo entiende como lo que es, un movimiento, y su partido,

---

81 MARX, Karl - ENGELS, Friedrich. *La sagrada familia o Crítica de la crítica crítica*. Editorial Grijalbo. México D. F., México, 1958. Pág. 186.

82 STAVENHAGEN, Rodolfo. "Comentario al texto de Florestán Fernandes". En: FERNANDES F., POULANTZAS N., TOURAINE A., entre otros. *Las clases sociales en América Latina*. Siglo XXI Editores. México D. F., México, 1987. Pág. 278.

un destacamento de vanguardia. Y todo movimiento tiene fracturas, posiciones encontradas, polémicas. Como dijera Melis: "sin embargo, a pesar de la dureza de la ruptura, Mariátegui rechaza toda tentación de sectarismo (…) Conserva, en una situación de emergencia, la idea original de un partido que construye dentro de la sociedad y no como cuerpo separado de la misma."[83] Entiende a la Komintern como un fenómeno no ajeno a la sociedad y a la época, que al igual que su partido, presenta las expresiones de todos los organismos políticos. Y como objeto vivo, como sujeto transformador, los enfrenta, los enrostra. Por eso mismo, si "por un lado es un hombre de la Tercera Internacional, porque acepta la ruptura contra la tradición reformista como un evento epocal, por el otro prefigura un nuevo tipo de partido, vinculado con una realidad específica, reacio a los esquemas generalizantes de la Internacional Comunista."[84] Vemos así cómo el comprender la realidad no lo hace comparecer mecánicamente a los fenómenos, el voluntarismo positivo leninista anida en él, aprovecha de la polémica para edificar. Construye en contraste, en litigio, en resolución, en corolario.

Los grandes dirigentes políticos del comunismo latinoamericano de la época de Mariátegui, los fundadores por así decirlo, caen alrededor suyo en una prédica común. Hemos insistido en los paralelos con Mella, Prestes y Martí; pues todos sus proyectos, frustrados entre el juego de posiciones del reformismo y de la ultraizquierda; no lograron esbozar sus razones de peso, de manera teórica, como sí lo hizo el Amauta. Cada uno es muestra de una manera de observar las discrepancias y de la manifestación práctica de sus proclamas. Sus breves pero feraces historias, confirman que la actuación del continente fue una sola contra el colonialismo.

Pero hay algo aún más importante en el Amauta, y que está íntimamente ligado con lo anterior. Lo que está en el fondo de Mariátegui es la lucha por un socialismo democrático que eleve a programa lo discutido por los hacedores del futuro, contra un socialismo digerido que se ha domesticado a sí mismo y que busca dirigir los procesos desde el gabinete de las ideas. Mariátegui es el retorno de la ética en la generación

83 MELIS, Antonio. "El problema del partido en el itinerario de Mariátegui". En: MONEREO, Manuel. Mariátegui (1884-1994). *Un encuentro internacional: Un marxismo para el siglo XXI*. Talasa Ediciones. Madrid, España, 1995. Pág. 33.

84 Ibíd. Pág. 35.

del pensamiento y la acción. Es la vuelta al pueblo, a sus demandas. Es también, por último, la búsqueda del camino a partir de las huellas dejadas por la vida, utilizando los mejores instrumentos de navegación desarrollados por la humanidad, los aportes extraordinarios de Karl Marx y Vladimir Lenin.

Por eso decimos que a pesar de las derrotas sufridas por el movimiento comunista internacional, y a pesar de que la revolución peruana no haya llegado aún a buen puerto, Mariátegui como Lenin, continúa de pie ante su pueblo. Toda su vida estuvo consagrada al conocimiento y aún antes de hacerse marxista, cuando brindó su apoyo a las luchas obreras y las hizo suyas, entregó ese conocimiento para la resolución política de los problemas seculares de las masas. Su política revolucionaria constituye para América Latina el mejor ejercicio de crítica socialista que el comunismo ha podido procurar en décadas. El objetivo de someter a minucioso juicio toda clase de procesos y fenómenos sociales, agudizó la lupa marxista. Y lo hizo a pesar de todas sus dificultades físicas y económicas, por no decir vivenciales. André Malraux, escribiendo sobre la labor de hombres como el Amauta, pensaba que hay "muchos sufrimientos en el mundo, pero sólo hay un tipo de sufrimiento que es privilegio soportar: el de aquellos que sufren porque quieren hacer un mundo digno del hombre."[85] Y ese fue, en todo caso, el sufrimiento convicto y confeso de Mariátegui, el de concurrir a la creación de la revolución socialista. Un 16 de abril de 1930, cuando se pretendía salvarle la vida amputándole la pierna izquierda, el Amauta fallece. Naciendo para la inmortalidad.

Y así como el socialismo anterior a Marx, de Babeuf entre otros, había buscado un "sueño virtuoso[86]", Mariátegui entendió esa necesidad moral y real, desde la arquitectura de la praxis y de la política como producto de la contradicción elevada al discurso; el joven cronista al morir se había convertido en un viejo batallador; "sueño y poesía han marchado

---

85 MALRAUX, André. *El escritor combatiente*. Buenos Aires, Argentina. Letra Cierta, 1979. Pág. 78.

86 BABEUF, Graco. "Última carta". En: BABEUF, Graco, DE SAINT-SIMON, Henry y otros. *El socialismo anterior a Marx*. Editorial Grijalbo S. A. México D. F., México, 1969. Pág. 42.

siempre indestructiblemente unidos"[87]; en Mariátegui la poesía se hizo pueblo y el sueño revolución. Mariátegui, para América Latina, es el defensor de los esclavos del "mundo libre", de los que han construido con su trabajo al capitalismo y han edificado económicamente a occidente. Y para el mundo, es la esperanza de que América en sus nuevas gestas, tan antiguas como creadoras, sepa arrancarle al capitalismo internacional el territorio inflamado con sus infamias; prodigándole de una nueva vida, revolucionaria, integral y socialista. Eso fue y eso es Mariátegui, comunista, mestizo de América y latinoamericano mundial.

Martín Guerra[88]

87 PAVLETICH, Esteban. *Un tal Gabriel Aguilar*. Ediciones "Demos". Lima, Perú, 1967. Pág. 22.

88 Seudónimo de Jorge Bacacorzo Diaz. Dirigente político peruano. Integrante de la Dirección Nacional del Movimiento José María Arguedas, del cual es fundador. Pertenece al Gremio de Escritores del Perú (GEP). Es miembro fundador de la REUNA (Red por la Unidad de Nuestra América), con sede en Caracas, República Bolivariana de Venezuela. Director de la Universidad Socialista del Perú José Carlos Mariátegui (USP-JCM). Dirige el periódico *En Marcha* y el blog: *El Supai Rojo*.

Cuadro 1[89]
Tesis diversas sobre su filiación paterna[90]

TESIS 1: DE GUILLERMO ROUILLÓN
Francisco Javier Mariátegui Requejo

Esta tesis sostiene que Francisco Javier Mariátegui Requejo fue el padre del Amauta, quien al casarse con su madre, utilizó nombre falso. No vivió casi nunca con sus hijos y al final abandonó a la familia. Era ateo y masón como su padre y su abuelo, y se presume que por ser doña Amalia La Chira muy creyente le ocultó su verdadera procedencia. Tenía 33 años al momento de unirse a Amalia La Chira.

TESIS 2: DE HUMBERTO RODRÍGUEZ PASTOR
Julio César Chocano

Político ocasional y tal vez militar por un tiempo, con el grado temporal de coronel. Pariente del poeta José Santos Chocano. Seguidor de las ideas del caudillo Nicolás de Piérola. Fue senador por Moquegua, lugar en donde nació José Carlos Mariátegui.

Podría haber sido el padre de los tres últimos hijos de Amalia La Chira, de los siete que tuvo: José Carlos, Julio César y María Amanda.

TESIS 3: DEL NOMBRE REAL
Francisco Eduardo Mariátegui Zapata

Se supone que sí existió este personaje y no fue un nombre falso utilizado por Francisco Javier Mariátegui Requejo.

Dentro de esta versión hay tres posibilidades:

1. Que fuera hijo natural de algún Mariátegui con una criolla, cuya procedencia se ha perdido.

2. Que fuera hijo de un chino que habría adoptado el apellido.

3. Que fuera hijo natural de algún Mariátegui con una mujer de ascendencia china.

En los tres casos sería hijo de Juan Mariátegui y Rosa Zapata. Decía tener 24 años al momento de casarse con Amalia La Chira. Decía provenir de Macao. Apadrinó a niños cercanos a la familia de doña Amalia, colocándole a uno de ellos su apellido. Esta niña era hija de un chino. En 1888 ó 1889 volvió al Lejano Oriente.

Rodríguez Pastor, experto en el tema de la migración china al Perú, descarta esta tesis pues dice que la firma en el "Acta matrimonial", jamás podría haber sido hecha por un chino en aquella época.

---

89 Este y los demás anexos sobre genealogía, están basados en las investigaciones de Guillermo Rouillón Duharte, *La creación heroica de José Carlos Mariátegui* (1975), Humberto Rodríguez Pastor, *José Carlos Mariátegui La Chira: Familia e infancia* (1995), así como en pesquisas personales.

90 Una de las principales razones que causan dudas en los investigadores es el porqué Amalia La Chira cuando inscribe a todos sus hijos (antes y después de JCM) se presenta como casada, sin embargo en la partida de nacimiento de José Carlos aparece como viuda y José del Carmen Eliseo Mariátegui La Chira como hijo natural de padre fallecido, llamado Francisco Eduardo Mariátegui Zapata.

Cuadro 2.
Genealogía ascendente por línea paterna[91]

BISABUELOS

Francisco Javier Cecilio Mariátegui y Tellería
(1793-1884)

Prócer de la Independencia. Diputado del Soberano Congreso Constituyente y Fiscal de la Corte Superior. Impulsor de la masonería y anticlerical.

Juana Nepomucena de Palacio y Salas
(1800-1880)

Miembro de la Benemérita Sociedad de la Independencia de Perú. Recibió la Orden del Sol del Perú.

1

TRECE HIJOS, NUEVE VARONES Y CUATRO MUJERES; DE LOS CUALES, NOS INTERESAN DOS:

ABUELOS

Francisco Javier Mariátegui y Palacio (1822-1916)

Abogado, Magistrado. Vocal de la Corte Suprema de Justicia del Perú. Su primera esposa será Mercedes Requejo Cabello (1826 – 1881). Tendrá con ella dos hijos, un hombre y una mujer. Con su segunda esposa Cristina Cot y Estebanes (1837-1916), no tuvo hijos.

Lucía Virginia Mariátegui y Palacio (1825-1902)

Se casa con un inglés llamado Henry Swayne Wallace (1800-1877), rico hacendado, uno de los más pudientes del siglo XIX en el Perú.

2

PADRES

Javier,* quien después cambia su nombre a *Francisco Javier Mariátegui Requejo (1848-1907)

Casará en tres ocasiones:

1. En 1871 con María Victoriana de los Dolores Lostanau Larrea (1852 - 1882), con quien tuvo 4 hijos.

2. En 1882 con María Amalia La Chira Ballejos (1860-1946), con quien habría tenido 7 hijos, siendo el quinto José del Carmen Eliseo, conocido como José Carlos Mariátegui La Chira.

3. En 1884 con Eleodora Cisneros Christiansen (1857-1961), con quien tuvo 5 hijos.

Como se aprecia, comete bigamia.

TÍOS

Julia Josefa Swayne Mariátegui (1866 -1919)

Contrae matrimonio en 1890, con Augusto Bernardino Leguía Salcedo (1863-1932), quien sería presidente de la República del Perú en dos ocasiones, de 1908 a 1912 y de 1919 a 1930, en el famoso "Oncenio". Tuvieron un hijo.

Fue quien envió al exilio al joven José Carlos Mariátegui de 1919 a 1923.

3

91 Este Cuadro recoge la Tesis 1 de filiación paterna. La familia Mariátegui provenía de España, probablemente de tierras vascas o navarras.

Cuadro 3.
Genealogía ascendente por línea materna[92]

ABUELO

José del Carmen La Chira

Tendrá tres compañeras a lo largo de su vida:

2. Manuela Rojas (con la que tuvo siete hijos).

3. Juana Diego (con la que tuvo un hijo).

ABUELA

1. Candelaria Ballejos

1

SIETE HIJOS, TRES MUJERES Y CUATRO VARONES; DE LOS CUALES NOS INTERESAN DOS:

MADRE

María Amalia La Chira Ballejos (1860-1946)

En 1882 conoce a Francisco Javier Mariátegui Requejo, quien con el nombre falso de Francisco Eduardo Mariátegui Zapata, se casa con ella el 1 de mayo del mismo año. Dice ser hijo de Juan Mariátegui y Rosa Zapata, y haber nacido en Macao, China.

TÍO

Juan Clímaco La Chira (1869 - ¿?)

Tío que contribuyó con su ingenio y creatividad narrativa, a impulsar tal vez sin querer, la curiosidad intelectual del niño José Carlos Mariátegui.

2

PADRE

Francisco Javier Mariátegui Requejo
o
Francisco Eduardo Mariátegui Zapata

HERMANOS

Siete hijos:

1. Félix Evelardo (1882)
2. Esteban (1884)
3. María Guillermina (1885-1930)
4. María Victoria Rosalbina (1887)
5. ***José del Carmen Elíseo***, llamado ***José Carlos*** (1894-1930)
6. Juan Clímaco Julio, llamado Julio César (1895-1982)
7. María Amada (1897-1898)

3

92 La familia La Chira provenía por parte del padre de María Amalia de Catacaos, en Piura, al norte de Perú. Por la madre, de Sayán en el valle de Huaura, en el departamento de Lima, capital de Perú.

Cuadro 4.
Descendencia del padre según la tesis 1 de filiación paterna (sólo hasta los hermanos de José Carlos Mariátegui).

Hijos con María Victoriana de los Dolores Lostanau Larrea (1852-1882)

1. Justo Javier Zacarías (1871)
2. María Genoveva Narcisa (1872)
3. Emilio Alberto Julián (1876-1942)
4. Pedro Benjamín Francisco (1877-1921)

Hijos con Eleodora Cisneros Christiansen (1857-1961)

1. Manuel Javier (1884-1972)
2. Carlos Daniel Jorge Bernardo (1886-1924)
3. Augusto Federico (1891-1967)
4. Mercedes (1893-1969)
5. Eva María Fortunata (1895-1990)

1

Francisco Javier Mariátegui Requejo (1848-1907)

2

Hijos con María Amalia La Chira Ballejos (1860 - 1946)

1. Félix Evelardo (1882)
2. Esteban (1884)
3. María Guillermina (1885-1930)
4. María Victoria Rosalbina (1887)
5. José del Carmen Elíseo, llamado José Carlos (1894-1930)
6. Juan Clímaco Julio, llamado Julio César (1895-1982)
7. María Amada (1897-1898)

1

2

Cuadro 5.
Genealogía descendente (sólo hasta los hijos) de José Carlos Mariátegui

1

Victoria Ferrer Gonzáles (1895)

Peruana. Hija de un obrero tipógrafo llamado Juan Ferrer, quien perteneció al primer grupo obrero allegado al Amauta.

José Carlos se unió a ella libremente en 1918. Sus diferencias de pensamiento y el exilio, fueron la causa de su ruptura.

Anna María Chiappe Giacomini (1898-1990)

Italiana. Ligada a la intelectualidad progresista italiana por parte de su familia, entre ellos, Benedetto Croce. Mariátegui la conoció en su exilio. Se unió libremente a ella. Mujer admirable como compañera de vida, lo apoyó en todo momento. Viajó con él al Perú en 1923 y allí murió.

José Carlos Mariátegui La Chira (1894-1930)

2

Gloria María Mariátegui Ferrer (1919)

Sandro Tiziano Romeo (1921)

Sigfried (1923)

José Carlos (1926- 2002)

Javier Hugo Amado (1928 - 2008)

Cuadro 6.
Evolución del movimiento revolucionario en los países latinoamericanos (1892 -1932)

AÑOS / PAÍSES	1892 -1904		1905 - 1918		1919 - 1932	
	1892 - 1897	1898 -1904	1905 - 1911	1912 - 1918	1919 - 1925	1926 -1932
ARGENTINA	Se funda el Partido Socialista, el 14/12/1892, según Adolfo Künh o entre el 28 y 29 de junio de 1896 en su Congreso Constituyente, según Leonardo Paso.	La prosperidad económica de la burguesía impulsó el crecimiento de una poderosa clase media.	Se persigue al movimiento obrero y de izquierda en 1910.	El 06 de enero de 1918 aparece el Partido Socialista Internacional, después PCA. Entre sus fundadores están Vittorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi.	Huelgas apagadas por los militares, masacrando a los obreros en La Patagonia.	Primera Conferencia Comunista Latinoamericana de Buenos Aires (Junio de 1929). Se crea la Confederación General del Trabajo (CGT), en 1930.
BOLIVIA	Bolivia se sostiene por la extracción minera de la plata en todo este período.	La Guerra de Acre o "Guerra del Caucho" con Brasil, define la mediterraneidad de Bolivia, con el Tratado de 1904. Aparecen los "barones del estaño".	El estaño termina por reemplazar a la plata. Se van organizando los trabajadores en torno a sus demandas.	En 1918, la Federación Obrera Internacional de Bolivia, con hegemonía anarquista, se transforma en Federación Obrera del Trabajo.	Fundación del Partido Obrero Socialista (22/09/1920).	Surge el Partido Comunista de Bolivia, de corta duración (1928).
BRASIL	La República continúa siendo dominada por oligarquías de procedencia rural.	La "Vieja República" continúa manteniendo en el poder a las castas oligarcas a través de elecciones corruptas.	El café que ya había suplido al azúcar creó una economía que se desplazó lejos de la costa. Se inició una gran industrialización.	Se funda la Federación Obrera de Sao Paulo, en 1917.	Se crea la Agrupación Comunista de Río de Janeiro (07/11/1921). Entre el 25 y el 27 de marzo de 1922 se funda el PC. Se rebelan los Tenentes (1922-1924). La "Columna Prestes" recorre el país.	Luis Carlos Prestes se reúne por segunda vez con los comunistas en Buenos Aires. Prestes impulsa la Liga de Acción Revolucionaria. Viaja a Montevideo para coordinar esfuerzos con el Buró Sudamericano de la Komintern.
CHILE	Se da la Guerra Civil. Apogeo económico, inestabilidad política y desarrollo del movimiento proletario son las constantes.	En 1900 se da inicio a las Mancomunales Obreras, Luis Emilio Recabarren organiza a los trabajadores.	La desigual distribución de la riqueza se profundiza.	Recabarren fundó el 04 de junio de 1912 el Partido Obrero Socialista (POS), que adopta el nombre de Partido Comunista de Chile, el 02 de enero de 1922.	Luis Emilio Recabarren se suicida al día siguiente de una frustrada huelga, el 19 de diciembre de 1924.	En 1932 tiene lugar un golpe militar dado por Marmaduke Grove, quien proclama una República Socialista que durará menos de dos semanas.

COLOMBIA	Las diferencias entre conservadores y liberales, centralistas y federalistas, crearán una grave crisis económica e inestabilidad política.	"Guerra de los mil días" (1899 – 1902), entre Colombia y Panamá", que terminó con la secesión de Panamá (1903).	El pueblo derrocó al presidente Rafael Reyes Prieto en 1909. Este había renunciado al reclamo de Panamá a los yanquis.	En 1918 se realizan grandes manifestaciones en solidaridad con la Rusia revolucionaria.	En 1919 se lleva a cabo el Primer Congreso Obrero Nacional. F. Heredia, T. Uribe, J. Dávila, J. Albarracín y J. Romero, fundan el Partido Socialista.	Se funda el Partido Socialista Revolucionario (1926). Se unifican los socialistas en el Partido Comunista Colombiano (17/07/1928).
CUBA	José Martí y Carlos Baliño fundan el Partido Revolucionario Cubano (1892). Martí y Maceo lanzan el Manifiesto de Montecristi en 1895. Martí muere en combate el mismo año. Maceo en 1896.	Culmina la "Campaña de la Reforma" dirigida por el General Máximo Gómez contra España. Los Estados Unidos entran en la guerra y se quedan con el domino de Cuba y Puerto Rico.	El capital colonial yanqui en la isla desarrolla la economía a través del monocultivo de la caña de azúcar. Cuba es el paraíso de los negocios yanquis. Se abre la brecha social.	En noviembre se dan grandes jornadas obreras por las ocho horas y la disminución del costo de vida.	En 1925 Carlos Baliño y Julio Antonio Mella fundan el primer Partido Comunista de Cuba.	En 1926 Julio Antonio Mella es expulsado por el PCC, por participar en una huelga de hambre en prisión sin consultar con la dirección del partido.
ECUADOR	El 05 de junio de 1895 estalló la revolución liberal de Eloy Alfaro. El 14 de enero de 1897 se promulga la Constitución alfarista, que impulsa la libertad de cultos y la igualdad de los pueblos ante la Ley.	Alfaro se enfrenta a la Iglesia, anulando las rentas eclesiásticas y el monopolio de la información. Legaliza el matrimonio civil, el divorcio y la libertad de expresión.	Gobierno de Eloy Alfaro (1906-1911). Construye escuelas públicas. La reacción va copando espacios de poder dentro de las mismas filas alfaristas.	El 28 de enero de 1912 Eloy Alfaro es asesinado. Con ello, la derecha del liberalismo permitió a los bancos el dominio político y económico del país.	Ricardo Paredes forma la Agrupación Comunista (1924). Luego el Partido Socialista del Ecuador (Diciembre de 1925).	Se consolida el partido con el nombre de Partido Socialista Ecuatoriano (1926). Cambia el nombre en su II Congreso a PCE (1931).

EL SALVADOR	Abolidas por los liberales las tierras comunales y ejidales, se pasó a una nueva tenencia de la tierra en manos particulares, surgiendo la nueva élite cafetalera.	La "República Cafetalera", permitió el dominio del país a los grupos de poder económico.	La economía de todo el país se sustenta en formas feudales de trabajo. Los latifundistas son dueños del territorio.	Durante el gobierno de Manuel Enrique Araujo se creó la Guardia Nacional, a la cual se le dio poder en todo el territorio para guardar el orden de la explotación cafetalera (1913).	La familia Meléndez-Quiñónez gobierna el país junto a las "14 familias". Estando Agustín Farabundo Martí en Guatemala, participa de la fundación del PC Centroamericano.	Fundación del Partido Comunista de El Salvador, por Farabundo Martí (28 de marzo de 1930). En 1932 en la insurgencia salvadoreña muere fusilado Agustín Farabundo Martí.
GUATEMALA	Las dictaduras liberales profundizan la entrega del país a los intereses extranjeros.	La United Fruit Company gobierna política y económicamente el país, a través de la dictadura de Manuel Estrada Cabrera.	El pueblo apoyado por países vecinos enfrenta varias veces al tirano, quien con ayuda de Porfirio Díaz, presidente de México, los vence (1906).	La United Fruit Company se opone al progreso del país, no acepta la construcción de carreteras por poseer el monopolio del ferrocarril.	La Unificación Obrera Socialista se crea en 1921, esta se convierte en la sección del Partido Comunista de Centroamérica en 1922, el cual se funda en 1925.	El 10 de octubre de 1929 se disuelve el Partido Comunista Centroamericano, pues prefieren impulsar los partidos nacionales.
MÉXICO	El gobierno de Porfirio Díaz reduce al indígena, en algunos casos haciéndoles trabajar hasta morir por su rebeldía. Favorece la inversión extranjera, entregándoles las minas, las textiles, el azúcar, etc.	Las medidas sobre educación no llegan a la gran masa trabajadora y campesina. El analfabetismo reina en el país. Continúa el remate de los recursos al capital foráneo. Se industrializa el país.	Madero inicia la Revolución Mexicana en 1910. En 1911 inicia sus actividades militares Pancho Villa. En noviembre, Emiliano Zapata lanza el "Plan de Ayala".	Se funda el Partido Socialista Obrero (03/02/1917). El 10 de abril de 1919 es asesinado Emiliano Zapata.	Fundación del Partido Comunista Mexicano, por José Allen (Noviembre de 1919). En 1923 Pancho Villa murió asesinado. Víctor Raúl Haya de la Torre funda la Apra en 1924.	En 1929 es asesinado el revolucionario cubano, Julio Antonio Mella.
NICARAGUA	José Santos Zelaya pone fin a treinta años de conservadurismo. El café se vuelve el centro de la economía del país.	Zelaya confiscó los bienes de la Iglesia y dio ciertas libertades civiles.	Insurrección contra Zelaya, inspirada y apoyada por los EE.UU. (1910).	El gobierno de Adolfo Díaz entrega el país a los EE.UU. Ante la insurgencia popular invaden militarmente.	Augusto César Sandino inicia sus acciones guerrilleras en Nicaragua., en 1926.	Se funda el Partido de los Trabajadores de Nicaragua. Luego será el Partido Socialista Nicaragüense (1930).

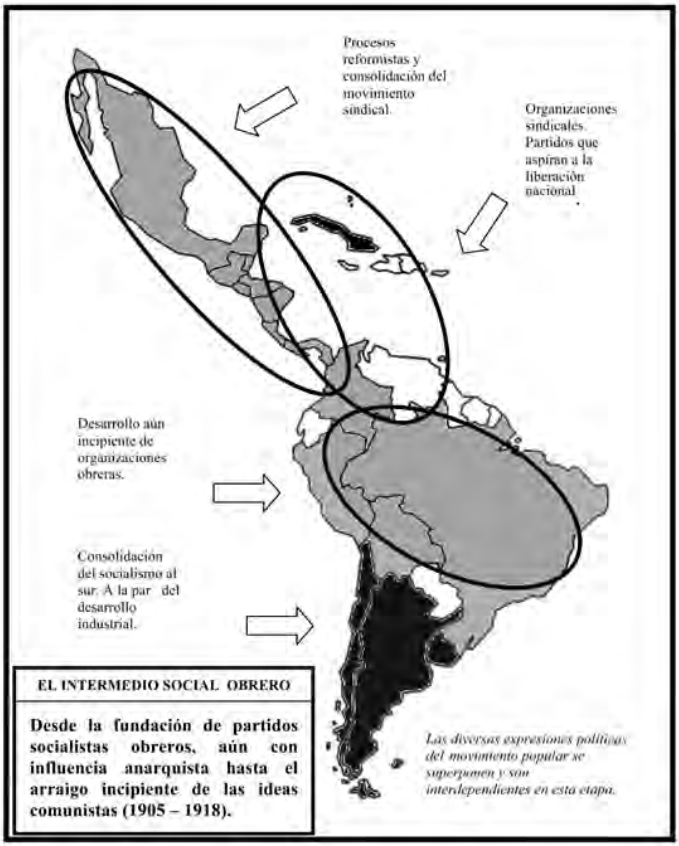
PARAGUAY	Se vivían los efectos de la "Guerra de la Triple Alianza", el genocidio que redujo la población a una quinta parte y la perdida de territorio, sumían al país en la miseria.	El Partido Colorado gobernó el país hasta 1904 cuando los liberales lo derrocaron. Acabo la influencia brasileña y empezó la argentina.	El gobierno liberal instauró el capitalismo. La inestabilidad política se sucede hasta 1911. La carne y el algodón entran en auge.	El gobierno de Eduardo Schaerer, logra la expulsión de militares brasileros y argentinos. Se logran ciertas libertades civiles.	En 1922 aparecen los primeros núcleos marxistas. El Partido Obrero Popular se transforma en Partido Obrero Revolucionario, en 1923.	Lucas Ibarrola funda el 19 de febrero de 1928 el Partido Comunista Paraguayo.
PERÚ	El gobierno de Nicolás de Piérola entrega el país a los capitales estadounidenses, los grandes banqueros gobernaban junto a los aristócratas. Este período fue conocido como "La República aristocrática".	El endeudamiento externo se hizo una constante en la política pierolista. Con el gobierno de Eduardo López de Romaña se inicia una política minera y agraria, cuyas ganancias no se traslucen en mejores sociales.	Los sucesivos gobiernos no alteraron un ápice la postración y miseria del campesinado peruano. La política primario exportadora y monoproductora fue la característica.	Con Augusto B. Leguía el capital extranjero entra en todas las ramas, a través de inversiones o préstamos. Ciertos gestos populistas del presidente Billinghurst le valieron el golpe de Estado y el exilio.	José Carlos Mariátegui deja el Comité de Propaganda Socialista por querer ser partido sin contar con influencia en las masas (1919). Se inicia el "Oncenio" de Leguía. JCM es enviado al exilio.	José Carlos Mariátegui funda el Partido Socialista del Perú (07/10/1928). El 10 de abril adhiere a la Komintern. El 16 de abril de 1930 muere JCM. El 20 de mayo se conforma el PCP.
URUGUAY	Bajo la influencia de Inglaterra, se trastocó la tenencia de la tierra. El gaucho se convierte en asalariado rural. La producción se adecua al mercado capitalista.	Finalizan los conflictos civiles. El presidente Batle, usa el excedente de la productividad de la ganadería extensiva para su redistribución social.	El doctor Emilio Frugoni funda el PS del Uruguay (1910). A partir de 1911 se crearán leyes favorables, como la de las ocho horas (1915)	En 1918 los obreros de la carne inician una huelga que será reprimida violentamente por el gobierno, ocasionando muchas muertes.	Se constituye el Partido Comunista del Uruguay (21/09/1921), dirigido por Eugenio Gómez.	Se funda la Confederación General del Trabajo del Uruguay (CGTU). Conferencia Sindical Latinoamericana (25/02/1929).
VENEZUELA	Se da la "Revolución Legalista" (1892), liderada por Joaquín Crespo. Instaura el voto directo pero malversa los recursos públicos. Crespo muere repeliendo una insurrección (1897).	La "Revolución Liberal Restauradora" (1903), dirigida por Cipriano Castro, se negó a pagar la deuda externa al Reino Unido y a Alemania. Sufre el bloqueo naval.	Castro enferma en 1908. Su vicepresidente Juan Vicente Gómez le da un golpe de Estado, dando un giro en las políticas de apertura hacia las transnacionales.	Gómez continúa con sus políticas antipopulares; controla y/o suspende elecciones, cierra la universidad, se dedica de lleno a pagar la deuda externa.	Se desarrolla el movimiento de los trabajadores, siendo fundado el Centro Obrero de Venezuela, la primera organización sindical del país (1923).	Gustavo Machado funda el Partido Revolucionario Venezolano (1926). En 1928 crece el movimiento estudiantil. Intentan derrocar a Juan Vicente Gómez en 1929.

Mapa 1.
Evolución del movimiento revolucionario en los países latinoamericanos (1892 -1904)

Países en procesos de liberación nacional o de anarquía militar.

Fundación de organizaciones nacional revolucionarias y socialistas.

Mapa 2.
Evolución del movimiento revolucionario en los países latinoamericanos (1905-1918)

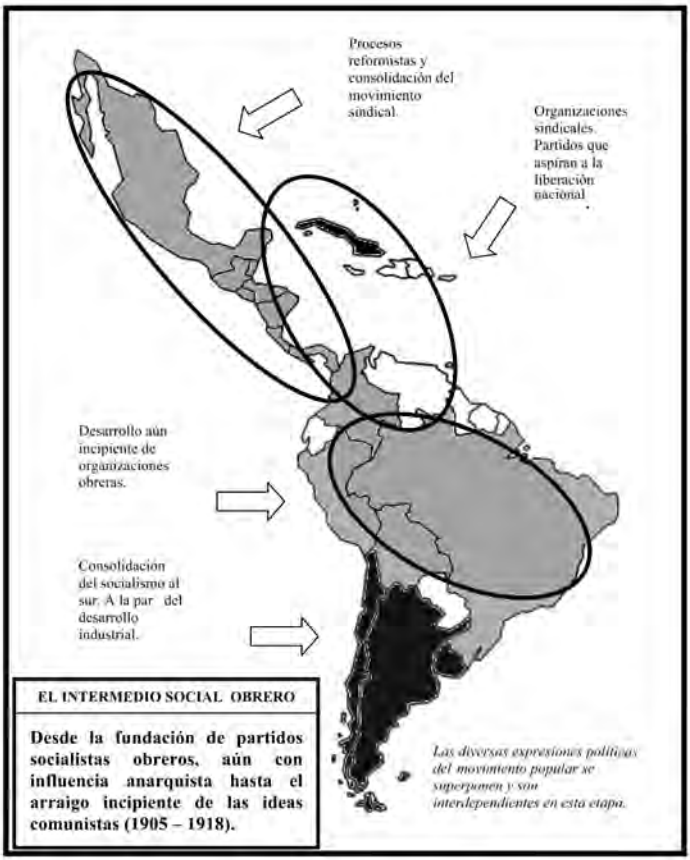


Las luchas de liberación nacional y/o guerras civiles se van decantando.

Fundación de organizaciones socialistas y comunistas.

Desarrollo de las ideas y del movimiento obrero.

Mapa 3.
Evolución del movimiento revolucionario en los países latinoamericanos (1919 -1932)



Las luchas de liberación nacional y/o guerras civiles se van decantando.

Fundación de organizaciones socialistas y comunistas.

Desarrollo de las ideas y del movimiento obrero.

LA ESCENA CONTEMPORÁNEA

Palabras preliminares

La benévola instancia de algunos amigos me decide a recoger en un libro una parte de mis artículos de los dos últimos años sobre "figuras y aspectos de la vida mundial".

Agrupadas y coordinadas en un volumen, bajo el título de *La escena contemporánea*, no pretenden estas impresiones, demasiado rápidas o demasiado fragmentarias, componer una explicación de nuestra época. Pero contienen los elementos primarios de un bosquejo o un ensayo de interpretación de esta época y sus tormentosos problemas que acaso me atreva a intentar en un libro más orgánico.

Pienso que no es posible aprehender en una teoría el entero panorama del mundo contemporáneo. Que no es posible, sobre todo, fijar en una teoría su movimiento. Tenemos que explorarlo y conocerlo, episodio por episodio, faceta por faceta. Nuestro juicio y nuestra imaginación se sentirán siempre en retardo respecto de la totalidad del fenómeno.

Por consiguiente, el mejor método para explicar y traducir nuestro tiempo es, tal vez, un método un poco periodístico y un poco cinematográfico.

He ahí otra de las razones que me animan a dar a la imprenta estos artículos. Casi todos se han publicado en *Variedades*. Sólo cinco de esta serie han aparecido en *Mundial*.

Al revisarlos y corregirlos no he tocado su sustancia. Me he limitado a algunas enmiendas formales, como la supresión de los puntos de referencia inmediatos del instante en que fueron escritos. Para facilitar y ordenar su lectura los he asociado y ensamblado según el tema.

Sé muy bien que mi visión de la época no es bastante objetiva ni bastante anastigmática. No soy un espectador indiferente del drama humano. Soy, por el contrario, un hombre con una filiación y una fe. Este libro no tiene más valor que el de ser un documento leal del espíritu y la sensibilidad de mi generación. Lo dedico, por esto, a los hombres nuevos, a los hombres jóvenes de la América indo-íbera.

José Carlos Mariátegui

Lima, MCMXXV

BIOLOGÍA DEL FASCISMO

Mussolini y el fascismo

Fascismo y Mussolini son dos palabras consustanciales y solidarias. Mussolini es el animador, el líder, el *duce*[93] máximo del fascismo. El fascismo es la plataforma, la tribuna y el carro de Mussolini. Para explicarnos una parte de este episodio de la crisis europea, recorramos rápidamente la historia de los *fasci*[94] y de su caudillo.

Mussolini, como es sabido, es un político de procedencia socialista. No tuvo dentro del socialismo una posición centrista ni templada sino una posición extremista e incandescente. Tuvo un rol consonante con su temperamento. Porque Mussolini es, espiritual y orgánicamente, un extremista. Su puesto está en la extrema izquierda o en la extrema derecha. De 1910 a 1911 fue uno de los líderes de la izquierda socialista. En 1912 dirigió la expulsión del hogar socialista de cuatro diputados partidarios de la colaboración ministerial: Bonomi, Bissolati, Cabrini y Podrecca. Y ocupó entonces la dirección del *Avanti*[95]. Vinieron 1914 y la guerra. El socialismo italiano reclamó la neutralidad de Italia. Mussolini, invariablemente inquieto y beligerante, se rebeló contra el pacifismo de sus correligionarios. Propugnó la intervención de Italia en la guerra. Dio, inicialmente, a su intervencionismo un punto de vista revolucionario.

93 *Duce*, voz italiana de origen latino, de *dux*, Jefe en la República medieval de Venecia. Este nombre se arrogó Mussolini para significar su pretensión de conductor del fascismo.

94 Fasci, del latín *fax*, haz. Se refiere aquí a la agrupación política.

95 *Avanti*, nombre del diario socialista italiano.

Sostuvo que extender y exasperar la guerra era apresurar la revolución europea. Pero, en realidad, en su intervencionismo latía su psicología guerrera que no podía avenirse con una actitud tolstoyana[96] y pasiva de neutralidad. En noviembre de 1914, Mussolini abandonó la dirección del *Avanti* y fundó en Milán *Il Popolo d'Italia* para preconizar el ataque a Austria. Italia se unió a la Entente.[97] Y Mussolini, propagandista de la intervención, fue también un soldado de la intervención.

Llegaron la victoria, el armisticio, la desmovilización. Y, con estas cosas, llegó un período de desocupación para los intervencionistas. D'Annunzio nostálgico de gesta y de epopeya, acometió la aventura de Fiume. Mussolini creó los *fasci di combetimento*: haces o fajos de combatientes. Pero en Italia el instante era revolucionario y socialista. Para Italia la guerra había sido un mal negocio. La Entente le había asignado una magra participación en el botín. Olvidadiza de la contribución de las armas italianas a la victoria, le habla regateado tercamente la posesión de Fiume. Italia, en suma, había salido de la guerra con una sensación de descontento y de desencanto. Se realizaron, bajo esta influencia, las elecciones. Y los socialistas conquistaron 155 puestos en el parlamento. Mussolini, candidato por Milán, fue estruendosamente batido por los votos socialistas.

Pero esos sentimientos de decepción y de depresión nacionales eran propicios a una violenta reacción nacionalista. Y fueron la raíz del fascismo. La clase media es peculiarmente accesible a los más exaltados mitos patrióticos. Y la clase media italiana, además, se sentía distante y adversaria de la clase proletaria socialista. No le perdonaba su neutralismo. No le perdonaba los altos salarios, los subsidios del Estado, las leyes sociales que durante la guerra y después de ella había conseguido del miedo a la revolución. La clase media se dolía y sufría de que el proletariado neutralista y hasta derrotista, resultase usufructuario de una guerra que no había querido. Y cuyos resultados desvalorizaba, empequeñecía y desdeñaba. Estos malos humores de la clase media encontraron un hogar en el fascismo. Mussolini atrajo, así, la clase media a sus *fasci di combatimento*.

---

96 Referencia al novelista ruso León Nikolayevich, Conde de Tolstoy, quien predicaba un tipo de cristianismo de no resistencia al mal y aceptación del dolor del hombre.

97 La Entente es el nombre que adoptó la alianza de Inglaterra, Francia y Rusia zarista contra Alemania.

Algunos disidentes del socialismo y del sindicalismo se enrolaron en los *fasci* aportándoles su experiencia y su destreza en la organización y captación de masas. No era todavía el fascismo una secta programática y conscientemente reaccionaria y conservadora. El fascismo, antes bien, se creía revolucionario, su propaganda tenía matices subversivos y demagógicos. El fascismo, por ejemplo, ululaba contra los nuevos ricos. Sus principios —tendencialmente republicanos y anticlericales— estaban impregnados del confusionismo mental de la clase media que, instintivamente descontenta y disgustada de la burguesía, es vagamente hostil al proletariado. Los socialistas italianos cometieron el error de no usar sagaces armas políticas para modificar la actitud espiritual de la clase media. Más aún. Acentuaron la enemistad entre el proletariado y la *piccola borghesia*,[98] desdeñosamente tratada y motejada por algunos hieráticos teóricos de la ortodoxia revolucionaria.

Italia entró en un período de guerra civil. Asustada por las chances de la revolución, la burguesía armó, abasteció y, estimuló solícitamente al fascismo. Y lo empujó a la persecución truculenta del socialismo, a la destrucción de los sindicatos y cooperativas revolucionarias, al quebrantamiento de huelgas e insurrecciones. El fascismo se convirtió así en una milicia numerosa y aguerrida. Acabó por ser más fuerte que el Estado mismo. Y entonces reclamó el poder. Las brigadas fascistas conquistaron Roma. Mussolini, en "camisa negra",[99] ascendió al gobierno, constriñó a la mayoría del parlamento a obedecerle, inauguró un régimen y una era fascista.

Acerca de Mussolini se ha hecho mucha novela y poca historia. A causa de su beligerancia política, casi no es posible una definición objetiva y nítida de su personalidad y su figura. Unas definiciones son ditirámbicas y cortesanas; otras definiciones son rencorosas y panfletarias. A Mussolini se le conoce, episódicamente, a través de anécdotas e instantáneas. Se dice, por ejemplo, que Mussolini es el artífice del fascismo. Se cree que Mussolini ha "hecho" el fascismo. Ahora bien, Mussolini es un agitador avezado, un organizador experto, un tipo vertiginosamente

98 *Piccola borghesia*, estrato social que comprende a los individuos situados entre el proletariado y la burguesía: pequeña burguesía.

99 La camisa negra era el uniforme fascista.

activo. Su actividad, su dinamismo, su tensión, influyeron vastamente en el fenómeno fascista. Mussolini, durante la campaña fascista, hablaba un mismo día en tres o cuatro ciudades. Usaba el aeroplano para saltar de Roma a Pisa, de Pisa a Bolonia, de Bolonia a Milán. Mussolini es un tipo volitivo, dinámico, verboso, italianísimo, singularmente dotado para agitar masas y excitar muchedumbres. Y fue el organizador, el animador, el *condottiere*[100] del fascismo. Pero no fue su creador, no fue su artífice. Extrajo de un estado de ánimo un movimiento político; pero no modeló este movimiento a su imagen y semejanza. Mussolini no dio un espíritu, un programa, al fascismo. Al contrario, el fascismo dio su espíritu a Mussolini. Su consustanciación, su identificación ideológica con los fascistas, obligó a Mussolini a exonerarse, a purgarse de sus últimos residuos socialistas. Mussolini necesitó asimilar, absorber el antisocialismo, el chauvinismo de la clase media para encuadrar y organizar a ésta en las filas de los *fasci di combattimento*. Y tuvo que definir su política como una política reaccionaria, anti-socialista, anti-revolucionaria. El caso de Mussolini se distingue en esto del caso de Bonomi, de Briand y otros ex-socialistas.[101] Bonomi, Briand, no se han visto nunca forzados a romper explícitamente con su origen socialista. Se han atribuido, antes bien, un socialismo mínimo, un socialismo homeopático. Mussolini, en cambio, ha llegado a decir que se ruboriza de su pasado socialista como se ruboriza un hombre maduro de sus cartas de amor de adolescente. Y ha saltado del socialismo más extremo al conservatismo más extremo. No ha atenuado, no ha reducido su socialismo; lo ha abandonado total e integralmente. Sus rumbos económicos, por ejemplo, son adversos a una política de intervencionismo, de estadismo, de fiscalismo. No aceptan el tipo transaccional de Estado capitalista y empresario: tienden a restaurar el tipo clásico de Estado recaudador y gendarme. Sus puntos de vista de hoy son diametralmente opuestos a sus puntos de vista de ayer. Mussolini era un convencido ayer como es un convencido hoy. ¿Cuál ha sido el mecanismo o proceso de su conversión de una doctrina a otra? No se trata

100 En italiano moderno *condottiero*, caudillo.

101 Colaboracionistas con los ministerios burgueses. Briand representó, en Francia, esta tendencia.

de un fenómeno cerebral; se trata de un fenómeno irracional. El motor de este cambio de actitud ideológica no ha sido la idea; ha sido el sentimiento. Mussolini no se ha desembarazado de su socialismo, intelectual ni conceptualmente. El socialismo no era en él un concepto sino una emoción, del mismo modo que el fascismo tampoco es en él un concepto sino también una emoción. Observemos un dato psicológico y fisonómico: Mussolini no ha sido nunca un cerebral, sino más bien un sentimental. En la política, en la prensa, no ha sido un teórico ni un filósofo sino un retórico y un conductor. Su lenguaje no ha sido programático, principista, ni científico, sino pasional, sentimental. Los más flacos discursos de Mussolini han sido aquellos en que ha intentado definir la filiación, la ideología del fascismo. El programa del fascismo es confuso, contradictorio, heterogéneo: contiene, mezclados *péle-méle*,[102] conceptos liberales y conceptos sindicalistas. Mejor dicho, Mussolini no le ha dictado al fascismo un verdadero programa; le ha dictado un plan de acción.

Mussolini ha pasado del socialismo al fascismo, de la revolución a la reacción, por una vía sentimental, no por una vía conceptual. Todas las apostasías históricas han sido, probablemente, un fenómeno espiritual. Mussolini, extremista de la revolución ayer, extremista de la reacción hoy, nos recuerda a Juliano. Como este Emperador, personaje de Ibsen y de Merezkovskij, Mussolini es un ser inquieto, teatral, alucinado, supersticioso y misterioso que se ha sentido elegido por el Destino para decretar la persecución del dios nuevo y reponer en su retablo los moribundos dioses antiguos.

102 Confusamente.

D'annunzio y el fascismo

D'Annunzio no es fascista. Pero el fascismo es d'annunziano. El fascismo usa consuetudinariamente una retórica, una técnica y una postura d'annunziana. El grito fascista de "¡Eia, eia, alalá!" es un grito de la epopeya de D'Annunzio. Los orígenes espirituales del fascismo, están en la literatura de D'Annunzio y en la vida de D'Annunzio. D'Annunzio puede, pues, renegar del fascismo. Pero el fascismo no puede renegar de D'Annunzio. D'Annunzio es uno de los creadores, uno de los artífices del estado de ánimo en el cual se ha incubado y se ha plasmado el fascismo.

Más aún. Todos los últimos capítulos de la historia italiana están saturados de d'annunzianismo. Adriano Tilgher en un sustancioso ensayo sobre la *Tersa Italia*[103] define el periodo pre-bélico de 1905 a 1915 como "el reino incontestado de la mentalidad d'annunziana, nutrida de recuerdos de la Roma imperial y de las comunas italianas de la Edad Media, formada de naturalismo pseudopagano, de aversión al sentimentalismo cristiano y humanitario, de culto de la violencia heroica, de desprecio por el vulgo profano curvado sobre el trabajo servil, de diletantismo kilometrofágico con un vago delirio de grandes palabras y de gestos imponentes". Durante ese periodo, constata Tilgher, la pequeña y la media burguesía italiana se alimentaron de la retórica de una

103 La *Tersa Italia* o Tercera Italia. Después de la imperial o romana y de la del Renacimiento. Véase el artículo "Las tres Romas" del capítulo "Interpretación de Roma" contenido en el tomo III de la presente edición (N. de los E.).

prensa redactada por literatos fracasados, totalmente impregnados de d'annunzionismo y de nostalgias imperiales.

Y en la guerra contra Austria, gesta d'annunziana, se generó el fascismo, gesta d'annunziana también. Todos los líderes y capitanes del fascismo provienen de la facción que arrolló al gobierno neutralista de Giolitti y condujo a Italia a la guerra. Las brigadas del fascismo se llamaron inicialmente haces de combatientes. El fascismo fue una emanación de la guerra. La aventura de Fiume y la organización de los *fasci* fueron dos fenómenos gemelos, dos fenómenos sincrónicos y sinfrónicos. Los fascistas de Mussolini y los *arditi*[104] de D'Annunzio fraternizaban. Unos y otros acometían sus empresas al grito de "¡Eia, aia, alalá!" El fascismo y el fiumanismo se amamantaban en la ubre de la misma loba como Rómulo y Remo. Pero, nuevos Rómulo y Remo también, el destino quería que uno matase al otro. El fiumanismo sucumbió en Fiume ahogado en su retórica y en su poesía. Y el fascismo se desarrolló, libre de la concurrencia de todo movimiento similar, a expensas de esa inmolación y de esa sangre.

El fiumanismo se resistía a descender del mundo astral y olímpico de su utopía, al mundo contingente, precario y prosaico de la realidad. Se sentía por encima de la lucha de clases, por encima del conflicto entre la idea individualista y la idea socialista, por encima de la economía y de sus problemas. Aislado de la tierra, perdido en el éter, el Humanismo estaba condenado a la evaporación y a la muerte. El fascismo, en cambio, tomó posición en la lucha de clases. Y, explotando la ojeriza de la clase media contra el proletariado, la encuadró en sus filas y la llevó a la batalla contra la revolución y contra el socialismo. Todos los elementos reaccionarios, todos los elementos conservadores, más ansiosos de un capitán resuelto a combatir contra la revolución que de un político inclinado a pactar con ella, se enrolaron y concentraron en los rangos del fascismo. Exteriormente, el fascismo conservó sus aires d'annunzianos; pero interiormente su nuevo contenido social, su nueva estructura social, desalojaron y sofocaron la gaseosa ideología d'annunziana. El fascismo ha crecido y ha vencido no como movimiento d'annunziano sino como movimiento reaccionario; no como interés superior a la lucha de clases sino como interés de una de

104 Así se llamaban los secuaces de D'Annunzio.

las clases beligerantes. El fiumanismo era un fenómeno literario más que un fenómeno político. El fascismo en cambio, es un fenómeno eminentemente político. El *condotiori* del fascismo tenía que ser, por consiguiente, un político, un caudillo tumultuario, plebiscitario, demagógico. Y el fascismo encontró por esto su *duce*, su animador en Benito Mussolini, y no en Gabriel D'Annunzio. El fascismo necesitaba un líder listo a usar, contra el proletariado socialista, el revólver, el bastón y el aceite castor. Y la poesía y el aceite castor son dos cosas inconciliables y disímiles.

La personalidad de D'Annunzio es una personalidad arbitraria y versátil que no cabe dentro de un partido. D'Annunzio es un hombre sin filiación y sin disciplina ideológicas. Aspira a ser un gran actor de la historia. No le preocupa el rol sino su grandeza, su relieve, su estética. Sin embargo, D'Annunzio ha mostrado malgrado su elitismo y su aristocratismo, una frecuente e instintiva tendencia a la izquierda y a la revolución. En D'Annunzio no hay una teoría, una doctrina, un concepto. En D'Annunzio hay sobre todo, un ritmo, una música, una forma. Mas este ritmo, esta música, esta forma, han tenido, a veces, en algunos sonoros episodios de la historia del gran poeta, un matiz y un sentido revolucionarios. Es que D'Annunzio ama el pasado; pero ama más el presente. El pasado lo provee y lo abastece de elementos decorativos, de esmaltes arcaicos, de colores raros y de jeroglíficos misteriosos. Pero el presente es la vida. Y la vida es la fuente de la fantasía y del arte. Y, mientras la reacción es el instinto de conservación, el estertor agónico del pasado, la revolución es la gestación dolorosa, el parto sangriento del presente.

Cuando, en 1900, D'Annunzio ingresó en la Cámara italiana, su carencia de filiación, su falta de ideología, lo llevaron a un escaño conservador. Mas un día de polémica emocionante entre la mayoría burguesa y dinástica y la extrema izquierda socialista y revolucionaria. D'Annunzio, ausente de la controversia teorética sensible sólo al latido y a la emoción de la vida, se sintió atraído magnéticamente al campo de gravitación de la minoría. Y habló así a la extrema izquierda: "En el espectáculo de hoy he visto de una parte muchos muertos que gritan, de la otra pocos hombres vivos y elocuentes. Como hombre de intelecto, marcho hacia la vida". D'Annunzio no marchaba hacia el socialismo, no marchaba hacia la revolución. Nada sabía ni quería saber de teorías ni de

doctrinas. Marchaba simplemente hacia la vida. La revolución ejercía en él la misma atracción natural y orgánica que el mar, que el campo, que la mujer, que la juventud y que el combate.

Y, después de la guerra, D'Annunzio volvió a aproximarse varias veces a la revolución. Cuando ocupó Fiume, dijo que el fiumanismo era la causa de todos los pueblos oprimidos, de todos los pueblos irredentos. Y envió un telegrama a Lenin. Parece que Lenin quiso contestar a D'Annunzio. Pero los socialistas italianos se opusieron a que los Soviets tomaran en serio el gesto del poeta. D'Annunzio invitó a todos los sindicatos de Fiume a colaborar con él en la elaboración de la constitución fiumana. Algunos hombres del ala izquierda del socialismo, inspirados por su instinto revolucionario, propugnaron un entendimiento con D'Annunzio. Pero la burocracia del socialismo y de los sindicatos rechazó y excomulgó esta proposición herética, declarando a D'Annunzio un diletante, un aventurero. La heterodoxia y el individualismo del poeta repugnaban a su sentimiento revolucionario. D'Annunzio, privado de toda cooperación doctrinaria, dio a Fiume una constitución retórica. Una constitución de tono épico que es sin duda, uno de los más curiosos documentos de la literatura política de estos tiempos. En la portada de la Constitución del Arengo del Carnaro están escritas estas palabras: "La vida es bella y digna de ser magníficamente vivida". Y en sus capítulos e incisos, la Constitución de Fiume asegura a los ciudadanos del Arengo del Carnero, una asistencia próvida, generosa e infinita para su cuerpo, para su alma, para su imaginación y su músculo. En la Constitución de Fiume existen toques de comunismo. No del moderno, científico y dialéctico comunismo, de Marx y de Lenin, sino del utópico y arcaico comunismo de la República de Platón, de la Ciudad del Sol de Campanella y de la Ciudad de San Rafael de John Ruskin.

Liquidada la aventura de Fiume, D'Annunzio tuvo un período de contacto y de negociaciones con algunos líderes del proletariado. En su villa de Gardone, se entrevistaron con él D'Aragona y Baldesi, secretarios de la Confederación General del Trabajo. Recibió, también la visita de Tchicherin, que tornaba de Génova a Rusia. Pareció entonces inminente un acuerdo de D'Annunzio con los sindicatos y con el socialismo. Eran los días en que los socialistas italianos, desvinculados de los comunistas, parecían próximos a la colaboración ministerial. Pero la dictadura

fascista estaba en marcha. Y, en vez de D'Annunzio y los socialistas, conquistaron la Ciudad Eterna Mussolini y los "camisas negras".

D'Annunzio vive en buenas relaciones con el fascismo. La dictadura de las "camisas negras" flirtea con el Poeta. D'Annunzio, desde su retiro de Gardone, la mira sin rencor, y sin antipatía. Pero se mantiene esquivo y huraño a toda mancomunidad con ella. Mussolini ha auspiciado el pacto marinero redactado por el Poeta que es una especie de padrino de la gente del mar. Los trabajadores del mar se someten voluntariamente a su arbitraje y a su imperio. El poeta de "La nave" ejerce sobre ellos una autoridad patriarcal y teocrática. Vedado de legislar para la tierra, se contenta con legislar para el mar. El mar lo comprende mejor que la tierra.

Pero la historia tiene como escenario la tierra y no el mar. Y tiene como asunto central la política y, no la poesía. La política que reclama de sus actores contacto constante y metódico con la realidad, con la ciencia, con la economía, con todas aquellas cosas que la megalomanía de los poetas desconoce y desdeña. En una época normal y quieta de la historia D'Annunzio no habría sido un protagonista de la política. Porque en épocas normales y quietas la política es un negocio administrativo y burocrático. Pero en esta época de neo-romanticismo, en esta época de renacimiento del héroe, del mito y de la acción, la política cesa de ser oficio sistemático de la burocracia y de la ciencia. D'Annunzio, tiene, por eso, un sitio en la política contemporánea. Sólo que D'Annunzio, ondulante y arbitrario, no puede inmovilizarse dentro de una secta ni enrolarse en un bando. No es capaz de marchar con la reacción ni con la revolución. Menos aún es capaz de afiliarse a la ecléctica y sagaz zona intermedia de la democracia y de la reforma.

Y así, sin ser D'Annunzio consciente y específicamente reaccionario, la reacción es paradójica y enfáticamente d'annunziana. La reacción en Italia ha tomado del d'annunzianismo el gesto, la pose y el acento. En otros países la reacción es más sobria, más brutal, más desnuda. En Italia, país de la elocuencia y de la retórica, la reacción necesita erguirse sobre un plinto suntuosamente decorado por los frisos, los bajo relieves y las volutas de la literatura d'annunziana.

La inteligencia y el aceite de ricino

El fascismo conquistó, al mismo tiempo que el gobierno y la Ciudad Eterna, a la mayoría de los intelectuales italianos. Unos se uncieron sin reservas a su carro y a su fortuna; otros, le dieron un consenso pasivo; otros, los más prudentes, le concedieron una neutralidad benévola. La Inteligencia gusta de dejarse poseer por la Fuerza. Sobre todo cuando la fuerza es, como en el caso del fascismo, joven, osadas, marciales y aventureras.

Concurrían, además, en esta adhesión de intelectuales y artistas al fascismo, causas específicamente italianas. Todos los últimos capítulos de la historia de Italia aparecen saturados de d'annunzianismo. "Los orígenes espirituales del fascismo están en la literatura de D'Annunzio". El futurismo[105] —que fue una faz, un episodio del fenómeno d'annunziano— es otro de los ingredientes psicológicos del fascismo. Los futuristas saludaron la guerra de Tripoli[106] como la inauguración de una nueva era para Italia. D'Annunzio fue, más tarde, el *condottiere* espiritual de la intervención de Italia en la guerra mundial, futuristas y d'annunzianos crearon en Italia un humor megalómano, anticristiano, romántico y retórico. Predicaron a las nuevas generaciones —como lo han remarcado Adriano Tilgher y Arturo Labriola— el culto del héroe, de la violencia y de la guerra. En un pueblo como el italiano, cálido, meridional y prolífico, mal conte-

105 El futurismo se llamó a un movimiento artístico aparecido en París en 1909. Su inspirador y guía fue Filippo T. Marinetti.

106 Se refiere a la declaratoria de guerra que, en 1911, hizo Italia a Turquía, en la que aquella se apoderó de Trípoli.

nido y alimentado por su exiguo territorio, existía una latente tendencia a la expansión. Dichas ideas encontraron, por tanto, una atmósfera favorable. Los factores demográficos y económicos coincidían con las sugestiones literarias. La clase media, en particular, fue fácil presa del espíritu d'annunziano. (El proletariado, dirigido y controlado por el socialismo, era menos permeable a tal influencia). Con esta literatura colaboraban la filosofía idealista de Gentile y de Croce y todas las importaciones y transformaciones del pensamiento tudesco.

Idealistas, futuristas y d'annunzianos sintieron en el fascismo una obra propia. Aceptaron su maternidad. El fascismo estaba unido a la mayoría de los intelectuales por un sensible cordón umbilical. D'Annunzio no se incorporó al fascismo, en el cual no podía ocupar una plaza de lugarteniente; pero mantuvo con él cordiales relaciones y no rechazó su amor platónico. Y los futuristas se enrolaron voluntariamente en los rangos fascistas. El más ultraísta de los diarios fascistas, *L'Impero de Roma*, está aún dirigido por Mario Carli y Emilio Settimelli, dos sobrevivientes de la experiencia futurista. Ardengo Soffici, otro ex-futurista, colabora en *Il Popolo d'Italia*, el órgano de Mussolini. Los filósofos del idealismo tampoco se regatearon al fascismo. Giovanni Gentile, después de reformar fascísticamente la enseñanza, hizo la apología idealista de la cachiporra. Finalmente, los literatos solitarios, sin escuela y sin capilla, también reclamaron un sitio en el cortejo victorioso del fascismo. Sem Benelli, uno de los mayores representantes de esa categoría literaria, demasiado cauto para vestir la "camisa negra", colaboró con los fascistas, y sin confundirse con ellos, aprobó su praxis y sus métodos. En las últimas elecciones, Sem Benelli fue uno de los candidatos conspicuos de la lista ministerial.

Pero esto acontecía en los tiempos que aún eran o parecían de plenitud y de apogeo de la gesta fascista. Desde que el fascismo empezó a declinar, los intelectuales comenzaron a rectificar su actitud. Los que guardaron silencio ante la marcha a Roma sienten hoy la necesidad de procesarla y condenarla. El fascismo ha perdido una gran parte de su clientela y de su séquito de intelectuales. Las consecuencias del asesinato de Matteotti[107] han apresurado las defecciones.

---

107 Véase el artículo "La teoría fascista" en el presente tomo (N. de los E.).

Presentemente se afirma entre los intelectuales esta corriente antifascista. Roberto Bracco es uno de los líderes de la oposición democrática. Benedetto Croce se declara también antifascista, a pesar de compartir con Giovanni Gentile la responsabilidad y los laureles de la filosofía idealista. D'Annunzio que se muestra huraño y malhumorado, ha anunciado que se retira de la vida pública y que vuelve a ser el mismo "solitario y orgulloso artista" de antes. Sem Benelli, en fin, con algunos disidentes del fascismo y del filofascismo, ha fundado la Liga Itálica con el objeto de provocar una revuelta moral contra los métodos de los "camisas negras".

Recientemente, el fascismo ha recibido la adhesión de Pirandello. Pero Pirandello es un humorista. Por otra parte, Pirandello es un pequeño burgués, provinciano y anarcoide, con mucho ingenio literario y muy poca sensibilidad política. Su actitud no puede ser nunca el síntoma de una situación. Malgrado Pirandello, es evidente que los intelectuales italianos están disgustados del fascismo. El idilio entre la inteligencia y el aceite de ricino ha terminado.

¿Cómo se ha generado esta ruptura? Conviene eliminar inmediatamente una hipótesis: la de que los intelectuales se alejan de Mussolini porque éste no ha estimado ni aprovechado más su colaboración. El fascismo suele engalanarse de retórica imperialista y disimular su carencia de principios bajo algunos lugares comunes literarios; pero más que a los artesanos de la palabra ama a los hombres de acción. Mussolini es un hombre demasiado agudo y socarrón para rodearse de literatos y profesores. Le sirve más un estado mayor de demagogos y guerrilleros, expertos en el ataque, el tumulto y la agitación. Entre la cachiporra y la retórica, elige sin dudar la cachiporra. Roberto Farinacci, uno de los líderes actuales del fascismo, el principal actor de su última asamblea nacional, no es sólo un descomunal enemigo de la libertad y la democracia sino también de la gramática. Pero estas cosas no son bastantes para desolar a los intelectuales. En verdad, ni los intelectuales esperaron nunca que Musolini convirtiese su gobierno en una academia bizantina, ni la prosa fascista fue antes más gramatical que ahora. Tampoco pasa que a los literatos, filósofos y artistas, a la Artecracia como la llama Marinetti, les horroricen demasiado la truculencia y la brutalidad de la gesta de los "camisas negras". Durante tres años las han sufrido sin queja y sin repulsa.

El nuevo orientamiento de la inteligencia italiana es una señal, un indicio de un fenómeno más hondo. No es para el fascismo un hecho grave en sí, sino como parte de un hecho mayor. La pérdida o la adquisición de algunos poetas, como Sem Benelli, carece de importancia tanto para la Reacción como para la Revolución. La inteligencia, la artecracia, no han reaccionado contra el fascismo antes que las categorías sociales, dentro de las cuales están incrustradas, sino después de éstas. No son los intelectuales los que cambian de actitud ante el fascismo. Es la burguesía, la banca, la prensa, etc., etc., la misma gente y las mismas instituciones cuyo consenso permitieron hace tres años la marcha a Roma. La inteligencia es esencialmente oportunista: El rol de los intelectuales en la historia resulta, en realidad, muy modesto. Ni el arte ni la literatura, a pesar de su megalomanía, dirigen la política; dependen de ella, como otras tantas actividades menos exquisitas y menos ilustres. Los intelectuales forman la clientela del orden, de la tradición, del poder, de la fuerza, etc, y, en caso necesario, de la cachiporra y del aceite de ricino. Algunos espíritus superiores, algunas mentalidades creadoras escapan a esta regla; pero son espíritus y mentalidades de excepción. Gente de clase media, los artistas y los literatos no tienen generalmente ni aptitud ni *elan*[108] revolucionarios. Los que actualmente osan insurgir contra el fascismo son totalmente inofensivos. La Liga Itálica de Sem Benelli, por ejemplo, no quiere ser un partido, ni pretende casi hacer política. Se define a sí misma como "un vínculo sacro para desenvolver su sacro programa: por el Bien y el Derecho de la Nación Itálica: por el Bien y el Derecho del hombre itálico". Este programa puede ser muy sacro, como dice Sem Benelli; pero es, además, muy vago, muy gaseoso, muy cándido. Sem Benelli, con esa nostalgia del pasado y ese gusto de las frases arcaicas, tan propios de las poetas mediocres de hoy, va por los caminos de Italia diciendo como un gran poeta de ayer: *¡Pace, pace, pace!*[109] Su impotente consejo llega con mucho retardo.

---

108 Impulso, aptitud o espíritu.

109 ¡Paz, paz, paz! Son las palabras finales del poema de Francesco Tetrarca "Italia mía, benche 'l parlar sia indarno" ("Italia mía, aunque el hablar sea en vano") que ocupa el Nº 128 en el *Canzioniere* del poeta italiano.

La teoría fascista

La crisis del régimen fascista, precipitada por el proceso Matteotti, ha esclarecido y precisado la fisonomía y el contenido del fascismo.

El partido fascista, antes de la marcha a Roma, era una informe nebulosa. Durante mucho tiempo no quiso calificarse ni funcionar como un partido. El fascismo, según muchos "camisas negras" de la primera hora, no era una facción sino un movimiento. Pretendía ser, más que un fenómeno político, un fenómeno espiritual y significar, sobre todo, una reacción de la Italia vencedora de Vittorio Veneto[110] contra la política de desvalorización de esa victoria y sus consecuencias. La composición, la estructura de los *fasci*, explicaban su confusionismo ideológico. Los *fasci* reclutaban sus adeptos en las más diversas categorías sociales. En sus rangos se mezclaban estudiantes, oficiales, literatos, empleados, nobles, campesinos y aun obreros. La plana mayor del fascismo no podía ser más policroma. La componían disidentes del socialismo como Mussolini y Farinacci; ex-combatientes, cargados de medallas, como Igliori y De Vecchi; literatos futuristas exuberantes y bizarros como Filippo Marinetti y Emilio Settimelli; ex-anarquistas de reciente conversión como Massimo Rocca; sindicalistas como Cesare Rossi y Michele Bianchi; republicanos mazzinianos como Casalini; fiumanistas como Giunta y Giuriati; y monarquistas ortodoxos de la nobleza adicta a la dinastía

110 Vittorio Veneto, lugar donde los italianos, ayudados por los aliados, derrotaron a los austro germanos en 1918; vísperas del derrumbe alemán, durante la I Guerra Mundial.

de Savoya. Republicano, anticlerical, iconoclasta, en sus orígenes, el fascismo se declaró más o menos agnóstico ante el régimen y la Iglesia cuando se convirtió en un partido.

La bandera de la patria cubría todos los contrabandos y todos los equívocos doctrinarios y programáticos. Los fascistas se atribuían la representación exclusiva de la italianidad. Ambicionaban el monopolio del patriotismo. Pugnaban por acaparar para su facción a los combatientes y mutilados de la guerra. La demagogia y el oportunismo de Mussolini y sus tenientes se beneficiaron, ampliamente, a este respecto, de la maldiestra política de los socialistas, a quienes una insensata e inoportuna vociferación antimilitarista habían enemistado con la mayoría de los combatientes.

La conquista de Roma y del poder agravó el equívoco fascista. Los fascistas se encontraron flanqueados por elementos liberales, democráticos, católicos, que ejercitaban sobre su mentalidad y su espíritu una influencia cotidiana enervante. En las filas del fascismo se enrolaron, además, muchas gentes seducidas únicamente por el éxito. La composición del fascismo se tornó espiritual y socialmente más heteróclita. Mussolini no pudo por esto, realizar plenamente el golpe de Estado. Llegó al poder insurreccionalmente; pero buscó, en seguida, el apoyo de la mayoría parlamentaria. Inauguró una política de compromisos y de transacciones. Trató de legalizar su dictadura. Osciló entre el método dictatorial y el método parlamentario. Declaró que el fascismo debía entrar cuanto antes en la legalidad. Pero esta política fluctuante no podía cancelar las contradicciones que minaban la unidad fascista. No tardaron en manifestarse en el fascismo dos ánimas y dos mentalidades antitéticas. Una fracción extremista o ultraísta propugnaba la inserción integral de la revolución fascista en el Estatuto del Reino de Italia. El estado demoliberal debía, a su juicio, ser reemplazado por el Estado fascista. Una fracción revisionista reclamaba, en tanto, una rectificación más o menos extensa de la política del partido. Condenaba la violencia arbitraria de los *ras*[111] de provincias. Los *ras*, como se designa a los jefes o *condottieri* regionales del partido fascista, ejercían sobre las provincias una autoridad medioeval y despótica. Contra

111 *Ras* expresión de origen abisinio.

el rasismo, contra el escuadrismo,[112] insurgían los fascistas revisionistas. El más categórico y autorizado líder revisionista, Massimo Rocca, sostuvo ardorosas polémicas con los líderes extremistas. Esta polémica tuvo vastas proyecciones. Se quiso fijar y definir, de una y otra parte, la función y el ideario del fascismo. El fascismo que hasta entonces no se había cuidado sino de ser acción, empezaba a sentir la necesidad de ser también una teoría. Curzio Suckert asignaba al fascismo un ánima católica, medioeval, anti-liberal, anti-renacentista. El espíritu del Renacimiento, el protestantismo, el liberalismo, era descrito como un espíritu disolvente, nihilista, contrario a los intereses espirituales de la italianidad. Los fascistas no reparaban en que, desde sus primeras aventuras, se habían calificado, ante todo, como asertores de la idea de la nación, idea de claros orígenes renacentistas. La contradicción no parecía embarazarlos sobremanera. Mario Pantaleoni y Michele Bianchi hablaban, por su parte, del proyectado Estado fascista como un Estado sindical. Y los revisionistas, de su lado, aparecían teñidos de un vago liberalismo. Las tesis de Massimo Rocca suscitaron la protesta de todos los extremistas. Y Massimo Rocca fue ex-confesado oficialmente por la secta fascista como un hereje peligroso. Mussolini no se mezclaba en estos debates. Ausente de la polémica, ocupaba virtualmente en el fascismo una posición centrista. Interrogado, cuidaba de no comprometerse con una respuesta demasiado precisa. "Después de todo, ¿qué importa el contenido teórico de un partido? Lo que le da la fuerza y la vida es su tonalidad, es su voluntad, es el ánima de aquéllos que lo constituyen".

Cuando el trabajo de definición del fascismo había llegado a este punto, sobrevino el asesinato de Matteotti. Al principio Mussolini anunció intención de depurar las filas fascistas. Esbozó, en un discurso en el Senado, bajo la presión de la tempestad desencadenada por el crimen, un plan de política normalizadora. A Mussolini le urgía en ese instante satisfacer a los elementos liberales que sostenían su gobierno. Pero todos sus esfuerzos por domesticar la opinión pública fracasarán. El fascismo comenzó a perder sus simpatizantes y sus aliados. Las

112 Llamábase *squadrismo* la práctica violenta de los *squadre* d'azione ("Escuadra de acción") organizadas por los fascistas contra el movimiento obrero.

defecciones de los elementos liberales y democráticos que, en un principio, por miedo a la revolución socialista, lo habían flanqueado y sostenido, aislaron gradualmente de toda opinión no fascista al gobierno de Mussolini. Este aislamiento empujó el fascismo a una posición cada día más beligerante. Prevaleció en el partido la mentalidad extremista. Mussolini solía aún usar, a veces, un lenguaje conciliador, con la esperanza de quebrantar o debilitar el espíritu combativo de la oposición; pero, en realidad, el fascismo volvía a una táctica guerrera. En la siguiente asamblea nacional, del partido fascista, dominó la tendencia extremista que tiene en Farinacci su *condottiere* más típico. Los revisionistas, encabezados por Bottai, capitularon en toda la línea. Luego, Mussolini nombró una comisión para la reforma del Estatuto de Italia. En la prensa fascista, reapareció la tesis de que el Estado demo-liberal debía ceder el paso al Estado fascista-unitario. Este estado de ánimo del partido fascista tuvo su más enfática y agresiva manifestación en el rechazo de la renuncia del diputado Giunta, del cargo de vicepresidente de la Cámara. Giunta dimitió por haber demandado al Procurador del Rey autorización para procesarlo como responsable de la agresión al fascista disidente Cesare Farol. Y la mayoría fascista quiso ampararlo con una declaración estruendosa y explícita de solidaridad. Tal actitud no pudo ser mantenida. La mayoría fascista, en una votación posterior, la rectificó a regañadientes, constreñida por una tempestad de protestas. Mussolini necesitó emplear toda su autoridad para obligar a los diputados fascistas a la retirada. No consiguió, sin embargo, impedir que Michele Bianchi y Farinacci se declararan descontentos de esta maniobra oportunista, inspirada en consideraciones de táctica parlamentaria.

El super-fascismo, el ultra-fascismo, o como quiera llamársele; no tiene un solo matiz. Va del fascismo rasista o escuadrista de Farinacci al fascismo integralista de Michele Bianchi y Curzio Suekert[113] Farinacci encarna el espíritu de las escuadras de camisas negras que, después de entrenarse truculentamente en los *raids* punitivos contra los sindicatos y las cooperativas socialistas, marcharon sobre Roma para inaugurar la

113 Célebre escritor, más conocido con el seudónimo de Curzio Malaparte (1898-1957).

dictadura fascista. Farinacci es un hombre tempestuoso e incandescente a quien no le interesa la teoría sino la acción. Es el tipo más genuino del ras fascista. Tiene en un puño a la provincia de Cremona, donde dirige un diario, *Cremona Nueva*, que amenaza consuetudinariamente a los grupos y políticos de oposición con una segunda "oleada" fascista. La primera "oleada" fue la que condujo a la conquista de Roma. La segunda "oleada", según el léxico acérrimo de Farinacci, barrería a todos los adversarios del régimen fascista en una noche de San Bartolomé. Ex-ferroviario, ex-socialista, Farinacci tiene una psicología de agitador y de *condottiere*. En sus artículos y en sus discursos anda a cachiporrazos con la gramática. La prensa de oposición remarca frecuentemente esta característica de su prosa. Farinacci confunde en el mismo odio feroz la democracia, la gramática y el socialismo. Quiere ser, en todo instante, un genuino camisa negra. Más intelectuales, pero no menos apocalípticos que Farinacci, son los fascistas del diario *L'Impero* de Roma. Dirigen este diario dos escritores procedentes del futurismo, Mario Carli y Emilio Settimelli, que invitan al fascismo a liquidar definitivamente el régimen parlamentario. *L'Impero* es delirantemente imperialista. Armada del *hacha del lictor*,[114] la Italia fascista tiene, según *L'Impero*, una misión altísima en el actual capítulo de la historia del mundo. También preconiza *L'Impero* la segunda oleada fascista. Michele Bianchi y Curzio Suckert son los teóricos del fascismo integral. Bianchi bosqueja la técnica del estado fascista que concibe casi como un trust vertical de sindicatos o corporaciones. Suckert, director de *La Conquista dello Stato*, discurre filosóficamente.

Con esta tendencia convive, en el partido fascista, una tendencia moderada, conservadora, que no reniega el liberalismo ni el Renacimiento, que trabaja por la normalización del fascismo y que pugna por encarrilar el gobierno de Mussolini dentro de una legalidad burocrática. Forman el núcleo de la tendencia moderada los antiguos nacionalistas de *L'Idea Nazionale*, absorbidos por el fascismo a renglón seguido del golpe de Estado. La ideología de estos nacionalistas es más o menos la misma de la vieja derecha liberal. Pávidos monarquistas, se oponen

114 Hacha del lictor: era el símbolo que llevaba el antiguo magistrado romano llamado lictor. De ahí que simbólicamente expresa el poder.

a que el golpe de estado fascista comprometa en lo menor las bases de la monarquía y del Estatuto. Federzoni, Paolucci, representan esta lona templada del fascismo.

Pero, por su mentalidad, por su temperamento y por sus antecedentes los fascistas del tipo de Federzoni y de Paolucci son los que menos encarnan el verdadero fascismo. Se trata, en su caso, de prudentes y mesurados conservadores. Ningún romanticismo exorbitante, ninguna desesperada nostalgia del Medioevo, los saca de quicio. No tienen psicología de *condottieri*. Farinacci, en cambio, es un ejemplar auténtico de fascista. Es el hombre de la cachiporra, provinciano, fanático, catastrófico, guerrero, en quien el fascismo no es un concepto, no es una teoría, sino, tan sólo, una pasión, un impulso, un grito, un "alalá".

Los nuevos aspectos de la batalla fascista

El fascismo es la reacción, como casi todos lo saben o casi todos creen saberlo. Pero la compleja realidad del fenómeno fascista no se deja captar íntegramente en una definición simplista y esquemática. El Directorio[115] también es la reacción. Y, sin embargo, no se puede estudiar la reacción en el Directorio como en el fascismo. No sólo por desdén de la estupidez fanfarrona y condecorada de Primo de Rivera y de sus secuaces. No sólo por la convicción de que estos mediocrísimos tartarines[116] son demasiado insignificantes y triviales para influir en el curso de la historia. Sino, sobre todo, porque el fenómeno reaccionario debe ser considerado y analizado ahí donde se manifiesta en toda su potencia, ahí donde señala la decadencia de una democracia antes vigorosa, ahí donde constituye la antítesis y el efecto de un extenso y profundo fenómeno revolucionario.

En Italia, la reacción nos ofrece su experimento máximo y su máximo espectáculo. El fascismo italiano representa, plenamente, la anti-revolución o, como se prefiera llamarla, la contra-revolución. La ofensiva fascista se explica, y se cumple, en Italia, como una consecuencia de una retirada o una derrota revolucionaria. El régimen fascista no se ha incubado en un casino. Se ha plasmado en el seno de una generación y se ha nutrido de las

---

115 Se refiere al Directorio constituido por el General Miguel Primo de Rivera después de la instauración de la dictadura militar que siguió al pronunciamiento del 13 de setiembre de 1923 y que se mantuvo hasta 1930.

116 *De Tartarín de Tarascón*. Novela de A. Daudet en la que satiriza a los franceses del sur por sus fantasías y bravuconadas.

pasiones y de la sangre de una espesa capa social. Ha tenido, cual animador, cual caudillo, a un hombre del pueblo, intuitivo, agudo, vibrante, ejercitado en el dominio y en el comando y en la seducción de la muchedumbre, nacido para la polémica y para el combate y que, excluido de las filas socialistas, ha querido ser el *condottiere*, rencoroso e implacable, del anti-socialismo y ha marchado a la cabeza de la anti-revolución con la misma exaltación guerrera con que le habría gustado marchar a la cabeza de la revolución. El régimen fascista, finalmente, ha sustituido, en Italia, a un régimen parlamentario y democrático mucho más evolucionado y efectivo, que el asaz embrionario y ficticio liquidado, o simplemente interrumpido, en España, por el general Primo de Rivera. En la historia del fascismo, en suma, se siente latir activa, compacta y beligerante, la totalidad de las premisas y de los factores históricos y románticos, materiales y espirituales de una anti-revolución. El fascismo se formó en un ambiente de inminencia revolucionaria, ambiente de agitación, de violencia, de demagogia y de delirio creado física y moralmente por la guerra, alimentado por la crisis post-bélica, excitado por la revolución rusa. En este ambiente tempestuoso, cargado de electricidad y de tragedia, se templaron sus nervios y sus bastones, y de este ambiente recibió la fuerza, la exaltación, y el espíritu. El fascismo, por el concurso de estos varios elementos, es un movimiento, una corriente, un proselitismo.

El experimento fascista, cualquiera que sea su duración, cualquiera que sea su desarrollo, aparece inevitablemente destinado a exasperar la crisis contemporánea, a minar las bases de la sociedad burguesa, a mantener la inquietud post-bélica. La democracia emplea contra la revolución proletaria las armas de su criticismo, su racionalismo, su escepticismo. Contra la revolución moviliza a la Inteligencia e invoca a la Cultura. El fascismo, en cambio, al misticismo revolucionario opone un misticismo reaccionario y nacionalista. Mientras los críticos liberales de la revolución rusa condenan en nombre de la civilización el culto de la violencia, los capitanes del fascismo lo proclaman y lo predican como su propio culto. Los teóricos del fascismo niegan y detractan las concepciones historicistas y evolucionistas que han mecido, antes de la guerra, la prosperidad y la digestión de la burguesía y que, después de la guerra, han intentado renacer reencarnadas en la Democracia y en la Nueva Libertad de Wilson y en otros evangelios menos puritanos.

El misticismo reaccionario y nacionalista, una vez instalado en el poder, no puede contentarse con el modesto oficio de conservar el orden capitalista. El orden capitalista es demo-liberal, es parlamentario, es reformista o transformista. Es, en el terreno económico o financiero, más o menos internacionalista. Es, sobre todo, un orden consustancial con la vieja política. ¿Y qué misticismo reaccionario o nacionalista no se amasa con un poco de odio o de detractación de la vieja política parlamentaria y democrática, acusada de abdicación o de debilidad ante la "demagogia socialista" y el "peligro comunista"? ¿No es éste, tal vez, uno de los más monótonos *ritornellos*[117] de las derechas francesas, de las derechas alemanas, de todas las derechas? Por consiguiente, la reacción, arribada al poder, no se conforma con conservar; pretende rehacer. Puesto que reniega el presente, no puede conservarlo ni continuarlo: tiene que tratar de rehacer el pasado. El pasado que se condensa en estas normas: principio de autoridad, gobierno de una jerarquía religión del Estado, etc. O sea las normas que la revolución burguesa y liberal desgarró, destruyó porque entrababan el desarrollo de la economía capitalista. Y acontece, por tanto que, mientras la reacción se limita a decretar el ostracismo de la libertad y a reprimir la revolución, la burguesía bate palmas; pero luego, cuando la reacción empieza a atacar los fundamentos de su poder y de su riqueza, la burguesía siente la necesidad urgente de licenciar a sus bizarros defensores.

La experiencia italiana es extraordinariamente instructiva a este respecto. En Italia, la burguesía saludó al fascismo como a un salvador. La *Terza Italia* cambió la garibaldina camisa roja por la mussoliniana camisa negra. El capital industrial y agrario, financiaron y armaron a las brigadas fascistas. El golpe de estado fascista obtuvo el consenso de la mayoría de la Cámara. El liberalismo se inclinó ante el principio de autoridad. Pocos liberales, pocos demócratas, rehusaron enrolarse en el séquito del Duce. Entre los parlamentarios, Nitti, Amendola, Albertini. Entre los escritores, Guglielmo Ferrero, Mario Missiroli, algunos otros. Los clásicos líderes del liberalismo —Salandra, Orlando, Giolitti—, con más o menos intensidad, concedieron su confianza a la dictadura. Transitoriamente la adhesión o la confianza de esa gente, resultó embarazosa

117 *Ritornellos* = estribillos.

para el fascismo; le imponía un trabajo de absorción, superior a sus fuerzas, superior a sus posibilidades. El espíritu fascista no podía actuar libremente si no digería y absorbía antes el espíritu liberal. En la imposibilidad de elaborarse una ideología propia, el fascismo corría el riesgo de adoptar, más o menos atenuada, la ideología liberal que lo envolvía.

La tormenta política desencadenada por el asesinato de Matteotti aportó una solución para este problema. El liberalismo se separó del fascismo. Giolitti, Orlando, Salandra, *Il Giornale d'Italia*, etc., asumieron una actitud de oposición. No siguieron al bloque de oposición a su retiro del Aventino.[118] Permanecieron en la Cámara. Parlamentarios orgánicos, no pedían hacer otra cosa. El fascismo quedó aislado. A sus flancos no continúan sino algunos liberales-nacionales y algunos católicos-nacionales, esto es, los elementos más nacionalistas y conservadores de los antiguos partidos.

Las oposiciones esperaban forzar así al fascismo a dejar el poder. Pensaban que, hecho el vacío a su alrededor, el fascismo caería automáticamente. Los comunistas combatieron esta ilusión. Propusieron a la oposición del Aventino su constitución en parlamento del pueblo. Frente al parlamento fascista de Montecitorio[119] debía funcionar el parlamento antifascista del Aventino. Había que llevar, a sus últimas consecuencias políticas e históricas, el boicot de la Cámara. Pero ésta era, franca y neta, la vía de la revolución. Y el bloque del Aventino no es revolucionario. Se siente y se proclama normalizador. La invitación comunista no pudo, pues, ser aceptada. El bloque del Aventino se contentó con plantear la famosa cuestión moral; la oposición aventiniana rehusaba volver a la Cámara mientras ejerciesen el poder, cubiertos por el voto de su mayoría, los hombres sobre quienes pesaba la responsabilidad del asesinato de Matteotti, responsabilidad que bajo un gobierno fascista, la justicia se encontraba coactada para esclarecer y examinar.

Mussolini respondió a esta declaración de intransigencia con una maniobra política. Envió a la Cámara un proyecto de ley electoral. En la práctica parlamentaria italiana este trámite precede y anuncia la convocatoria

118 Una de les colinas romanas donde se hallaba el edificio que sirvió de refugio a la oposición parlamentaria antifascista.

119 Lugar donde sesionaba el Parlamento italiano.

a elecciones políticas. ¿Se abstendrían también los partidos del Aventino de concurrir a las elecciones? El bloque las ratificó en su intransigencia. Insistió en la tacha moral. La prensa de oposición publicó un memorial de Cessare Rossi, escrito por éste antes de su arresto, en el cual el presunto mandante del asesinato de Matteotti acusa a Mussolini. La tacha estaba documentada. Pero la dialéctica de la oposición reposaba en un equívoco. La cuestión moral no podía dominar la cuestión política. Tenía, antes bien, que suceder lo contrario. La cuestión moral era impotente para decidir al fascismo a marcharse del gobierno.

Mussolini se lo recordó a la oposición en su acre discurso del 3 de enero en la Cámara. El preámbulo de su discurso fue la lectura del artículo 47 del Estatuto de Italia que otorga a la Cámara de Diputados el derecho de acusar a los Ministros del Rey y de enviarlos ante la alta Corte de Justicia. "Pregunto formalmente —dijo— si en esta Cámara o fuera de aquí existe alguien que se quiera valer del artículo 47". Y, luego, con dramática entonación, reclamó para sí todas las responsabilidades del fascismo. "Si el fascismo —declaró— no ha sido sino óleo de ricino y cachiporra, y no una pasión soberbia de la mejor juventud italiana, ¡a mí la culpa! Si el fascismo ha sido una asociación de delinquir, bien, ¡yo soy el jefe y el responsable de esta asociación de delinquir! Si todas las violencias han sido el resultado de un determinado clima histórico, político y moral, bien, ¡a mí la responsabilidad, porque este clima histórico, político y moral lo he creado yo!" Y anunció, en seguida, que en cuarentiocho horas la situación quedaría aclarada. ¿Cómo ha cumplido su palabra? En una manera tan simple como notoria. Sofocando casi totalmente la libertad de prensa. La oposición; privada casi de la tribuna de la prensa, resulta perentoria y rudamente invitada a tornar a la tribuna del parlamento. En el Aventino se prepara ya el retorno a la Cámara.

En un reciente artículo de la revista *Gerarchia* titulado "Elogio a los Gregarios", Mussolini revista marcialmente las peripecias de la batalla. Polemiza con la oposición. Y exalta la disciplina de sus tropas. "La disciplina del fascismo —escribe— tiene verdaderamente aspectos de religión". En esta disciplina reconoce "el ánimo de la gente que en las trincheras ha aprendido a conjugar, en todos los modos y tiempos, el verbo sagrado de todas las religiones: obedecer" y "el signo de la nueva Italia que se despoja una vez por todas, de la vieja mentalidad anarcoide,

con la intuición de que únicamente en la silenciosa coordinación de todas las fuerzas, a las órdenes estaría".

Aislado, bloqueado, boicoteado, el fascismo deviene más beligerante, más combativo, más intransigente. La oposición liberal y democrática lo ha devuelto a sus orígenes. El ensayo reaccionario, libre del lastre que antes lo entrababa y enervaba interiormente, puede ahora cumplirse en toda su integridad. Esto explica el interés que, como experiencia histórica, tiene para sus contemporáneos la batalla fascista.

El fascismo, que durante dos años se había contentado casi con representar en el poder el papel de gendarme del capitalismo, pretende hoy reformar sustancialmente el Estatuto de Italia. Se propone, según sus líderes y su prensa, crear el Estado fascista. Insertar la revolución fascista en la Constitución italiana. Una comisión de dieciocho legisladores fascistas, presidida por el filósofo Giovanni Gentile, prepara esta reforma constitucional. Farinacci, líder del extremismo fascista, llamado en esta emergencia a la secretaría general del partido, declara que el fascismo "ha perdido dos años y medio en el poder". Ahora, liberado de la pesada alianza de los liberales, purgado de los residuos de la vieja política, se propone recuperar el tiempo perdido. Todos los capitanes del fascismo hablan un lenguaje más exaltado y místico que nunca. El fascismo quiere ser una religión. Giovanni Gentile en un ensayo sobre los "caracteres religiosos de la presente lucha política", observa que "hoy se rompen, en Italia, a causa del fascismo, aquellos que parecían hasta ayer los más sólidos vínculos personales de amistad y de familia". Y de esta guerra, el filósofo del idealismo no se duele. El filósofo del idealismo es, desde hace algún tiempo, el filósofo de la violencia. Recuerda, en su ensayo, las palabras de Jesucristo: *Non veni pacem mittere, sed gladium. Ignem veni mittere in terram*.[120] Y remarca, a propósito de la cuestión moral, que "esta tonalidad religiosa de la psicología fascista ha generado la misma tonalidad en la psicología antifascista".

Giovanni Gentile, poseído de la fiebre de su facción, exagera ciertamente. En el Aventino no ha prendido aún la llama religiosa. Menos aún ha prendido, ni puede prender, en Giolitti. Giolitti y el Aventino

120 No vine a traer paz, sino guerra. Vine a poner fuego sobre la tierra.

representan el espíritu y la cultura demo-liberales con todo su escepticismo, con todo su racionalismo, con todo su criticismo. La lucha presente devolverá al espíritu liberal un poro de su antigua fuerza combativa. Pero no logrará que renazca como fe, como pasión, como religión. El programa del Aventino y de Giolitti es la normalización. Y por su mediocridad, este programa no puede sacudir a las masas, no puede exaltarlas, no puede conducirlas contra el régimen fascista. Sólo en el misticismo revolucionario de los comunistas se constatan los caracteres religiosos que Gentile descubre en el misticismo reaccionario de los fascistas. La batalla final no se librará, por esto, entre el fascismo y la democracia.

ARTÍCULO COMPLEMENTARIO

El fascismo y el monarquismo en Alemania[121]

El proceso de Hitler y Luddendorf no es sólo el proceso del fascismo bávaro. Es, sobre todo, el proceso de la segunda ofensiva monarquista y reaccionaria en Alemania. Esta segunda ofensiva ha sido, en apariencia, menos extensa y dramática que la primera. Kapp y Lutwitz consiguieron, en marzo de 1920, apoderarse de Berlín. Impusieron a una parte de la nación alemana una dictadura de cuatro días. Fueron vencidos por la resistencia enérgica y disciplinada de todos los elementos republicanos, coaligados en un compacto frente único. Hitler y Luddendorf, en noviembre de 1923, no llegaron, en cambio, a dominar Munich. Su tentativa —anécdota de opereta, conjuración de cervecería— abortó espontáneamente. La frustraron dos reaccionarios, dos monarquistas, Von Kahr y Von Lossow, con cuya cooperación o neutralidad contaban los conjurados. Las audiencias de Munich han sido, con este motivo, una monótona querella de Hitler y Luddendorf contra Von Kahr y Von Lossow.

Pero no se puede comprender ni juzgar la insurrección de Munich escindiéndola y aislándola de los acontecimientos que la antecedieron y circundaron. Esa insurrección constituyó el episodio final de un emocionante capítulo de la historia alemana inaugurado por la ocupación del Ruhr. Fue el epílogo de la batalla librada en Alemania durante tal período, entre las fuerzas de la revolución y las fuerzas de la reacción.

---

121 Publicado en *Variedades*, Lima, 29 de Marzo de 1924.

La ocupación del Ruhr creó en Alemania un estado de ánimo agudamente nacionalista. Favoreció, por consiguiente, el desarrollo de las facciones fascistas que, desde hacía tiempo, excitaban contra la república alemana, y contra sus capitulaciones ante Francia, a los elementos accesibles a una propaganda jingoísta y guerrera. La carestía, el *chômage*, la escasez, la ruina del marco exasperaron, al mismo tiempo, la lucha de clases. Los comunistas trataron de empujar al proletariado a la Revolución.

Baviera era el foco de la agitación reaccionaria y monárquica. Las derechas tenían ahí el gobierno. Von Kahr ejercía el poder civil y Von Lossow el poder militar. A ambos les confirió el gobierno imperial una autoridad extraordinaria y dictatorial. Y ambos la usaron, para rebelarse más de una vez contra el gobierno de Berlín, acusado por las derechas bávaras de excesiva subordinación a las influencias socialistas. El gobierno del imperio decretó, por ejemplo, la suspensión del diario de Hitler "Des Voelkische Beobachter", dedicado a una propaganda desembozadamente insurreccional. Kahr y Lossow desobedecieron esta orden. Mientras sometían a los socialistas y comunistas bávaros a los rigores del estado de sitio, consentían la actividad subversiva de Hitler que incitaba y organizaba a sus brigadas fascistas para la marcha sobre Berlín.

Turinghia y Sajonia, en tanto, eran dos focos contiguos de agitación revolucionaria y comunista. El poder estaba en ambos Estados alemanes en manos de los obreros. Los antiguos ministerios social-democráticos fueron reemplazados por ministerios socialistas-comunistas. En Sajonia la cartera de gobierno fue entregada a un comunista. Y todos los ministros comunistas empezaron a usar sus posiciones en el gobierno como bases de operaciones revolucionarias.

Alemania parecía próxima a la guerra civil. Baviera clamaba contra la rebelión de Turinghia y Sajonia. Turinghia y Sajonia clamaban contra la desobediencia de Baviera. En Baviera se organizaba públicamente la reacción. En Turinghia y Sajonia se organizaba públicamente la revolución. Prusia, social-democrática y centrista, decidió entonces contener, ante todo, la ola comunista. El gobierno imperial de Berlín sometió a Sajonia y Turinghia a la autoridad extraordinaria de un dictador militar. Y exigió la destitución de los ministros comunistas. El partido comunista contó sus fuerzas, compulsó sus probabilidades, amenazó con la

insurrección. Pero solicitó inútilmente la solidaridad de los socialistas. Y prefirió replegarse, sin combatir, a sus posiciones defensivas. Juzgó inmadura la situación para desencadenar una decisiva ofensiva revolucionaria.

Hitler y Luddendorf, en tanto, vieron en la retirada comunista una coyuntura propicia para acometer la conquista de Alemania. Pensaron que, abortada la tentativa revolucionaria, nada obstruiría el camino de una tentativa reaccionaria. Mas a sus planes se oponían las rivalidades y las ambiciones que dividen en dos bandos a las derechas bávaras. Hitler y Luddendorf trabajan por la restauración de un Hohenzollern en el trono del imperio. Von Kahr y sus secuaces aspiran a la sustitución de la dinastía prusiana de los Hohenzollern por la dinastía bávara de los Wittelsbach. Su candidato es Rupprecht de Baviera.

Hitler y Luddendorf han descubierto, en suma, la falta de cohesión en las derechas alemanas. El movimiento reaccionario alemán carece aún de unidad. Sus adherentes se reparten entre varias sectas y varios capitanes. El fascismo, en Baviera, se apoda demagógicamente "partido nacional-socialista", y sigue como jefe a Hitler. En el resto de Alemania, la mayor facción reaccionaria es el partido pangermanista, uno de cuyos principales *leaders* es Helferich, parlamentario procesional. Los *junkers*, los terratenientes, se agrupan en este partido tradicional y agresivamente anti-semita. Los industriales se concentran en el partido populista, representado ahora en el gobierno por Stressemann, uno de sus estadistas de más jerarquía. De los rangos del partido populista no están proscritos los judíos, ni de su programa, más o menos oportunista y flexible, que acepta la república sin renegar la monarquía, ni están excluidos los compromisos ni los pactos con la social-democracia.

Las peripecias de la política alemana conducen a algunos de sus observadores a la adopción de un prejuicio vulgar. Se duda obstinadamente del republicanismo de los alemanes. Se les supone espiritual y orgánicamente conformados al dominio de un monarca militar. Alemania, sin embargo, es una de las naciones más educadas y adaptadas a la democracia. El fenómeno fascista y monárquico ha sido alimentado ahí, en gran parte, por las consecuencias del tratado de Versailles y de la política opresora y guerrera de Poincaré. Las facciones reaccionarias reclutan sus adeptos en la clase media afligida por los rigores de una

miseria insólita, desprovista de una ideología y de una consciencia, y propensa, por ende, a la nostalgia del antiguo régimen. Además, la amenaza creciente de la revolución proletaria ha empujado a mucha gente incolora a una posición de extrema derecha. La polarización de las masas a derecha y a izquierda, en Alemania, como en los demás países de avanzado proceso revolucionario, se cumple a expensas de los partidos centristas. Y, con todo, las fuerzas del centro y de la democracia son aún en Alemania lo suficientemente numerosas para conservar el poder. El ministerio actual es un ministerio centrista. Y, aunque las balas nacionalistas han abatido a algunos de los más robustos *leaders* de la democracia —Erzberger, Rathenau—, la mayoría de la burguesía alemana persiste todavía en resistir a la revolución con los sistemas sagaces de una política oportunista y transaccional y no con los sistemas marciales de una política reaccionaria.

LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA

Wilson

Todos los sectores de la política y del pensamiento coinciden en reconocer a Woodrow Wilson una mentalidad elevada, una psicología austera y una orientación generosa. Pero tienen, como es natural, opiniones divergentes sobre la trascendencia de su ideología y sobre su posición en la historia. Los hombres de la derecha, que son tal vez los más distantes de la doctrina de Wilson, lo clasifican como un gran iluso, como un gran utopista. Los hombres de la izquierda, lo consideran como el último caudillo del liberalismo y la democracia. Los hombres del centro lo exaltan como el apóstol de una ideología clarividente que, contrariada hasta hoy por los egoísmos nacionales y las pasiones bélicas, conquistará al fin la conciencia de la humanidad.

Estas diferentes opiniones y actitudes señalan a Wilson como un líder centrista y reformista. Wilson no ha sido, evidentemente, un político del tipo de Lloyd George, de Nitti ni de Caillaux. Más que contextura de político ha tenido contextura de ideólogo, de maestro, de predicador. Su idealismo ha mostrado, sobre todo, una base y una orientación éticas. Mas éstas son modalidades de carácter y de educación. Wilson se ha diferenciado, por su temperamento religioso y universitario, de los otros líderes de la democracia. Por su filiación, ha ocupado la misma zona política. Ha sido un representante genuino de la mentalidad democrática, pacifista y evolucionista. Ha intentado conciliar el orden viejo con el orden naciente, el internacionalismo con el nacionalismo, el pasado con el futuro.

Wilson fue el verdadero generalísimo de la victoria aliada. Los más hondos críticos de la guerra mundial piensan que la victoria fue una obra de estrategia política y no una obra de estrategia militar. Los factores psicológicos y políticos tuvieron en la guerra más influencia y más importancia que los factores militares. Adriano Tilgher escribe que la guerra fue ganada "por aquellos gobiernos que supieron conducirla con una mentalidad adecuada, dándole fines capaces de convertirse en mitos, estados de ánimo, pasiones y sentimientos populares" y que "nadie más que Wilson, con su predicación cuáquero-democrática, contribuyó a reforzar en los pueblos de la Entente la persuasión de la justicia de su causa y el propósito de continuar la guerra hasta la victoria final". Wilson, realmente, hizo de la guerra contra Alemania una guerra santa. Antes que Wilson, los estadistas de la Entente habían bautizado la causa aliada como la causa de la libertad y del derecho. Tardieu en su libro *La paz*, cita algunas declaraciones de Lloyd George y Briand que contenían los gérmenes del programa wilsoniano. Pero en el lenguaje de los políticos de la Entente había una entonación convencional y diplomática. El lenguaje de Wilson tuvo, en cambio, todo el fuego religioso y todo el timbre profético necesarios para emocionar a la humanidad. Los Catorce Puntos ofrecieron a los alemanes una paz justa, equitativa, generosa, una paz sin anexiones ni indemnizaciones, una paz que garantizaría a todos los pueblos igual derecho a la vida y a la felicidad. En sus proclamas y en sus discursos, Wilson decía que los aliados no combatían contra el pueblo alemán sino contra la casta aristocrática y militar que lo gobernaba.

Y esta propaganda demagógica, que tronaba contra las aristocracias, que anunciaba el gobierno de las muchedumbres y que proclamaba que "la vida brota de la tierra", de un lado fortificó en los países aliados la adhesión de las masas a la guerra y de otro lado debilitó en Alemania y en Austria la voluntad de resistencia y de lucha. Los Catorce Puntos prepararon el quebrantamiento del frente ruso-alemán más eficazmente que los tanques, los cañones y los soldados de Foch y de Díaz, de Haig y de Pershing. Así lo prueban las memorias de Ludendorf y de Erzberger, y otros documentos de la derrota alemana. El programa wilsoniano estimuló el humor revolucionario que fermentaba en Austria y Alemania;

despertó en Bohemia y Hungría antiguos ideales de independencia; creó, en suma, el estado de ánimo que engendró la capitulación.

Mas Wilson ganó la guerra y perdió la paz. Fue el vencedor de la guerra, pero fue el vencido de la paz. Sus Catorce Puntos minaron el frente austro-alemán, dieron la victoria a los aliados; pero, no consiguieron inspirar y dominar el tratado de paz. Alemania se rindió a los aliados sobre la base del programa de Wilson; pero los aliados, después de desarmarla, le impusieron una paz diferente de la que, por boca de Wilson, le habían prometido solemnemente. Keynes y Nitti sostienen, por esto, que el tratado de Versalles es un tratado deshonesto.

¿Por qué aceptó y suscribió Wilson este tratado que viola su palabra? Los libros de Keynes, de Lansing, de Tardieu y de otros historiadores de la conferencia de Versalles explican diversamente esta actitud. Keynes dice que el pensamiento y el carácter de Wilson "eran más bien teológicos que filosóficos, con toda la fuerza y la debilidad que implica este orden de ideas y de sentimientos". Sostiene que Wilson no pudo luchar contra Lloyd George y Clemenceau, ágiles, flexibles, astutos. Alega que carecía de un plan tanto para la Sociedad de las Naciones como para la ejecución de sus Catorce Puntos. "Habría podido predicar un sermón a propósito de todos sus principios o dirigir una magnífica plegaria al Todopoderoso para su realización. Pero no podía adaptar su aplicación concreta al estado de cosas europeo. No sólo no podía hacer ninguna proposición concreta sino que a muchos respectos se encontraba mal informado de la situación de Europa". Actuaba orgullosamente aislado, sin consultar casi a los técnicos de su séquito, sin conceder a ninguno de sus lugartenientes, ni aún al coronel House, una influencia o una colaboración reales en su obra. Por tanto, los trabajos de la conferencia de Versalles tuvieron como base un plan francés o un plan inglés, aparentemente ajustados al programa wilsoniano, pero prácticamente dirigidos al prevalecimiento de los intereses de Francia e Inglaterra. Wilson, finalmente, no se sentía respaldado por un pueblo solidarizado con su ideología. Todas estas circunstancias lo condujeron a una serie de transacciones. Su único empeño consistía en salvar la idea de la Sociedad de las Naciones. Creía que la creación de la Sociedad de las Naciones aseguraría automáticamente la corrección del tratado y de sus defectos.

Los años que han pasado desde la suscripción de la paz han sido adversos a la ilusión de Wilson. Francia no sólo ha hecho del tratado de Versalles un uso prudente, sino un uso excesivo. Poincaré y su mayoría parlamentaria no lo han empleado contra la casta aristocrática y militar alemana sino contra el pueblo alemán. Más aún, han exasperado a tal punto el sufrimiento de Alemania que han alimentado en ella una atmósfera reaccionaria y jingoísta, propicia a una restauración monárquica o a una dictadura militar. La Sociedad de las Naciones, impotente y anémica, no ha conseguido desarrollarse. La democracia asaltada simultáneamente por la revolución y la reacción, ha entrado en un período de crisis aguda. La burguesía ha renunciado en algunos países a la defensa legal de su dominio, ha apostatado de su fe democrática y ha enfrentado su dictadura a la teoría de la dictadura del proletariado. El fascismo ha administrado, en el más benigno de los casos, una dosis de un litro de aceite castor a muchos fautores de la ideología wilsoniana. Ha renacido ferozmente en la humanidad el culto del héroe y de la violencia. El programa wilsoniano aparece en la historia de estos tiempos como la última manifestación vital del pensamiento democrático. Wilson no ha sido, en ningún caso, el creador de una ideología nueva sino el frustrado renovador de una ideología vieja.

La Sociedad de las Naciones

Wilson fue el descubridor oficial de la idea de la Sociedad de las Naciones. Pero Wilson la extrajo del ideario del liberalismo y de la democracia. El pensamiento liberal y democrático ha contenido siempre los gérmenes de una aspiración pacifista e internacionalista. La civilización burguesa ha internacionalizado la vida de la humanidad. El desarrollo del capitalismo ha exigido la circulación internacional de los productos. El capital se ha expandido, conectado y asociado por encima de las fronteras. Y, durante algún tiempo ha sido, por eso, libre-cambista y pacifista. El programa de Wilson no fue, en consecuencia, sino un retorno del pensamiento burgués a su inclinación internacionalista.

Pero el programa wilsoniano encontraba, fatalmente, una resistencia invencible en los intereses y anhelos nacionalistas de las potencias vencedoras. Y, por ende, estas potencias lo sabotearon y frustraron en la conferencia de la paz. Wilson, constreñido a transigir por la habilidad y la agilidad de los estadistas aliados, pensó entonces que la fundación de la Sociedad de las Naciones compensaría el sacrificio de cualquiera de sus Catorce Puntos. Y esta obstinada idea suya fue descubierta y explotada por los perspicaces políticos de la Entente.

El proyecto de Wilson resultó sagazmente deformado, mutilado y esterilizado. Nació en Versalles una Sociedad de las Naciones endeble, limitada, en la cual no tenían asiento los pueblos vencidos, Alemania, Austria, Bulgaria, etc., y en la cual faltaba, además, Rusia, un pueblo de

ciento treinta millones de habitantes, cuya producción y cuyo consumo son indispensables al comercio y a la vida del resto de Europa.

Más tarde, reemplazado Wilson por Harding, los Estados Unidos abandonaron el pacto de Versalles. La Sociedad de las Naciones, sin la intervención de los Estados Unidos, quedó reducida a las modestas proporciones de una liga de las potencias aliadas y de su clientela de pequeñas o inermes naciones europeas, asiáticas y americanas. Y, como la cohesión de la misma Entente se encontraba minada por una serie de intereses rivales, la Liga no pudo ser siquiera, dentro de sus reducidos confines, una alianza o una asociación solidaria y orgánica.

La Sociedad de las Naciones ha tenido, por todas estas razones, una vida anémica y raquítica. Los problemas económicos y políticos de la paz no han sido discutidos en su seno, sino en el de conferencias y reuniones especiales. La Liga ha carecido de autoridad, de capacidad y de jurisdicción para tratarlos. Los gobiernos de la Entente no le han dejado sino asuntos de menor cuantía y han hecho de ella algo así como un juzgado de paz de la justicia internacional. Algunas cuestiones trascendentes —la reducción de los armamentos, la reglamentación del trabajo, etc.—, han sido entregadas a su dictamen y a su voto. Pero la función de la Liga en estos campos se ha circunscrito al allegamiento de materiales de estudio o a la emisión de recomendaciones que, a pesar de su prudencia y ponderación, casi ningún gobierno ha ejecutado ni oído. Un organismo dependiente de la Liga —la Oficina Internacional del Trabajo— ha sancionado, por ejemplo, ciertos derechos del trabajo, la jornada de ocho horas entre otros; y, a renglón seguido, el capitalismo ha emprendido, en Alemania, en Francia y en otras naciones, una ardorosa campaña, ostensiblemente favorecida por el Estado, contra la jornada de ocho horas. Y la cuestión de la reducción de los armamentos, en cuyo debate la Sociedad de las Naciones no ha avanzado casi nada, fue en cambio, abordada en Washington, en una conferencia extraña e indiferente a su existencia.

Con ocasión del conflicto ítalo-greco, la Sociedad de las Naciones sufrió un nuevo quebranto. Mussolini se rebeló altisonantemente contra su autoridad. Y la Liga no pudo reprimir ni moderar este ácido gesto de la política marcial e imperialista del líder de los camisas negras.

Los fautores de la democracia no desesperan, sin embargo, de que la Sociedad de las Naciones adquiera la autoridad y la capacidad que le faltan. Funcionan actualmente en casi todo el mundo agrupaciones de propaganda de las finalidades de la Liga, encargadas de conseguir para ella la adhesión y el respeto reales de todos los pueblos. Nitti propugna su reorganización sobre estas bases: adhesión de los Estados Unidos e incorporación de los países vencidos. Keynes mismo, que tiene ante la Sociedad de las Naciones una actitud agudamente escéptica y desconfiada, admite la posibilidad de que se transforme en un poderoso instrumento de paz. Ramsay Mac Donald, Herriot, Painlevé, Boncour, la colocan bajo su protección y su auspicio. Los corifeos de la democracia dicen que un organismo como la Liga no puede funcionar eficientemente sino después de un extenso período de experimento y a través de un lento proceso de desarrollo.

Mas las razones sustantivas de la impotencia y la ineficacia actuales de la Sociedad de las Naciones no son su juventud ni su insipiencia. Proceden de la causa general de la decadencia y del desgastamiento del régimen individualista. La posición histórica de la Sociedad de las Naciones es, precisa y exactamente, la misma posición histórica de la democracia y del liberalismo. Los políticos de la democracia trabajan por una transacción, por un compromiso entre la idea conservadora y la idea revolucionaria. Y la Liga congruentemente con esta orientación, tiende a conciliar el nacionalismo del Estado burgués con el internacionalismo de la nueva humanidad. El conflicto entre nacionalismo e internacionalismo es la raíz de la decadencia del régimen individualista. La política de la burguesía es nacionalista; su economía es internacionalista. La tragedia de Europa consiste, justamente, en que renacen pasiones y estados de ánimo nacionalistas y guerreros, en los cuales encallan todos los proyectos de asistencia y de cooperación internacionales encaminados a la reconstrucción europea.

Aunque adquiriese la adhesión de todos los pueblos de la civilización occidental, la Sociedad de las Naciones no llenaría el rol que sus inventores y preconizadores le asignan. Dentro de ella se reproducirían los conflictos y las rivalidades inherentes a la estructura nacionalista de los Estados. La Sociedad de las Naciones juntaría a los delegados de

los pueblos; pero no juntaría a los pueblos mismos. No eliminaría los contrastes y los antagonismos que los separan y los enemistan. Subsistirían, dentro de la Sociedad, las alianzas, y los pactos que agrupan a las naciones en bloques rivales.

La extrema izquierda mira en la Sociedad de las Naciones una asociación de Estados burgueses, una organización internacional de la clase dominante. Mas los políticos de la democracia han logrado atraer a la Sociedad de las Naciones a los líderes del proletariado social-democrático. Alberto Thomas, el Secretario de la Oficina Internacional del Trabajo, procede de los rangos del socialismo francés. Es que la división del campo proletario en maximalismo y minimalismo tiene ante la Sociedad de las Naciones las mismas expresiones características que respecto a las otras formas e instituciones de la democracia.

La ascensión del *Labour Party*[122] al gobierno de Inglaterra, inyectó un poco de optimismo y de vigor en la democracia. Los adherentes de la ideología democrática, centrista, evolucionista, predijeron la bancarrota de la reacción y de las derechas. Constataron con entusiasmo la descomposición del Bloque Nacional francés, la crisis del fascismo italiano, la incapacidad del Directorio español y el desvanecimiento de los planes putschistas[123] de los pangermanistas alemanes.

Estos hechos pueden indicar, efectivamente, el fracaso de las derechas, el fracaso de la reacción. Y pueden anunciar un nuevo retorno al sistema democrático y a la praxis evolucionista. Pero otros hechos más hondos, extensos y graves revelan, desde hace tiempo, que la crisis mundial es una crisis de la democracia, sus métodos y sus instituciones. Y que, a través de tanteos y de movimientos contradictorios, la organización de la sociedad se adapta lentamente a un nuevo ideal humano.

---

122 *Labour Party* o Partido Laborista.

123 Putschistas de *putsch* = golpe. Aplícase a los que planean un golpe de estado.

Lloyd George

Lenin es el político de la revolución; Mussollini es el político de la reacción; Lloyd George es el político del compromiso, de la transacción, de la reforma. Ecléctico, equilibrista y mediador, igualmente lejano de la izquierda y de la derecha, Lloyd George no es un fautor del orden nuevo ni del orden viejo. Desprovisto de toda adhesión al pasado y de toda impaciencia del porvenir, Lloyd George no desea ser sino un artesano, un constructor del presente. Lloyd George es un personaje sin filiación dogmática, sectaria, rígida. No es individualista ni colectivista; no es internacionalista ni nacionalista. Acaudilla el liberalismo británico. Pero esta etiqueta de liberal corresponde a una razón de clasificación electoral más que a una razón de diferenciación programática. Liberalismo y conservadorismo son hoy dos escuelas políticas superadas y deformadas. Actualmente no asistimos a un conflicto dialéctico entre el concepto liberal y el concepto conservador sino a un contraste real, a un choque histórico entre la tendencia a mantener la organización capitalista de la sociedad y la tendencia a reemplazarla con una organización socialista y proletaria.

Lloyd George no es un teórico, un hierofante de ningún dogma económico ni político; es un conciliador casi agnóstico. Carece de puntos de vista rígidos. Sus puntos de vista son provisorios, mutables, precarios y móviles. Lloyd George se nos muestra en constante rectificación, en permanente revisión de sus ideas. Está, pues, inhabilitado para la apostasía. La apostasía supone traslación de una posición extremista a otra

posición antagónica, extremista también. Y Lloyd George ocupa invariablemente una posición centrista, transaccional, intermedia. Sus movimientos de traslación no son, por consiguiente, radicales y violentos sino graduales y mínimos. Lloyd George es, estructuralmente, un político posibilista. Piensa que la línea recta es, en la política como en la geometría, una línea teórica e imaginativa. La superficie de la realidad política es accidentada como la superficie de la Tierra. Sobre ella no se pueden trazar líneas rectas sino líneas geodésicas. Lloyd George, por esto, no busca en la política la ruta más ideal sino la ruta más geodésica.

Para este cauto, redomado y perspicaz político el hoy es una transacción entre el ayer y el mañana. Lloyd George no se preocupa de lo que fue ni de lo que será, sino de lo que es.

Ni docto ni erudito, Lloyd George es, antes bien, un tipo refractario a la erudición y a la pedantería. Esta condición y su falta de fe en toda doctrina lo preservan de rigideces ideológicas y de principios sistemáticos. Antípoda del catedrático, Lloyd George es un político de fina sensibilidad, dotado de órganos ágiles para la percepción original, objetiva y cristalina de los hechos. No es un comentador ni un espectador sino un protagonista, un actor consciente de la historia. Su retina política es sensible a la impresión veloz y estereoscópica del panorama circundante. Su falta de aprehensiones y de escrúpulos dogmáticos le consiente usar los procedimientos y los instrumentos más adaptados a sus intentos. Lloyd George asimila y absorbe instantáneamente las sugestiones y las ideas útiles a su orientamiento espiritual. Es avisado, sagaz y flexiblemente oportunista. No se obstina jamás. Trata de modificar la realidad contingente, de acuerdo con sus previsiones, pero si encuentra en esa realidad excesiva resistencia, se contenta con ejercitar sobre ella una influencia mínima. No se obceca en una ofensiva inmatura. Reserva su insistencia, su tenacidad, para el instante propicio, para la coyuntura oportuna. Y está siempre pronto a la transacción, al compromiso. Su táctica de gobernante consiste en no reaccionar bruscamente contra las impresiones y las pasiones populares, sino en adaptarse a ellas para encauzarlas y dominarlas mañosamente.

La colaboración de Lloyd George en la Paz de Versalles, por ejemplo, está saturada de su oportunismo y su posibilismo. Lloyd George

comprendió que Alemania no podía pagar una indemnización excesiva. Pero el ambiente delirante, frenético, histérico, de la victoria, lo obligó a adherirse, provisoriamente, a la tesis contraria. El contribuyente inglés, deseoso de que los gastos bélicos no pesasen sobre su renta, mal informado de la capacidad económica de Alemania, quería que ésta pagase el costo integral de la guerra. Bajo la influencia de ese estado de ánimo, se efectuaron las elecciones, presurosamente convocadas por Lloyd George a renglón seguido del armisticio. Y para no correr el riesgo de una derrota, Lloyd George tuvo que recoger en su programa electoral esa aspiración del elector inglés. Tuvo que hacer suyo el programa de paz de Lord Northcliffe y del *Times*, adversarios sañudos de su política.

Igualmente Lloyd George era opuesto a que el Tratado mutilase, desmembrase a Alemania y engrandeciese territorialmente a Francia. Percibía el peligro de desorganizar y desarticular la economía de Alemania. Combatió, por consiguiente, la ocupación militar de la ribera izquierda del Rhin. Resistió a todas las conspiraciones francesas contra la unidad alemana. Pero, concluyó tolerando que se filtraran en el Tratado. Quiso, ante todo, salvar la Entente y la paz. Pensó que no era la oportunidad de frustrar las intenciones francesas. Que a medida que los espíritus se iluminasen y que el delirio de la victoria se extinguiese, se abriría paso automáticamente la rectificación paulatina del Tratado. Que sus consecuencias, preñadas de amenazas para el porvenir europeo, inducirían a todos los vencedores a aplicarlo con prudencia y lenidad. Keynes en sus *Nuevas consideraciones sobre las consecuencias económicas de la paz* comenta así esta gestión: "Lloyd George ha asumido las responsabilidad de un tratado insensato, inejecutable en parte, que constituía un peligro para la vida misma de Europa. Puede alegar, una vez admitidos todos sus defectos, que las pasiones ignorantes del público juegan en el mundo un rol que deben tener en cuenta quienes conducen una democracia. Puede decir que la Paz de Versalles constituía la mejor reglamentación provisoria que permitían las reclamaciones populares y el carácter de los jefes de Estado. Puede afirmar que, para defender la vida de Europa, ha consagrado durante dos años su habilidad y su fuerza a evitar y moderar el peligro".

Después de la paz, de 1920 a 1922, Lloyd George ha hecho sucesivas concesiones formales, protocolarias, al punto de vista francés: ha aceptado el dogma de la intangibilidad, de la infalibilidad del Tratado. Pero ha trabajado perseverantemente para atraer a Francia a una política tácitamente revisionista. Y para conseguir el olvido de las estipulaciones más duras, el abandono de las cláusulas más imprevisoras.

Frente a la revolución rusa, Lloyd George ha tenido una actitud elástica. Unas veces se ha erguido, dramáticamente, contra ella; otras veces ha coqueteado con ella a hurtadillas. Al principio, suscribió la política de bloqueo y de intervención marcial de la Entente. Luego, convencido de la consolidación de las instituciones rusas, preconizó su reconocimiento. Posteriormente con verbo encendido y enfático, denunció a los bolcheviques como enemigos de la civilización.

Tiene Lloyd George, en el sector burgués, una visión más europea que británica —o británica y por esto europea— de la guerra social, de la lucha de clases. Su política se inspira en los intereses generales del capitalismo occidental. Y recomienda el mejoramiento del tenor de vida de los trabajadores europeos, a expensas de las poblaciones coloniales de Asia, África, etc. La revolución social es un fenómeno de la civilización capitalista, de la civilización europea. El régimen capitalista —a juicio de Lloyd George— debe adormecerla, distribuyendo entre los trabajadores de Europa una parte de las utilidades obtenidas de los demás trabajadores del mundo. Hay que extraer del bracero asiático, africano, australiano o americano los chelines necesarios para aumentar el confort y el bienestar del obrero europeo y debilitar su anhelo de justicia social. Hay que organizar la explotación de las naciones coloniales para que abastezcan de materias primas a las naciones capitalistas y absorban íntegramente su producción industrial. A Lloyd George, además, no le repugna ningún sacrificio de la idea conservadora, ninguna transacción con la idea revolucionaria. Mientras los reaccionarios quieren reprimir marcialmente la revolución, los reformistas quieren pactar con ella y negociar con ella. Creen que no es posible asfixiarla, aplastarla, sino, más bien, domesticarla.

Entre la extrema izquierda y la extrema derecha, entre el fascismo y el bolchevismo, existe todavía una heterogénea zona intermedia,

psicológica y orgánicamente democrática y evolucionista, que aspira a un acuerdo, a una transacción entre la idea conservadora y la idea revolucionaria. Lloyd George es uno de los líderes sustantivos de esa zona templada de la política. Algunos le atribuyen un íntimo sentimiento demagógico. Y lo definen como un político nostálgico de una posición revolucionaria. Pero este juicio está hecho a base de datos superficiales de la personalidad de Lloyd George. Lloyd George no tiene aptitudes espirituales para ser un caudillo revolucionario ni un caudillo reaccionario. Le falta fanatismo, le falta dogmatismo, le falta pasión. Lloyd George es un relativista de la política. Y, como todo relativista, tiene ante la vida una actitud un poco risueña, un poco cínica, un poco irónica y un poco humorista.

El sentido histórico de las elecciones inglesas de 1924

Seria y objetivamente consideradas, las elecciones inglesas de 1924 son un hecho histórico mucho más trascendente, mucho más grave que una mera victoria de los viejos *tories*.[124] Significan la liquidación, definitiva acaso, del secular sistema político de los *whigs*[125] y los *tories*. Este sistema bipartito funcionó, más o menos rítmicamente, hasta la guerra mundial. La postguerra aceleró el engrosamiento del partido laborista y produjo, provisoriamente, un sistema tripartito. En las elecciones de 1923 ninguno de los tres partidos consiguió mayoría parlamentaria. Llegaron así los laboristas al poder que han ejercido controlados no por una sino por dos oposiciones. Su gobierno ha sido un episodio transitorio dependiente de otro episodio transitorio: el sistema tripartito.

Con las nuevas elecciones no es sólo el gobierno lo que cambia en Inglaterra. Lo que cambia, sobre todo, íntegramente, es el argumento y el juego de la política británica. Este argumento y ese juego no son ya una dulce beligerancia y un cortés diálogo entre conservadores y liberales. Son ahora un dramático conflicto y una acérrima polémica entre la burguesía y el proletariado. Hasta la guerra, la burguesía británica dominaba íntegramente la política nacional, desdoblada en dos bandos, en dos facciones. Hasta la guerra, se dio el lujo de tener dos ánimas, dos mentalidades, dos cuerpos. Ahora ese lujo,

124 Nombre que se da al Partido Conservador inglés.

125 Nombre que se da al Partido Liberal inglés.

por primera vez en su vida, le resulta inasequible. Estos terribles tiempos de carestía la constriñen a la economía, al ahorro, a la cooperación.

Los que actualmente tienen derecho para sonreír son, por ende, los críticos marxistas. Las elecciones inglesas confirman las aserciones de la lucha de las clases y del materialismo histórico. Frente a frente no están hoy, como antes, dos partidos sino dos clases.

El vencido no es el socialismo sino el liberalismo. Los liberales y los conservadores han necesitado entenderse y unirse para batir a los laboristas. Pero las consecuencias de este pacto las han pagado los liberales. A expensas de los liberales, los conservadores han obtenido una mayoría parlamentaria que les consiente acaparar solos el gobierno. Los laboristas han perdido diputaciones que los conservadores y liberales no les han disputado, esta vez, separada sino mancomunadamente. El conchabamiento de conservadores y liberales, ha disminuido su poder parlamentario; no su poder electoral. Los liberales, en tanto, han visto descender junto con el número de sus diputados el número de sus electores. Su clásica potencia parlamentaria ha quedado prácticamente anulada. El antiguo partido liberal ha dejado de ser un partido de gobierno. Privado hasta de su líder Asquith, es actualmente una exigua y decapitada patrulla parlamentaria.

Este es, evidentemente, el signo del liberalismo en nuestros tiempos. Donde el capitalismo asume la ofensiva contra la revolución, los liberales son absorbidos por los conservadores. Los liberales británicos han capitulado hoy ante los *tories*, como los liberales italianos capitularon ayer ante los fascistas. También la era fascista se inauguró con el consenso de la mayoría de la clase burguesa de Italia. La burguesía deserta en todas partes del liberalismo.

La crisis contemporánea es una crisis del Estado demo-liberal. La Reforma protestante y el liberalismo han sido el motor espiritual y político de la sociedad capitalista. Quebrantando el régimen feudal, franquearon el camino a la economía capitalista, a sus instituciones y a sus máquinas. El capitalismo necesitaba para prosperar que los hombres tuvieran libertad de conciencia y libertad individual. Los vínculos feudales estorbaban su crecimiento. La burguesía abrazó, en consecuencia, la doctrina liberal. Armada de esta doctrina, abatió la feudalidad y fundó la democracia. Pero

la idea liberal es esencialmente una idea crítica, una idea revolucionaria. El liberalismo puro tiene siempre alguna nueva libertad que conquistar y alguna nueva revolución que proponer. Por esto, la burguesía, después de haberlo usado contra la feudalidad y sus tentativas de restauración, empezó a considerarlo excesivo, peligroso e incómodo. Mas el liberalismo no puede ser impunemente abandonado. Renegando de la idea liberal, la sociedad capitalista reniega de sus propios orígenes. La reacción conduce como en Italia a una restauración anacrónica de métodos medioevales. El poder político, anulada la democracia, es ejercido por *condottieri* y dictadores de estilo medioeval. Se constituye, en suma, una nueva feudalidad. La autoridad prepotente y caprichosa de los *condottieri* que a veces se sienten *cruzados*, que son en muchos casos gente de mentalidad rústica, aventurera y marcial no coincide, frecuentemente, con los intereses de la economía capitalista. Una parte de la burguesía, como acontece presentemente en Italia, vuelve con nostalgia los ojos a la libertad y a la democracia.

Inglaterra es la sede principal de la civilización capitalista. Todos los elementos de este orden social han encontrado allí el clima más conveniente a su crecimiento. En la historia de Inglaterra se conciertan y combinan, como en la historia de ningún otro pueblo, los tres fenómenos solidarios o consanguíneos: capitalismo, protestantismo y liberalismo. Inglaterra es el único país donde la democracia burguesa ha llegado a su plenitud y donde la idea liberal y sus consecuencias, económicas y administrativas, han alcanzado todo su desarrollo. Más aún. Mientras el liberalismo sirvió de combustible del progreso capitalista, los ingleses eran casi unánimemente liberales. Poco a poco, la misma lucha entre conservadores y liberales perdió su antiguo sentido. La dialéctica de la historia había vuelto a los conservadores algo liberales y a los liberales algo conservadores. Ambas facciones continuaban chocando y polemizando, entre otras cosas, por que la política no es concebible de otro modo. La política, como dice Mussolini, no es un monólogo. El gobierno y la oposición son dos fuerzas y dos términos idénticamente necesarios. Sobre todo, el Partido Liberal alojaba en sus rangos a elementos de la clase media y de la clase proletaria, espontáneamente antitéticos de los elementos de la clase capitalista, reunidos en el Partido Conservador. En tanto que el Partido Liberal conservó este contenido social, mantuvo

su personalidad histórica. Una vez que los obreros se independizaron, una vez que el Labour Party entró en su mayor edad, concluyó la función histórica del Partido Liberal. El espíritu crítico y revolucionario del liberalismo trasmigró del Partido Liberal al partido obrero. La facción, escindida primero, soldada después, de Asquith y Lloyd George, dejó de ser el vaso o el cuerpo de la esencia inquieta y volátil del liberalismo. El liberalismo, como fuerza crítica, como ideal renovador se desplazó gradualmente de un organismo envejecido a un organismo joven y ágil. Ramsay Mac Donald, Sydney Webb, Phillipp Snowden, tres hombres sustantivos del ministerio laborista derrotado en la votación, proceden espiritual e ideológicamente de la matriz liberal. Son los nuevos depositarios de la potencialidad revolucionaria del liberalismo. Prácticamente los liberales y los conservadores no se diferencian en nada. La palabra liberal, en su acepción y en sus usos burgueses, es una palabra vacía. La función de la burguesía no es ya liberal sino conservadora. Y, justamente, por esta razón, los liberales ingleses no han sentido ninguna repugnancia para conchabarse con los conservadores. Liberales y conservadores no se confunden y uniforman al azar, sino porque entre unos y otros han desaparecido los antiguos motivos de oposición y de contraste.

El antiguo liberalismo ha cumplido su trayectoria histórica. Su crisis se manifiesta con tanta evidencia y tanta intensidad en Inglaterra, precisamente porque en Inglaterra el liberalismo ha armado a su más avanzado estadio de plenitud. No obstante esta crisis, no obstante su gobierno conservador, Inglaterra es todavía la nación más liberal del mundo. Inglaterra es aún el país del libre cambio. Inglaterra es, en fin, el país donde las corrientes subversivas prosperan menos que en ninguna parte y donde, por esto, es menor su persecución. Los más incandescentes oradores comunistas ululan contra la burguesía en Trafalgar Square y en Hyde Park, en la entraña de Londres. La reacción en una nación de este grado de democracia no puede vestirse como la reacción italiana, ni puede pugnar por la vuelta de la feudalidad con cachiporra y camisa negra. En el caso británico, la reacción es tal, no tanto por el progreso adquirido, que anula, como por el progreso naciente, que frustra o retarda.

El experimento laborista, en suma, no ha sido inútil, no ha sido estéril. Lo será, acaso, para los beocios que creen que una era socialista

se puede inaugurar con un decreto. Para los hombres de pensamiento no. El fugaz gobierno de Mac Donald ha servido para obligar a los liberales y a los conservadores a coaligarse y para liquidar, por ende, la fuerza equívoca de los liberales. Los obreros ingleses, al mismo tiempo, se han curado un poco de sus ilusiones democráticas y parlamentarias. Han constatado que el poder gubernamental no basta para gobernar al país. La prensa es, por ejemplo, otro de los poderes de que hay que disponer. Y, como lo observaba hace pocos años Caillaux, la prensa rotativa es una industria reservada a los grandes capitales. Los laboristas, durante varios meses, han estado en el gobierno; pero no han gobernado. Su posición parlamentaria no les ha consentido actuar, sino en algunos propósitos preliminares de la política de reconstrucción europea, compartidos o admitidos por los liberales.

Los resultados administrativos del experimento han sido escasos; pero los resultados políticos han sido muy vastos. La disolución del Partido Liberal predice, categóricamente, la suerte de los partidos intermedios, de los grupos centristas. El duelo, el conflicto entre la idea conservadora y la idea revolucionaria, ignora y rechaza un tercer término. La política, como todas las cosas, tiene únicamente dos polos. Las fuerzas que están haciendo la historia contemporánea son, también solamente dos.

Nitti

Nitti, Keynes y Caillaux ocupan el primer rango entre los pioneros y los teóricos de la política de "reconstrucción europea". Estos estadistas propugnan una política de asistencia y de cooperación entre las naciones y de solidaridad entre las clases. Patrocinan un programa de paz internacional y de paz social. Contra este programa insurgen las derechas que, en el orden internacional, tienen una orientación imperialista y conquistadora y, en el orden doméstico, una orientación reaccionaria y antisocialista. La aversión de las extremas derechas a la política bautizada con el nombre de "política de reconstrucción europea" es una aversión histérica, delirante y fanática. Sus clubs y sus logias secretas condenaron a muerte a Waither Rathenau que aportó una contribución original, rica e inteligente al estudio de los problemas de la paz. La figura de Nitti es una alta figura europea. Nitti no se inspira en una visión local sino en una visión europea de la política. La crisis italiana es enfocada por el pensamiento y la investigación de Nitti sólo como un sector, como una sección de la crisis mundial. Nitti escribe un día para el *Berliner Tageblatt* de Berlín y otro día para la *United Press* de Nueva York. Polemiza con hombres de París, de Varsovia, de Londres.

Nitti es un italiano meridional. Sin embargo, no es el suyo un temperamento tropical, frondoso, excesivo, como suelen ser los temperamentos meridionales. La dialéctica de Nitti es sobria, escueta, precisa. Acaso por esto no conmueve mucho al espíritu italiano, enamorado de un lenguaje retórico, teatral y ardiente. Nitti, como Lloyd George, es un

relativista de la política. No es accesible al sectarismo de la derecha ni al sectarismo de la izquierda. Es un político frío, cerebral, risueño, que matiza sus discursos con notas de humorismo y de ironía. Es un político que a veces, cuando gobierna, por ejemplo, *fa dello spirito*,[126] como dicen los italianos. Pertenece a esa categoría de políticos de nuestra época que han nacido sin fe en la ideología burguesa y sin fe en la ideología socialista y a quienes, por tanto, no repugna ninguna transacción entre la idea nacionalista y la idea internacionalista, entre la idea individualista y la idea colectivista. Los conservadores puros, los conservadores rígidos, vituperan a estos estadistas eclécticos, permeables y dúctiles. Execran su herética falta de fe en la infalibilidad y la eternidad de la sociedad burguesa. Los declaran inmorales, cínicos, derrotistas, renegados. Pero este último adjetivo, por ejemplo, es clamorosamente injusto. Esta generación de políticos relativistas no ha renegado de nada por la sencilla razón de que nunca ha creído ortodoxamente en nada. Es una generación estructuralmente adogmática y heterodoxa. Vive equidistante de las tradiciones del pasado y de las utopías del futuro. No es futurista ni pasadista, sino presentista, actualista. Ante las instituciones viejas y las instituciones venideras tiene una actitud agnóstica y pragmatista. Pero, recónditamente, esta generación tiene también una fe, una creencia. La fe, la creencia en la civilización occidental. La raíz de su evolucionismo es esta devoción íntima. Es refractaria a la reacción porque teme que la reacción excite, estimule y enardezca el ímpetu destructivo de la revolución. Piensa que el mejor modo de combatir la revolución violenta es el de hacer o prometer la revolución pacífica. No se trata, para esta generación política, de conservar el orden viejo ni de crear el orden nuevo: se trata de salvar la civilización, esta civilización occidental, esta *abendlaendische Kultur*[127] que, según Oswald Splenger, ha llegado a su plenitud y, por ende, a su decadencia. Gorki, justamente, ha clasificado a Nitti y a Nansen como a dos grandes espíritus de la civilización europea. En Nitti se percibe, en efecto, a través de sus escepticismos y sus relativismos, una adhesión absoluta: su adhesión a la cultura y al progreso

126 Traducción literal: hace del espíritu.

127 Cultura de Occidente.

europeos. Antes que italiano, se siente europeo, se siente occidental, se siente blanco. Quiere, por eso, la solidaridad de las naciones europeas, de las naciones occidentales. No le inquieta la suerte de la Humanidad con mayúscula: le inquieta la suerte de la humanidad occidental, de la humanidad blanca. No acepta el imperialismo de una nación europea sobre otra; pero sí acepta el imperialismo del mundo occidental sobre el mundo cafre, hindú, árabe o piel roja.

Sostiene Nitti, como todos los políticos de la reconstrucción, que no es posible que una potencia europea extorsione o ataque a otra, sin daño para toda la economía europea, para toda la vitalidad europea. Los problemas de la paz han revelado la solidaridad, la unidad del organismo económico de Europa. Y la imposibilidad de la restauración de los vencedores a costa de la destrucción de los vencidos. A los vencedores les está vedada, por primera vez en la historia del mundo, la voluptuosidad de la venganza. La reconstrucción europea no puede ser sino obra, común y mancomunada, de todas las grandes naciones de occidente. En su libro *Europa senza pace*,[128] Nitti recomienda las siguientes soluciones: reforma de la Sociedad de las Naciones sobre la base de la participación de los vencidos; revisión de los tratados de paz; abolición de la comisión de reparaciones; garantía militar a Francia; condonación recíproca de las deudas interaliadas, al menos en una proporción del ochenta por ciento; reducción de la indemnización alemana a cuarenta mil millones de francos oro; reconocimiento a Alemania de la cancelación de veinte mil millones como monto de sus pagos efectuados en oro, mercaderías, naves, etc. Pero las páginas críticas, polémicas, destructivas de Nitti son más sólidas y más brillantes que sus páginas constructivas. Nitti ha hecho con más vigor la descripción de la crisis europea que la teorización de sus remedios. Su exposición del caos, de la ruina europea es impresionantemente exacta y objetiva; su programa de reconstrucción es, en cambio, hipotético y subjetivo.

A Nitti le tocó el gobierno de Italia en una época agitada y nerviosa de tempestad revolucionaria y de ofensiva socialista. Las fuerzas proletarias estaban en Italia en su apogeo. Ciento cincuenta diputados

128 Europa sin paz.

socialistas ingresaron en la Cámara, con el clavel rojo en la solapa y las estrofas de La Internacional en los labios. La Confederación General del Trabajo, que representa a más de dos millones de trabajadores agremiados, atrajo a sus filas a los sindicatos de funcionarios y empleados del Estado. Italia parecía madura para la revolución. La política de Nitti, bajo la sugestión de este ambiente revolucionario, tuvo necesariamente una entonación y un gesto demagógicos. El Estado abandonó algunas de sus posiciones doctrinarias, ante el empuje de la ofensiva revolucionaria. Nitti dirigió sagazmente esta maniobra. Las derechas, soliviantadas y dramáticas, lo acusaron de debilidad y de derrotismo. Lo denunciaron como un saboteador, como un desvalorizador de la autoridad, del Estado. Lo invitaron a la represión inflexible de la agitación proletaria. Pero estas grimas, estas aprehensiones y estos gritos de las derechas no conmovieron a Nitti. Avizor y diestro, comprendió que oponer a la revolución un dique granítico era provocar, tal vez, una insurrección violenta. Y que era mejor abrir todas las válvulas del Estado al escape y al desahogo de los gases explosivos, acumulados a causa de los dolores de la guerra y los desabrimientos de la paz. Obediente a este concepto, se negó a castigar las huelgas de ferroviarios y telegrafistas del estado y a usar rígidamente las armas de la ley, de los tribunales y de los gendarmes. En medio del escándalo y la consternación de las derechas, tomó a Italia, amnistiado, el líder anarquista Enrique Malatesta. Y los delegados del Partido Socialista y de los sindicatos, con pasaportes regulares del gobierno, marcharon a Moscú para asistir al congreso de la Tercera Internacional. Nitti y la monarquía flirteaban con el socialismo. El director de *La Nazione* de Florencia me decía en aquella época: «Nitti lascia andare».[129] Ahora se advierte que, históricamente, Nitti salvó entonces a la burguesía italiana de los asaltos de la revolución. Su política transaccional, elástica, demagógica, estaba dictada e impuesta por las circunstancias históricas.

Pero, en la política como en la guerra, la popularidad no corteja a los generalísimos de las grandes retiradas, sino a los generalísimos de las grandes batallas. Cuando la ofensiva revolucionaria empezó a agotarse y la reacción a contraatacar, Nitti fue desalojado del gobierno por Giolitti.

129 Nitti deja hacer.

Con Giolitti la ola revolucionaria llegó a su plenitud, en el episodio de la ocupación de las usinas metalúrgicas. Y entraron en acción Mussolini, los camisas negras y el fascismo. Las izquierdas, sin embargo, volvieron todavía a la ofensiva. Las elecciones de 1921, malgrado las guerrillas fascistas, reabrieron el parlamento a ciento treinta y seis socialistas. Nitti, contra cuya candidatura se organizó una gran cruzada de las derechas, volvió también a las Cámaras. Varios diarios cayeron dentro de la órbita nittiana. Aparecieron en Roma *Il Paese e Il Mondo*. Los socialistas, divorciados de los comunistas, estuvieron próximos a la colaboración ministerial. Se anunció la inminencia de una coalición social-democrática dirigida por De Nicola o por Nitti. Pero los socialistas, escisionados y vacilantes, se detuvieron en el umbral del gobierno. La reacción acometió resueltamente la conquista del poder. Los fascistas marcharon sobre Roma y barrieron de un soplo al raquítico, pávido y medroso Ministerio Facta. Y la dictadura de Mussolini dispersó a los grupos demócratas y liberales.

La burguesía italiana, después, se ha uniformado oportunistamente de camisa negra. Pero oportunista, menos flexible que Lloyd George, no se ha plegado a las pasiones actuales de la muchedumbre. Se ha retirado a su vida de estudioso, de investigador y de catedrático.

El instante no es favorable a los hombres de su tipo. Nitti no habla un lenguaje pasional sino un lenguaje intelectual. No es un líder tribunicio y tumultuario. Es un hombre de ciencia, de universidad y de academia. Y en esta época de neoromanticismo, las muchedumbres no quieren estadistas sino caudillos, no quieren sagaces pensadores, sino bizarros, míticos y taumatúrgicos capitanes.

El programa de reconstrucción europea propuesto por Nitti es típicamente el programa de un economista. Nitti, saturado del pensamiento de su siglo, tiende a la interpretación económica, positivista, de la historia. Algunos de sus críticos se duelen precisamente de su inclinación sistemática a considerar exclusivamente el aspecto económico de los fenómenos históricos, y a descuidar su aspecto moral y psicológico. Nitti, cree, fundadamente, que la solución de los problemas económicos de la paz resolvería la crisis. Y ejercita toda su influencia de estadista y de líder para conducir a Europa a esa solución. Pero, la dificultad que existe, para que Europa acepte un programa de cooperación y de asistencia

internacionales, revela, probablemente, que las raíces de la crisis son más hondas e invisibles. El oscurecimiento del buen sentido occidental no es una causa de la crisis, sino uno de sus síntomas, uno de sus efectos, una de sus expresiones.

Amendola y la batalla liberal en Italia

La personalidad de Giovanni Amendola nos interesa, no sólo por la notoriedad mundial que debe este líder del Aventino a las cachiporras fascistas, sino, sobre todo, por su original relieve en el mundo del liberalismo italiano. En Amendola la democracia no es una fórmula retórica, como en la mayoría de los políticos transformistas[130] de la Terza Italia. En Amendola la democracia es una idea dinámica que, contrastada y perseguida encarnizadamente por el fascismo, readquiere un poco de su primitiva beligerancia y de su decaída combatividad. Amendola pertenece al reducido sector de demo-liberales italianos que no renegaron de su liberalismo, ante el *fascio littorio*[131] cuando Mussolini y sus camisas negras conquistaron la Ciudad Eterna. Mientras Giolitti, Orlando y todos los políticos del transformismo, que ahora parlamentaria y tardíamente insurgen en defensa de la libertad, se enrolaban en el séquito del fascismo, olvidando la acérrima requisitoria fascista contra la vieja política y sus decrépitos especímenes, Amendola prefirió obstinarse en la aserción intransigente de sus principios democráticos.

---

130 Se llamó transformismo al fenómeno aparecido bajo el gobierno post-resurgimiento de Agustino Depretis, caracterizado por el camaleonismo político parlamentario.

131 El *fascio* representó una organización de ex-combatientes que constituyó el núcleo básico del fascismo. Al mismo tiempo el *fascio* ("haz") era un símbolo procedente de la antigua Roma, adoptado por el movimiento. Los lictores eran los funcionarios encargados de preceder a los magistrados de la antigua Roma.

Su historia política corresponde enteramente a la post-guerra. Amendola no se ha formado políticamente en la clientela de Giolitti, ni de ningún otro líder clásico de la democracia pre-bélica. Procede de un núcleo y de un hogar de intelectuales que han dado a Italia varias de sus figuras contemporáneas. "En 1904 —escribe Girolamo Lazzeri, en el prefacio de un libro de Amendola, *La democracia después del 6 de abril de 1924*—, apenas cumplidos los veinte años, participaba en el movimiento renovador del florentino Leonardo; luego, cuatro años después, era del grupo de la *Voce*, en el cual emergía por un equilibrio más sólido frente a los otros amigos, muchos de quienes estaban destinados a caer de lleno en el error del fascismo o a vivir en sus márgenes en una situación de complicidad moral. La posición de Amendola en el grupo de la *Voce* era, en el fondo, la posición de un solitario: entre la inquietud y las contradicciones de Papini, la superficial divulgación de Prezzolini, el impresionismo lírico de Soffici, actitudes todas meramente literarias, Amendola se muestra casi aparte por sí mismo, por la seriedad y la solidez de la indagación filosófica, por la constante preocupación de la realidad, vista con límpida pupila, no de literato sino de hombre. Así, mientras que la rabia de renovación a la cual tendía el movimiento de la *Voce*, era desenfrenada inquietud literaria entre sus amigos, en Amendola era problema espiritualmente sentido, tanto en línea filosófica como en línea histórica. Su obra de filósofo y particularmente los lineamientos de su sistema ético, como resultan de la serie de estudios publicados en 1911 en *Anima* —la revista que dirigió con Papini— están ahí para demostrarlo, ofreciendo al crítico la clave de toda la personalidad del futuro hombre político".

Amendola, después de una actividad destacada de periodista político, que lo incorporó oficialmente en los rangos de la democracia, entró en el parlamento en 1919. Empezó entonces la carrera de político, que en dos ocasiones las cachiporras fascistas han querido cortar trágicamente. El Parlamento, del cual le tocó a Amendola formar parte, fue la tempestuosa asamblea a la que el sufragio italiano envió 156 diputados socialistas y 101 diputados populares.[132] Amendola ocupó desde el primer

132 Populares: pertenecientes al Partido del Centro o católico de Don Sturzo. (Ver el ensayo de J. C. Mariátegui acerca de "La democracia católica").

momento un puesto de combate en el grupo nittiano, esto es, en el sector reformista y radical de la burguesía italiana. Fue, pues, uno de los colaboradores de esa política de transacciones y de compromisos, actuada por Nitti para detener la revolución, que debía parecer después a la misma burguesía salvada de esta suerte, demagógica y derrotista.

En la evolución de la burguesía hacia el fascismo, que comenzó con el gobierno de Giolitti, Amendola se mantuvo hostil al *fascio littorio*. Tuvo, no obstante, que formar parte, como Ministro de las colonias, del desdichado ministerio de Pacta, último esfuerzo gubernamental de los grupos constitucionales. No se le puede, sin embargo, hacer por esto ningún cargo. Preveía Amendola la conquista ineluctable e inexorable del poder por los fascistas, si los fautores de la democracia no concertaban y concentraban sus fuerzas en el parlamento y en el gobierno. El fracaso de esta postrera tentativa no es culpa suya.

En la presente batalla liberal, Amendola tiene una función principal. Es el líder de la oposición del Aventino. De la variopinta oposición del Aventino, como en su lenguaje polémico la llama Mussolini. El episodio del Aventino está en liquidación. La secesión parlamentaria se ha revelado impotente para traer abajo la dictadura fascista. Y a los parlamentarios del bloque del Aventino no se les ocurre, de acuerdo con sus hábitos, que se pueda combatir a un gobierno sino parlamentariamente. El experimento les parece, pues, terminado. El camino revolucionario no es de su gusto. Tampoco es del gusto de Amendola. Pero entre la gente del Aventino, Amendola tiene al menos el mérito de una consistencia ideológica y de una arrogancia personal, muy poco frecuentes en la desvaída fauna liberal. Amendola ha sido uno de los *condottieri* de la batalla del Aventino. Hasta el último momento ha resistido con energía la vuelta al parlamento.

Lo que distingue a Amendola del resto de los demo-liberales de todos los climas es, como resulta de todos estos episodios de su carrera política, la vehemencia y la beligerancia que tiene en su teoría y en su práctica la vieja idea liberal. El líder del Aventino cree de veras en la democracia, con ese inquebrantable empecinamiento de los pequeños burgueses, nutridos de la filosofía de dos siglos de apogeo de la civilización occidental. Y, como Wilson hablaba de una nueva libertad, este discípulo y lugarteniente de Nitti habla de una nueva democracia.

Su ilusión reside justamente en este concepto. La nueva democracia de Amendola es tan quimérica como la nueva libertad de Wilson. Es siempre, en la forma y en el fondo, a pesar de cualquier superficial apariencia, la misma democracia capitalista y burguesa que se siente crujir, envejecida, en nuestra época. Amendola dice preferir el futuro al pasado. Pero se niega a imaginar que el futuro de la humanidad y de Italia no sea democrático. El pensamiento de Amendola es la expresión de la recalcitrante mentalidad de una pequeña burguesía, sorda a todas las notificaciones de la historia.

El fracasado experimento del Aventino podría, sin embargo, haber sido una lección más eficaz para este rígido y honesto liberal. Contra el método reaccionario, como ese experimento lo ha demostrado, el método democrático no puede nada. Mussolini se ríe de las maniobras parlamentarias. Para los diputados demasiado molestos, como Matteotti o como Amendola, los camisas negras tienen armas bien tundentes. Amendola, agredido y apaleado dos veces, lo sabe personal y eficientemente.

Instintivamente, Amendola ha sentido muchas de estas cosas. El retiro de la oposición del parlamento fue un gesto de entonación y virtualidad revolucionarias. Constituía la declaración de que contra Mussolini no era ya posible batirse parlamentaria y legalmente. El Aventino representaba la vía de la insurrección. Mas los diputados del Aventino no tenían nada de revolucionarios. Su objetivo no era sino la normalización. Su actitud secesionista se nutría de la esperanza de que, a la simple maniobra de abandono del parlamento, la minoría bastase para obligar a Mussolini a la rendición. Una vez desvanecida esta esperanza, a toda esta gente no le ha quedado más remedio que decidirse a reingresar melancólicamente en su Cámara.

No existe otro camino para los partidarios de la reforma y del compromiso. A Amendola le cuesta un poco de trabajo explicárselo, porque en él chocan su psicología de hombre de combate y su ideario de fautor del parlamento. La impotencia en que se debate en Italia su partido es la impotencia en que se debate, en todo el mundo, la vieja democracia. En Amendola, es cierto, la democracia enseña el puño apretado y enérgico. Pero no por eso es menos impotente.

John Maynard Keynes

Keynes no es líder, no es político, no es siquiera diputado. No es sino director del *Manchester Guardian* y profesor de Economía de la Universidad de Cambridge. Sin embargo, es una figura de primer rango de la política europea. Y, aunque no ha descubierto la decadencia de la civilización occidental, la teoría de la relatividad, ni el injerto de la glándula de mono, es un hombre tan ilustre y resonante como Spengler, como Einstein y como Voronoff. Un libro de estruendazo éxito, *Las consecuencias económicas de la paz*, propagó en 1919 el nombre de Keynes en el mundo.

Este libro es la historia íntima, descarnada y escueta de la conferencia de la paz y de sus escenas de bastidores. Y es, al mismo tiempo, una sensacional requisitoria contra el tratado de Versalles y contra sus protagonistas. Keynes denuncia en su obra las deformidades y los errores de ese pacto y sus consecuencias en la situación europea.

El pacto de Versalles es aún un tópico de actualidad. Los políticos y los economistas de la reconstrucción europea reclaman perentoriamente su revisión, su rectificación, casi su cancelación. La suscripción de ese tratado resulta una cosa condicional y provisoria. Estados Unidos le ha negado su favor y su firma. Inglaterra no ha disimulado a veces su deseo de abandonarlo. Keynes lo ha declarado una reglamentación temporal de la rendición alemana.

¿Cómo se ha incubado, cómo ha nacido este tratado deforme, este tratado teratológico? Keynes, testigo inteligente de la gestación, nos les explica. La Paz de Versalles fue elaborada por tres hombres: Wilson,

Clemenceau y Lloyd George. Orlando tuvo al lado de estos tres estadistas un rol secundario, anodino, intermitente y opaco. Su intervención se confinó en una sentimental defensa de los derechos de Italia. Wilson ambicionaba seriamente una paz edificada sobre sus catorce puntos y nutrida de su ideología democrática. Pero Clemenceau pugnaba por obtener una paz ventajosa para Francia, una paz dura, áspera, inexorable. Lloyd George era empujado en análogo sentido por la opinión inglesa. Sus compromisos eleccionarios lo forzaban a tratar sin clemencia, a Alemania. Los pueblos de la Entente estaban demasiado perturbados por el placer y él delinquió de la victoria. Atravesaban un período de fiebre y de tensión nacionalistas. Su inteligencia estaba oscurecida por el *pathos*.[133] Y, mientras Clemenceau y Lloyd George representaban a dos pueblos poseídos, morbosamente, por el deseo de expoliar y oprimir, a Alemania, Wilson no representaba a un pueblo realmente ganado a su doctrina, ni sólidamente mancomunado, con su beato y demagógico programa. A la mayoría del pueblo americano no le interesaba sino la liquidación más práctica y menos onerosa posible de la guerra. Tendía, por consiguiente, al abandono de todo lo que el programa wilsoniano tenía de idealista. El ambiente aliado, en suma, era adverso a una paz wilsoniana y altruista. Era un ambiente guerrero y truculento, cargado de odios, de rencores y de gases asfixiantes. Wilson mismo no podía sustraerse a la influencia y a la sugestión de la "atmósfera pantanosa de París". El estado de ánimo aliado era agudamente hostil al programa wilsoniano de paz sin anexiones ni indemnizaciones. Además Wilson, como diplomático, como político, era asaz inferior a Clemenceau y a Lloyd George. La figura política de Wilson no sale muy bien parada del libro de Keynes. Keynes retrata la actitud de Wilson en la conferencia de la paz como una actitud mística, sacerdotal. Al lado de Lloyd George y de Clemenceau, cautos, redomados y sagaces estrategas de la política, Wilson resultaba un ingenuo maestro universitario, un utopista y hierático presbiteriano. Wilson, finalmente, llevó a la conferencia de la paz principios generales, pero no ideas concretas respecto de su aplicación. Wilson no conocía las cuestiones europeas a las cuales estaban destinados sus principios. A los aliados les fue fácil,

133 *Pathos* significa pasión, emoción viva, movimiento del ánimo.

por esto, camuflar[134] y disfrazar de un ropaje idealista la solución que les convenía. Clemenceau y Lloyd George, ágiles y permeables, trabajaban asistidos por un ejército de técnicos y de expertos. Wilson, rígido y hermético, no tenía casi contacto con su delegación. Ninguna persona de su *entourage*[135] ejercitaba influencia sobre su pensamiento. A veces una redacción astuta, una maniobra gramatical, bastó para esconder dentro de una cláusula de apariencia inocua una intención trascendente. Wilson no pudo defender su programa del torpedeamiento sigiloso de sus colegas de la conferencia.

Entre el programa wilsoniano y el Tratado de Versalles existe, por esta y otras razones, una contradicción sensible. El programa wilsoniano garantizaba a Alemania el respeto de su integridad territorial, le aseguraba una paz sin multas ni indemnizaciones y proclamaba enfáticamente el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos. Y bien. El Tratado separa de Alemania la región del Sarre, habitada por seiscientos mil teutones genuinos. Asigna a Polonia y Checoeslovaquia otras porciones de territorio alemán. Autoriza la ocupación durante quince años de la ribera izquierda del Rhin, donde habitan seis millones de alemanes. Y suministra a Francia pretexto para invadir las provincias del Ruhr e instalarse en ellas. El Tratado niega a Austria, reducida a un pequeño Estado, el derecho de asociarse o incorporarse a Alemania. Austria no puede usar de este derecho sin el permiso de la Sociedad de las Naciones. Y la Sociedad de las Naciones no puede acordarle su permiso sino por unanimidad de votos. El Tratado obliga a Alemania, aparte de la reparación de los daños causados a poblaciones civiles y de la reconstrucción de ciudades y campos devastados, al reembolso de las pensiones de guerra de los países aliados. La despoja de todos sus bienes negociables, de sus colonias, de su cuenca carbonífera del Sarre, de su marina mercante y hasta de la propiedad privada de sus súbditos en territorio aliado. Le impone la entrega anual de una cantidad de carbón, equivalente a la diferencia entre la producción actual de las minas de carbón, francesas y la producción de antes de la guerra. Y la constriñe a conceder, sin ningún derecho

134 Enmascarar.

135 Séquito.

a reciprocidad, una tarifa aduanera mínima a las mercaderías aliadas y a dejarse invadir, sin ninguna compensación, por la producción aliada. En una palabra, el Tratado empobrece, mutila y desarma a Alemania y, simultáneamente, le demanda una enorme indemnización de guerra.

Keynes prueba que este pacto es una violación de las condiciones de paz, ofrecidas por los aliados a Alemania para inducirla a rendirse. Alemania capituló sobre la base de los catorce puntos de Wilson. Las condiciones de paz no debían, por tanto, haberse apartado ni diferenciado de esos catorce puntos. La conferencia de Versalles habría debido limitarse a la aplicación, a la formalización de esas condiciones de paz. En tanto, la conferencia de Versalles impuso a Alemania una paz diferente, una paz distinta de la ofrecida solemnemente por Wilson. Keynes califica esta conducta como una deshonestidad monstruosa.

Además, este Tratado, que arruina y mutila a Alemania, no es sólo injusto e insensato. Como casi todos los actos insensatos e injustos, es peligroso y fatal para sus autores. Europa ha menester de solidaridad y de cooperación internacionales, para reorganizar su producción y restaurar su riqueza. Y el Tratado la anarquiza, la fracciona, la conflagra y la inficiona de nacionalismo y jingoísmo.[136] La crisis europea tiene en el Pacto de Versalles uno de sus mayores estímulos morbosos. Keynes advierte la extensión y la profundidad de esta crisis. Y no cree en los planes de reconstrucción, "demasiado complejos, demasiado sentimentales y demasiado pesimistas". "El enfermo —dice— no tiene necesidad de drogas ni de medicinas. Lo que le hace falta es una atmósfera sana y natural en la cual pueda dar libre curso a sus fuerzas de convalecencia". Su plan de reconstrucción europea se condensa, por eso, en dos proposiciones lacónicas: la anulación de las deudas interaliadas y la reducción de la indemnización alemana a 36,000 millones de marcos. Keynes sostiene que éste es, también, el máximum que Alemania puede pagar.

Pensamiento de economista y de financista, el pensamiento de Keynes localiza la solución de la crisis europea en la reglamentación económica de la paz. En su primer libro escribía, sin embargo, que "la organización económica, por la cual ha vivido Europa occidental durante

136 Patriotería.

el último medio siglo, es esencialmente extraordinaria, inestable, compleja, incierta y temporaria". La crisis, por consiguiente, no se reduce a la existencia de la cuestión de las reparaciones y de las deudas interaliadas. Los problemas económicos de la paz exacerban, exasperan la crisis; pero no la causan íntegramente: La raíz de la crisis está en esa organización económica "inestable, compleja, etc.". Pero Keynes es un economista burgués, de ideología evolucionista y de psicología británica, que necesita inocular confianza e inyectar optimismo en el espíritu de la sociedad capitalista. Y debe, por eso, asegurarle que una solución sabia, sagaz y prudente de los problemas económicos de la paz removerá todos los obstáculos que obstruyen, actualmente, el camino del progreso, de la felicidad y del bienestar humanos.

El debate de las deudas inter-aliadas

Nadie puede asombrarse de que, seis años después de la suscripción del Pacto de Versalles, las potencias aliadas no hayan podido aún ponerse de acuerdo con Alemania respecto a la ejecución de ese tratado. El mismo plazo no ha sido bastante para que las potencias aliadas se hayan puesto de acuerdo entre ellas. No ha sido bastante siquiera para que se hayan puesto de acuerdo consigo mismas. En ninguna de las potencias vencedoras se entienden las gentes sobre el mejor método de liquidar las consecuencias de la guerra. Las divide, primero, la lucha de clases. Las subdivide, luego, la lucha de los partidos. La clase gobernante, o sea la clase burguesa, no tiene un programa común. Cada líder, cada grupo, se aferra a su propio punto de vista. El desacuerdo, en una palabra, se multiplica hasta el infinito.

Nitti llama a esto "la tragedia de Europa". Los problemas políticos se enlazan, en la retina del político italiano, con los problemas económicos. Y, en último análisis, la crisis económica, política y moral se convierte en una crisis de la civilización europea. Keynes, menos panorámico, no ve casi en esta crisis sino "las consecuencias económicas de la paz". Entre los dos más ilustres y tenaces propugnadores de una política de reconstrucción, el acuerdo, por consiguiente, no es completo. La diferencia de temperamento produce una diferencia de visión. Keynes reacciona, ante la crisis, como economista; Nitti reacciona, además, como político. Y la opinión misma de estos hombres no es hoy rigurosamente la de hace cinco o cuatro años. Las consecuencias económicas de la paz se han modificado o se han

complicado definitivamente. El pensamiento de quienes pretenden arreglarlas; dentro de una perfecta coherencia, ha tenido, que modificarse o complicarse. No ha podido dejar de adaptarse a los nuevos hechos. Y a veces ha debido, en apariencia al menos, contradecirse.

A propósito de las deudas inter-aliadas, uno de los más enredados problemas de la paz, Keynes ha sido acusado, recientemente, de una contradicción. En sus estudios sobre este problema Keynes había arribado a la conclusión de que las deudas interaliadas debían ser condonadas. En un artículo último, ha abandonado virtualmente esta conclusión. Como ciudadano británico, como hombre práctico; Keynes se encuentra frente a un hecho nuevo. Inglaterra ha reconocido su deuda a los Estados Unidos. Más aún, ha empezado a amortizarla. La cuestión de las deudas interaliadas ha quedado, por consiguiente, planteada en términos distintos. Keynes no ha cambiado de opinión acerca de las deudas inter-aliadas; pero sí ha cambiado de opinión acerca de la posibilidad de anularlas.

Keynes acepta totalmente la tesis del tesoro francés, de que las deudas interaliadas no son deudas comerciales sino deudas "políticas". Su propia tesis es mucho más radical. Piensa Keynes que, en verdad, no se trata de deudas propiamente dichas. "Cada uno de los aliados —escribe— arrojó en el conflicto mundial todas sus energías. La guerra fue, como dicen los americanos, al ciento por ciento. Pero, sabiamente y justamente, cada uno de los aliados no empleó sus fuerzas del mismo modo. Por ejemplo el esfuerzo de Francia fue principalmente militar. Relativamente al número de hombres que, en proporción a su población, puso en el campo, y por el hecho de que parte de su territorio fue ocupado por el enemigo, Francia no contaba, después del primer año de guerra, con suficientes fuerzas económicas para equipar su ejército y alimentar su población de suerte de poder seguir combatiendo. El esfuerzo militar inglés si bien importantísimo, no fue tan grande como el francés; el esfuerzo naval británico fue, en tanto, mayor que el francés; y el financiero fue también más vasto porque tuvimos, antes de la intervención americana, que emplear toda nuestra riqueza y toda nuestra fuerza industrial en ayudar, equipar y alimentar a los aliados. El esfuerzo americano fue principalmente financiero". Keynes sostiene que a la causa común cada potencia aliada dio todo lo que pudo. Unos aportaron

más hombres que vituallas; otros aportaron más dinero que hombres. El dinero, en suma, no era prestado por un aliado a otro. Era simplemente movilizado de un frente financiero a otro, en servicio de una campaña común. ¿Por qué entonces se hablaba oficialmente de créditos o de préstamos y no de subsidios? Porque así lo exigía la necesidad de que los fondos fueran administrados con mesura. El tesoro inglés o el tesoro norteamericano no tenían otro medio de controlar al tesoro francés o al tesoro italiano, y de evitar los despilfarros del capital interaliado. "Si cada uno de los funcionarios aliados —observa Keynes— hasta aquéllos dotados de menor sentido de responsabilidad o de menor poder de imaginación, hubiese sabido que gastaba dinero de otro país, los incentivos a la economía habrían sido menores de lo que fueron". Y ésta no es una interpretación personal de Keynes de la conducta financiera de Inglaterra y de Norte América. Durante la guerra, Keynes ha sido un alto funcionario del tesoro británico. En consecuencia, ha estado enterado de toda la trastienda de la política financiera de su país.

Pero Keynes, que reafirma de modo tan inequívoco y explícito su convicción de que las deudas inter-aliadas no son tales deudas, no insiste ya en proponer su condonación. "Mirando al pasado —explica— creo que habría sido un acto de alta política y de sabiduría de parte de Inglaterra si, al día siguiente del armisticio, hubiese anunciado a los aliados que todas sus desidias quedaban olvidadas desde ese día. Ahora no es viable tal línea de conducta. Los ingleses se han comprometido a pagar a Norte América medio millón de dólares al día por sesenta años". Una solución del problema no puede prescindir de este hecho. Mientras Inglaterra pague a los Estados Unidos, no renunciará a ser pagada también por Francia e Italia. No se avendrá tampoco a que los Estados Unidos concedan a estas dos potencias un tratamiento de favor. ¿Qué hacer entonces? Keynes cree que la base de un arreglo podría ser la siguiente: la aplicación, al servicio de las deudas interaliadas, de una parte de la suma anual que Francia e Italia reciben de Alemania, conforme al plan Dawes.[137] Una tercera parte, por ejemplo.

137 Charles Dawes, político y economista norteamericano, propuso un plan para el pago de las deudas alemanas de la Primera Guerra Mundial.

El debate de las deudas interaliadas ha entrado así en una nueva fase. Francia ha formulado, oficialmente, la distinción entre sus deudas comerciales y sus deudas políticas. Esto quiere decir que el pago de las deudas comerciales será arreglado comercialmente, mientras que el pago de las deudas políticas será arreglado políticamente. El tema de las deudas interaliadas reemplaza al de las reparaciones. Francia, durante el gobierno del Bloque Nacional, no se ocupó casi sino de su acreencia contra Alemania. Liquidada en Londres, por el plan Dawes, la ilusión de que las reparaciones darían para todo, Francia se ve ahora obligada a ocuparse de su deuda a Inglaterra y a los Estados Unidos. Sus aliados le recuerdan cortésmente su cuenta.

En Inglaterra y en los Estados Unidos prevalece, en el gobierno, un criterio firmemente adverso a la condonación. El programa mínimo de Francia, e Italia solicita una reducción de la deuda interaliada, proporcional a la reducción de la deuda alemana. Los propugnadores de la condonación se sienten más o menos abandonados por Keynes, en esta campaña. Y, por esto, reaccionan contra su última actitud. ¿Keynes mantiene íntegramente su concepto sobre las deudas interaliadas? Sí, lo mantiene íntegramente. ¿Por qué entonces admite ahora la necesidad de, que esas deudas, que su argumentación declara inexistentes, sean reconocidas? Keynes, responde que la cuestión ha sido modificada, de hecho, por los pagos de Inglaterra. Un hombre de estado inglés no puede obstinarse rígidamente en un principio. Escapada la oportunidad de aplicar el principio, hay que resignarse a sacrificarlo en parte. Pero los contradictores de Keynes no creen que, efectivamente, la oportunidad de anular las deudas interaliadas haya pasado. La dialéctica del economista británico no los persuade a este respecto. Inglaterra ha comenzado a pagar su deuda a los Estados Unidos. Mas la política del tesoro británico no puede comprometer la política del tesoro francés ni del tesoro italiano. El tesoro británico paga no sólo porque le es posible pagar sino, sobre todo, porque le conviene pagar. Empezando el servicio de su deuda, Inglaterra ha mejorado su crédito y ha saneado su moneda. La libra esterlina, cotizada antes a 3.80 en Nueva York, se cotiza ahora a 4.84. Inglaterra ha hecho una operación ventajosa. Y la ha hecho por su propia cuenta, sin consultar a sus aliados. ¿Cómo puede oponerse a que

sus aliados, por su propia cuenta también, repudien una deuda ficticia? La razón de que Inglaterra, obedeciendo a un interés distinto y concreto, no la ha repudiado es por lo menos insuficiente.

La única razón válida es la de que Francia e Italia necesitan usar su crédito en Inglaterra y los Estados Unidos y, por consiguiente, no pueden exigir de estas potencias más de lo que se demuestran dispuestas a conceder. Francia e Italia no tienen bastante independencia financiera para prescindir de los servicios de las finanzas anglo-americanas. Les tocará, por consiguiente, aceptar, más o menos atenuado y, disimulado, un plan Dawes que dejará subsistentes las deudas interaliadas. O sea, uno de los problemas de la paz que alimentan la crisis europea.

El pacto de seguridad

El Occidente europeo busca un equilibrio. Hasta ahora ninguna receta conservadora ni reformista consigue dárselo.

Francia quiere una garantía contra la revancha alemana. Mientras esta garantía no le sea ofrecida, Francia velará armada con la espada en alto. Y el ruido de sus armas y de sus alertas no dejará trabajar tranquilamente a las otras naciones europeas. Europa siente, por ende, la necesidad urgente de un acuerdo que le permita reposar de esta larga vigilia guerrera. La propia Francia que, a pesar de sus bélicos *chanteclers*,[138] es en el fondo una nación pacífica, siente también esta necesidad. El peso de su armadura de guerra la extenúa.

El eje de un equilibrio europeo son las relaciones franco-alemanas. Para que Europa pueda convalecer de su crisis bélica, es indispensable que entre Francia y Alemania se pacte, si no la paz, por lo menos una tregua: Pero esta tregua necesita fiadores. Francia pide la fianza de la Gran Bretaña. De esto, que es lo que se designa con el nombre de pacto de seguridad, se conversó a entre Lloyd George y Briand en Cannes. Mas a la mayoría parlamentaria del bloque nacional un pacto de seguridad, en las condiciones entonces esbozadas, le pareció insuficiente. Briand fue reemplazado por Poincaré, quien durante un largo plazo, en vez de una política de tregua, hizo una política de guerra.

---

138 Cantantes populares, simbolizados en el gallo francés.

Cuando el experimento laborista en Inglaterra y las elecciones del 11 de mayo en Francia[139] engendraron la ilusión de que se inauguraba en Europa una era social-democrática, renació la moda de todas las grandes palabras de la democracia: Paz, Arbitraje, Sociedad de las Naciones, etc. En esta atmósfera se incubó el protocolo de Ginebra que, instituyendo el arbitraje obligatorio, aspiraba a realizar un anciano ideal de la democracia. El protocolo de Ginebra correspondía plenamente a la mentalidad de una política cuyos más altos conductores eran Mac Donald y Herriot.

Liquidado el experimento laborista, se ensombreció de nuevo la faz de la política europea. El protocolo de Ginebra, que no significaba la paz ni representaba siquiera la tregua, fue enterrado. Se volvió a la idea del pacto de seguridad. Briand, Ministro de Negocios Extranjeros del ministerio de Poincaré, reanudó el diálogo interrumpido en Cannes. *On revient toujour a ses premiers amours*[140]

Pero la discusión demostró que, para un pacto de seguridad, no basta el acuerdo exclusivo de Inglaterra, Francia, Alemania y Bélgica. No se trata sólo de la frontera del Rhin. Las naciones que están al otro lado de Alemania, y que el tratado de paz ha beneficiado territorialmente, a expensas del imperio vencido, exigen la misma garantía que Francia. Polonia y Checoeslovaquia pretenden estar presentes en el pacto. Y Francia, que es su protectora y su madrina, no puede desestimar la reivindicación de esos estados. Por otra parte Italia, dentro de cuyos nuevos confines el tratado de paz ha dejado encerrada una minoría alemana, reclama el reconocimiento de la intangibilidad de esa frontera. Y se opone a todo pacto que no cierre definitivamente el camino a la posible unión política de Alemania y Austria.

Alemania, a su turno, se defiende. No quiere suscribir ningún tratado que cancele su derecho a una rectificación de sus fronteras orientales. Se declara dispuesta a dar satisfacción a Francia, pero se niega a dar satisfacción a toda Europa.

Para Alemania, suscribir un tratado, en el cual acepte como definitivas las fronteras que le señaló la paz de Versalles, equivaldría a

---

139 En 1924, triunfó el Cartel de las izquierdas, anticipo del Frente Popular de 1936.

140 Se vuelve siempre al primer amor.

suscribir por segunda vez, sin la presión guerrera de la primera, su propia condena. Durante la crisis post-bélica, mucho se ha escrito y se ha hablado sobre la incalificable dureza del Tratado de Versalles. Los políticos y los ideólogos, propugnadores de un programa de reconstrucción europea, han repetido, hasta lograr hacerse oír por mucha gente, que la revisión del Tratado de Versalles es una condición esencial y básica de un nuevo equilibrio internacional. Esta idea ha ganado muchos prosélitos. La causa de Alemania en la opinión mundial ha mejorado, en suma, sensiblemente. Es absurdo, por todas estas razones, pretender que Alemania refrende, sin compensación, las condiciones vejatorias de la paz de Versalles. El estado de ánimo de Alemania no es hoy, de otro lado, el mismo de los días angustiosos del armisticio. Las responsabilidades de la guerra se han esclarecido en los últimos seis años. Alemania, con documentación propia y ajena, puede probar, en una nueva conferencia de la paz, que es mucho menos culpable de lo que en Versalles parecía.

Los políticos de la democracia y de la reforma aprovechan del tema del pacto de seguridad para proponer a sus pueblos una meta: la organización de los Estados Unidos de Europa. Únicamente —dicen— una política de cooperación internacional puede asegurar la paz a Europa. Pero la verdad es que no hay ningún indicio de que las varias burguesías europeas, intoxicadas de nacionalismo, se decidan a adoptar este camino. Inglaterra no parece absolutamente inclinada a sacrificar algo de su rol imperial ni de su egoísmo insular. Italia, en los discursos megalómanos del fascismo, reivindica consuetudinariamente su derecho a renacer como imperio.

Los Estados Unidos de Europa aparecen, pues, en el orden burgués, como una utopía. Aun en el caso de que el tratado de seguridad obtenga la adhesión leal de todos los Estados de Europa, quedará siempre fuera de este sistema o de este compromiso la mayor nación del continente: Rusia. No se constituirá por tanto una asociación destinada a asegurar la paz sino, más bien, a organizar la guerra. Porque, como una consecuencia natural de su función histórica, una liga de estados europeos que no comprenda a Rusia tiene que ser, teórica y prácticamente, una liga contra Rusia. La Europa capitalista tiende cada día más a excluir a Rusia de los confines morales de la civilización occidental. Rusia, por su parte,

sobre todo desde que se ha debilitado su esperanza en la revolución europea, se repliega hacia Oriente. Su influencia moral y material crece rápidamente en Asia. Los pueblos orientales, desde hace mucho tiempo, se interesan más por el ejemplo ruso que por el ejemplo occidental. En estas condiciones, los Estados Unidos de Europa, si se constituyesen, reemplazarían el peligro de una guerra continental por la certidumbre de un descomunal conflicto entre Oriente y Occidente.

El imperio y la democracia yanquis

Con Mr. Coolidge y Mr. Dawes en el gobierno de los Estados Unidos, no es posible esperar que la causa de la libertad y de la democracia wilsonianas progresen gaya y beatamente como los brindis de Ginebra auguraban. Las elecciones norteamericanas han sancionado la política de Mr. Hughes y Mr. Coolidge. Política nacionalista, imperialista, que aleja al mundo de las generosas y honestas ilusiones de los fautores de la liga wilsoniana.

Los Estados Unidos, manteniendo una actitud imperialista, cumplen su destino histórico. El imperialismo, como lo ha dicho Lenin, en un panfleto revolucionario, es la última etapa del capitalismo. Como lo ha dicho Spengler, en una obra filosófica y científica, es la última estación política de una cultura. Los Estados Unidos, más que una gran democracia son un gran imperio. La forma republicana no significa nada. El crecimiento capitalista de los Estados Unidos tenía que desembocar en una conclusión imperialista. El capitalismo norteamericano no puede desarrollarse más dentro de los confines de los Estados Unidos y de sus colonias. Manifiesta, por esto, una gran fuerza de expansión y de dominio. Wilson quiso noblemente combatir por una Nueva Libertad, pero combatió, en verdad, por un nuevo imperio. Una fuerza histórica, superior a sus designios, lo empujó a la guerra. La participación de los Estados Unidos en la guerra mundial fue dictada por un interés imperialista. Exaltando, elocuente y solemnemente, su carácter decisivo, el verbo de Wilson sirvió a la afirmación del Imperio. Los Estados Unidos, decidiendo el éxito de la guerra, se convirtieron repentinamente en árbitros de la suerte de Europa. Sus bancos y sus

fábricas rescataron, las acciones y los valores norteamericanos que poseía Europa. Empezaron, en seguida; a acaparar acciones y valores europeos. Europa pasó de la condición de acreedora a la de deudora de los Estados Unidos. En los Estados Unidos se acumuló más de la mitad del oro del mundo. Adquiridos estos resultados, los yanquis sintieron instintivamente la necesidad de defenderlos y, acrecentarlos. Necesitaron, por esto, licenciar a Wilson. El verbo de Wilson, los embarazaba y molestaba. El programa wilsoniano, útil en tiempo de guerra, resultaba inoportuno en tiempo de paz. La Nueva Libertad, propugnada por Wilson, convenía a todo el mundo, menos a los Estados Unidos. Volvieron, así, los republicanos al poder.

¿Qué cosa habría podido inducir a los Estados Unidos a regresar, aunque no fuera sino muy tibia y parcamente, a la política wilsoniana? El candidato demócrata Davis era un ciudadano prudente, un diplomático pacato, sin la inquietud ni la imaginación de Wilson. Los Estados Unidos podían haberle confiado el gobierno sin peligro para sus intereses imperiales. Pero Coolidge ofrecía más garantías y mejores fianzas. Coolidge no se llama sino republicano, en tanto que Davis se llama demócrata, denominación, en todo caso, un poco sospechosa. Davis, tenía, además, el defecto de ser orador. Coolidge, en cambio, silencioso, taciturno, estaba exento de los peligros de la elocuencia. Por otra parte, en el partido demócrata quedaba mucha gente, impregnada todavía de ideas wilsonianas. Mientras tanto, el partido republicano había conseguido separarse de sus Lafollette, esto es de sus hombres más exuberantes e impetuosos. Lafollette, naturalmente, era para el capitalismo y el imperialismo norteamericanos un candidato absurdo. Un disidente peligroso, un desertor herético de las filas republicanas y de sus ponderados principios.

La elección de Mr. Calvin Coolidge no podía sorprender, por ende, sino a muy poca gente. La mayor parte de los espectadores y observadores de la vida norteamericana la preveía y la aguardaba. Aparecía evidente la improbabilidad de que los Estados Unidos, o mejor dicho sus capitalistas, quisiesen cambiar de política. ¿Para qué podían querer cambiarla? Con Coolidge las cosas no andaban mal. A Coolidge le faltaba estatura histórica, relieve mundial. Pero para algo había periódicos, agencias y escritores listos a inventarle una personalidad estupenda a un candidato a la Presidencia de la República. La biografía, la personalidad reales de Coolidge tenían pocas

cosas de qué asirse; pero los periódicos, agencias y escritores descubrieron entre ellas una verdaderamente preciosa: el silencio. Y Coolidge nos ha sido presentado como una gran figura silenciosa, taciturna, enigmática. Es la antítesis de la gran figura parlante, elocuente, universitaria, de Wilson. Wilson era el Verbo; Coolidge es el Silencio. Las agencias, los periódicos, etc., nos dicen que Coolidge no habla, pero que piensa mucho. Generalmente estos hombres mudos, taciturnos, no callan porque les guste el silencio sino porque no tienen nada que decir. Pero a la humanidad le agrada y le atrae irresistiblemente todo lo que tiene algo de enigma, de esfinge y de abracadabra. La humanidad suele amar al verbo; pero respeta siempre el silencio. Además, el silencio es de oro. Y esto explica su prestigio en los Estados Unidos.

Es cierto que si los Estados Unidos son un imperio son también una democracia. Bien. Pero lo actual, lo prevaleciente en los Estados Unidos es hoy el imperio. Los demócratas representan más a la democracia; los republicanos representan más el imperio. Es natural, es lógico, por consiguiente, que las elecciones las hayan ganado los republicanos y no los demócratas.

El imperio yanqui es una realidad más evidente, más contrastable que la democracia yanqui. Este imperio no tiene todavía muchas trazas de dominar el mundo con sus soldados; pero sí de dominarlo con su dinero. Y un imperio no necesita hoy más. La organización o desorganización, del mundo, en esta época, es económica antes que política. El poder económico confiere poder político. Ahí donde los imperios antiguos desembarcaban sus ejércitos, a los imperios modernos les basta con desembarcar sus banqueros. Los Estados Unidos poseen, actualmente, la mayor parte del oro del mundo. Son una nación pletórica de oro que convive con naciones desmonetizadas, exhaustas, casi mendigas. Puede, pues, dictarles su voluntad a cambio de un poco de su oro. El plan Dawes, que los Estados europeos juzgan salvador y taumatúrgico, es, ante todo, un plan de la banca norteamericana. Morgan fue el empresario y el manager[141] de la conferencia de Londres. Los fautores de la política de reconstrucción europea hablan de los Estados Unidos como de un árbitro. Los libros de Nitti, verbigracia, empiezan o concluyen con un llamamiento a los Estados Unidos para que acudan en auxilio de la civilización europea.

141 Director, impulsor dinámico de una idea o un acto.

Pero los Estados Unidos no son, como querrían, un espectador de la crisis contemporánea sino uno de sus protagonistas. Si a Europa le interesan los acontecimientos norteamericanos, a los Estados Unidos no le interesan menos los acontecimientos europeos. La bancarrota europea significaría para los Estados Unidos el principio de su propia bancarrota. Norte América se ve forzada por eso, a seguir prestando dinero a sus deudores europeos. Para que Europa le pague algún día, Norte América necesita continuar asistiéndola financieramente. No lo hace, naturalmente, sin exigir garantías excepcionales. Francia obtuvo, con Poinearé, un préstamo de la banca norteamericana, a condición de reducir sus gastos y aumentar sus impuestos. Alemania, a cambio de la ayuda financiera que le acuerda el plan Dawes, se somete al control de los Estados Unidos.

Norte América no puede desinteresarse de la suerte de Europa. No puede encerrarse dentro de sus murallas económicas: Al revés de Europa, los Estados Unidos sufren de plétora, de oro. La experiencia norteamericana nos enseña que si la falta de oro es un mal, el exceso de oro casi es un mal también. La plétora de oro origina encarecimiento de la vida y abaratamiento del capital. El oro es fatal al mundo, en la tragedia contemporánea, como en la ópera wagneriana.

El empobrecimiento de Europa representa para las finanzas y la industria norteamericanas la pérdida de inmensos mercados. La miseria y el desorden europeos disminuyen las exportaciones norteamericanas. Producen una crisis de desocupación en la agricultura y en la industria yanquis. La desocupación a su turno exaspera la cuestión social. Crea en el proletariado un estado de ánimo favorable, a la propagación de ideas revolucionarias.

Malgrado la victoria electoral de los republicanos, malgrado su valor de afirmación imperialista y conservadora, es evidente que se difunde en los Estados Unidos un humor revolucionario. Varios hechos denuncian que los Estados Unidos no son, a este respecto, tan inexpugnables ni tan inmunes como algunos creen. El orientamiento de los obreros americanos adquiere rumbos cada vez más atrevidos. Los pequeños *farmers*,[142] pauperizados por la baja de los productos agrícolas, desertan definitivamente de los rangos de los viejos partidos.

---

142 Agricultores, campesinos o propietarios agrícolas.

También, en los Estados Unidos el antiguo sistema bipartido se encuentra en crisis. La candidatura Lafollete ha roto, definitivamente, el equilibrio de la política tradicional. Anuncia la aparición de una tercera corriente. Esta corriente no ha encontrado todavía su forma ni su expresión; pero se ha afirmado como una poderosa fuerza renovadora. A la nueva facción es absurdo augurarle un destino análogo al de la que, hace varios años, se desprendió del partido republicano para seguir a Roosevelt. Los elementos menos representativos de su proselitismo son los republicanos cismáticos. Lafollette, ha sido, ante todo y sobre todo, un candidato de grupos agrarios y laboristas. Y, además de ésta, otra corriente más avanzada, siembra en los Estados Unidos ideas e inquietudes renovadoras.

La democracia católica

El compromiso entre la democracia y la Iglesia Católica, después de haber cancelado y curado rencores recíprocos, ha producido en Europa un partido poético de tipo más o menos internacionales que, en varios países, intenta un ensayo de reconstrucción social, sobre bases democráticas y cristianas.

Esta democracia católica, catolicismo democrático, ha prosperado marcadamente en la Europa Central. En Alemania, donde se llama centro católico, uno de los grandes conductores, Erzberger, que murió asesinado por un pangermanista, tuvo una figuración principal en los primeros años de la república. En Austria gobiernan los demócratas católicos. En Francia, en cambio, los católicos andan dispersos y mal avenidos. Algunos, los de la nobleza orleanista,[143] militan en los rangos de Maurras y *L'Action Française*. Otros, de filiación republicana, se diluyen en los partidos del bloque nacional. Otros, finalmente, siguen una orientación democrática y pacifista. El líder de estos últimos elementos es el diputado Marc Sagnier, propugnador, fervoroso y místico, de una reconciliación franco-alemana.

Pero ha sido en Italia donde la democracia católica ha tenido una actividad más vigorosa, conocida y característica que en ningún otro pueblo. La concentró y la movilizó hace cinco años, con el nombre de partido popular o populista, Don Sturzo, un cura de capacidad organizadora y

143 Partidarios de los descendientes de Luis Felipe de Orleans, rey en 1830 por una revolución contra Carlos X, de la Casa de Borbón.

de sagaz inteligencia. Y el sumario de su historia ilustra claramente el carácter y el contenido internacionales de esta corriente política.

Antes de 1919 los católicos italianos no intervenían en la política como partido. Su confesionalismo se lo vedaba. Los sentimientos de la resistencia y de la lucha contra el liberalismo, autor de la unidad italiana bajo la dinastía de la casa Saboya, estaban aún demasiado vivos. El liberalismo aparecía aún un tanto impregnado de espíritu anticlerical y masónico. Los católicos se sentían ligados a la actitud del Vaticano ante el estado italiano. Entre los católicos y los liberales, un pacto de paz había sedado algunas acérrimas discrepancias. Mas entre unos y otros se interponía el recuerdo y las consecuencias del 20 de Setiembre[144] histórico.

La guerra, liquidada con escasa ventaja para Italia, preparó el retorno oficial de los católicos a la política italiana. Las antiguas facciones liberales, desacreditadas por los desabrimientos de la paz, habían perdido una parte de su autoridad. Las masas afluían al socialismo, decepcionadas de la idea liberal y de sus hombres. Don Sturzo aprovechó la ocasión para atraer una parte del pueblo a la idea católica, convenientemente modernizada y diestramente ornamentada con motivos democráticos. Tenía Don Sturzo regimentados ya en ligas y sindicatos a los trabajadores católicos que, si eran minoría en la ciudad, abundaban y predominaban a veces en el campo. Estas asociaciones de trabajadores, a los cuales Don Sturzo y sus tenientes hablaban un lenguaje un tanto teñido de socialismo, fueron la base del Partido Popular. A ellas se superpusieron los elementos católicos de la burguesía y aun muchos de la aristocracia, opuestos antes a toda aceptación formal del régimen fundado por Víctor Manuel, Garibaldi, Cavour y Mazzini.

El nuevo partido, a fin de poder colaborar libremente con este régimen, declaró en su programa su independencia del Vaticano. Pero ésta era una cuestión de forma. Se trataba, teórica y prácticamente, de un grupo católico, destinado a usar su influencia política en la reconquista por la Iglesia de algunas posiciones morales —la escuela sobre todo— de las cuales la habían desalojado cincuenta años de política demo-masónica.

---

144 El 20 de Setiembre de 1870 las tropas regulares del Estado italiano entraron a Roma, batiendo a la guardia pontificia y consumando la unidad política de Italia.

Favorecido por las mismas circunstancias ambientales y las mismas coyunturas políticas que auspiciaron su nacimiento, el partido católico italiano obtuvo una estruendosa victoria en las elecciones de 1919. Conquistó cien asientos en la Cámara. Pasó a ser el grupo más numeroso en el parlamento, después de los socialistas, dueños de ciento cincuentaiséis votos. La colaboración de los populares resultó indispensable para el sostenimiento de un gobierno monárquico. Nitti, Giolitti, Bonomi y Pacta se apoyaron, sucesivamente, en esta colaboración. El Partido Popular era la base de toda combinación ministerial. En las elecciones de 1921 los diputados populares aumentaron de 101 a 109. El volumen político de Don Sturzo, secretario general y líder de los populares, creció extraordinariamente.

Pero la solidez del partido católico italiano era contingente, temporal, precaria. Su composición ostensiblemente heterogénea contenía los gérmenes de una escisión inevitable. Los elementos derechistas del partido, a causa de sus intereses económicos, tendían a una política antisocialista. Los elementos izquierdistas, sostenidos por numerosas falanges campesinas, reclamaban, por el contrarió, un rumbo socialdemocrático: La cohesión, la unidad de la democracia católica italiana dependían, consiguientemente, de la persistencia de una política centrista en el gobierno. Apenas prevaleciera la derecha reaccionaria, o la izquierda revolucionaria, el centro, eje del cual eran los populares, tenía que fracturarse.

Con el desarrollo del movimiento fascista, o sea de la amenaza reaccionaria, se inició, por esto, la crisis del Partido Popular. Miglioli y otros líderes de la izquierda católica trabajaron a favor de una coalición popular-socialista llamada a reforzar decisivamente la política centrista y evolucionista. Una parte del Partido Socialista, abandonado ya por los comunistas, era igualmente favorable a la formación de un bloque de los populares, los socialistas y los nittianos. Se advertía, en uno y otro sector que sólo este bloque podía resistir válidamente la ola fascista. Pero los esfuerzos tendientes a crearlo eran neutralizados, de parte de los populares por la acción de la corriente conservadora, de parte de los socialistas por la acción de la corriente revolucionaria, rebeldes ambas a juntarse en un cauce centrista.

Más tarde, la inauguración de la dictadura fascista, el ostracismo de la política democrática, dieron un golpe fatal al partido de Don Sturzo. Los populares capitularon ante el fascismo. Le dieron la colaboración de sus hombres en el gobierno y de sus votos en el parlamento. Y esta colaboración trajo aparejada la absorción por el fascismo de las capas conservadoras del Partido Popular. Mediante una política de coqueterías con el Vaticano y de concesiones a la Iglesia, en la enseñanza, Mussolini se atrajo a la derecha católica. Sus ataques a las conquistas de los trabajadores y sus favores a los intereses de los capitalistas, engendraron, en cambio, en la zona obrera del Partido Popular una creciente oposición a los métodos fascistas. A medida que se acercaban las elecciones, esta crisis se agravaba.

Actualmente, la democracia católica italiana está en pleno período de disgregación. La derecha se ha plegado al fascismo. El centro, obediente a Don Sturzo, ha reafirmado su filiación democrática.

La posición histórica de los partidos católicos en los otros países es sustancialmente la misma. La fortuna de esos partidos está indisolublemente ligada a la fortuna de la política centrista y democrática. Ahí donde esta política es vencida por la política reaccionaria, la democracia católica languidece y se disuelve. Y es que la crisis política contemporánea no es, en particular, una crisis de la democracia irreligiosa sino, en general, una crisis de la democracia capitalista. Y, en consecuencia, de nada le sirve a ésta reemplazar su traje laico por un traje católico. En estas cosas, como en otras, el hábito no hace al monje.

HECHOS E IDEAS DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Trotsky[145]

Trotsky no es sólo un protagonista sino también un filósofo, un historiador y un crítico de la Revolución. Ningún líder de la Revolución puede carecer, naturalmente, de una visión panorámica y certera de sus raíces y de su génesis. Lenin, verbigracia, se distinguió por una singular facultad para percibir y entender la dirección de la historia contemporánea y el sentido de sus acontecimientos. Pero los penetrantes estudios de Lenin no abarcaron sino las cuestiones políticas y económicas. Trotsky, en cambio, se ha interesado además por las consecuencias de la Revolución en la filosofía y en el arte.

Polemiza Trotsky con los escritores y artistas que anuncian el advenimiento de un arte nuevo, la aparición de un arte proletario. ¿Posee ya la Revolución un arte propio? Trotsky mueve la cabeza. "La cultura —escribe— no es la primera fase de un bienestar: es un resultado final". El proletariado gasta actualmente sus energías en la lucha por abatir a la burguesía y en el trabajo de resolver sus problemas económicos, políticos, educacionales. El orden nuevo es todavía demasiado embrionario e incipiente. Se encuentra en un período de formación. Un arte del proletariado no puede aparecer aún. Trotsky define el desarrollo del arte como el más alto testimonio de la vitalidad y del valor de una época. El arte del proletariado no será aquél que describa los episodios de la lucha revolucionaria; será, más bien, aquél que describa la vida emanada de la revolución, de sus creaciones y de sus frutos. No es, pues, el caso de hablar de un arte nuevo. El arte, como el nuevo orden

145 Publicado en *Variedades*, Lima, 19 de abril de 1924.

social, atraviesa un período de tanteos y de ensayos. "La revolución encontrará en el arte su imagen cuando cese de ser para el artista un cataclismo extraño a él". El arte nuevo será producido por hombres de una nueva especie. El conflicto entre la realidad moribunda y la realidad naciente durará largos años. Estos años serán de combate y de malestar. Sólo después que estos años transcurran, cuando la nueva organización humana esté cimentada y asegurada, existirán las condiciones necesarias para el desenvolvimiento de un arte del proletariado. ¿Cuáles serán los rasgos esenciales de este arte futuro? Trotsky formula algunas previsiones. El arte futuro será, a su juicio, "inconciliable con el pesimismo, con el escepticismo y con todas las otras formas de postración intelectual. Estará lleno de fe creadora, lleno de una fe sin límites en el porvenir". No es ésta, ciertamente, una tesis arbitraria. La desesperanza, el nihilismo, la morbosidad que en diversas dosis contiene la literatura contemporánea son señales características de una sociedad fatigada, agotada, decadente. La juventud es optimista, afirmativa, jocunda; la vejez es escéptica, negativa y regañona. La filosofía y el arte de una sociedad joven tendrán, por consiguiente, un acento distinto de la filosofía y del arte de una sociedad senil.

El pensamiento de Trotsky se interna, por estos caminos, en otras conjeturas y en otras interpretaciones. Los esfuerzos de la cultura y de la inteligencia burguesas están dirigidos principalmente al progreso de la técnica y del mecanismo de la producción. La ciencia es aplicada, sobre todo, a la creación de un maquinismo cada día más perfecto. Los intereses de la clase dominante son adversos a la racionalización de la producción; y son adversos, por ende, a la racionalización de las costumbres. Las preocupaciones de la humanidad resultan, sobre todo, utilitarias. El ideal de nuestra época es la ganancia y el ahorro. La acumulación de riquezas aparece como la mayor finalidad de la vida humana. Y bien. El orden nuevo, el orden revolucionario, racionalizará y humanizará las costumbres. Resolverá los problemas que, a causa; de su estructura y de su función, el orden burgués es impotente para solucionar. Consentirá la liberación de la mujer de la servidumbre doméstica, asegurará la educación social de los niños, libertará al matrimonio de las preocupaciones económicas. El socialismo, tan motejado y acusado de materialista, resulta, en suma, desde este punto de vista, una reivindicación, un renacimiento de valores espirituales y morales, oprimidos por la

organización y los métodos capitalistas. Si en la época capitalista prevalecieron ambiciones e intereses materiales, la época proletaria, sus modalidades y sus instituciones se inspirarán en intereses e ideales éticos.

La dialéctica de Trotsky nos conduce a una previsión optimista del porvenir del Occidente y de la Humanidad. Spengler anuncia la decadencia total de Occidente. El socialismo, según su teoría, no es sino una etapa de la trayectoria de una civilización. Trotsky constata únicamente la crisis de la cultura burguesa, el tramontó de la sociedad capitalista. Esta cultura, esta sociedad, envejecidas, hastiadas, desaparecen; una nueva cultura, una nueva sociedad emergen de su entraña. La ascensión de una nueva clase dominante, mucho más extensa en sus raíces, más vital en su contenido que la anterior, renovará y alimentará las energías mentales y morales de la humanidad. El progreso de la humanidad aparecerá entonces dividido en las siguientes etapas principales: antigüedad (régimen esclavista); edad media (régimen de servidumbre); capitalismo (régimen del salario); socialismo (régimen de igualdad social). Los veinte, los treinta, los cincuenta años que durará la revolución proletaria, dice Trotsky, marcarán una época de transición.

¿El hombre que tan sutil y tan hondamente teoriza, es el mismo que arengaba y revistaba al ejército rojo? Algunas personas no conocen tal vez, sino al Trotsky de traza marcial de tantos retratos y tantas caricaturas. Al Trotsky del tren blindado, al Trotsky Ministro de Guerra y Generalísimo, al Trotsky que amenaza a Europa, con una invasión napoleónica. Y este Trotsky en verdad no existe. Es casi únicamente una invención de la prensa. El Trotsky real, el Trotsky verdadero es aquél que nos revelan sus escritos. Un libro da siempre de un hombre una imagen más exacta y más verídica que un uniforme Un generalísimo, sobre todo, no puede filosofar tan humana y tan humanitariamente. ¿Os imagináis a Foch, a Ludendorf, a Douglas Haig en la actitud mental de Trotsky?

La ficción del Trotsky marcial, del Trotsky napoleónico, procede de un solo aspecto del rol del célebre revolucionario en la Rusia de los Soviets: el comando del ejército rojo. Trotsky, como es notorio, ocupó primeramente el Comisariato de Negocios extranjeros. Pero el sesgo final de las negociaciones de Brest Litowsk[146] lo obligó a abandonar ese ministerio. Trotsky

146 Lugar de las negociaciones de paz entre Rusia bolchevique y Alemania kaiseriana y donde se firmó la paz entre ambos países, en ocasión de la Primera Guerra Mundial.

quiso que Rusia opusiera al militarismo alemán una actitud tolstoyana: que rechazase la paz que se le imponía y que se cruzase de brazos, indefensa, ante el adversario. Lenin, con mayor sentido político, prefirió la capitulación. Trasladado al Comisariato de Guerra, Trotsky recibió el encargo de organizar el ejército rojo. En esta obra mostró Trotsky su capacidad de organizador y de realizador. El ejército ruso estaba disuelto. La caída del zarismo, el proceso de la revolución, la liquidación de la guerra, produjeron su aniquilamiento. Los Soviets carecían de elementos para reconstituirlo. Apenas si quedaban, dispersos, algunos materiales bélicos. Los jefes y oficiales monarquistas, a causa de su evidente humor reaccionario, no podían ser utilizados. Momentáneamente, Trotsky trató de servirse del auxilio técnico de las misiones militares aliadas, explotando el interés de la Entente de recuperar la ayuda de Rusia contra Alemania. Mas las misiones aliadas deseaban, ante todo, la caída de los bolcheviques. Si fingían pactar con ellos era para socavarlos mejor. En las misiones aliadas Trotsky no encontró sino un colaborador leal: el capitán Jacques Sadoul,[147] miembro de la embajada francesa, que acabó adhiriéndose a la Revolución, seducido por su ideario y por sus hombres. Los Soviets, finalmente, tuvieron que echar de Rusia a los diplomáticos y militares de la Entente. Y, dominando todas las dificultades, Trotsky llegó a crear un poderoso ejército que defendió victoriosamente a la Revolución de los ataques de todos sus enemigos externos e internos. El núcleo inicial de este ejército fueron doscientos mil voluntarios de la vanguardia y de la juventud comunista. Pero, en el período de mayor riesgo para los Soviets, Trotsky comandó un ejército de más de cinco millones de soldados.

Y, como su ex-generalísimo, el ejército rojo es un caso nuevo en la historia militar del mundo. Es un ejército que siente su papel de ejército revolucionario y que no olvida que su fin es la defensa de la revolución. De su ánimo está excluido, por ende, todo sentimiento específica y marcialmente imperialista. Su disciplina, su organización y su estructura son revolucionarias. Acaso, mientras el generalísimo escribía un artículo sobre Romain Rolland, los soldados evocaban a Tolstoy o leían a Kropotkin.

---

147 Ver el artículo de J. C. Mariátegui, sobre el caso de Jacques Sadoul.

Lunatcharsky

La figura y la obra del Comisario de Instrucción Pública de los Soviets se han impuesto, en todo el mundo occidental, a la consideración de la propia burguesía. La revolución rusa fue declarada, en su primera hora, una amenaza para la Civilización. El bolchevismo, descrito como una horda bárbara y asiática, creaba fatalmente, según el coro innumerable de sus detractores, una atmósfera irrespirable para el Arte y la Ciencia. Se formulaban los más lúgubres augurios sobre el porvenir de la cultura rusa. Todas estas conjeturas, todas estas aprehensiones, están ya liquidadas. La obra más sólida, tal vez, de la revolución rusa, es precisamente la obra realizada en el terreno de la instrucción pública. Muchos hombres de estudio europeos y americanos, que han visitado Rusia, han reconocido la realidad de esta obra. La revolución rusa, dice Herriot en su libro *La Russie Nouvelle*[148] tiene el culto de la ciencia. Otros testimonios de intelectuales igualmente distantes del comunismo coinciden con el del estadista francés. Wells clasifica a Lunatcharsky entre los mayores espíritus constructivos de la Rusia nueva. Lunatcharsky, ignorado por el mundo hasta hace siete años, es actualmente, un personaje de relieve mundial.

148 La Rusia nueva. (Hay traducción castellana). Léase el artículo "Dos testimonios" en el presente tomo (N. de los E.).

La cultura rusa, en los tiempos del zarismo, estaba acaparada por una pequeña *elite*.[149] El pueblo sufría no sólo una gran miseria física sino también una gran miseria intelectual. Las proporciones del analfabetismo eran aterradoras. En Petrogrado el censo de 1910 acusaba un 31% de analfabetos y un 49 % de semi-analfabetos. Poco importaba que la nobleza se regalase con todos los refinamientos de la moda y el arte occidentales, ni que en la universidad se debatiesen todas las grandes ideas contemporáneas. El *mujik*,[150] el obrero, la muchedumbre, eran extraños a esta cultura.

La revolución dio a Lunatcharsky el encargo de echar las bases de una cultura proletaria. Los materiales disponibles para esta obra gigantesca, no podían ser más exiguos. Los soviets tenían que gastar la mayor parte de sus energías materiales y espirituales en la defensa de la revolución, atacada en todos los frentes por las fuerzas reaccionarias. Los problemas de la reorganización económica de Rusia debían ocupar la acción del bolchevismo. Lunatcharsky contaba con pocos auxiliares. Los hombres de ciencia y de letras, casi todos los elementos técnicos e intelectuales de la burguesía, saboteaban los esfuerzos de la revolución. Faltaban maestros para las nuevas y antiguas escuelas. Finalmente, los episodios de violencia y de terror de la lucha revolucionaria mantenían en Rusia una tensión guerrera hostil a todo trabajo de reconstrucción cultural. Lunatcharsky asumió, sin embargo, la ardua faena. Las primeras jornadas fueron demasiado duras y desalentadoras: Parecía imposible salvar todas las reliquias del arte ruso. Este peligro desesperaba a Lunatcharsky. Y, cuando circuló en Petrogrado la noticia de que las iglesias del Kremlin y la catedral de San Basilio habían sido bombardeadas y destruidas por las tropas de la revolución, Lunatcharsky se sintió sin fuerzas para continuar luchando en medio de la tormenta. Descorazonado, renunció a su cargo. Pero, afortunadamente, la noticia resultó falsa. Lunatcharsky obtuvo la seguridad de que los hombres de la revolución lo ayudarían con toda su autoridad en su empresa. La fe no volvió a abandonarlo.

---

149 Traducción literal: lo escogido, lo selecto. Véase el artículo "El problema de las elites" del capítulo "La emoción de nuestro tiempo" contenido en el tomo III de la presente edición (N. de los E.).

150 El campesino pobre, el siervo. Se diferencia del kulak en que éste era campesino rico.

El patrimonio artístico de Rusia ha sido íntegramente salvado. No se ha perdido ninguna obra de arte. Los museos públicos se han enriquecido con los cuadros, las estatuas y reliquias de colecciones privadas. Las obras de arte, monopolizadas antes por la aristocracia y la burguesía rusas, en sus palacios y en sus mansiones, se exhiben ahora en las galerías del Estado. Antes eran un lujo egoísta de la casta dominante; ahora son un elemento de educación artística del pueblo.

Lunatcharsky, en éste como en otros campos, trabaja por aproximar el arte a la muchedumbre. Con este fin ha fundado, por ejemplo, el *Proletcult*, comité de cultura proletaria, que organiza el teatro del pueblo. El *Proletcult*, bastamente difundido en Rusia, tiene en las principales ciudades una actividad fecunda. Colaboran en el *Proletcult*, obreros, artistas y estudiantes, fuertemente poseídos del afán de crear un arte revolucionario. En las salas de la sede de Moscú se discuten todos los tópicos de esta cuestión. Se teoriza ahí bizarra y arbitrariamente sobre el arte y la revolución. Los estadistas de la Rusia nueva no comparten las ilusiones de los artistas de vanguardia. No creen que la sociedad o la cultura proletarias puedan producir ya un arte propio. El arte, piensan, es un síntoma de plenitud de un orden social. Mas este concepto no disminuye su interés por ayudar y estimular el trabajo impaciente de los artistas jóvenes. Los ensayos, las búsquedas de los cubistas, los expresionistas y los futuristas de todos los matices, han encontrado en el gobierno de los soviets una acogida benévola. No significa, sin embargo, este favor, una adhesión a la tesis de la inspiración revolucionaria del futurismo. Trotsky y Lunatcharsky, autores de autorizadas y penetrantes críticas sobre las relaciones del arte y la revolución, se han guardado mucho de amparar esa tesis. "El futurismo —escribe Lunatcharsky— es la continuación del arte burgués con ciertas actitudes revolucionarias. El proletariado cultivará también el arte del pasado, partiendo tal vez directamente del Renacimiento, y lo llevará adelante más lejos y más alto que todos los futuristas y en una dirección absolutamente diferente". Pero las manifestaciones del arte de vanguardia, en sus máximos estilos, no son en ninguna parte tan estimadas y valorizadas como en Rusia. El sumo poeta de la Revolución, Maiakovski, procede de la escuela futurista.

Más fecunda, más creadora aún es la labor de Lunatcharsky en la escuela. Esta labor se abre paso a través de obstáculos a primera vista insuperables: la insuficiencia del presupuesto de instrucción pública, la pobreza del material escolar, la falta de maestros. Los soviets, a pesar de todo, sostienen un número de escuelas varias veces mayor del que sostenía el régimen zarista. En 1917 las escuelas llegaban a 38,000. En 1919 pasaban de 62,000. Posteriormente, muchas nuevas escuelas han sido abiertas. El Estado comunista se proponía dar a sus escolares alojamiento, alimentación y vestido. La limitación de sus recursos no le ha consentido cumplir íntegramente esta parte de su programa. Setecientos mil niños habitan, sin embargo, a sus expensas, las escuelas-asilos. Muchos lujosos hoteles muchas mansiones solariegas, están transformados en colegios o en casas de salud para niños. El niño, según una exacta observación del economista francés Charles Gide, es en Rusia el usufructuario, el *profiteur*[151] de la revolución. Para los revolucionarios rusos, el niño representa realmente la humanidad nueva.

En una conversación con Herriot, Lunatcharsky ha trazado así 1os rasgos esenciales de su política educacional: "Ante todo, hemos creado la escuela única. Todos nuestros niños deben pasar por la escuela elemental donde la enseñanza dura cuatro años. Los mejores, reclutados según el mérito, en la proporción de uno sobre seis, siguen luego el segundo ciclo durante cinco años. Después de estos nueve años de estudios, entrarán en la Universidad. Ésta es la vía normal. Pero, para conformarnos a nuestro programa proletario, hemos querido conducir directamente a los obreros a la enseñanza superior. Para arribar a este resultado, hacemos una selección en las usinas entre trabajadores de 18 a 30 años. El Estado aloja y alimenta a estos grandes alumnos. Cada Universidad posee su facultad obrera. Treinta mil estudiantes de esta clase han seguido ya una enseñanza, que les permite estudiar para ingenieros o médicos. Queremos reclutar ocho mil por año, mantener durante tres años a estos hombres en la facultad obrera, enviarlos después a la Universidad misma". Herriot declara que este optimismo es justificado. Un investigador alemán ha visitado las

151 Beneficiario.

facultades obreras y ha constatado que sus estudiantes se mostraban hostiles a la vez al diletantismo y al dogmatismo. "Nuestras escuelas —continúa Lunatcharsky— son mixtas. Al principio la coexistencia de los dos sexos ha asustado a los maestros y provocado incidentes. Hemos, tenido algunas novelas molestas. Hoy, todo ha entrado en orden. Si se habitúa a los niños de ambos sexos a vivir juntos desde la infancia, no hay que temer nada inconveniente cuando son adolescentes. Mixta, nuestra escuela es también laica. La disciplina misma ha sido cambiada: queremos que los niños sean educados en una atmósfera de amor. Hemos ensayado además algunas creaciones de un orden más especial. La primera es la universidad destinada a formar funcionarios de los jóvenes que nos son designados por los soviets de provincia. Los cursos duran uno ó tres años De otra parte, hemos creado la Universidad de los pueblos de Oriente que tendrá, a nuestro juicio, una enorme influencia política. Esta Universidad ha recibido ya un millar de jóvenes venidos de la India, de la China, del Japón, de Persia. Preparamos así nuestros misioneros".

El Comisario de Instrucción Pública de los Soviets es un brillante tipo de hombre de letras. Moderno, inquieto, humano, todos los aspectos de la vida lo apasionan y lo interesan. Nutrido de cultura occidental, conoce profundamente las diversas literaturas europeas. Pasa de un ensayo sobre Shakespeare a otro sobre Maiakovski. Su cultura literaria es, al mismo tiempo, muy antigua y muy moderna. Tiene Lunatcharsky una comprensión ágil del pasado, del presente y del futuro. Y no es un revolucionario de la última sino de la primera hora. Sabe que la creación de nuevas formas sociales es una obra política y no una obra literaria. Se siente, por eso, político antes que literato. Hombre de su tiempo, no quiere ser un espectador de la revolución; quiere ser uno de sus actores, uno de sus protagonistas. No se contenta con sentir o comentar la historia; aspira a hacerla. Su biografía acusa en él una contextura espiritual de personaje histórico.

Se enroló Lunatcharsky, desde su juventud, en las filas del socialismo. El cisma del socialismo ruso lo encontró entre los bolcheviques, contra los mencheviques.[152] Como a otros revolucionarios rusos, le tocó hacer vida de emigrado. En 1907 se vio forzado a dejar Rusia. Durante el proceso de definición del bolchevismo, su adhesión a una fracción secesionista, lo alejó temporalmente de su partido; pero su recta orientación revolucionaria lo condujo pronto al lado de sus camaradas. Dividió su tiempo, equitativamente, entre la política y las letras. Una página de Romain Rolland nos lo señala en Ginebra, en enero de 1917, dando una conferencia sobre la vida y la obra de Máximo Gorki. Poco después, debía empezar el más interesante capítulo de su biografía: su labor de Comisario de Instrucción Pública de los Soviets.

Anatolio Lunatcharsky, en este capítulo de su biografía, aparece como uno de los más altos animadores y conductores de la revolución rusa. Quien más profunda y definitivamente está revolucionando a Rusia es Lunatcharsky. La coerción de las necesidades económicas puede modificar o debilitar, en el terreno de la economía o de la política, la aplicación de la doctrina comunista. Pero la supervivencia o la resurrección de algunas formas capitalistas no comprometerán en ningún caso, mientras sus gestores conserven en Rusia el poder político, el porvenir de la revolución. La escuela, la universidad de Lunatcharsky están modelando, poco a poco, una humanidad nueva. En la escuela, en la universidad de Lunatcharsky se está incubando el porvenir.

152 Minoría. El Partido Social Demócrata Ruso, ilegalizado por el gobierno zarista se dividió en dos ramas, a raíz de un Congreso en Londres (1903). Lenin, apoyado por la mayoría, integró a los bolcheviques; sus contrarios, la minoría, a los mencheviques, igualmente minimalistas en sus reivindicaciones.

Dos testimonios

Se predecía que Francia sería la última en reconocer *de jure*[153] a los Soviets. La historia no ha querido conformarse a esta predicción. Después de seis años de ausencia, Francia ha retornado, finalmente, a Moscú. Una embajada bolchevique funciona en París en el antiguo palacio de la Embajada zarista que, casi hasta la víspera de la llegada de los representantes de la Rusia nueva, alojaba a algunos emigrados y diplomáticos de la Rusia de los zares.

Francia ha liquidado y cancelado en pocos meses la política agresivamente anti rusa de los gobiernos del Bloque Nacional. Estos gobiernos habían colocado a Francia a la cabeza de la reacción anti-sovietista. Clemenceau definió la posición de la burguesía francesa frente a los Soviets en una frase histórica: "La cuestión entre los bolcheviques y nosotros es una cuestión de fuerza". El gobierno francés reafirmó, en diciembre de 1919, en un debate parlamentario, su intransigencia rígida, absoluta, categórica; Francia no quería ni podía tratar ni discutir con los Soviets. Trabajaba, con todas sus fuerzas, por aplastarlo. Millerand continuó esta política. Polonia fue armada y dirigida por Francia en su guerra con Rusia. El sedicente gobierno del general Wrangel, aventurero asalariado que depredaba Crimea con sus turbias mesnadas, fue reconocido por Francia como gobierno de hecho de Rusia. Briand intentó en Cannes, en 1921, una mesurada rectificación de la política

153 De acuerdo a las normas del Derecho Internacional Público.

del Bloque Nacional respecto a los Soviets y a Alemania. Esta tentativa le costó la pérdida del poder. Poincaré, sucesor de Briand, saboteó en las conferencias de Génova y de La Haya toda inteligencia con el gobierno ruso. Y hasta el último día de su ministerio se negó a modificar su actitud. La posición teórica y práctica de Francia había, sin embargo, mudado poco a poco. El gobierno de Poincaré no pretendía ya que Rusia abjurase su comunismo para obtener su readmisión en la sociedad europea. Convenía en que los rusos tenían derecho para darse el gobierno que mejor les pareciese. Sólo se mostraba intransigente en cuanto a las deudas rusas. Exigía, a este respecto, una capitulación plena de los Soviets. Mientras esta capitulación no viniese, Rusia debía seguir excluida, ignorada, segregada de Europa y de la civilización occidental. Pero Europa no podía prescindir indefinidamente de la cooperación de un pueblo de ciento treinta millones de habitantes, dueño de un territorio de inmensos recursos agrícolas y mineros. Los peritos de la política de reconstrucción europea demostraban cotidianamente la necesidad de reincorporar a Rusia en Europa. Y los estadistas europeos, menos sospechosos de rusofilia, aceptaban, gradualmente, esta tesis. Eduardo Benes, ministro de Negocios Extranjeros de Checoeslovaquia, notoriamente situado bajo la influencia francesa, declaraba a la Cámara checa: "Sin Rusia, una política y una paz europeas no son posibles". Inglaterra, Italia y otras potencias concluían por reconocer *de jure* el gobierno de los Soviets. Y el móvil de esta actitud no era, por cierto, un sentimiento filobolchevista. Coincidían en la misma actitud el laborismo inglés y el fascismo italiano. Y si los laboristas tienen parentesco ideológico con los bolcheviques, los fascistas, en cambio, aparecen en la historia contemporánea como los representantes característicos del antibolchevismo. A Europa no la empujaba hacia Rusia sino la urgencia de readquirir mercados indispensables para el funcionamiento normal de la economía europea. A Francia sus intereses le aconsejaban no sustraerse a este movimiento. Todas las razones de la política de bloqueo de Rusia habían prescrito. Esta política no podía ya conducir al aislamiento de Rusia sino, más bien, al aislamiento de Francia.

Propugnadores eficaces de esta tesis han sido Herriot y De Monzie. Herriot desde 1922 y De Monzie desde 1923 emprendieron una

enérgica y vigorosa campaña por modificar la opinión de la burguesía, y la pequeña burguesía francesas respecto a la cuestión rusa. Ambos visitaron Rusia, interrogaron a sus hombres, estudiaron su régimen. Vieron con sus propios ojos la nueva vida rusa. Constataron, personalmente, la estabilidad y la fuerza del, régimen emergido de la revolución. Herriot ha reunido en un libro, *La Rusia Nueva*, las impresiones de su visita. De Monzie ha juntado en otro libro, *Del Kremlin al Luxemburgo*, con las notas de su viaje, todas las piezas de su campaña por un acuerdo franco-ruso.

Estos libros son dos documentos sustantivos de la nueva política de Francia frente a los Soviets. Y son también dos testimonios burgueses de la rectitud y la grandeza de los hombres y las ideas de la difamada revolución. Ni Herriot ni De Monzie, aceptan, por supuesto, la doctrina comunista. La juzgan desde sus puntos de vista burgueses y franceses. Ortodoxamente fieles a la democracia burguesa, se guardan de incurrir en la más leve herejía. Pero, honestamente, reconocen la vitalidad de los Soviets y la capacidad de los líderes soviéticos. No proponen todavía en sus libros, a pesar de estas constataciones, el reconocimiento inmediato y completo de los Soviets. Herriot, cuando escribía las conclusiones de su libro, no pedía sino que Francia se hiciese representar en Moscú. "No se trata absolutamente —decía— de abordar el famoso problema del reconocimiento *de jure* que seguirá reservado". De Monzie, más prudente y mesurado aún, en su discurso de abril en el senado francés, declaraba, pocos días antes de las elecciones destinadas a arrojar del poder a Poincaré, que el reconocimiento *de jure* de los Soviets no debía preceder al arreglo de la cuestión de las deudas rusas. Proposiciones que, en poco tiempo, resultaron demasiado tímidas e insuficientes. Herriot, en el poder, no sólo abordó el famoso problema del reconocimiento *de jure*: lo resolvió. A De Monzie le tocó ser uno de los colaboradores de esta solución.

Hay en el libro de Herriot mayor comprensión histórica que en el libro de De Monzie. Herriot considera el fenómeno ruso con un espíritu más liberal. En las observaciones de De Monzie se constata, a cada rato la técnica y la mentalidad del abogado que no puede proscribir de sus hábitos el gusto de chicanear un poco. Revelan, además, una exagerada aprehensión de llegar a conclusiones demasiado optimistas. De Monzie confiesa su "temor exasperado de que se le impute haber visto de color de rosa la Rusia

roja". Y, ocupándose de la justicia bolchevique, hace constar que describiéndola "no ha omitido ningún trazo de sombra". El lenguaje de De Monzie es el de un jurista; el lenguaje de Herriot es, más bien, el de un rector de la democracia, saturado de la ideología de la Revolución Francesa.

Herriot explora, rápidamente, la historia rusa. Encuentra imposible comprender la Revolución Bolchevique sin conocer previamente sus raíces espirituales e ideológicas. "Un hecho tan violento como la revolución rusa —escribe— supone una larga serie de acciones anteriores. No es, a los ojos del historiador, sino una consecuencia". En la historia, de Rusia, sobre todo en la historia del pensamiento ruso, descubre Herriot claramente las causas de la revolución, Nada de arbitrario, nada de antihistórico, nada, de romántico ni artificial de este acontecimiento. La Revolución Rusa, según Herriot ha sido "una conclusión y una resultante". ¡Qué lejos está el pensamiento de Herriot de la tesis grosera y estúpidamente simplista que calificaba el bolchevismo como una trágica y siniestra empresa semita, conducida por una banda de asalariados de Alemania, nutrida de rencores y pasiones disolventes, sostenida por una guardia mercenaria de lansquenetes chinos! "Todos los servicios de la administración rusa —afirma Herriot— funcionan, en cuanto a los jefes, honestamente ¿Se puede decir lo mismo de muchas democracias occidentales?".

No cree Herriot, como es natural en su caso, que la revolución pueda seguir una vía marxista. "Fijo todavía en su forma política, el régimen sovietista ha evolucionado ya ampliamente en el orden económico bajo la presión de esta fuerza invencible y permanente: la vida". Busca Herriot las pruebas de su aserción en las modalidades y consecuencias de la nueva política económica rusa. Las concesiones hechas por los Soviets a la iniciativa y al capital privados, en el comercio, la industria y la agricultura, son anotadas por Herriot con complacencia. La justicia bolchevique en cambio le disgusta. No repara Herriot en que se trata de una justicia revolucionaria. A una revolución no se le puede pedir tribunales ni códigos modelos. La revolución formula los principios de un nuevo derecho; pero no codifica la técnica de su aplicación. Herriot además no puede explicarse ni éste ni otros aspectos del bolchevismo. Como él mismo agudamente lo comprende, la lógica francesa pierde en Rusia sus derechos. Más interesantes son las páginas en que su objetividad no encalla en tal

escollo. En estas páginas Herriot cuenta sus conversaciones con Kamenef, Trotsky, Krassin, Rykoff, Dzerjinski, etc. En Dzerjinski reconoce un Saint Just eslavo. No tiene inconveniente en comparar al jefe de la Checa,[154] al Ministro del Interoir de la Revolución Rusa, con el célebre personaje de la Convención francesa. En este hombre, de quien la burguesía occidental nos ha, ofrecido tantas veces la más sombría imagen, Herriot encuentra un aire de asceta, una figura de ícono. Trabaja en un gabinete austero, sin calefacción, cuyo acceso no defiende ningún soldado.

El ejército rojo impresiona favorablemente a Herriot. No es ya un ejército de seis millones de soldados como en los días críticos de la contrarrevolución. Es un ejército de menos de ochocientos mil soldados, número modesto para un país tan vasto y tan acechado. Y nada más extraño a su ánimo que el sentimiento imperialista y conquistador que frecuentemente se le atribuye. Remarca Herriot una disciplina perfecta, una moral excelente. Y observa, sobre todo, un gran entusiasmo por la instrucción, una gran sed de cultura. La revolución afirma en el cuartel su culto por la ciencia. En el cuartel, Herriot advierte profusión de libros y periódicos; ve un pequeño museo de historia natural, cuadros de anatomía; halla a los soldados inclinados sobre sus libros. "Malgrado la distancia jerárquica en todo observada —agrega— se siente circular una sincera fraternidad. Así concebida el cuartel se convierte en un medio social de primera importancia. El ejército rojo es precisamente una de las creaciones más originales y más fuertes de la joven revolución".

Estudia el libro de Herriot las fuerzas económicas de Rusia. Luego se ocupa de sus fuerzas morales. Expone, sumariamente, la obra de Lunatcharsky. "En su modesto gabinete de trabajo del Kremlin, más desnudo que la celda de un monje, Lunatcharsky, gran maestro de la universidad sovietista", explican a Herriot el estado actual de la enseñanza y de la cultura en la Rusia nueva. Herriot describe su visita a una pinacoteca. "Ningún cuadro, ningún mueble de arte ha sufrido a causa de la Revolución: Esta colección de pintura moderna rusa, se ha enriquecido notablemente en los últimos años". Constata Herriot los éxitos de la política de

154 Policía de Seguridad del Estado Soviético durante los primeros años de la Revolución.

los Soviets en el Asia, que "presenta a Rusia como la gran libertadora de los pueblos del Oriente". La conclusión esencial del libro es ésta: "La vieja Rusia ha muerto, muerto para siempre. Brutal pero lógica, violenta, mas consciente de su fin, se ha producido una Revolución hecha de rencores, de sufrimientos, de cóleras desde hacía largo tiempo acumuladas".

De Monzie empieza por demostrar que Rusia no es ya el país bloqueado, ignorado, aislado, de hace algunos años. Rusia recibe todos los días ilustres visitas. Norte América es una de las naciones que demuestra más interés por explorarla y estudiarla. El elenco de huéspedes norteamericanos de los últimos tiempos es interesante: el profesor Johnson, el ex-gobernador Goodrich, Meyer Blomfield, los senadores Wheeler, Brookkhart, William king, Edwin Ladde, los obispos Blake y Nuelsen, el ex-Ministro del Interior Sécy Fall, el diputado Frear, John Sinclair, el hijo de Roosevelt, Irvings Bush, Dodge y Dellin de la Standard Oil. El cuerpo diplomático residente en Moscú es numeroso. La posición de Rusia en el Oriente se consolida día a día; De Monzie entra en seguida, a examinar las manifestaciones del resurgimiento ruso. Teme a veces engañarse; pero, confrontando sus impresiones con las de los otros visitantes; se ratifica en su juicio. El representante de 1a Compañía General Transatlántica, Maurice Longe piensa como De Monzie: "La resurrección nacional de Rusia es un hecho, su renacimiento económico es otro hecho y su deseo de reintegrarse en la civilización occidental es innegable". De Monzie reconoce también a Lunatcharsky el mérito de haber salvado los tesoros del arte ruso, en particular del arte religioso. "Jamás una revolución —declara— fue tan respetuosa de los monumentos". La leyenda de la dictadura le parece a De Monzié muy exagerada. "Si no hay en Moscú control parlamentario, ni libre opinión para suplir este control, ni sufragio universal, ni nada equivalente al referendum suizo, no es menos cierto que el sistema no inviste absolutamente de plenos poderes a los comisarios del pueblo u otros dignatarios de la república". Lenin, ciertamente, hizo figura de dictador; pero "nunca un dictador se manifestó más preocupado de no serlo, de no hablar en su propio nombre, de sugerir en vez de ordenar": El senador francés equipara a Lenin con Cromwell. "¡Semejanza entre los dos jefes —exclama—, parentesco entre las dos revoluciones!" Su crítica de la política francesa frente a Rusia es robusta.

La confronta y compara con la política inglesa. Halla en la historia un antecedente de ambas políticas. Recuerda, la actitud de Inglaterra y de Francia ante la revolución americana. Canning interpretó entonces el tradicional buen sentido político de los ingleses. Inglaterra se apresuró a reconocer las repúblicas revolucionarias de América y a comerciar con ellas. El gobierno francés, en tanto, miró hostilmente a las nuevas repúblicas hispano-americanas y usó este lenguaje: "Si Europa es obligada a reconocer los gobiernos de hecho de América, toda su política debe tender a hacer nacer monarquías en el nuevo mundo en lugar de esas repúblicas revolucionarias que nos enviarán sus principios con los productos de su suelo". La reacción francesa soñaba con mandarnos uno o dos príncipes desocupados. Inglaterra se preocupaba de trocar sus mercaderías con nuestros productos y nuestro oro. La Francia republicana de Clemenceau y Poincaré había heredado, indudablemente, la política de la Francia monárquica del vizconde Chateaubriand.

Los libros de De Monzie y Herriot son dos sólidas e implacables requisitorias contra esa política francesa, obstinada en renacer, no obstante su derrota de mayo. Y son, al mismo tiempo, dos documentados y sagaces testimonios de la burguesía intelectual sobre la Revolución Bolchevique.

Zinoviev y la tercera internacional

Periódicamente, un discurso o una carta de Gregorio Zinoviev saca de quicio a la burguesía. Cuando Zinoviev no escribe ninguna proclama, los burgueses, nostálgicos de su prosa, se encargan de inventarle una o dos. Las proclamas de Zinoviev recorren el mundo dejando tras de sí una estela de terror y de pavura. Tan seguro es el poder explosivo de estos documentos que su empleo ha sido ensayado en la última; campaña electoral británica. Los adversarios del laborismo descubrieron, en vísperas de las elecciones, una espeluznante comunicación de Zinoviev. Y la usaron, sensacionalmente, como, un estimulante de la voluntad combativa de la burguesía. ¿Qué honesto y apacible burgués no iba a horrorizarse de la posibilidad de que Mac Donald continuara en el poder? Mac Donald pretendía que la Gran Bretaña prestara dinero a Zinoviev y, a los demás comunistas rusos. Y, entre tanto, ¿qué hacía Zinoviev? Zinoviev excitaba al proletariado británico a la revolución. Para la gente bien informada, el descubrimiento carecía de importancia. Desde hace muchos años Zinoviev no se ocupa de otra cosa que de predicar la revolución. A veces se ocupa de algo más audaz todavía: de organizarla. El oficio de Zinoviev consiste, precisamente, en eso. ¿Y cómo se puede honradamente querer que un hombre no cumpla su oficio?

Una parte del público no conoce, por ende, a Zinoviev sino como un formidable fabricante de panfletos revolucionarios. Es probable hasta que compare la producción de panfletos de Zinoviev con la producción de automóviles de Ford, por ejemplo. La Tercera Internacional debe ser,

para esa parte del público, algo así como una denominación de la Zinoviev Co. Ltd., fabricante de manifiestos contra la burguesía.

Efectivamente, Zinoviev es un gran panfletista. Mas el panfleto no es sino un instrumento político. La política en estos tiempos es, necesariamente, panfletaria. Mussolini, Poincaré, Lloyd George son también panfletistas a su modo. Amenazan y detractan a los revolucionarios, más o menos como Zinoviev amenaza y detracta a los capitalistas. Son primeros ministros de la burguesía como Zinoviev, podría serlo de la revolución. Zinoviev cree, que un agitador vale casi siempre más que un ministro.

Por pensar de éste modo, preside la Tercera Internacional, en vez de desempeñar un comisariato del pueblo. A la presidencia de la Tercera Internacional lo han llevado su historia y su calidad revolucionarias y su condición de discípulo y colaborador de Lenin.

Zinoviev es un polemista orgánico. Su pensamiento y su estilo son esencialmente polémicos. Su testa dantoniana y tribunicia tiene una perenne actitud beligerante. Su dialéctica es ágil, agresiva, cálida, nerviosa. Tiene matices de ironía y de *humour*. Trata, despiadada y acérrimamente, al adversario, al contradictor.

Pero es Zinoviev, sobre todo, un depositario, de la doctrina de Lenin, un continuador de su obra. Su teoría y su práctica son, invariablemente, la teoría y la práctica de Lenin. Posee una historia absolutamente bolchevique. Pertenece a la vieja guardia del comunismo ruso. Trabajó con Lenin, en él extranjero, antes de la revolución Fue uno de los maestros de la escuela marxista rusa dirigida por Lenin en París.

Estuvo siempre al lado de Lenin. En el comienzo de la revolución hubo, sin embargo, un instante en que su opinión discrepó de la de su maestro. Cuando Lenin decidió el asalto del poder, Zinoviev juzgó prematura su resolución. La historia dio la razón a Lenin. Los bolcheviques conquistaron y conservaron el poder. Zinoviev recibió el encargo de organizar la Tercera Internacional.

Exploremos rápidamente la historia de esta Tercera Internacional desde sus orígenes.

La Primera Internacional fundada por Marx y Engels en Londres, no fue sino un bosquejo, un germen, un programa. La realidad internacional no estaba aún definida. El socialismo era una fuerza en formación. Marx

acababa de darle concreción histórica. Cumplida su función de trazar las orientaciones de una acción internacional de los trabajadores, la Primera Internacional se sumergió en la confusa nebulosa de la cual había emergido. Pero la voluntad de articular internacionalmente el movimiento socialista quedó formulada. Algunos años después, la Internacional reapareció vigorosamente. El crecimiento de los partidos y sindicatos socialistas requería una coordinación y una articulación internacionales. La función de la Segunda Internacional fue casi únicamente una función organizadora. Los partidos socialistas de esa época efectuaban una labor de reclutamiento. Sentían que la fecha de la revolución social se hallaba lejana. Se propusieron, por consiguiente, la conquista de algunas reformas interinas. El movimiento obrero adquirió así un ánima y una mentalidad reformistas. El pensamiento de la social-democracia lassalliana dirigió a la Segunda Internacional. A consecuencia de este orientamiento, el socialismo resultó insertado en la democracia. Y la Segunda Internacional, por esto, no pudo nada contra la guerra. Sus líderes y secciones se habían habituado a una actitud reformista y democrática. Y la resistencia a la guerra reclamaba una actitud revolucionaria. El pacifismo de la Segunda Internacional era un pacifismo extático, platónico, abstracto. La Segunda Internacional no se encontraba espiritual ni materialmente preparada para una acción revolucionaria. Las minorías socialistas y sindicalistas trabajaron en vano por empujarla en esa dirección. La guerra fracturó y disolvió la Segunda Internacional. Únicamente algunas minorías continuaron representando su tradición y su ideario. Estas minorías se reunieron en los congresos de Khiental y Zimmerwald, donde se bosquejaron las bases de una nueva organización internacional. La revolución rusa impulsó este movimiento. En marzo de 1919 quedó fundada la Tercera Internacional. Bajo sus banderas se han agrupado los elementos revolucionarios del socialismo y del sindicalismo.

La Segunda Internacional ha reaparecido con la misma mentalidad, los mismos hombres y el mismo pacifismo platónico de los tiempos prebélicos. En su estado mayor se concentran los líderes clásicos del socialismo: Vandervelde, Kautsky, Bernstein, Turati, etc. Malgrado la guerra, estos hombres no han perdido su antigua fe en el método reformista. Nacidos de la democracia, no pueden renegarla. No perciben los

efectos históricos de la guerra. Obran como si la guerra no hubiese roto nada, no hubiese fracturado nada, no hubiese interrumpido nada. No admiten ni comprenden la existencia de una realidad nueva. Los adherentes a la Segunda Internacional son, en su mayoría, viejos socialistas. La Tercera Internacional, en cambio, recluta el grueso de sus adeptos entre la juventud. Este dato indica, mejor que ningún otro, la diferencia histórica de ambas agrupaciones.

Las raíces de la decadencia de la Segunda Internacional se confunden con las raíces de la decadencia de la democracia. La Segunda Internacional está totalmente saturada de preocupaciones democráticas. Corresponde a una época de apogeo del parlamento y del sufragio universal. El método revolucionario le es absolutamente extraño. Los nuevos tiempos se ven obligados, por tanto, a tratarla irrespetuosa y rudamente. La juventud revolucionaria suele olvidar, hasta las benemerencias de la Segunda Internacional como organizadora del movimiento socialista. Pero a la juventud no se le puede, razonablemente, exigir que sea justiciera. Ortega y Gasset, dice que la juventud "pocas veces tiene razón en lo que niega, pero siempre tiene razón en lo que afirma". A esto se podría agregar que la fuerza impulsora de la historia son las afirmaciones y no las negaciones. La juventud revolucionaria no niega, además, a la Segunda Internacional sus derechos en el presente. Si la Segunda Internacional no se obstinara en sobrevivir, la juventud revolucionaria se complacería en venerar su memoria. Constataría, honradamente, que la Segunda Internacional fue una máquina de organización y que la Tercera Internacional es una máquina de combate.

Este conflicto entre dos mentalidades, entre dos épocas y entre dos métodos del socialismo, tiene en Zinoviev una de sus *dramatis personae*.[155] Más que con la burguesía, Zinoviev polemiza con los socialistas reformistas. Es el crítico más acre y más tundente de la Segunda Internacional. Su crítica define nítidamente la diferencia histórica de las dos internacionales. La guerra, según Zinoviev, ha anticipado, ha precipitado mejor dicho, la era socialista. Existen las premisas económicas de la revolución proletaria. Pero falta el orientamiento espiritual de la

155 Protagonista.

clase trabajadora. Ese orientamiento no puede darlo la Segunda Internacional, cuyos líderes continúan creyendo, como hace veinte años, en la posibilidad de una dulce transición del capitalismo al socialismo. Por eso, se ha formado la Tercera Internacional. Zinoviev remarca cómo la Tercera Internacional no actúa sólo sobre los pueblos de Occidente. La revolución —dice— no debe ser europea sino mundial. "La Segunda Internacional estaba limitada a los hombres de color blanco; la Tercera no subdivide a los hombres según su raza". Le interesa el despertar de las masas oprimidas del Asia. "No es todavía —observa— una insurrección de masas proletarias; pero debe serlo. La corriente que nosotros dirigimos libertará todo el mundo".

Zinoviev polemiza también con los comunistas que disienten eventualmente de la teoría y la práctica leninistas. Su diálogo con Trotsky, en el partido comunista ruso, ha tenido, no hace mucho, una resonancia mundial. Trotsky y Preobrajenski, etc., atacaban a la vieja guardia del partido y soliviantaban contra ella a los estudiantes de Moscú. Zinoviev acusó a Trotsky y a Preobrajensky de usar procedimientos demagógicos, a falta de argumentos serios. Y trató con un poco de ironía a aquellos estudiantes impacientes que "a pesar de estudiar *El Capital* de Marx desde hacía seis meses, no gobernaban todavía el país". El debate entre Zinoviev y Trotsky se resolvió favorablemente a la tesis de Zinoviev. Sostenido por la vieja y la nueva guardia leninista, Zinoviev ganó este duelo. Ahora dialoga con sus adversarios de los otros campos. Toda la vida de este gran agitador es una vida polémica.

ARTÍCULOS COMPLEMENTARIOS

El Partido Bolchevique y Trotsky[156]

Nunca la caída de un ministro ha tenido en el mundo una resonancia tan extensa y tan intensa como la caída de Trotsky. El parlamentarismo ha habituado al mundo a las crisis ministeriales. Pero la caída de Trotsky no es una crisis de ministerio sino una crisis de partido. Trotsky representa una fracción o una tendencia derrotadas dentro del bolchevismo. Y varias otras circunstancias concurren, en este caso, a la sonoridad excepcional de la caída. En primer lugar, la calidad del leader en desgracia. Trotsky es uno de los personajes más interesantes de la historia contemporánea: condottiere de la revolución rusa, organizador y animador del ejército rojo, pensador y crítico brillante del comunismo. Los revolucionarios de todos los países han seguido atentamente la polémica entre Trotsky y el estado mayor bolchevique. Y los reaccionarios no han disimulado su magra esperanza de que la disidencia de Trotsky marque el comienzo de la disolución de la república sovietista.

Examinemos el proceso del conflicto.

El debate que ha causado la separación de Trotsky del gobierno de los soviets ha sido el más apasionado y ardoroso de todos los que han agitado al bolchevismo desde 1917. Ha durado más de un año. Fue abierto por una memoria de Trotsky al comité central del partido comunista. En este documento, en octubre de 1923, Trotsky planteó a sus camaradas dos cuestiones urgentes: la necesidad de un "plan de orientación" en la

156 Publicado en *Variedades*, Lima, 31 de Enero de 1925.

política económica y la necesidad de un régimen de "democracia obrera" en el partido. Sostenía Trotsky que la revolución rusa entraba en una nueva etapa. La política económica debía dirigir sus esfuerzos hacia una mejor organización de la producción industrial que restableciese el equilibrio entre los precios agrícolas y los precios industriales. Y debía hacerse efectiva en la vida del partido una verdadera "democracia obrera".

Esta cuestión de la "democracia obrera" que dominaba el conjunto de las opiniones, necesita ser esclarecida y precisada. La defensa de la revolución forzó al partido bolchevique a aceptar una disciplina militar. El partido era gobernado por una jerarquía de funcionarios escogidos entre los elementos más probados y más adoctrinados. Lenin y su estado mayor fueron investidos por las masas de plenos poderes. No era posible defender de otro modo la obra de la revolución contra los asaltos y las acechanzas de sus adversarios. La admisión en el partido tuvo que ser severamente controlada para impedir que se filtrase en sus rangos gente arribista y equívoca. La "vieja guardia" bolchevique, como se denominaba a los bolcheviques de la primera hora, dirigía todas las funciones y todas las actividades del partido. Los comunistas convenían unánimemente en que la situación no permitía otra cosa. Pero, llegada la revolución a su sétimo aniversario, empezó a bosquejarse en el partido bolchevique un movimiento a favor de un régimen de "democracia obrera". Los elementos nuevos reclamaban que se les reconociese el derecho a una participación activa en la elección de los rumbos y los métodos del bolchevismo. Siete años de experimento revolucionario habían preparado una nueva generación. Y en algunos núcleos de la juventud comunista no tardó en fermentar la impaciencia.

Trotsky, apoyando las reivindicaciones de los jóvenes, dijo que la vieja guardia constituía casi una burocracia. Criticaba su tendencia a considerar la cuestión de la educación ideológica y revolucionaria de la juventud desde un punto de vista pedagógico más que desde un punto de vista político. "La inmensa autoridad del grupo de veteranos del partido —decía— es universalmente reconocida. Pero sólo por una colaboración constante con la nueva generación, en el cuadro de la democracia, conservará la vieja guardia su carácter de factor revolucionario. Si no, puede convertirse insensiblemente en la expresión más acabada

del burocratismo. La historia nos ofrece más de un caso de este género. Citemos el ejemplo más reciente e impresionante: el de los jefes de los partidos de la Segunda Internacional. Kautsky, Bernstein, Guesde, eran discípulos directos de Marx y de Engels. Sin embargo, en la atmósfera del parlamentarismo y bajo la influencia del desenvolvimiento automático del organismo del partido y de los sindicatos, estos *leaders*, total o parcialmente, cayeron en el oportunismo. En la víspera de la guerra, el formidable mecanismo de la social-democracia, amparado por la autoridad de la antigua generación, se había vuelto el freno más potente del avance revolucionario. Y nosotros, los 'viejos' debemos decirnos que nuestra generación, que juega naturalmente el rol dirigente en el partido, no estaría absolutamente premunida contra el debilitamiento del espíritu revolucionario y proletario en su seno, si el partido tolerase el desarrollo de métodos burocráticos".

El estado mayor del bolchevismo no desconocía la necesidad de la democratización del partido; pero rechazó las razones en que Trotsky apoyaba su tesis. Y protestó vivamente contra el lenguaje de Trotsky. La polémica se tornó acre. Zinoviev confrontó los antecedentes de los hombres de la vieja guardia con los antecedentes de Trotsky. Los hombres de la vieja guardia —Zinoviev, Kamenev, Stalin, Rykov, etc.— eran los que, al flanco de Lenin, habían preparado, a través de un trabajo tenaz y coherente de muchos años, la revolución comunista. Trotsky, en cambio, había sido menchevique.

Alrededor de Trotsky se agruparon varios comunistas destacados: Piatakov, Preobrajensky, Sapronov, etc. Karl Radek se declaró propugnador de una conciliación entre los puntos de vista del comité central y los puntos de vista de Trotsky. La *Pravda* dedicó muchas columnas a la polémica. Entre los estudiantes de Moscú las tesis de Trotsky encontraron un entusiasta proselitismo.

Mas el XIII congreso del partido comunista, reunido a principios del año pasado, dio la razón a la vieja guardia que se declaró, en sus conclusiones, favorable a la fórmula de la democratización, anulando consiguientemente la bandera de Trotsky. Sólo tres delegados votaron en contra de las conclusiones del comité central. Luego, el congreso de la Tercera Internacional ratificó este voto. Radek perdió su cargo en el

comité de la Internacional. La posición del estado mayor leninista se fortaleció, además, a consecuencia del reconocimiento de Rusia por las grandes potencias europeas y del mejoramiento de la situación económica rusa. Trotsky, sin embargo, conservó sus cargos en el Comité Central del Partido Comunista y en el Consejo de Comisarios del Pueblo. El Comité Central expresó su voluntad de seguir colaborando con él.

Zinoviev dijo en un discurso que a despecho de la tensión existente, Trotsky sería mantenido en sus puestos influyentes.

Un hecho nuevo vino a exasperar la situación. Trotsky publicó un libro 1917, sobre el proceso de la revolución de octubre. No conozco aún este libro que hasta ahora no ha sido traducido del ruso. Los últimos documentos polémicos de Trotsky que tengo a la vista son los reunidos en su libro *Curso nuevo*. Pero parece que 1917 es una requisitoria de Trotsky contra la conducta de los principales *leaders* de la vieja guardia en las jornadas de la insurrección. Un grupo de conspicuos leninistas —Zinoviev, Kamenev, Rykov, Miliutin y otros— discrepó entonces del parecer de Lenin. Y la disensión puso en peligro la unidad del partido bolchevique. Lenin propuso la conquista del poder. Contra esta tesis, aceptada por la mayoría del partido bolchevique, se pronunció dicho grupo. Trotsky, en tanto, sostuvo la tesis de Lenin y colaboró en su actuación. El nuevo libro de Trotzky, en suma, presenta a los actuales *leaders* de la vieja guardia, en las jornadas de octubre, bajo una luz adversa. Trotsky ha querido, sin duda, demostrar que quienes se equivocaron en 1917, en un instante decisivo para el bolchevismo, carecen de derecho para pretenderse depositarios y herederos únicos de la mentalidad y del espíritu leninistas.

Y esta crítica, que ha encendido nuevamente la polémica, ha motivado la ruptura. El estado mayor bolchevique debe haber respondido con una despiadada y agresiva revisión del pasado de Trotsky. Trotsky, como casi nadie ignora, no ha sido nunca un bolchevique ortodoxo. Perteneció al menchevismo hasta la guerra mundial. Únicamente a partir de entonces se avecinó al programa y a la táctica leninistas. Y sólo en julio de 1917 se enroló en el bolchevismo. Lenin votó en contra de su admisión en la redacción de *Pravda*. El acercamiento de Lenin y Trotsky no quedó ratificado sino por las jornadas de octubre. Y la opinión

de Lenin divergió de la opinión de Trotsky respecto a los problemas más graves de la revolución. Trotsky no quiso aceptar la paz de Brest-Litovsk. Lenin comprendió rápidamente que, contra la voluntad manifiesta de los campesinos, Rusia no podía prolongar el estado de guerra. Frente a las reivindicaciones de la insurrección de Cronstandt, Trotsky volvió a discrepar de Lenin, que percibió la realidad de la situación con su clarividencia genial. Lenin se dio cuenta de la urgencia de satisfacer las reivindicaciones de los campesinos. Y dictó las medidas que inauguraron la nueva política económica de los soviets. Los leninistas tachan a Trotsky de no haber conseguido asimilarse al bolchevismo. Es evidente, al menos, que Trotsky no ha podido fusionarse ni identificarse con la vieja guardia bolchevique. Mientras la figura de Lenin dominó todo el escenario ruso, la inteligencia y la colaboración entre la vieja guardia y Trotsky estaban aseguradas por una común adhesión a la táctica leninista. Muerto Lenin, ese vínculo se quebraba. Zinoviev acusa a Trotsky de haber intentado con sus fautores el asalto del comando. Atribuye esta intención a toda la campaña de Trotsky por la democratización del partido bolchevique. Afirma que Trotsky ha maniobrado demagógicamente por oponer la nueva a la vieja generación. Trotsky, en todo caso, ha perdido su más grande batalla. Su partido lo ha ex-confesado y le ha retirado su confianza.

Pero los resultados de la polémica no engendrarán un cisma. Los leaders de la vieja guardia bolchevique, como Lenin en el episodio de Cronstandt, después de reprimir la insurrección, realizarán sus reivindicaciones. Ya han dado explícitamente su adhesión a la tesis de la necesidad de democratizar el partido.

No es la primera vez que el destino de una revolución quiere que ésta cumpla su trayectoria sin o contra sus caudillos. Lo que prueba, tal vez, que en la historia los grandes hombres juegan un papel más modesto que las grandes ideas.

El exilio de Trotsky[157]

Trotsky, desterrado de la Rusia de los Soviets: he aquí un acontecimiento al que fácilmente no puede acostumbrarse la opinión revolucionaria del mundo. Nunca admitió el optimismo revolucionario la posibilidad de que esta revolución concluyera, como la francesa, condenando a sus héroes. Pero, sensatamente, lo que no debió jamás esperarse es que la empresa de organizar el primer gran estado socialista fuese cumplida por un partido de más de un millón de militantes apasionados, con el acuerdo de la unanimidad más uno, sin debates ni conflictos violentos.

La opinión trotskista tiene una función útil en la política soviética. Representa, si se quiere definirla en dos palabras, la ortodoxia marxista, frente a la fluencia desbordada e indócil de la realidad rusa. Traduce el sentido obrero, urbano, industrial, de la revolución socialista. La revolución rusa debe su valor internacional, ecuménico, su carácter de fenómeno precursor del surgimiento de una nueva civilización, al pensamiento de Trotsky y sus compañeros reivindican en todo su vigor y consecuencias. Sin una crítica vigilante, que es la mejor prueba de la vitalidad del partido bolchevique, el gobierno soviético correría probablemente el riesgo de caer en un burocratismo formalista, mecánico.

Pero, hasta este momento, los hechos no dan la razón al trotskismo desde el punto de vista de su aptitud para reemplazar a Stalin en el poder, con mayor capacidad objetiva de realización del programa marxista. La

157 Publicado en *Variedades*, Lima, 23 de Febrero de 1929.

parte esencial de la plataforma de la oposición trotskista es su parte crítica. Pero en la estimación de los elementos que pueden insidiar la política soviética, ni Stalin ni Bukharin andan muy lejos de suscribir la mayor parte de los conceptos fundamentales de Trotsky y sus adeptos. Las proposiciones, las soluciones trotskistas no tienen, en cambio, la misma solidez. En la mayor parte de lo que concierne a la política agraria e industrial, a la lucha contra el burocratismo y el espíritu NEP[158], el trotskismo sabe de un radicalismo teórico que no logra condensarse en fórmulas concretas y precisas. En este terreno, Stalin y la mayoría, junto con la responsabilidad de la administración, poseen un sentido más real de las posibilidades.

La revolución rusa que, como toda gran revolución histórica, avanza por una trocha difícil, que se va abriendo ella misma con su impulso, no conoce hasta ahora días fáciles ni ociosos.[159] Es la obra de hombres heroicos y excepcionales, y, por este mismo hecho, no ha sido posible sino con una máxima y tremenda tensión creadora. El partido bolchevique, por tanto, no es ni puede ser una apacible y unánime academia. Lenin le impuso hasta poco antes de su muerte su dirección genial; pero ni aún bajo la inmensa y única autoridad de este jefe extraordinario, escasearon dentro del partido los debates violentos. Lenin ganó su autoridad con sus propias fuerzas; la mantuvo, luego, con la superioridad y clarividencia de su pensamiento. Sus puntos de vista prevalecían siempre por ser los que mejor correspondían a la realidad. Tenían sin embargo, muchas veces que vencer la resistencia de sus propios tenientes de la vieja guardia bolchevique.

La muerte de Lenin, que dejó vacante el puesto del jefe genial, de inmensa autoridad personal, habría sido seguida por un período de profundo desequilibrio en cualquier partido menos disciplinado y

---

158 NEP, siglas del ruso *Nóvaya Ekonomícheskaya Polítika* (Nueva Política Económica). Fue una política económica aplicada en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) a partir de 1921, que permitió la propiedad privada en pequeñas partes de la economía, fundamentalmente la producción agrícola (N. de los E.).

159 La primera parte de este párrafo, que se refiere a anteriores opiniones de J. C. M. aparecidas en *Variedades* acerca de la separación de Trotsky del Partido Comunista ruso, fue suprimida por el autor en el original que conservamos.

orgánico que el partido comunista ruso. Trotsky se destacaba sobre todos sus compañeros por el relieve brillante de su personalidad. Pero no sólo le faltaba vinculación sólida y antigua con el equipo leninista. Sus relaciones con la mayoría de sus miembros habían sido, antes de la revolución, muy poco cordiales. Trotsky, como es notorio, tuvo hasta 1917 una posición casi individual en el campo revolucionario ruso. No pertenecía al partido bolchevique, con cuyos líderes, sin exceptuar al propio Lenin, polemizó más de una vez acremente. Lenin, apreciaba inteligente y generosamente el valor de la colaboración de Trotsky, quien, a su vez —como lo atestigua el volumen en que están reunidos sus escritos sobre el jefe de la revolución—, acató sin celos ni reservas una autoridad consagrada por la obra más sugestiva y avasalladora para la conciencia de un revolucionario. Pero si entre Lenin y Trotsky pudo borrarse casi toda distancia, entre Trotsky y el partido mismo la identificación no pudo ser igualmente completa. Trotsky no contaba con la confianza total del partido, por mucho que su actuación como comisario del pueblo mereciese unánime admiración. El mecanismo del partido estaba en manos de hombres de la vieja guardia leninista que sentían siempre un poco extraño y ajeno a Trotsky, quien, por su parte, no conseguía consustanciarse con ellos en un único bloque. Trotsky, según parece, no posee las dotes específicas de político que en tan sumo grado tenía Lenin. No sabe captarse a los hombres; no conoce los secretos del manejo de un partido. Su posición singular —equidistante del bolchevismo y del menchevismo— durante los años corridos entre 1905 y 1917, además de desconectarlo de los equipos revolucionarios que con Lenin prepararon y realizaron la revolución, hubo de deshabituarlo a la práctica concreta de líder de partido.

Mientras duró la movilización de todas las energías revolucionarias contra las amenazas de la reacción, la unidad bolchevique estaba asegurada por el *pathos* bélico. Pero desde que comenzó el trabajo de estabilización y normalización, las discrepancias de hombres y de tendencias no podían dejar de manifestarse. La falta de una personalidad de excepción como Trotsky, habría reducido la oposición a términos más modestos. No se habría llegado, en ese caso, al cisma violento. Pero con Trotsky en el puesto de comando, la oposición en poco tiempo ha tomado un tono insurreccional y combativo al cual la mayoría y el gobierno no

podían ser indiferentes. Trotsky, por otra parte, es un hombre de cosmópolis. Zinoviev lo acusaba en otro tiempo, en un congreso comunista, de ignorar y negligir demasiado al campesino. Tiene, en todo caso, un sentido internacional de la revolución socialista. Sus notables escritos sobre la transitoria estabilización del capitalismo, lo colocan entre los más alertas y sagaces críticos de la época. Pero este mismo sentido internacional de la revolución, que le otorga tanto prestigio en la escena mundial, le quita fuerza momentáneamente en la práctica de la política rusa. La revolución rusa está en un período de organización nacional. No se trata, por el momento, de establecer el socialismo en el mundo, sino de realizarlo en una nación que, aunque es una nación de ciento treinta millones de habitantes que se desbordan sobre dos continentes, no deja de constituir por eso, geográfica e históricamente, una unidad. Es lógico que en esta etapa, la revolución rusa esté representada por los hombres que más hondamente siente su carácter y sus problemas nacionales. Stalin, eslavo puro, es de estos hombres. Pertenece a una falange de revolucionarios que se mantuvo siempre arraigada al suelo ruso. Mientras tanto Trotsky, como Radek, como Rakovsky, pertenece a una falange que pasó la mayor parte de su vida en el destierro. En el destierro hicieron su aprendizaje de revolucionarios mundiales, ese aprendizaje que ha dado a la revolución rusa su lenguaje universalista, su visión ecuménica.

La revolución rusa se encuentra en un período forzoso de economía. Trotsky, desconectado personalmente del equipo stalinista, es una figura excesiva en un plano de realizaciones nacionales. Se le imagina predestinado para llevar en triunfo, con energía y majestad napoleónicas, a la cabeza del ejército rojo, por toda Europa, el evangelio socialista. No se le concibe, con la misma facilidad, llenando el oficio modesto de ministro de tiempos normales. La NEP lo condena al regreso de su beligerante posición de polemista.

Trotsky y la oposición comunista[160]

La expulsión de Trotsky y Zinoviev del Partido Comunista ruso y las medidas sancionadas por éste contra la oposición trotskysta, reclaman una ojeada a la política interna de Rusia. La crítica contrarrevolucionaria, tantas veces defraudada por los acontecimientos rusos, se entretiene ya en pronosticar la inminente caída del régimen sovietista a consecuencia de su desgarramiento intestino. Los más avisados y prudentes de sus escritores prefieren conformarse con la esperanza de que la política de Stalin y el partido representen simple y llanamente la marcha hacia el capitalismo y sus instituciones. Pero basta una rápida ojeada a la situación rusa para convencerse de que las expectativas interesadas de la burguesía occidental no son esta vez más solventes que en los días de Kolchak y Wrangel.

La revolución rusa, que como toda gran revolución histórica, avanza por una trocha difícil que se va abriendo ella misma con su impulso, no conoce hasta ahora días fáciles ni ociosos. Es la obra de hombres heroicos y excepcionales, y, por este mismo hecho, no ha sido posible sino con una máxima y tremenda tensión creadora. El partido bolchevique, por tanto, no es ni puede ser una apacible y unánime academia. Lenin le impuso hasta poco antes de su muerte su dirección genial; pero ni aún bajo la inmensa y única autoridad de este jefe extraordinario, escasearon dentro del partido

160 Publicado en *Variedades*, Lima, 25 de febrero de 1928. Revisado conforme al original que poseemos: el autor ha interpolado algunas palabras y suprimido o modificado algunos párrafos.

los debates violentos. Lenin ganó su autoridad con sus propias fuerzas; la mantuvo, luego, con la superioridad y clarividencia de su pensamiento. Sus puntos de vista prevalecían siempre por ser los que mejor correspondían a la realidad. Tenían, sin embargo, muchas veces que vencer la resistencia de sus propios tenientes de la vieja guardia bolchevique.

La muerte de Lenin, que dejó vacante el puesto de un jefe genial, de inmensa autoridad personal, habría sido seguida por un período de profundo desequilibrio en cualquier partido menos disciplinado y orgánico que el partido comunista ruso. Trotsky se destacaba sobre todos su compañeros por el relieve brillante de su personalidad. Pero no sólo le faltaba vinculación sólida y antigua con el equipo leninista. Sus relaciones con la mayoría de sus miembros habían sido, antes de la revolución, muy poco cordiales. Trotsky, como es notorio, tuvo hasta 1917 una posición casi individual en el campo revolucionario ruso. No pertenecía al partido bolchevique, con cuyos líderes, sin exceptuar al propio Lenin, polemizó más de una vez acremente. Lenin apreciaba inteligente y generosamente el valor de la colaboración de Trotsky, quien, a su vez —como lo atestigua el volumen en que están reunidos sus escritos sobre el jefe de la revolución—, acató sin celos ni reservas una autoridad consagrada por la obra más sugestiva y avasalladora para la consciencia de un revolucionario. Pero, si entre Lenin y Trotsky pudo borrarse casi toda distancia, entre Trotsky y el partido mismo la identificación no pudo ser igualmente completa. Trotsky no contaba con la confianza total del partido, por mucho que su actuación como comisario del pueblo mereciese unánime admiración. El mecanismo del partido estaba en manos de hombres de la vieja guardia leninista que sentían siempre un poco extraño y ajeno a Trotsky, quien, por su parte, no conseguía consustanciarse con ellos en un único bloque. Por otra parte, Trotsky, según parece, no posee las dotes específicas de político que en tan sumo grado tenía Lenin. No sabe captarse a los hombres; no conoce los secretos del manejo de un partido. Su posición singular –equidistante del bolchevismo y del menchevismo- durante los años corridos entre 1905 y 1917, además de desconectarlo de los equipos revolucionarios que con Lenin prepararon y realizaron la revolución, hubo de deshabituarlo a la práctica concreta de líder de partido.

El conflicto entre Trotsky y la mayoría bolchevique, que arriba a un punto culminante con la exclusión del trotskysmo de los rangos del partido, ha tenido un largo proceso. Tomó un carácter de neta oposición en 1924 con los ataques de Trotsky a la política del Comité Central, contenidos en los documentos que, traducidos al francés, se publicaron bajo el título de *Cours Nouveau*. Las instancias de Trotsky para que se adoptara un régimen de democratización en el partido comunista miraban al socavamiento del poder de Stalin. La polémica fue agria. Mas entre la posición del Comité y la de Trotsky cabía aún el compromiso. Trotsky cometió entonces el error político de publicar un libro sobre 1917, del cual no salían muy bien parados Zinoviev, Kamenev y otros miembros del gobierno, duramente calificados por Lenin en ese tiempo por sus titubeos para reconocer el carácter revolucionario de la situación. El debate se reavivó, con un violento recrudecimiento del ataque personal. Zinoviev y Kamenev, que hacían causa común con Stalin, no ahorraron a Trotsky ningún molesto recuerdo de sus querellas con el bolchevismo antes de 1917. Pero, después de una controversia ardorosa, el espíritu de compromiso volvió a prevalecer. Trotsky se reincorporó en el Comité Central, después de una temporada de descanso en una estación climática. Y tornó a ocupar un puesto en la administración.

Mas la corriente oposicionista, en el siguiente congreso del partido, reapareció engrosada. Zinoviev, Kamenev y otros miembros del Comité Central, se sumaron a Trotsky, quien resultó así el líder de una composición heterogénea, en la cual se mezclaban elementos sospechosos de desviación derechista y social-democrática con elementos incandescentemente extremistas, amotinados contra las concesiones de la NEP a los *kulaks*.

Trotsky, por otra parte, es un hombre de cosmópolis. Zinoviev lo acusaba en otro tiempo, en un congreso comunista, de ignorar y negligir demasiado al campesino. Tiene, en todo caso, un sentido internacional de la revolución socialista. Sus notables escritos sobre la transitoria estabilización del capitalismo lo colocan entre los más alertas y sagaces críticos de la época. Pero este mismo sentido internacional de la revolución, que le otorga tanto prestigio en la escena mundial, le quita fuerza momentáneamente en la práctica de la política rusa. La revolución rusa está en un período de organización nacional. No se trata por el momento,

de establecer el socialismo en el mundo, sino de realizarlo en una nación que, aunque es una nación de ciento treinta millones de habitantes que se desbordan sobre dos continentes, no deja de constituir por eso, geográfica e históricamente, una unidad. Es lógico que en esta etapa, le revolución rusa esté representada por los hombres que más hondamente sienten su carácter y sus problemas nacionales.

Stalin, eslavo puro, es de otros hombres. Pertenece a una falange de revolucionarios que se mantuvo siempre arraigada al suelo ruso. Mientras tanto Trotsky, como Radek, como Rakovsky, pertenece a una falange que pasó la mayor parte de su vida en el destierro. En el desierto hicieron su aprendizaje de revolucionarios mundiales, ese aprendizaje que ha dado a la revolución rusa su lenguaje universalista, su visión ecuménica. Por ahora, a solas con sus problemas, Rusia prefiere hombres más simples y puramente rusos.

Lenin[161]

Elogio de Lenin[162]

Lenin nació en Simbirsk en 1870, hijo de un director de escuela primaria. Estudió derecho en Petrogrado, donde su hermano Alejandro –ejecutado a continuación de un atentado contra Alejandro III- le hizo conocer *El Capital.* Se incorporó en el movimiento socialista y se entregó

161 José Carlos Mariátegui sintió una admiración y un respeto profundos por Lenin, a quien llegó a denominar "uno de los más grandes revolucionarios y uno de los más grandes estadistas" y el "jefe de una gran revolución proletaria". En 1925 publica su primer libro: *La escena contemporánea*. La muerte de Lenin lo sorprende cuando el libro está próximo a editarse; éste pensaba incluir un escrito sobre Lenin como encabezamiento al capítulo tres: "Hechos e ideas de la Revolución Rusa"; sin embargo el fallecimiento del líder ruso lo hizo desistir por ser el libro una antología de textos de actualidad, siendo reseñados sólamente Trotsky, Lunatcharsky y Zinoviev. El presente documento –compilatorio de los cuatro que Mariátegui redactó sobre Lenin– complementa el eje temático del tercer capítulo y cumple además con el deseo original del amauta, que en perspectiva contribuye a contar con un panorama más completo de la visión de Mariátegui sobre la Revolución Rusa.

162 Texto pronunciado el sábado 26 de enero de 1924. El diario *La Crónica* de Lima-Perú, en su número 4.267 del 30 de enero de 1924, en la página 10, publicó el siguiente comentario acerca de estas palabras vertidas por José Carlos Mariátegui en homenaje a Lenin. El líder ruso había fallecido el día 21 de ese mes. El comentario periodístico rezaba así: "José Carlos Mariátegui conmemora a Lenin: Anteanoche celebró la Universidad Popular el tercer aniversario de su fundación, con una reunión en el local de la Sociedad de Motoristas y Conductores, en el cual se congregó una enorme concurrencia de trabajadores. Estuvieron también presentes, además de los profesores de la Universidad Popular, varios estudiantes. El estudiante Jacobo Hurwitz reseñó con entusiastas frases las labores de la Universidad Popular durante los tres años transcurridos desde la inauguración. Dijo lo que la Universidad Popular representaba. Definió su

plenamente a la causa obrera. Se dedicó no sólo al estudio de las teorías sino, principalmente, al estudio directo de los problemas y del alma del obrero. Fue desde su vida de estudiante un organizador. Lo arrojaron, finalmente, de la Universidad. A renglón seguido de una huelga de textiles, fue enviado a Siberia. Allí completó sus estudios teóricos y sus observaciones prácticas sobre la cuestión social en el mundo y en Rusia. Basó su ideología en la realidad proletaria; combatió el confusionismo obrero, generado por la situación política rusa, luchó por diferenciar a los marxistas de los que no lo eran. Tomó parte en la revolución de 1905 al lado de los obreros de Moscú. En 1907 emigró a Finlandia y luego al extranjero. En esa época escribió su libro "Materialismo y Empiriocriticismo[163]". En 1912 estuvo en Cracovia animando el movimiento obrero. Enseguida en Suiza.

En 1907, en el congreso de Stuttgart, la Internacional aprobó una moción de Lenin y de Rosa Luxemburgo que en sus conclusiones decía: "Si amenaza el estallido de una guerra es deber de la clase obrera en los países interesados, con la ayuda de la Internacional, el coordinar todos sus esfuerzos para impedir la guerra por todos los medios que le parezcan adecuados y que varían naturalmente según la intensidad de la lucha

---

acción renovadora y expresó la simpatía y la solidaridad que encontraba en las clases trabajadoras. Sus palabras fueron muy aplaudidas. Habló enseguida el estudiante de medicina Luis F. Bustamante, quien se ocupó de la función de la Universidad Popular en el terreno de la educación higiénica y médica del pueblo. Se refirió a los cursos de vulgarización científica de la Universidad Popular y al interés que despertaban entre los obreros. Y se refirió, asimismo, a la propaganda antialcohólica de la Universidad Popular y a los fecundos resultados obtenidos hasta ahora por ella. También Bustamante fue entusiastamente aplaudido. A continuación José Carlos Mariátegui subió a la tribuna para pronunciar, a nombre de la Universidad Popular, el elogio de Lenin. Empezó Mariátegui recordando que todo el proletariado mundial se asocia actualmente al duelo de los trabajadores rusos y siente que ha desaparecido una gran figura del movimiento obrero. Hizo luego una rápida biografía de Lenin, remarcando especialmente el hecho de que el líder ruso dedicó su vida, desde su período de estudiante, a la causa de los trabajadores. Trazó las primeras características de la personalidad de Lenin y de la influencia que ha tenido en los nuevos tiempos. Y concluyó con palabras que arrancaron entusiastas aclamaciones a los concurrentes".

163 *Materialismo y Empiriocriticismo* fue escrito entre febrero y octubre de 1908. El complemento al cuarto capítulo lo redactó en marzo de 1909. Se publicó en Rusia en mayo de 1909 por la Editorial Zvenó. Lenin firmó el Prólogo a la primera edición en setiembre de 1908.

de clases y la situación política general. Si, no obstante esto, estallase la guerra, los trabajadores tienen el deber de intervenir para hacerla cesar lo más pronto posible y utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por ella para agitar a las capas populares más populares más profundas y precipitar la caída del régimen capitalista[164]".

Conductor de muchedumbre y de pueblos[165]

La figura de Lenin está nimbada de leyenda, de mito y de fábula. Se mueve sobre un escenario lejano, que, como todos los escenarios rusos, es un poco fantástico y un poco aladinesco. Posee las sugestiones y atributos misteriosos de los hombres y las cosas eslavas. Los otros personajes contemporáneos viven en roce cotidiano, en contacto inmediato con el público occidental. Lloyd George, Poincaré, Mussolini, nos son familiares. Su cara nos sonríe consuetudinariamente desde las carátulas de las revistas. Estamos abundantemente informados de su pensamiento, su horario, su menú, su palabra, su intimidad. Y se nos muestra siempre dentro de un marco europeo: un hotel, una villa, un automóvil, un pullmann, un boulevard.

Lenin, en cambio, está lejos del mundo occidental, en una ciudad mitad asiática, mitad europea. Su figura tiene como retablo el Kremlin, y como telón de fondo el Oriente. Nicolás Lenin no es siquiera un nombre, sino un pseudónimo. El líder bolchevique se llama Vladímir Ilich Uliánov, como podría llamarse un protagonista de Gorky, de Andreiev o de Korolenko. Hasta físicamente es un hombre un poco exótico: un tipo mongólico de siberiano o de tártaro. Y como la música de Balakirev o de Rimsky- Korsakov, Lenin nos parece más oriental que occidental, más asiático que europeo. (Rusia irradia simultáneamente en el mundo

164 El Esquema terminaba con las siguientes líneas: "El rol de Lenin en la revolución rusa. Sus libros: *La Revolución y el Estado*, *El extremismo, enfermedad de infancia del comunismo*, *La dictadura del proletariado y el renegado Kautsky*, *La lucha por el pan*, *La obra de reconstrucción de los soviets*, *Apuntes críticos sobre una filosofía reaccionaria* y otras. Su colaboración en *Pravda, Izvestia* y la Revista de la III Internacional. Las páginas de Sorel "Defensa de Lenin" en su libro *Reflexiones sobre la violencia*.

165 Artículo publicado en la revista *Variedades*, el 22 de setiembre de 1923.

su bolchevismo, su arte, su teatro y su literatura. Sincrónicamente se derraman, se difunden y se aclimatan en las ciudades europeas los dramas de Chéjov, las estatuas de Archipenko y las teorías de la Tercera Internacional. Agentes viajeros del alma rusa, Stravinsky seduce a París, Chaliapín conquista Berlín, Tchitcherin agita a Lausanne).

Lenin ejerce una fascinación rara en los pueblos más lontanos y abstrusos. Moscú atrae peregrinos de Persia, de la China, de la India, Moscú es actualmente una feria de abigarrados trajes indígenas y de lenguas esotéricas. La celebridad de Oswald Spengler, de Charles Maurras o del general Primo de Rivera no es sino una celebridad occidental. La celebridad de Lenin, en tanto, es una celebridad unánimemente mundial. El nombre de Lenin ha penetrado en tierra afgana, siria, árabe. Y ha adquirido timbres mitológicos.

Quienes han asistido a asambleas, mítines, comicios, en los cuales ha hablado Lenin, cuentan la religiosidad, el fervor, la pasión que suscita el líder ruso. Cuando Lenin se alza para hablar se suceden ovaciones febriles, espasmódicas, frenéticas. Las gentes vitorean, gritan, sollozan.

Pero Lenin no es un tipo místico, un tipo sacerdotal, ni un tipo hierático. Es un hombre terso, sencillo, cristalino, actual, moderno. Wt. Goode, en el "Manchester Guardian" lo ha retratado así: "Lenin es un hombre de estatura media, de cincuenta años en apariencia, bien proporcionado. La primera mirada, los lineamientos recuerdan un poco el tipo chino; y los cabellos y la barba en punta tienen un tinte rojizo oscuro. La cabeza bien poblada de cabellos y la frente espaciosa y bien modelada. Los ojos y la expresión son netamente simpáticos. Habla con claridad y con voz bien modulada: en todo nuestro coloquio no ha tenido nunca un momento de agitación. La única neta impresión que me ha dejado es de una inteligencia clara y fría. La de un hombre plenamente dueño de sí mismo y de su argumentación que se expresa con una lucidez extraordinariamente sugestiva". Arthur Ransome, también en el "Manchester Guardian" ha dado estos datos físicos y psicológicos del caudillo bolchevique: "Lenin me pareció un hombre feliz. Volviendo del Kremlin a mi alojamiento, me preguntaba yo qué hombre de su calibre tiene un temperamento alegre como el suyo. No encontré ninguno. Aquel hombre calvo, arrugado, que voltea su silla de aquí a allá, riendo ora de una cosa, ora de otra, pronto en

todo momento a dar un consejo serio a quien lo interrumpa para pedírselo, —consejo bien razonado, que resulta más imperioso que cualquier orden— respira alegría: cada arruga suya ha sido trazada por la risa, no por la preocupación".

Este retrato de un periodista británico, circunspecto y anastigmático como un objetivo Zeiss, nos ofrece un Lenin sana y contagiosamente jocundo y plácido, muy disímil del Lenin hosco, feroz y ceñudo de tantas fotografías. Ni taciturno, ni alucinado ni místico. Lenin es, pues, un individuo normal, equilibrado, expansivo. Es, además, un hombre bien abastecido de experiencia y saturado de modernidad. Su cultura es occidental; su inteligencia es europea. Lenin ha residido en Inglaterra, en Francia, en Italia, en Alemania, en Suiza. Su orientación no es empírica ni utopista sino materialista y científica. Lenin cree que la ciencia resolverá los problemas técnicos de la organización socialista. Proyecta la electrificación de Rusia. Bertrand Russell, que califica de ideológico este plan, juzga a Lenin un hombre genial.

La vida de Lenin ha sido la de un agitador. Lenin nació socialista. Nació revolucionario. Proveniente de una familia burguesa Lenin se entregó, sin embargo, desde su juventud, al socialismo y a la revolución. Lenin es un antiguo líder no sólo del socialismo ruso sino del socialismo internacional. La Segunda Internacional, en el Congreso de Stuttgart de 1907, votó esta moción suya y de Rosa Luxemburgo: "en el caso de que estalle una guerra europea los socialistas están obligados a trabajar por su rápido fin y a utilizar la crisis económica que la guerra provoque para sacudir al pueblo y acelerar la caída del régimen capitalista". Esta declaración contenía el germen de la revolución rusa y de la Tercera Internacional. Fiel a ella, Lenin explotó las consecuencias de la guerra para conducir a Rusia a la revolución. Timoneada por Lenin, la revolución rusa arribará en noviembre a su sexto aniversario. La táctica diestra y cauta ha evitado los arrecifes, las minas y los temporales de la travesía. Lenin es un revolucionario sin desconfianzas, sin vacilaciones, sin grimas. Pero no es un político rígido ni inmóvil. Es, antes bien, un político ágil, flexible, dinámico, que revisa, y rectifica sagaz y continuamente su obra. Que la adapta y la acondiciona a la marcha de la historia. La necesidad de defender la revolución lo ha obligado a algunas transacciones. Sobre

él pesa la responsabilidad de un generalísimo de millones de soldados que, mediante retiradas, fintas y maniobras oportunas, debe preservar a su ejército de una acción imprudente. La historia rusa de estos seis años es un testimonio de su capacidad de estratega y de conductor de muchedumbres y de pueblos. Lenin no es un ideólogo sino un realizador. El ideólogo, el creador de una doctrina carece generalmente de sagacidad, de perspicacia y de elasticidad para realizarla. Toda doctrina tiene, por eso, sus teóricos y sus políticos. Lenin es un político: no es un teórico. Su obra de pensador es una obra polémica. Lenin ha escrito muchos libros y, con frecuencia, interrumpe fugazmente su actividad de presidente del soviet de comisarios del pueblo, para reaparecer en su tribuna de periodista de *Pravda* o *Izvestia*. Pero el libro, el discurso, el artículo no son para él sino instrumentos de propaganda, de ofensiva, de lucha. Su temperamento polémico es característica y típicamente ruso. Lenin es agresivo, áspero, rudo, tundente, desprovisto de cortesía y de eufemismo. Su dialéctica es una dialéctica de combate, sin elegancia, sin retórica, sin ornamento. No es la dialéctica universitaria de un catedrático sino la dialéctica desnuda de un político revolucionario. Lenin ha sostenido un duelo resonante con los teóricos de la Segunda Internacional: Kautsky, Bauer, Turati. La argumentación de éstos ha sido más erudita, más literaria, más elocuente. Pero la disertación de Lenin ha sido más original, más guerrera, más penetrante.

Lenin es el caudillo de la Tercera Internacional. El socialismo, como se sabe, está dividido en dos grupos: Tercera Internacional y Segunda Internacional. Internacional bolchevique y revolucionaria e Internacional menchevique y reformista. La doctrina de una y otra rama es el marxismo. Su divergencia, su disentimiento, no son pues, de orden programático, sino de orden táctico. Algunos atribuyen al bolchevismo una idea mesiánica, milagrista, taumatúrgica de la revolución. Creen que el bolchevismo aspira a una transformación instantánea, violenta, súbita del orden social. Pero bolchevismo y menchevismo son gradualistas, sólo que el bolchevismo es gradualista revolucionariamente y el menchevismo es gradualista reformísticamente. El bolchevismo sostiene que no es posible utilizar la máquina actual del Estado para transformar la sociedad sino que es indispensable sustituirla con una máquina

adecuada: que el Estado proletario, distinto del Estado burgués en sus funciones, tiene que ser también distinto es su arquitectura. El tipo de Estado proletario creado por los bolcheviques es el Estado Sovietal. La República de los Soviets es la federación de todos los soviets locales. El soviet local es la asociación de obreros, empelados y campesinos de una comuna. En el régimen de los soviets no hay dualidad de poderes. Los soviets son, al mismo tiempo, un cuerpo administrativo y legislativo. Y son el órgano de la dictadura del proletariado. Lenin dice, defendiendo este régimen, que el soviet es el órgano de la democracia proletaria, tal como el parlamento es el órgano de la democracia burguesa. Así como la sociedad contemporánea y la sociedad medioeval han tendido sus formas peculiares, sus instrumentos típicos, sus instituciones características, la sociedad proletaria tiene que crear también las suyas.

Y esta resistencia al parlamento no es originalmente bolchevique. Desde hace varios años se constata la crisis de la democracia y la crisis del parlamento. Y se sugiere la creación de un tipo de parlamento profesional o sindical basado en la representación de los intereses más que en la representación de los electores. Joseph Caillaux sostiene que es necesario "mantener asambleas parlamentarias pero no dejándoles sino derechos políticos, confiar a nuevos organismo la dirección completa del Estado económico y hacer en una palabra la síntesis de la democracia occidental y del sovietismo ruso". La aparición del Estado bolchevique coincide, pues, con una intensa predicación antiparlamentaria y una creciente tendencia a dar al Estado una estructura más económica que política. El parlamento, en fin, es atacado, de una parte, por la revolución, y, de otra parte por la reacción. El fascismo es esencialmente antidemocrático y antiparlamentario. Mussolini conquistó el poder extraparlamentariamente. Primo de Rivera acaba de seguir la misma vía. Los organismos de la democracia son declarados inaparentes para la revolución y para la reacción.

Lenin y Mussolini, el caudillo de la revolución y el caudillo de la reacción, oponen una dictadura de clase a otra dictadura de clase. El choque, el conflicto entre ambas dictaduras inquieta a muchos pensadores contemporáneos. Se presiente que este choque, que este conflicto de clases reducirá a escombros la civilización y sumirá el mundo occidental

es una oscura Edad Media. El Occidente se distrae de su drama con sus boxeadores, y se anestesia con sus alcaloides y su música negra. Y, en tanto, como escribía Luis Araquistáin, a don Ramón del Valle Inclán en julio de 1920, "por Oriente otra vez el evangelio asoma como hace veinte siglos asomó el cristianismo".

Una pérdida inmensa para la Revolución[166]

El proletariado revolucionario ha perdido al más grande de sus conductores y de sus *leaders*. Al que con mayor eficacia, con mayor acierto y con mayor capacidad ha servido la causa de los trabajadores, de los explotados, de los oprimidos.

Ninguna vida ha sido tan fecunda para el proletariado revolucionario como la vida de Lenin. El leader ruso poseía una extraordinaria inteligencia, una extensa cultura, una voluntad poderosa y un espíritu abnegado y austero. A estas cualidades se unía una facultad asombrosa para percibir hondamente el curso de la historia y para adaptar a él la actividad revolucionaria.

Esta facultad genial, esta aptitud singular no abandonó nunca a Lenin. Y así, iluminado por la experiencia de la insurrección de 1905, Lenin comprendió claramente entonces la necesidad de crear un partido revolucionario, exento de prejuicios e ilusiones democráticas y parlamentaristas Luego, en 1907, Lenin advirtió la inminencia de la guerra, previó sus consecuencias políticas y económicas y anunció la posibilidad y el deber de aprovecharlas para precipitar y acelerar el fin del régimen capitalista. Finalmente, después de haber denunciado el carácter de la guerra europea y después de haber intervenido en los congresos de Zimmerwald y Kienthal —en los cuales las minorías socialistas y sindicales de Europa afirmaron sus principios clasistas e internacionalistas, abandonados por la Segunda Internacional— Lenin condujo al proletariado ruso a la conquista del poder, abolió la explotación capitalista en un

166 Artículo publicado en el número 5 de la revista *Claridad*, en marzo de 1924. La edición estuvo dedicada a Lenin. Mariátegui dirigía la revista. La enfermedad y muerte de Lenin sacudieron al amauta, meses después en mayo, él mismo sufriría la amputación de su pierna izquierda.

pueblo de ciento veinte millones de hombres, defendió la revolución de sus enemigos internos y externos y organizó la Tercera Internacional, que reúne hoy en sus rangos multitudinarios a millones de hombres de todas las nacionalidades y de todas las razas en marcha hacia la "lucha final".

Cualquiera que sea la posición ideológica que se tenga en el campo revolucionario, no se puede negar a Lenin el derecho a un puesto principal en la historia de la redención de los trabajadores. Vemos, por eso, que los propios socialistas de la Segunda Internacional, de esa Internacional reformista tan enérgicamente atacada por Lenin, en su mensaje de condolencia a Moscú han rendido homenaje a la rectitud y a la sinceridad del revolucionario ruso.

Comunistas, socialistas y libertarios, los hombres de todas las escuelas y todos los partidos revolucionarlos, y aún los que fuera de éstos y de aquellas, anhelan un régimen de justicia social, se dan cuenta de que la obra y la personalidad de Lenin no pertenece a una secta ni a un grupo sino a todo el proletariado, a los revolucionarios de todos lo países.

El duelo de los trabajadores es, pues, universal y unánime.

La muerte de Lenin significa una pérdida inmensa para la Revolución: Lenin habría podido aún dar mucho esfuerzo inteligente a las muchedumbres revolucionarias. Pero ha tenido tiempo, afortunadamente, para cumplir la parte esencial de su obra y de su misión; ha definido el sentido histórico de la crisis contemporánea, ha descubierto un método y una praxis realmente proletarios y clasistas y ha forjado los instrumentos morales y materiales de la Revolución. Millares de colaboradores, millones de discípulos proseguirán, completarán y concluirán su obra[167].

Ha desaparecido un inmenso personaje histórico[168]

La muerte de Lenin es la nota más emocionante de la actualidad mundial. Lenin cae en plena beligerancia. Su doctrina y su acción atacan los intereses y las ideas de las clases dominantes. Estas clases no pueden

167 El texto termina con el siguiente fragmento: *Claridad*, a nombre de la vanguardia organizada del proletariado y de la juventud y los intelectuales revolucionarios del Perú, saluda la memoria del gran maestro y agitador ruso.

168 Nota publicada en la revista *Variedades*, el 26 de enero de 1924.

por tanto, juzgarlos desapasionada y objetivamente. Y hay en este instante la sensación subconsciente de que ha desaparecido un inmenso personaje histórico.

Máximo Gorki y Jorge Sorel han escrito admirables páginas sobre el líder de la dictadura del proletariado y de la Tercera Internacional. Y Bertrand Russell ha dicho que Lenin es uno de los hombres más geniales de la época.

Pero un estudio y un juicio cabales sobre la personalidad de Lenin no pueden ser producidos por la generación contemporánea. Entre Lenin y una parte de la humanidad se interponen actualmente las ideas y los intereses agredidos y amenazados por la revolución comunista.

El Partido Socialista italiano y la Tercera Internacional[169]

Vuelve a la actualidad periodística la cuestión del Partido Socialista Italiano y la Tercera Internacional. Una cuestión que se había considerado concluida en el Congreso de Livorno. Porque en él, como se recordará, la mayoría del Partido Socialista se pronunció contra el más sustancial de los veintiún puntos de Moscú. Y la fracción minoritaria rompió entonces con las diversas fracciones mayoritarias y fundó el Partido Comunista, sección italiana de la Tercera Internacional.

Pero ahora ocurre que la Tercera Internacional, en su tercer congreso, recientemente celebrado en Moscú, después de deliberar largamente sobre la posición de los socialistas italianos, ha resuelto no cerrarles para siempre sus puertas sino invitarlos por última vez a la obediencia y a la disciplina.

La delegación socialista italiana llevó a Moscú el encargo de explicar el voto de Livorno, justificándolo como una necesidad ambiental de la lucha en Italia. Y ha traído de Moscú un ultimátum. En este ultimátum la Tercera Internacional dice a los socialistas italianos que pueden aún ser admitidos en su seno a condición de apartarse inmediatamente de los elementos derechistas que encabeza Turati y de fusionarse con el joven Partido Comunista.

---

169 Fechado en Roma, agosto de 1921; publicado en *El Tiempo*, Lima, 3 de noviembre de 1921.

Esta invitación va a ser discutida por los socialistas en el próximo congreso nacional de Milán.

Para ese congreso se delinean otra vez tres tendencias. Una que acaudillan los delegados enviados al Congreso de Moscú —Lazarí, Maffi y Riboldi— y que es favorable a la ejecución del ultimátum, esto es, la expulsión del grupo reformista que sigue a Turati, Treves y Modigliani. Otra que mantiene el punto de vista de Livorno, o sea la conservación de la unidad del partido, declarándose concorde, en lo demás, con los veintiún puntos de la Tercera Internacional a cuyas puertas insiste tocar. Y otra que representa la derecha turatiana, y que, en consecuencia, coincide con la tendencia unitaria en la defensa de la unidad del partido, pero no en la apreciación de los veintiún puntos del programa maximalista.

Aparecen, pues, como en Livorno, tres facciones. La derecha, el centro y la izquierda. Y, como en Livorno, la izquierda quiere la expulsión de la derecha mientras el centro tiende a la continuación de uno y otro grupo dentro del partido.

Pero esta vez el congreso no se limitará a discutir si el partido debe o no obedecer a la Tercera Internacional. Tornará a discutir su orientación y su táctica. Se pronunciará sobre la política que la situación aconseja seguir. En una palabra, pondrá en claro si el partido cabe o no dentro de la Tercera Internacional.

Este debate resulta un poco extraño para quienes creían que los socialistas italianos tenían fijada definitivamente su orientación. Y constituye realmente la prueba de que una gran parte de ellos no comparte absolutamente los principios de la Tercera Internacional y, por consiguiente, no debe ser admitida en sus filas.

La cuestión del colaboracionismo y la intransigencia, había quedado, en efecto, totalmente resuelta hace nueve años en el Congreso de Reggio Emilia, en el cual se afirmó la índole revolucionaria e intransigente del socialismo italiano y se expelió de él a los elementos colaboracionistas. Y esta orientación programática había sido categóricamente ratificada hace dos años por el Congreso de Bologna que acordó la adhesión a la Tercera Internacional.

De colaboracionismo no debía hablarse, por tanto, en el socialismo italiano. Turati y su grupo, al poner nuevamente en debate la cuestión se

fundan en que la situación no es hoy la de hace nueve años y ni siquiera la de hace dos. Hace nueve años el partido socialista italiano distaba mucho de alcanzar su máximo grado de organización y desarrollo. Estaba en un período de evangelización y propaganda. La colaboración en el gobierno, entonces, habría sido una colaboración a pura pérdida, dado que el partido, careciendo de fuerza para imponer sus puntos de vista, no habría podido realizar ninguna de las cosas sustantivas de su programa. Y hace dos años el partido, sugestionado por la revolución rusa, atravesaba un instante de entusiasmo y de ilusión maximalistas. Ahora, en tanto, mientras por una parte, el partido dueño de más de dos mil municipalidades, de centenares de cooperativas y de una numerosa representación parlamentaria, se halla en el período de las realizaciones, por otra parte ha perdido la esperanza de la revolución inmediata.

Además, Turati y su fracción observan que dos son las concepciones socialistas de la actualidad, basadas naturalmente en una diversa apreciación del instante histórico. La primera es la concepción maximalista de que frente a la crisis burguesa, la acción socialista debe ser exclusivamente insurreccional y revolucionaria. Y la segunda es la concepción evolucionista de que la acción socialista debe ser constructiva y no debe despreocuparse de los problemas de la crisis sino, más bien, trabajar porque aboquen a soluciones socialistas o semisocialistas. En suma, que el socialismo debe preparar dentro de la sociedad actual las bases de la sociedad futura.

La primera concepción —dicen los turatianos— ha sido desechada en el Congreso de Livorno. Luego la concepción del Partido Socialista tiene que ser por fuerza la segunda. La fracción unitaria o sea la fracción centrista, dice ser adversa a todo colaboracionismo y fiel al criterio intransigente de la Tercera Internacional. Pero no encuentra inconveniente en convivir en la misma agrupación con la fracción colaboracionista. Y esto es lo que la Tercera Internacional y el Partido Comunista le reprochan. Y lo que una fracción del partido ha terminado por declarar ilógico e insostenible.

Se prevé que en el Congreso de Milán, como en el Congreso de Livorno, prevalecerá la fracción unitaria. Las mociones que en ese Congreso se aprueben no aceptarán la tesis colaboracionista de Turati y de sus partidarios, pero tampoco aceptarán la tesis de la Tercera Internacional de que Turati y sus partidarios deben ser expelidos.

Probablemente, una parte de los elementos agrupados en la fracción favorable a la tesis de la Tercera Internacional no querrá continuar en las filas del partido. Pero la escisión será pequeña. En general, las opiniones disidentes se someterán a la opinión de la mayoría. Y el partido socialista italiano se colocará definitivamente fuera de la Tercera Internacional. Turati y sus compañeros se encargarán, más tarde, de conducirlo gradualmente al colaboracionismo y al minimalismo. A pesar del maximalismo y del revolucionarismo verbales de los jefes de la actual mayoría.

LA CRISIS DEL SOCIALISMO

El Labour Party

La historia del movimiento proletario inglés, es sustancialmente la misma de los otros movimientos proletarios europeos. Poco importa que en Inglaterra el movimiento proletario se haya llamado laborista y en otros países se haya llamado socialista y sindicalista. La diferencia es de adjetivos, de etiquetas, de vocabulario. La praxis proletaria ha sido más o menos uniforme y pareja en toda Europa. Los obreros europeos han seguido antes de la guerra, un camino idénticamente reformista. Los historiadores de la cuestión social coinciden en ver en Marx y Lassalle a los dos hombres representativos de la teoría socialista. Marx, que descubrió la contradicción entre la forma política y la forma económica de la sociedad capitalista y predijo su ineluctable y fatal decadencia, dio al movimiento proletario una meta final: la propiedad colectiva de los instrumentos de producción y de cambio. Lassalle señaló las metas próximas, las aspiraciones provisorias de la clase trabajadora. Marx fue el autor del programa máximo. Lassalle fue el autor del programa mínimo. La organización y la asociación de los trabajadores no eran posibles si no se les asignaba fines inmediatos y contingentes. Su plataforma, por esto, fue más lassalliana que marxista. La Primera Internacional se extinguió apenas cumplida su misión de proclamar la doctrina de Marx. La Segunda Internacional tuvo en cambio, un ánima reformista y minimalista. A ella le tocó encuadrar y enrolar a los trabajadores en los rangos del socialismo llevarlos, bajo la bandera socialista, a la conquista de todos los mejoramientos posibles dentro del régimen

burgués: reducción del horario de trabajo, aumento de los salarios, pensiones de invalidez, de vejez, de desocupación y de enfermedad. El mundo vivía entonces una era de desenvolvimiento de la economía capitalista. Se hablaba de la Revolución como de una perspectiva mesiánica y distante. La política de los partidos socialistas y de los sindicatos obreros no era, por esto, revolucionaria sino reformista. El proletariado quería obtener de la burguesía todas las concesiones que ésta se sentía más o menos dispuesta a acordarle. Congruentemente, la acción de los trabajadores era principalmente sindical y económica. Su acción política se confundía con la de los radicales burgueses. Carecía de una fisonomía y un color nítidamente clasistas. El proletariado inglés está colocado prácticamente sobre el mismo terreno que los otros proletariados europeos. Los otros proletariados usaban una literatura más revolucionaria. Tributaban frecuentes homenajes a su programa máximo. Pero, al igual que el proletariado inglés, se limitaban a la actuación solícita del programa mínimo. Entre el proletariado inglés y los otros proletariados europeos no había, pues sino una diferencia formal, externa, literaria. Una diferencia de temperamento, de clima y de estilo.

La guerra abrió una situación revolucionaria. Y desde entonces, una nueva corriente ha pugnado por prevalecer en el proletariado mundial. Y desde entonces, coherentemente con esa nueva corriente, los laboristas ingleses han sentido la necesidad de afirmar su filiación socialista y su meta revolucionaría. Su acción ha dejado de ser exclusivamente económica y ha pasado a ser prevalentemente política. El proletariado británico ha ampliado sus reivindicaciones. Ya no le ha interesado sólo la adquisición de tal o cual ventaja económica. Le ha preocupado la asunción total del poder y la ejecución de una política netamente proletaria. Los espectadores superficiales y empíricos de la política y de la historia se han sorprendido de la mudanza. ¡Cómo! —han exclamado— ¡estos mesurados, estos cautos, estos discretos laboristas ingleses resultan hoy socialistas! ¡Aspiran también, revolucionariamente, a la abolición de la propiedad privada del suelo, de los ferrocarriles y de las máquinas! Cierto, los laboristas ingleses son también socialistas. Antes no lo parecían; pero lo eran. No lo parecían porque se contentaban con la jornada de ocho horas, el alza de los salarios, la protección de las cooperativas, la

creación de los seguros sociales. Exactamente las mismas cosas con que se contentaban los demás socialistas de Europa. Y porque no empleaban, como éstos, en sus mítines y en sus periódicos, una prosa incandescente y demagógica:

El lenguaje del Labour Party es hasta hoy evolucionista y reformista. Y su táctica es aún democrática y electoral. Pero esta posición suya no es excepcional, no es exclusiva. Es la misma posición de la mayoría de los partidos socialistas y de los sindicatos obreros de Europa. La *elite*, la aristocracia del socialismo proviene de la escuela de la Segunda Internacional. Su mentalidad y su espíritu se han habituado a una actividad y un oficio reformistas. Sus órganos mentales y espirituales no consiguen adaptarse a un trabajo revolucionario. Constituye una generación de funcionarios socialistas y sindicales, desprovistos de aptitudes espirituales para la revolución, conformados para la colaboración y la reforma, impregnados de educación democrática, domesticados por la burguesía. Los bolcheviques, por esto, no establecen diferencias entre los laboristas ingleses y los socialistas alemanes. Saben que en la social-democracia tudesca no existe mayor ímpetu insurreccional que en el Labour Party. Y así Moscú ha subvencionado al órgano del Labour Party *The Daily Herald*. Y ha autorizado a los comunistas ingleses a sostener electoralmente a los laboristas.

El Labour Party no es estructural y propiamente un partido. En Inglaterra la actividad política del proletariado no está desconectada ni funciona separada de su actividad económica. Ambos movimientos, el político y el económico, se identifican y se consustancian. Son aspectos solidarios de un mismo organismo. El Labour Party resulta, por esto, una federación de partidos obrero: los laboristas, los independientes, los fabianos, antiguo núcleo de intelectuales, al cual pertenece el célebre dramaturgo Bernard Shaw. Todos estos grupos se fusionan en la masa laborista. Con ellos colabora, en la batalla, el partido comunista, formado por los grupos explícitamente socialistas del proletariado inglés.

Se piensa sistemáticamente que Inglaterra es refractaria a las revoluciones violentas. Y se agrega que la revolución social se cumplirá en Inglaterra sin convulsión y sin estruendo. Algunos teóricos socialistas pronostican que en Inglaterra se llegará al colectivismo a través de la

democracia. El propio Marx dijo una vez que en Inglaterra el proletariado podría realizar pacíficamente su programa. Anatole France, en su libro *Sobre la piedra inmaculada*, nos ofrece una curiosa utopía de la sociedad del siglo XXII la humanidad es ya comunista; no queda sino una que otra república burguesa en el Africa; en Inglaterra la revolución se ha operado sin sangre ni desgarramientos; mas, Inglaterra socialista conserva sin embargo la monarquía.

Inglaterra, realmente, es el país tradicional de la política del compromiso. Es el país tradicional de la reforma y de la evolución. La filosofía evolucionista de Spencer y la teoría de Darwin sobre el origen de las especies son dos productos típicos y genuinos de la inteligencia, del clima y del ambiente británicos.

En esta hora de tramonto de la democracia y del parlamento, Inglaterra es todavía la plaza fuerte del sufragio universal. Las muchedumbres que en otras naciones europeas, se entrenan para el putsch y la insurrección, en Inglaterra se aprestan para las elecciones como en los más beatos y normales tiempos prebélicos. La beligerancia de los partidos es aún una beligerancia ideológica, oratoria, electoral. Los tres grandes partidos británicos —conservador, liberal y laborista— usan como instrumentos de lucha la prensa, el mitin, el discurso. Ninguna de esas facciones propugna su propia dictadura. El gobierno no se estremece ni se espeluzna de que centenares de miles de obreros desocupados desfilan por las calles de Londres tremolando sus banderas rojas, cantando sus himnos revolucionarios y ululando contra la burguesía. No hay en Inglaterra hasta ahora ningún Mussolini en cultivo, ningún Primo de Rivera en incubación.

Malgrado esto, la reacción tiene en Inglaterra uno de su escenarios centrales. El propósito de los conservadores de establecer tarifas proteccionistas es un propósito esencial y característicamente reaccionario. Representa un ataque de la reacción al liberalismo y al librecambismo de la Inglaterra burguesa. Ocurre sólo que la reacción ostenta en Inglaterra una fisonomía británica, una traza británica. Eso es todo. No habla el mismo idioma ni usa el mismo énfasis tundente que en otros países. La reacción, como la revolución, se presenta en tierra inglesa con muy sagaces ademanes y muy buenas palabras. Es que en Inglaterra,

ciudadela máxima de la civilización capitalista, la mentalidad evolucionista-democrática de esta civilización está más arraigada que en ninguna otra parte.

Pero esa mentalidad está en crisis en el mundo. Los conservadores y los liberales ingleses no tienden a una dictadura de clase porque el riesgo de que los laboristas asuman íntegramente el poder aparece aún lejano. Mas el día en que los laboristas conquisten la mayoría, los conservadores y los liberales, se coaligarían y se soldarían instantáneamente. La unión sagrada de la época bélica renacería. Dicen los liberales que Inglaterra debe rechazar la reacción conservadora y la revolución socialista y permanecer fiel al liberalismo, a la evolución, a la democracia. Pero este lenguaje es eventual y contingente. Mañana que la amenaza laborista crezca, todas las fuerzas de la burguesía se fundirán en un solo haz, en un solo bloque, y acaso también en un solo hombre.

El socialismo en Francia

El socialismo se dividía en Francia, hasta fines del siglo pasado, en varias escuelas y diversas agrupaciones. El Partido Obrero, dirigido por Guesde y Lafargue, representaba oficialmente el marxismo y la táctica clasista. El Partido Socialista Revolucionario, emanado del blanquismo,[170] encarnaba la tradición revolucionaria francesa de la Comuna. Vaillant era su más alta figura. Los independientes reclutaban sus prosélitos, más que en la clase obrera, en las categorías intelectuales. En su estado mayor se daban cita no pocos diletantes del socialismo. Al lado de la figura de un Jaurés se incubaba, en este grupo, la figura de un Viviani.

En 1898, el partido obrero provocó un movimiento de aproximación de los varios grupos socialistas. Se bosquejaron las bases de una *entente*.[171] El proceso de clarificación de la teoría y la praxis socialistas, cumplido ya en otros países, necesitaba liquidar también en Francia las artificiales diferencias que anarquizaban aún, en capillas y sectas concurrentes, las fuerzas del socialismo. En el sector socialista francés había nueve matices; pero, en realidad no había sino dos tendencias: la tendencia clasista y la tendencia colaboracionista. Y, en último análisis, estas dos tendencias no necesitaban sino entenderse sobre los límites de su clasismo y de su colaboracionismo para arribar fácilmente a un

170 De Louis Auguste Blanqui.

171 Entendimiento.

acuerdo. A la tendencia clasista o revolucionaria le tocaba reconocer que, por el momento, la revolución debía ser considerada como una meta distante y la lucha de clases reducida a sus más moderadas manifestaciones. A la tendencia colaboracionista le tocaba conceder, en cambio, que la colaboración no significase, también por el momento, la entrada de los socialistas en un ministerio burgués. Bastaba eliminar esta cuestión para que la vía de la polarización socialista quedase franqueada.

Sobrevino entonces un incidente que acentuó y exacerbó momentáneamente esta única discrepancia sustancial. Millerand, afiliado a uno de los grupos socialistas, aceptó una cartera en el ministerio radical de Waldeck Rousseau. La tendencia revolucionaria reclamó la ex-confesión de Millerand y la descalificación definitiva de toda futura participación socialista en un ministerio. La tendencia colaboracionista, sin solidarizarse abiertamente con Millerand, se reafirmó en su tesis, favorable, en determinadas circunstancias, a esta participación. Briand que debía seguir, poco después, la ruta de Millerand, maniobraba activamente por evitar que un voto de la mayoría cerrase la puerta de la doctrina socialista a nuevas escapadas ministeriales. Pero, entre tanto, algo se había avanzado en el camino de la concentración socialista. Los grupos, las escuelas, no eran ya nueve sino únicamente dos.

A la unificación se llegó, finalmente, en 1904. La cuestión de la colaboración ministerial fue examinada y juzgada en agosto de ese año, en suprema instancia, por el congreso socialista internacional de Amsterdam. Este congreso repudió la tesis colaboracionista. Jaurés, que hasta ese instante la sustentó honrada y sinceramente con un gran sentido de su responsabilidad y de su deber se inclinó, disciplinado, ante el voto de la Internacional. Y, como consecuencia de la decisión de Amsterdam, los principios de un entendimiento entre la corriente dirigida por Jaurés y la corriente dirigida por Guesde y Vaillant quedaron, en las subsecuentes negociaciones, fácilmente establecidos. La fusión fue pactada y sellada, definitivamente, en el congreso de París de abril de 1905. En el curso del año siguiente, el Partido Socialista se desembarazó de Bríand, atraído desde hacía algún tiempo al campo de gravitación de la política burguesa y los sillones ministeriales.

Pero la política del partido unificado no siguió, por esto, un rumbo revolucionario. La unificación fue el resultado de un compromiso entre las dos corrientes del socialismo francés. La corriente colaboracionista renunció a una eventual intervención directa en el gobierno de la Tercera República; pero no se dejó absorber por la corriente clasista. Por el contrario, consiguió suavizar su antigua intransigencia. En Francia, como en las otras democracias occidentales, el espíritu revolucionario del socialismo se enervaba y desfibraba en el trabajo parlamentario. Los votos del socialismo, cada vez más numerosos, pesaban en las decisiones del Parlamento. El partido socialista jugaba un papel en los conflictos y en las batallas de la política burguesa. Practicaba, en el terreno parlamentario, una política de colaboración con los partidos más avanzados de la burguesía. La fuerte figura y el verbo elocuente de Jaurés imprimían a esta política un austero sello de idealismo. Mas no podían darle un sentido revolucionario que, por otra parte, no tenía tampoco la política de los demás partidos socialistas de la Europa occidental. El espíritu revolucionario había trasmigrado, en Francia, al sindicalismo. El más grande ideólogo de la revolución no era ninguno de los tribunos ni de los escritores del Partido Socialista. Era Jorge Sorel, creador y líder del sindicalismo revolucionario, crítico, penetrante de la degeneración parlamentaria del socialismo.

Durante el período de 1905 a 1914, el partido socialista francés actuó, sobre todo, en el terreno electoral y parlamentario. En este trabajo, acrecentó y organizó sus efectivos; atrajo a sus rangos a una parte de la pequeña burguesía; educó en sus principios, asaz atenuados, a una numerosa masa de intelectuales y diletantes. En las elecciones de 1914, el partido obtuvo un millón cien mil votos, y ganó ciento tres asientos en la Cámara. La guerra rompió este proceso de crecimiento. El pacifismo humanitario y estático de la social-democracia europea se encontró de improviso frente a la realidad dinámica y cruel del fenómeno bélico. El Partido Socialista francés sufrió, además, cuando la movilización marcial comenzaba, la pérdida de Jaurés, su gran líder. Desconcertado por esta pérdida, la historia de esos tiempos tempestuosos lo arrolló y lo arrastró por su cauce. Los socialistas franceses no pudieron resistir la, guerra. No pudieron tampoco, durante la guerra, preparar la paz. Acabaron

colaborando en el gobierno. Guesde y Sembat formaron parte del ministerio. Los jefes del socialismo y del sindicalismo sostuvieron mansamente la política de la unión sagrada. Algunos sindicalistas, algunos revolucionarios, opusieron, solos, aislados, una protesta inerme a la masacre.

El Partido Socialista y la Confederación General del Trabajo se dejaron conducir por los acontecimientos. Los esfuerzos de algunos socialistas europeos por reconstruir la Internacional no lograron su cooperación ni su consenso.

El armisticio sorprendió, por tanto, debilitado, al Partido Socialista. Durante la guerra, los socialistas no habían tenido una orientación propia. Fatalmente, les había correspondido, por tanto, seguir y servir la orientación de la burguesía. Pero en el botín político de la victoria no les tocaba parte alguna. En las elecciones de 1919, a pesar de que la marejada revolucionaria nacida de la guerra empujaba a su lado a las masas descontentas y desilusionadas, los socialistas perdieron varios asientos en la Cámara y muchos sufragios en el país.

Vino, luego, el cisma. La burocracia del Partido Socialista y de la Confederación General del Trabajo carecía de impulso revolucionario. No podía, por ende, enrolarse en la nueva Internacional, Un estado mayor de tribunos, escritores, funcionarios y abogados que no habían salido todavía del estupor de la guerra, no podía ser el estado mayor de una revolución. Tendía, forzosamente, a la vuelta a la beata y cómoda existencia de demagogia inocua y retórica, interrumpida por la despiadada tempestad bélica. Toda esta gente se sentía normalizadora; no se sentía revolucionaria. Pero la nueva generación socialista se movía, por el contrario, hacia la revolución. Y las masas simpatizaban con esta tendencia. En el Congreso de Tours de 1920 la mayoría del partido se pronunció por el comunismo. La minoría conservó el nombre de Partido Socialista. Quiso continuar siendo, como antes, la S.F.I.O. (Sección Francesa de la Internacional Obrera). La mayoría constituyó el partido comunista. El diario de Jaurés, *L'Humanité*, pasó a ser el órgano del comunismo. Los más ilustres parlamentarios, los más ancianos personajes, permanecieron, en cambio, en las filas de la S.F.I.O. con León Blum, con Paul Boncour, con Jean Longuet.

El comunismo prevaleció en las masas; el socialismo en el grupo parlamentario.

El rumbo general de los acontecimientos europeos favoreció, más tarde, un resurgimiento del antiguo socialismo. La creciente revolucionaria declinaba. Al período de ofensiva proletaria seguía un período de contraofensiva burguesa. La esperanza de una revolución mundial inmediata se desvanecía. La fe y la adhesión de las masas volvían, por consiguiente, a los viejos jefes. Bajo el gobierno del Bloque Nacional, el socialismo reclutó en Francia muchos nuevos adeptos. Hacia un socialismo moderado y parlamentario afluían las gentes que, en otros tiempos hubiesen afluido al radicalismo. La S.F.I.O., coaligada con los radicales socialistas en el Bloque de Izquierdas, recuperó en mayo de 1924 todas las diputaciones que perdió en 1919 y ganó, además, algunas nuevas. El Bloque de Izquierdas asumió el poder. Los socialistas no consideraron oportuno formar parte del Ministerio. No era todavía, el caso de romper con la tradición anticolaboracionista formalmente anticolaboracionista de los tiempos prebélicos. Por el momento bastaba con sostener a Herriot, a condición de que Herriot cumpliese con las promesas hechas, en las jornadas de mayo; al electorado socialista.

En su congreso de Grenoble, en febrero último, los socialistas de la S.F.I.O. han debatido el tema de sus relaciones con el radicalismo. En esa reunión, Longuet, Ziromsky y Braque han acusado a Herriot de faltar a su programa y han reprobado al grupo parlamentario socialista su lenidad y su abdicación ante él ministerio. Por boca de esos tres oradores, tina gruesa parte del proselitismo socialista ha declarado su voluntad de permanecer fiel a la táctica clasista. Pero, al mismo tiempo, ha reaparecido acentuadamente en el socialismo francés la tendencia a la colaboración ministerial, expulsada en otro tiempo con Millerand y Briand. León Blum, que como *attaché*[172] de Marcel Sembat ha conocido ya la tibia y plácida temperatura de los gabinetes ministeriales, ha pedido a los representantes del colaboracionismo un poco de paciencia. Les ha recordado que sostener un ministerio no tiene loa riesgos ni las responsabilidades de formar parte de él. Los socialistas, según Blum, no deben ir al gobierno

172 Attaché: en francés significa 'adjunto, asistente'.

como colaboradores de los radicales. Deben aguardar, que madure la ocasión en que acapararán solos el poder. Al calor de un gobierno del bloque de izquierdas, los socialistas adquirirán la fuerza necesaria para recibir el poder de manos de sus aliados de hoy. Movido por esta esperanza, el Partido Socialista se ha declarado en Grenoble a favor del bloque de izquierdas, contra la reacción y contra el bolchevismo. Lo que equivale a decir que, se ha declarado francamente democrático.

Jaurés y la Tercera República

La figura de Jaurés es la más alta, la más noble, la más digna figura de la *Troisiéme Republique*.[173] Jaurés procedía de una familia burguesa. Debutó en la política y en el parlamento en los rangos del radicalismo. Pero la atmósfera ideológica y moral de los partidos burgueses no tardé en disgustarle. El socialismo ejercía sobre su espíritu robusto y combativo una atracción irresistible. Jaurés se enroló en las filas del proletariado. Su actitud, en los primeros tiempos, fue colaboracionista. Creía Jaurés que los socialistas no debían excluir de su programa la colaboración con un ministerio de la izquierda burguesa. Mas desde que la Segunda Internacional, en su congreso de Amsterdam, rechazó esta tesis sostenida por varios líderes socialistas, Jaurés acató disciplinadamente este voto. León Trotsky, en un sagaz ensayo sobre la personalidad del gran tribuno, escribe lo siguiente: "Jaurés había entrado en el partido hombre maduro ya, con una filosofía idealista completamente formada. Esto no 1e impidió curvar su potente cuello (Jaurés era de una complexión atlética) bajo el yugo de la disciplina orgánica y varias veces tuvo la obligación y la ocasión de demostrar que no solamente "sabía mandar sino también someterse".

Jaurés dirigió las más brillantes batallas parlamentarias del socialismo francés. Contra su parlamentarismo, contra su democratismo,

173 Tercera República. Francia ha conocido cinco repúblicas en diferentes etapas históricas.

insurgieron los teóricos y los agitadores de la extrema izquierda proletaria. George Sorel y los sindica listas denunciaron esta *praxis*[174] como una deformación del espíritu revolucionario del marxismo. Mas el movimiento obrero, en los tiempos prebélicos, como se ha dicho muchas veces, no se inspiró en Marx sino en Lassalle. No fue revolucionario sino reformista. El socialismo se desarrolló insertado dentro de la democracia. No pudo, por ende, sustraerse a la influencia de la mentalidad democrática. Los líderes socialistas tenían que proponer a las masas un programa de acción inmediata y concreta, como único medio de encuadrarlas y educarlas dentro del socialismo. Muchos de estos líderes perdieron en este trabajo toda energía revolucionaria. La praxis sofocó en ellos la teoría. Pero a Jaurés no es posible confundirlo con estos revolucionarios domesticados. Una personalidad tan fuerte como la suya no podía dejarse corromper ni enervar por el ambiente democrático. Jaurés fue reformista como el socialismo de su tiempo, pero dio siempre a su obra reformista una meta revolucionaria.

Al servicio de la revolución social puso su inteligencia profunda, su rica cultura y su indomable voluntad. Su vida fue una vida dada íntegramente a la causa de los humildes. El libro, el periódico, el parlamento, el mitin; todas las tribunas del pensamiento fueron usadas por Jaurés en su larga carrera de agitador. Jaurés fundó dirigió el diario *L'Humanité*, perteneciente en la actualidad al Partido Comunista. Escribió muchos volúmenes de crítica social e histórica. Realizó, con la colaboración de algunos estudiosos del socialismo y de sus raíces históricas, una obra potente: *La historia socialista de la Revolución Francesa*.

En los ocho volúmenes de esta historia, Jaurés y sus colaboradores enfocan los episodios y el panorama de la Revolución Francesa desde puntos de vista socialistas. Estudian la Revolución como fenómeno social y como fenómeno económico, sin ignorarla ni disminuirla como fenómeno espiritual. Jaurés, en esta obra, cómo en toda su vida, conserva su gesto y su posición idealistas. Nadie más reacio, nadie más adverso que Jaurés a un materialismo frío y dogmático. La crítica de Jaurés proyecta sobre la Revolución del 89 una luz nueva. La Revolución

174 En griego significa 'acción'.

Francesa adquiere en su obra un contorno nítido. Fue una revolución de la burguesía, porque no pudo ser una revolución del proletariado. El proletariado no existía entonces como clase organizada y conciente. Los proletarios se confundían con los burgueses en el estado llano, en, el pueblo. Carecían de un ideario y una dirección clasista. Sin embargo, durante los días polémicos de la revolución, se habló de pobres y ricos. Los jacobinos, los babouvistas reivindicaron los derechos de la plebe. Desde muchos puntos de vista la revolución fue un movimiento de *sans culottes*[175]. La Revolución se apoyó en los campesinos que constituían una categoría social bien definida. El proletariado urbano estaba representado por el artesano en el cual prevalecía un espíritu pequeño-burgués. No había aún grandes fábricas, grandes usinas. Faltaba, en suma, el instrumento de una revolución socialista. El socialismo, además, no había encontrado todavía su método. Era una nebulosa de confusas y abstractas utopías. Su germinación, su maduración, no podía producirse sino dentro de una época de desarrolló capitalista. Así como en la entraña del orden feudal se gestó el orden burgués, en la entraña del orden burgués debía gestarse el orden proletario. Finalmente, de la revolución francesa emanó la primera doctrina comunista: el babouvismo.

El tribuno del socialismo francés, que demarcó así la participación material y espiritual del proletariado en la revolución francesa, era un idealista, pero no un utopista. Los motivos de su idealismo estaban en su educación, en su temperamento, en su psicología. No se avenía con su mentalidad un socialismo esquemática y secamente materialista. De allí, en parte, sus contrastes con los marxistas. De allí su adhesión honrada y sincera a la idea de la democracia. Trotsky hace una definición muy exacta de Jaurés en las siguientes líneas: "Jaurés entró en la arena política en la época más sombría de la Tercera República, que no contaba entonces sino una quincena de años de existencia y que, desprovista de tradiciones sólidas, tenía que luchar contra enemigos poderosos. Luchar por la República, por su conservación, por su depuración. He aquí la idea fundamental de Jaurés, la que inspira toda su acción. Buscaba Jaurés

175 Esta es, sin las bragas o calzones que usaban los miembros de la nobleza. El pueblo usaba pantalones.

para la República una base social más amplia; quería llevar la República al pueblo para hacer del Estado republicano el instrumento de la economía socialista. El socialismo era para Jaurés el solo medio seguro de consolidar la República y el solo medio posible de completarla y terminarla. En su aspiración infatigable de la síntesis idealista, Jaurés era, en su primera época, un demócrata pronto a adoptar el socialismo; en su última época, un socialista que se sentía responsable de toda la democracia".

El asesinato de Jaurés cerró un capítulo de la historia del socialismo francés. El socialismo democrático y parlamentario perdió entonces a su gran líder. La guerra y la crisis post-bélica vinieron más tarde a invalidar y a desacreditar el método parlamentario. Toda una época, toda una fase del socialismo, concluyó con Jaurés.

La guerra encontró a Jaurés en su puesto de combate. Hasta su último instante, Jaurés trabajó, con todas sus fuerzas, por la causa de la paz. Su verbo ululó contra el gran crimen en París y en Bruselas. Únicamente la muerte pudo ahogar su elocuente voz acusadora.

Le tocó a Jaurés ser la primera víctima de la tragedia. La mano de un oscuro nacionalista, armada moralmente por *L'Action Française* y por toda la prensa reaccionaria, abatió al hombre más grande de la Tercera República. Más tarde, la Tercera República debía renegarlo absolviendo al asesino.

El Partido Comunista Francés

El Partido Comunista Francés nació de la misma matriz que los otros partidos comunistas de Europa. Se formó, durante los últimos años de la guerra, en el seno del socialismo y del sindicalismo. Los descontentos de la política del Partido Socialista y de la Confederación General del Trabajo —los que en plena guerra osaron condenar la adhesión del socialismo a la "unión sagrada" y a la guerra— fueron su primera célula. Hubo pocos militantes conocidos entre estos precursores. En esta minoría minúscula, pero dinámica y combativa, que concurrió a las conferencias de Zimmerwald y Kienthal, es donde se bosquejó, embrionaria e informe todavía, una nueva Internacional revolucionaria. La revolución rusa estimuló el movimiento. En torno de Loriot, de Monatte y de otros militantes se concentraron numerosos elementos del Partido Socialista y de la Confederación General del Trabajo. Fundada la Terceras Internacional, con Guilbeaux y Sadoul como representantes de los revolucionarios franceses, la fracción de Monatte y de Loriot planteó categóricamente, en el Partido Socialista Francés, la cuestión de la adhesión a Moscú. En 1920, en el congreso de Strasbourg, la tendencia comunista obtuvo muchos votos. Sobre todo, atrajo a una parte de sus puntos de vista a una tendencia centrista que encabezada por Cachin y Frossard, constituía el grueso del Partido Socialista. El debate quedó abierto. Cachin y Frossard hicieron una peregrinación a Moscú donde el espectáculo de la revolución los conquistó totalmente. Está conversión fue decisiva. En el Congreso de Tours y reunida meses después que el

anterior, la mayoría del Partido Socialista se pronunció por la adhesión a la Tercera Internacional. El cisma se produjo en condiciones favorables al comunismo. Los socialistas conservaron el nombré del antiguo partido y la mayor parte de sus parlamentarios. Los comunistas heredaron la tradición revolucionaria y la propiedad de *L'Humanité*.

Pero la escisión de Tours no pudo separar, definitiva y netamente, en dos grupos absolutamente homogéneos, a reformistas y revolucionarios, o sea a, socialistas y comunistas. Al nuevo Partido Comunista había trasmigrado una buena parte de la mentalidad y del espíritu del viejo Partido Socialista. Muchos militantes, habían dado al comunismo una adhesión sólo sentimental e intelectual que su saturación democrática no les consentía mantener. Educados en la escuela del socialismo prebélico, no se adoptaban al método bolchevique. Espíritus, demasiado críticos, demasiado racionalistas, demasiado *enfants du siecle*,[176] no compartían la exaltación religiosa, mística, del bolchevismo. Su trabajo, su juicio, un poco escépticos en el fondo, no correspondían al estado de ánimo de la Tercera Internacional. Este contraste engendró una crisis. Los elementos de origen y de psicología reformistas tenían que ser absorbidos o eliminados. Su presencia paralizaba la acción del joven partido.

La fractura del Partido Socialista fue seguida de la fractura de la Confederación General del Trabajo. El sindicalismo revolucionario, nutrido del pensamiento de Jorge Sorel, había representado, antes de la guerra, un renacimiento del espíritu revolucionario y clasista del proletariado, enervado por la práctica reformista y parlamentaria. Este espíritu había dominado, al menos formalmente, hasta la guerra, en la C.G.T. Pero en la guerra, la C.G.T. se había comportado como el Partido Socialista. Con la crisis del socialismo sobrevino por consiguiente, terminada la guerra, una crisis del sindicalismo. Una parte de la C.G.T. siguió el socialismo; la otra parte siguió, al comunismo. El espíritu revolucionario y clasista estaba representado en ésta nueva fase de la lucha proletaria, por las legiones de la Tercera Internacional. Varios teóricos del sindicalismo revolucionario lo reconocían así. Jorge Sorel, crítico acerbo de la degeneración reformista del socialismo, aprobaba el método clasista

176 Hijos del siglo, hijos de su época.

de los bolcheviques, mientras que algunos socialistas, negando a Lenin el derecho de considerarse ortodoxamente marxista, sostenían que su personalidad acusaba, más bien, la influencia soreliana.

La C.G.T. se escindía porque los sindicatos necesitaban optar entre la vía de la revolución y la vía de la reforma. El sindicalismo revolucionario cedía su puesto, en la guerra social, al comunismo. La lucha, desplazada del terreno económico a un terreno político, no podía ser gobernada por los sindicatos, de composición inevitablemente heteróclita, sino por un partido homogéneo. En el hecho, aunque no en la teoría, los sindicalistas de las dos tendencias se sometían a esta necesidad. La antigua Confederación del Trabajo obedecía la política del Partido Socialista; la nueva Confederación (C.G.T.U.) obedecía la política del Partido Comunista. Pero también en el campo sindical debía cumplirse una clasificación, una polarización, más o menos lenta y laboriosa, de las dos tendencias. La ruptura no había resuelto la cuestión: la había planteado solamente.

El proceso de bolcheviquización del sector comunista francés impuso, por estos motivos, una serie de eliminaciones que, naturalmente, no pudieron realizarse sin penosos desgarramientos. La Tercera Internacional, resuelta a obtener dicho resultado, empleo los medíos más radicales. Decidió, por ejemplo, la ruptura de todo vínculo con la masonería. El antiguo Partido Socialista que en la batalla laica, en los tiempos prebélicos, había sostenido al radicalismo se había enlazado y comprometido excesivamente con la burguesía radical, en el seno de las logias. La franc-masonería era el nexo, más o menos visible, entre el radicalismo y el socialismo. Escindido el Partido Socialista, una parte de la influencia franc-masónica se traslado al Partido Comunista. El nexo, en suma, subsistía. Muchos militantes comunistas que en la plaza pública combatían todas las formas de reformismo, en las logias fraternizaban con toda suerte de radicaloides. Un secreto cordón umbilical ligaba todavía la política de la revolución a la política de la reforma. La Tercera Internacional quería cortar este cordón umbilical. Contra su resolución, se rebelaron los elementos reformistas que alojaba el partido. Frossard, uno de los peregrinos convertidos en 1920, secretario general del comité ejecutivo, sintió que la Tercera Internacional le pedía, una cosa superior a sus fuerzas: Y escribió, en su carta de dimisión de su cargo, su célebre

je ne peux pas.[177] El partido se escisionó. Frossard, Lafont, Meric, Paul Louis y otros elementos dirigentes constituyeron un grupo autónomo qué, después de una accidentada y lánguida vida, ha terminado por ser casi íntegramente reabsorbido por el Partido Socialista.

Estas amputaciones no han debilitado al partido en sus raíces. Las elecciones de mano fueron una prueba de que, por el contrario, las bases populares del comunismo se habían ensanchado. La lista comunista alcanzó novecientos mil votos. Estos novecientos mil votos no enviaron, a la Cámara sino veintiséis militantes del comunismo, porque tuvieron que enfrentarse solos a los votos combinados de dos alianzas electorales; el Bloque Nacional y el Cartel de Izquierdas. El partido ha perdido, en sus sucesivas depuraciones, algunas figuras; pero ha ganado en homogeneidad. Su bolcheviquización parece conseguida.

Pero nada de esto anuncia aún en Francia uña inmediata e inminente: revolución comunista. El argumentó del "peligro comunista", es, en parte, un argumento de uso externo. Una revolución no puede ser predicha a plazo fijo. Sobre todo, una revolución no es un golpe de mano. Es una obra multitudinaria. Es una obra de la historia. Los comunistas lo saben bien. Su teoría y su praxis se han formado en la escuela y en la experiencia del materialismo histórico. No es probable por ende, que se alimenten de ilusiones.

El partido, comunista francés no prepara ningún apresurado y novelesco; asalto del poder. Trabaja por atraer a su programa a las masas de obreros y campesinos. Derrama los gérmenes de su propaganda de la pequeña burguesía. Emplea, en esta labor, legiones de misioneros. Los doscientos mil ejemplares diarios de *L'Humanité* difunden en toda Francia sus palabras de orden. Marcel Cachin, Jacques Doriot, Jean Renaud, André Berthon, Paul Vaillant Couturier y André Marty, el marino rebelde del Mar Negro, son sus líderes parlamentarios.

Una rectificación. O, para decirlo en francés *une mise au point*.[178] En el vocabulario comunista, el término parlamentario no tiene su acepción clásica. Los parlamentarios comunistas no parlamentan. El Parlamento es para ellos únicamente una tribuna de agitación y de crítica.

---

177 Yo no puedo.

178 Advertencia o llamada.

La política socialista en Italia

La historia del socialismo italiano se conecta, teórica y prácticamente, con toda la historia del socialismo europeo. Se divide en dos periodos bien demarcados: el período pre-bélico y el período post-bélico. Enfoquemos, en este estudio, el segundo período, que comenzó, definida y netamente, en 1919, cuando las consecuencias económicas y psicológicas de la guerra y la influencia de la revolución rusa crearon en Italia una situación revolucionaria.

Las fuerzas socialistas llegaron a esos instantes unidos y compactos todavía. El partido socialista italiano, malgrado la crisis y las polémicas intestinas de veinte años, conservaba su unidad. Las disidencias, las secesiones de su proceso de formación —que habían eliminado sucesivamente de su seno el bakuninismo de Galleani, el sindicalismo soreliano de Enrique Leone y el reformismo colaboracionista de Bissolati y Bonomi— no habían engendrado, en las masas obreras, un movimiento concurrente. Los pequeños grupos que, fuera del socialismo oficial, trabajan por atraer a las masas a su doctrina, no significaban para el partido socialista verdaderos grupos competidores. Los reformistas de Bissolati y de Bonomi no constituían, en realidad, un sector socialista. Se habían dejado absorber por la democracia burguesa. El Partido Socialista dominaba en la Confederación General del Trabajo, que reunía en su sindicatos a dos millones de trabajadores. El desarrollo del movimiento obrero se encontraba en su plenitud.

Pero la unidad era, sólo formal. Maduraba en el socialismo italiano, como en todo el socialismo europeo, una nueva conciencia, un nuevo espíritu. Esta nueva conciencia, este nuevo espíritu, pugnaban por dar al socialismo un rumbo revolucionario. La vieja guardia socialista, habituada a una táctica oportunista y democrática, defendía, en tanto, obstinadamente su política, tradicional. Los antiguos líderes, Turati, Treves, Modigliani, D'Aragona, no creían arribada la hora de la revolución. Se aferraban a su viejo, método. El método del socialismo italiano había sido, hasta entonces, teóricamente revolucionario; pero prácticamente reformista. Los socialistas no habían colaborado en ningún ministerio; pero desde la oposición parlamentaria habían influido en la política ministerial. Los jefes parlamentarios y sindicales del, socialismo representaban esta praxis. No podían, por ende, adaptarse a una táctica revolucionaria.

Dos mentalidades, dos ánimas diversas, que convivían dentro del socialismo, tendían cada vez más a diferenciarse y separarse. En el congreso socialista de Bolonia (octubre de 1919), la polémica entre ambas tendencias fue ardorosa y acérrima. Mas la ruptura pudo, aún, ser evitada. La tendencia revolucionaria triunfó en el congreso Y la tendencia reformista se inclinó, disciplinadamente, ante el voto de la mayoría. Las elecciones de noviembre de 1919 robustecieron luego la autoridad y la influencia de la fracción victoriosa en Bolonia. El Partido Socialista obtuvo, en esas elecciones, tres millones de sufragios. Ciento cincuenta y seis socialistas ingresaren en la Cámara. La ofensiva revolucionaria, estimulada por este éxito, arreció en Italia tumultuosamente. Desde casi todas las tribunas del socialismo se predicaba la revolución. La monarquía liberal, el estado burgués, parecían próximas al naufragio. Esta situación favorecía en las masas el prevalecimiento de un humor insurreccional que anulaba casi completamente la influencia de la fracción reformista. Pero el espíritu reformista, latente en la burocracia del partido y de los sindicatos, aguardaba la ocasión de reaccionar. La ocasión llegó en agosto de 1920, con la ocupación de las fábricas por los obreros metalúrgicos. Este movimiento aspiraba a convertirse en la primera jornada de la insurrección. Giolitti, jefe entonces del gobierno italiano, advirtió claramente el peligro. Y se apresuró a satisfacer la reivindicación de los metalúrgicos, aceptando, en principio, el control obrero de las

fábricas. La Confederación General del Trabajo y el Partido Socialista, en un dramático diálogo, discutieron si era o no era la oportunidad de librar la batalla decisiva. La supervivencia del espíritu reformista en la mayoría de los funcionarios y conductores del proletariado italiano aún en muchos de los que, intoxicados por la literatura del *Avanti*, se suponían y se proclamaban revolucionarios incandescentes quedó evidenciada en ese debate. La revolución fue saboteada por los líderes. La mayoría se pronunció por la transacción. Esta retirada quebrantó, como era natural, la voluntad de combate de las masas. Y precipitó el cisma socialista. El Congreso de Livorno (enero de 1921) fue un vano intento por salvar la unidad. El empeño romántico de mantener, mediante una fórmula equívoca, la unidad socialista, tuvo un pésimo resultado: El partido apareció, en el Congreso de Livorno, dividido en tres fracciones: la fracción comunista, dirigida por Bórdiga, Terracini, Gennari, Graziadei, que reclamaba la ruptura con los reformistas y la adopción del programa de la Tercera Internacional; la fracción centrista encabezada por Serrati, director del *Avanti* que, afirmando su adhesión a la Tercera Internacional, quería, sin embargo, la unidad a ultranza; y la fracción reformista que seguía a Turati, Treves, Prampolini y otros viejos líderes del socialismo italiano. La votación favoreció la tesis centrista de Serrati, quien, por no romper con los más lejanos, rompió con los más próximos. La fracción comunista constituyó un nuevo partido. Y una segunda escisión empezó a incubarse.

Ausentes los comunistas, ausentes la juventud y la vanguardia, el partido socialista quedó bajo la influencia ideológica de la vieja guardia. El núcleo centrista de Serrati carecía de figuras intelectuales. Los reformistas, en cambio, contaban con un conjunto brillante de parlamentarios y escritores. A su lado estaban, además, los más poderosos funcionarios de la Confederación General del Trabajo. Serrati, y sus fautores acaparaban, formalmente, la dirección del Partido Socialista; pero los reformistas se aprestaban a reconquistarla sagaz y gradualmente. Las elecciones de 1921 sorprendieron así escindido y desgarrado el movimiento socialista. A la ofensiva revolucionaria, detenida y agotada en la ocupación de las fábricas, seguía una truculenta contraofensiva reaccionaria. El fascismo, armado por la plutocracia, tolerado por el gobierno y cortejado por la prensa burguesa, aprovechaba la retirada y el cisma

socialistas para arremeter contra los sindicatos, cooperativas y municipios proletarios. Los socialistas y los comunistas concurrieron a las elecciones separadamente. La burguesía les opuso un cerrado frente único. Sin embargo, las elecciones fueron una vigorosa afirmación de la vitalidad del movimiento socialista. Los socialistas conquistaron ciento veintidós asientos en la Cámara; los comunistas obtuvieron catorce. Juntos, habrían conservado seguramente su posición electoral de 1919. Pero la reacción estaba en marcha. No les bastaba a los socialistas disponer de una numerosa representación parlamentaria. Les urgía decidirse por el método revolucionario o por el método reformista. Los comunistas habían optado por el primero; los socialistas no habían optado por ninguno. El Partido Socialista, dueño de más de ciento veinte votos en la Cámara, no podía contentarse con una actitud perennemente negativa. Había que intentar una u otra cosa: la Revolución o la Reforma. Los reformistas propusieron abiertamente este último camino. Propugnaron una inteligencia con los populares y los liberales de izquierda contra el fascismo. Sólo este bloque podía cerrar el paso a los fascistas. Mas el núcleo de Serrati, se negaba a abandonar su intransigencia formal. Y las masas que lo sostenían, acostumbradas durante tanto tiempo a una cotidiana declamación maximalista, no se mostraban, por su parte, asequibles a ideas colaboracionistas. El reformismo no había tenido aún tiempo de captarse a la mayoría del partido. Las tentativas de colaboración en un bloque de izquierdas resultaban prematuras. Encallaban en la intransigencia de unos, en el hamletismo[179] de otros. Dentro del Partido Socialista reaparecía el conflicto entre dos tendencias incompatibles, aunque esta vez los términos del contraste no eran los mismos. Los reformistas tenían un programa; los centristas no tenían ninguno: el partido consumía su tiempo en una polémica bizantina. Vino, finalmente, el golpe de estado fascista. Y, tras de esta derrota, otra fractura. Los centristas rompieron con los reformistas. Constituyeron los primeros el Partido Socialista Maximalista y los segundos el Partido Socialista Unitario.

179 De Hamlet, personaje dubitativo, vacilante, de la célebre y homónima obra de Shakespeare.

La batalla antifascista no ha unido las fuerzas socialistas italianas. En las últimas elecciones, los tres partidos combatieron independientemente. A pesar de todo mandaron a la Cámara, en conjunto, más de sesenta diputados. Cifra conspicua en un escrutinio del cual salían completamente diezmados los grupos liberales y democráticos.

Presentemente, los unitarios y los maximalistas forman parte, de la oposición del Aventino. Los unitarios se declaran prontos a la colaboración ministerial, Su máximo líder Filippo Turati, preside las asambleas de los aventinistas. La batalla antifascista ha atraído a las filas socialistas unitarias a muchos elementos pequeño-burgueses de ideología democrática, disgustados de la política de los grupos liberales. El contenido social del reformismo ha acentuado así su color pequeño-burgués. Los socialistas unitarios conservan, por otra parte, su predominio en la Confederación General del Trabajo que, aunque quebrantada por varios años de terror, fascista, es todavía un potente núcleo de sindicatos. Finalmente, el sacrificio de Matteotti, una de sus más nobles figuras, ha dado al Partido Socialista Unitario un elemento sentimental de popularidad.

Los maximalistas han sufrido algunas defecciones. Serrati y Maffi militan ahora en el comunismo. Lazzari, que representa la tradición proletaria clasista del socialismo italiano, trabaja por la adhesión de los maximalistas a la política de la Tercera Internacional: Los maximalistas se sirven, en su propaganda, del prestigio del antiguo P.S.I. (Partido Socialista Italiano) cuyo nombre guardan corno una reliquia. Han heredado el diario, *Avanti*, tradicional órgano socia lista. No hablan a las masas el mismo lenguaje demagógico de otros tiempos. Pero continúan sin un programa definido. De hecho, han adoptado provisoriamente el del bloque de izquierdas del Aventino. Programa más bien negativo que afirmativo, puesto que no se propone, realmente, construir un gobierno nuevo, sino casi sólo abatir al gobierno fascista. A los maximalistas les falta además, como ya he observado, elementos intelectuales.

Los comunistas, que reclutan a la mayoría de sus adherentes en la juventud proletaria, siguen la política de la Tercera Internacional. No figuran, por eso, en el bloque del Aventino, al cual han tratado de empujar a una actitud revolucionaria, invitándolo a funcionar y deliberar como parlamento del pueblo en oposición al parlamento fascista.

Se destacan en el estado mayor comunista el ingeniero Bórdiga, el abogado Terracini, el profesor Graziadei, el escritor Gramsci. El comunismo obtuvo en las elecciones del año pasado más de trescientos mil sufragios. Posee en Milán un diario: *Unitá*. Propugna la formación de un frente único de obreros y campesinos.

La división debilita, marcadamente, el movimiento socialista en Italia. Pero este movimiento que ha resistido victoriosamente más de tres años de violencia fascista, tiene intactas sus raíces vitales. Más de un millón de italianos (unitarios, maximalistas, comunistas), han votado por el socialismo, hace un año, a pesar de las brigadas de camisas negras. Y los augures, de la política italiana coinciden, casi unánimemente, en la previsión de que será la idea socialista, y no la idea demo-liberal, la que dispute el porvenir al *fascio littorio*.

Ebert y la social-democracia alemana

Ebert representa toda una época de la social-democracia alemana. La época de desarrollo y de envejecimiento de la Segunda Internacional. Dentro del régimen capitalista, arribado a su plenitud, la organización obrera no tendía sino a conquistas prácticas. El proletariado usaba la fuerza de sus sindicatos y de sus sufragios para obtener de la burguesía ventajas inmediatas. En Francia y en otras naciones de Europa apareció el sindicalismo revolucionario como una reacción contra este socialismo domesticado y parlamentario. Pero en Alemania no encontró el sindicalismo revolucionario un clima favorable. El movimiento socialista alemán se insertaba cada vez más dentro del orden y del Estado burgueses.

La social-democracia alemana no carecía de figuras revolucionarias. Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Franz Mehring, Kautsky y otros mantenían viva la llama del marxismo. Mas la burocracia del Partido Socialista y de los sindicatos obreros estaba compuesta de mesurados ideólogos y de prudentes funcionarios, impregnados de la ideología de la clase burguesa: el proletariado creía ortodoxamente en los mismos mitos que la burguesía: la razón, la evolución, el progreso. El magro bienestar del proletariado se sentía solidario del pingüe bienestar del capitalismo. El fenómeno era lógico. La función reformista había creado un órgano reformista. La experiencia y la práctica de una política oportunista habían desadaptado, espiritual e intelectualmente, a la burocracia del socialismo para un trabajo revolucionario.

La personalidad de Ebert se formó dentro de este ambiente: Ebert, enrolado en un sindicato ascendió de su rango modesto de obrero manual al rango conspicuo de alto funcionario de la social-democracia. Todas sus ideas y todos sus actos, estaban rigurosamente dosificados a la temperatura política de la época. En su temperamento se adunaban las cualidades y los defectos del hombre del pueblo rutinario, realista y práctico. Desprovisto de genio y de *elan*, dotado sólo de buen sentido popular, Ebert, era un *condottiere* perfectamente adecuado a la actividad prebélica de la social-democracia. Ebert conocía y comprendía la pesada maquinaria de la socialdemocracia que, orgullosa de sus dos millones de electores, de sus ciento diez diputados; de sus cooperativas y de sus sindicatos; se contentaba con el rol que el régimen monárquico-capitalista le había dejado asumir en la vida del Estado alemán. El puesto de Bebel, en la dirección del partido socialista, quizá por esto permanecía vacante. La social democracia no necesitaba en su dirección un líder. Necesitaba, más bien, un mecánico. Ebert no era un mecánico, era un talabartero. Pero para el caso un talabartero era lo mismo, si no más apropiado. Los viejos teóricos de la social-democracia —Kautsky, Bernstein, etc.—, no tenían talla de conductores. El partido socialista los miraba como a ancianos oráculos, como a venerables depositarios, de la erudición socialista; pero no como a capitanes o caudillos. Y las figuras de la izquierda del partido, Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Franz Mehring, no correspondían al estado de ánimo de una mayoría que rumiaba mansamente sus reformas.

La guerra reveló a la social-democracia todo el alcance histórico de sus compromisos con la burguesía y el Estado. El pacifismo de la social-democracia no era sino una inocua frase, un platónico voto de los congresos de la Segunda Internacional. En realidad, el movimiento socialista alemán, estaba profundamente permeado de sentimiento, nacional. La política reformista y parlamentaria había hecho de la social-democracia una rueda del Estado. Los ciento diez diputados socialistas votaron en el Reichstag[180] a favor del primer crédito de guerra. Catorce de estos diputados, con Haase, Liebknecht y Ledebour a

180 Antiguo nombre del Parlamento alemán.

la cabeza, se pronunciaron en contra, dentro del grupo; pero en el parlamento, por razón de disciplina, votaron con la mayoría. El voto del grupo parlamentario socialista se amparaba en el concepto de que la guerra era una guerra de defensa. Más tarde, cuando el verdadero carácter de la guerra empezó a precisarse, la minoría se negó a seguir asociándose a la responsabilidad de la mayoría. Veinte diputados socialistas se opusieron en el Reichstag a la tercera demanda de créditos de guerra. Los líderes mayoritarios, Ebert y Scheideman, reafirmaron entonces su solidaridad con el Estado. Y, desde ese voto, pusieron su autoridad al servicio de la política imperial. La minoría fue expulsada del partido.

La derrota obligó a la burocracia del socialismo alemán a jugar un papel superior a sus aptitudes espirituales. Sobrevino un acontecimiento histórico que jamás habían supuesto tan cercano sus pávidas previsiones: la revolución. Las masas obreras, agitadas por la guerra, animadas por el ejemplo ruso, se movieron resueltamente a la conquista del poder. Los líderes social-democráticos, los funcionarios de los sindicatos, empujados por la marea popular, tuvieron que asumir el gobierno.

Walter Rathenau ha escrito que "la revolución alemana fue la huelga general de un ejército vencido". Y la frase es exacta. El proletariado alemán no se encontraba espiritualmente preparado para la revolución. Sus líderes, sus burócratas, durante largos años, no habían hecho otra cosa que extirpar de su acción y de su ánima todo impulso revolucionario. La derrota inauguraba un período revolucionario antes que los instrumentos de la revolución estuviesen forjados. Había en Alemania, en suma, una situación revolucionaria; pero no había casi líderes revolucionarios ni conciencia revolucionaria. Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Mehring, Joguisches, Leviné, disidentes de la minoría que, convertida en Partido Socialista Independiente, se mantenía en una actitud hamlética, indecisa, vacilante reunieron en la *Spartacusbund*[181] a los elementos más combativos del socialismo. Las muchedumbres comenzaron a reconocer en la *Spartacusbund* el núcleo de una verdadera fuerza revolucionaria y a sostener, insurreccionalmente, sus reivindicaciones.

---

181 *Spartacusbund*: Liga de Espartaco. Nombre del Partido Comunista Alemán fundado por Carlos Liebknecht.

Le tocó entonces a Ebert y a la social-democracia ejercer la represión de esta corriente revolucionaria. En las batallas revolucionarias de enero y marzo de 1919 cayeron todos los jefes de la *Spartacusbund*. Los elementos reaccionarios y monárquicos, bajo la sombra del gobierno socialdemocrático, se organizaron marcial y fascísticamente con el pretexto de combatir al comunismo. La república los dejó hacer. Y, naturalmente, después de haber abatido a los hombres de la revolución, las balas reaccionarias empezaron a abatir a los hombres de la democracia. Al asesinato de Kurt Eisner, líder de la revolución bávara, siguió el de Haase, líder socialista independiente. Al asesinato de Erzberger, líder del partido católico, siguió el de Walter Rathenau, líder del partido demócrata.

La política social-demócrata ha tenido en Alemania resultados que descalifican el método reformista. Los socialistas han perdido, poco a poco, sus posiciones en el gobierno. Después de haber acaparado íntegramente el poder, han concluido por abandonarlo del todo, desalojados por las maniobras reaccionarias. El último gabinete se ha constituido sin su visto bueno. Y ha señalado el principio de una revancha de la Reacción.

El fuerte partido de la revolución de noviembre es hoy un partido de oposición. Sus efectivos no han disminuido. Los diputados socialistas al Reichstag son ahora ciento treinta. Ningún otro partido tiene una representación tan numerosa en el parlamento. Pero esta fuerza parlamentaria no consiente a los socialistas controlar el poder. La defensa de la democracia burguesa es, presentemente, todo el ideal de los hombres que en noviembre de 1918 creyeron fundar una democracia socialista.

La responsabilidad de esta política no pertenece, por supuesto, totalmente, a Friedrich Ebert. Como se ha comportado Ebert en la Presidencia de la República se habría comportado, sin duda, cualquier otro hombre de la vieja guardia social-democrática; Ebert ha personificado en el gobierno el espíritu de su burocracia.

El signo de Ebert no era un signo heroico. No era un signo romántico. Ebert, no estaba hecho del paño de los grandes reformadores. Nació para tiempos normales; no para tiempos de excepción. Ha usado todas sus fuerzas en su jornada. No podía ser sino el Kerensky de la revolución alemana. Y, no es culpa suyo si la revolución alemana, después de un Kerensky, no ha tenido un Lenin.

El caso Jacques Sadoul

Enfoquemos el caso Jacques Sadoul. El nombre del capitán Jacques Sadoul, a fuerza de ser repetido por el cable, es conocido, en todo el mundo: la figura es menos notoria. Merece, sin embargo, mucho más que otras figuras de ocasión, la atención de sus contemporáneos. Henri Barbusse la considera "una de las más claras figuras de este tiempo". Sadoul es, según el autor de *El Fuego*, uno de los luchadores que debemos amar más. André Barthon, su abogado ante el Consejo de Guerra, cree que Sadoul "ha sido un momento de la conciencia humana".

Un Consejo de Guerra condenó a muerte a Sadoul en octubre de 1919; un Consejo de Guerra lo ha absuelto en 1925. Sadoul no ha sido amnistiado como Caillaux por una mayoría parlamentaria amiga. La misma justicia militar que ayer lo declaró culpable, hoy lo ha encontrado inocente. La rehabilitación de Sadoul es más completa y más perfecta que la rehabilitación de Caillaux.

¿Cuál era el "crimen" de Sadoul? "Mi único crimen —ha dicho Sadoul a sus jueces militares de Orleans— es el de haber sido clarividente contra mi jefe Noulens". Toda la responsabilidad de Sadoul aparece, en verdad, como la responsabilidad de una clarividencia.

Sadoul, amigo y colaborador de Alberto Thomas, Ministro de Municiones y de Armamentos del gobierno de la unión sagrada, fue enviado Rusia en setiembre de 1917. El gobierno de Kerensky entraba entonces en su última fase. Su suerte preocupaba hondamente a los aliados. Kerensky se había revelado ya impotente para dominar y encauzar

la revolución. Incapaz, por consiguiente, de reorganizar y reanimar el frente ruso. La embajada francesa, presidida por Noulens, estaba íntegramente compuesta de diplomáticos de carrera de hombres de gran mundo. Esta ente, brillante y decorativa en un ambiente de cotillón y de intriga elegantes, era, en cambio, absolutamente inadecuada a un ambiente revolucionario. Hacía falta en la embajada un hombre de espíritu nuevo, de inteligencia inquieta, de juicio penetrante. Un hombre habituado a entender y presentir el estado de ánimo de las muchedumbres. Un hombre sin repugnancia al *demos*[182] ni a la plaza, con capacidad para tratar las ideas y a los hombres de una revolución. El capitán de reserva Jacques Sadoul, socialista moderado, poseía estas condiciones. Militaba en el Partido Socialista. Pero el Partido Socialista formaba entonces parte del ministerio. Intelectual, abogado, procedía, además, de la misma escuela socialista que ha dado tantos colaboradores a la burguesía. En la guerra, había cumplido con su deber de soldado. El gobierno francés lo juzgó, por estas razones, aparente para el cargo de agregado político a la embajada.

Mas sobrevino la Revolución de Octubre. A Sadoul no le tocó ya actuar cerca de un gobierno de mesurados y hamletianos demócratas, como Kerensky, sino cerca de un gobierno de osados y vigorosos revolucionarios como Lenin y Trotsky, detestable para el gusto de una embajada que, naturalmente, cultivaba en los sajones la amistad del antiguo régimen. Noulens y su séquito, en riguroso acuerdo con la aristocracia rusa, pensaron que el gobierno de los Soviets no podía durar. Consideraron la Revolución de Octubre como un episodio borrascoso que el buen sentido ruso, solícitamente estimulado por la diplomacia de la Entente, se resolvería muy pronto a cancelar. Sadoul se esforzó vanamente por iluminar a la embajada. Noulens no quería ni podía ver en los bolcheviques a los creadores de un nuevo régimen ruso. Mientras Sadoul trabajaba por obtener un entendimiento con los Soviets, que evitase la paz separada de Rusia con Alemania, Noulens alentaba las conspiraciones de los más estólidos e ilusos contrarrevolucionarios. La Entente, a su juicio, no debía negociar con los bolcheviques. Puesto que

182 Al pueblo, a la multitud.

la descomposición y el derrumbamiento de su gobierno eran inminentes, la Entente debía, por el contrario, ayudar a quienes se proponían apresurarlos. Hasta la víspera de la paz de Brest Litowsk, Sadoul luchó por inducir a su embajador a ofrecer a los Soviets los medios económicos y técnicos de continuar la guerra. Una palabra oportuna podía detener aún la paz separada. Los jefes bolcheviques capitulaban consternados ante las brutales condiciones de Alemania. Habrían preferido combatir por una paz justa entre todos los pueblos beligerantes: Trotsky, sobre todo, se mostraba favorable al acuerdo propugnado por Sadoul. Pero el fatuo embajador no comprendía ni percibía nada de esto. No se daba cuenta en lo absoluto de que la revolución bolchevique, buena o mala, era de todas maneras un hecho histórico. Temeroso de que los informes de Sadoul impresionasen al gobierno francés, Noulens se guardó de trasmitirlos telegráficamente.

Los informes de Sadoul llegaron, sin embargo, a Francia: Sadoul escribía, frecuentemente, al Ministro Albert Thomas y a los diputados socialistas Longuet, Lafont y Pressemane. Estas cartas fueron oportunamente conocidas por Clemenceau. Pero no lograron, por supuesto, atenuar la feroz hostilidad de Clemenceau contra los Soviets. Clemenceau opinaba como Noulens. Los bolcheviques no podían conservar el poder. Era fatal, era imperioso, era urgente que lo perdiesen.

Clemenceau dio la razón a su embajador. Sadoul se atrajo todas las cóleras del poder. La embajada estuvo a punto de mandarlo en comisión a Siberia, como un medio de desembarazarse de él y de castigar la independencia y la honradez de sus juicios. Lo hubiera hecho si una grave circunstancia no se lo hubiera desaconsejado. El capitán Sadoul le servía de pararrayos en medio de la tempestad bolchevique. A su sombra, a su abrigo, la embajada maniobraba contra el nuevo régimen. Los servicios de Sadoul, convertido en un fiador ante los bolcheviques, le resultaban necesarios. Mas el juego fue finalmente descubierto. La embajada tuvo que salir de Rusia.

La revolución, en tanto, se había apoderado cada vez más de Sadoul. Desde el primer instante, Sadoul había comprendido su alcance histórico. Pero, impregnado todavía de una ideología democrática, no se había decidido a aceptar su método. La actitud de las democracias aliadas ante

los Soviets se encargó de desvanecer sus últimas ilusiones democráticas. Sadoul vio a la Francia republicana y a la Inglaterra liberal, exiliadas del despotismo asiático del zar, encarnizarse rabiosamente contra la dictadura revolucionaria del proletariado. El contacto con los líderes de la revolución le consintió, al mismo tiempo, aquilatar su valor. Lenin y Trotsky se revelaron a sus ojos y a su conciencia, en un momento en que la civilización los rechazaba, como dos hombres de talla excepcional. Sadoul, poseído por la emoción que estremecía el alma rusa, se entregó gradualmente a la revolución. En julio de 1918 escribía a sus amigos, a Longuet, a Thomas, a Barbusse, a Romain Rolland: "Como la mayor parte de nuestros camaradas franceses, yo era antes de la guerra un socialista reformista, amigo de una sabia evolución, partidario resuelto de las reformas que una a una, vienen a mejorar la situación de los trabajadores, a aumentar sus recursos materiales e intelectuales, a apresurar su organización y a multiplicar su fuerza. Como tantos otros, yo vacilaba ante la responsabilidad de desencadenar, en plena paz social (en la medida en que es posible hablar de paz social dentro de un régimen capitalista), una crisis revolucionaria, inevitablemente caótica, costosa, sangrienta y que, mal conducida, podía estar destinada al fracaso. Enemigos de la violencia por encima de todo, nos habíamos alejado poco a poco de las sanas tradiciones marxistas. Nuestro evolucionismo impenitente nos había llevado a confundir el medio, esto es la reforma, con el fin, o sea la socialización general de los medios de producción y de cambio. Así nos habíamos separado, hasta perderla de vista de la única táctica socialista admisible, la táctica revolucionaria. Es tiempo de reparar los errores cometidos".

Noulens y sus secretarios denunciaron en Francia a Sadoul como un funcionario desleal. Les urgía inutilizarlo, invalidarlo como acusador de la incomprensión francesa. Clemenceau ordenó un proceso. El Partido Socialista designó a Sadoul candidato a una diputación. El pueblo era invitado, de este modo, a amnistiar al acusado. La elección habría sido entusiasta. Clemenceau decidió entonces inhabilitar a Sadoul. Un consejo de guerra se encargó de juzgarlo en contumacia y de sentenciarlo a muerte.

Sadoul tuvo que permanecer en Rusia. La amnistía de Herriot, regateada y mutilada por el Senado, no quiso beneficiarlo como a Caillaux y como a Marty. Sobre Sadoul continuó pesando una sentencia de muerte. Pero Sadoul comprendió que era, a pesar de todo, el momento de volver a Francia. La opinión popular, suficientemente informada sobre su caso, sabría defenderlo. A su llegada a París, la policía procedió a arrestarlo. Protestó la extrema izquierda. El gobierno respondió que Sadoul no estaba comprendido en la amnistía. Sadoul pidió que se reabriera su proceso. Y en enero último compareció ante el Consejo de Guerra. En esa audiencia, Sadoul habló como un acusador más bien que como un acusado. En vez de una defensa, la suya fue una requisitoria ¿Quién se había equivocado? No por cierto él, que había predicho la duración y que había advertido la solidez del nuevo régimen ruso. No por cierto él, que había preconizado una cooperación franco-rusa, recíprocamente respetuosa del igual derecho de ambos pueblos a elegir su propio gobierno, admitida ahora, en cierta forma, con la reanudación de las relaciones diplomáticas. No, no se había equivocado él; se había equivocado Noulens. El proceso Sadoul se transformaba en cierta forma en un proceso a Noulens. El Consejo de Guerra acordó la reapertura del proceso y la libertad condicional de Sadoul. Y luego pronunció su absolución. La historia se había anticipado a este fallo.

LA REVOLUCIÓN Y LA INTELIGENCIA

El grupo Clarté[183]

Los dolores y los horrores de la gran guerra han producido una eclosión de ideas revolucionarias y pacifistas. La gran guerra no ha tenido sino escasos y mediocres cantores. Su literatura es pobre, ramplona y oscura. No cuenta con un solo gran monumento. Las mejores páginas que se han escrito sobre la guerra mundial no son aquéllas que la exaltan, sino aquéllas que la detractan. Los más altos escritores, los más hondos artistas han sentido, casi unánimemente, una aguda necesidad de denunciarla y maldecirla como un crimen monstruoso, como un pecado terrible de la humanidad occidental. Los héroes de las trincheras no han encontrado cantores ilustres. Los portavoces de su gloria, desprovistos de todo gran acento poético, han sido periodistas y funcionarios. Poincaré —un abogado, un burócrata— ¿no es acaso el cantor máximo de la victoria francesa? La contienda última —contrariamente a lo que dicen los escépticos— no ha significado un revés para el pacifismo. Sus electos y sus influencias han sido, antes bien, útiles a las tesis pacifistas. Esta amarga prueba, no ha disminuido al pacifismo; lo ha aumentado. Y, en vez de desesperarlo, lo ha exasperado (la guerra, además, fue ganada por un predicador de la paz: Wilson. La victoria tocó a aquellos pueblos que creyeron batirse porque esta guerra fuese la última de las guerras). Puede afirmarse que se ha inaugurado un período de decadencia de la guerra y de decadencia del heroísmo bélico, por lo menos en la historia

183 Claridad.

del pensamiento y del arte. Ética y estéticamente, la guerra ha perdido mucho terreno en los últimos años. La humanidad ha cesado de considerarla bella. El heroísmo bélico no interesa como antes a los artistas. Los artistas contemporáneos prefieren un tema opuesto y antitético: los sufrimientos y los horrores bélicos. *El Fuego* quedará, probablemente, como la más verídica crónica de la contienda. Henri Barbusse como el mejor cronista de sus trincheras y sus batallas.

La inteligencia ha adquirido en suma, una actitud pacifista. Pero este pacifismo no tiene en todos sus adherentes las mismas consecuencias. Muchos intelectuales creen que se puede asegurar la paz al mundo a través de la ejecución del programa de Wilson. Y aguardan resultados mesiánicos de la Sociedad de las Naciones. Otros intelectuales piensan que el viejo orden social, dentro del cual son fatales la paz armada y la diplomacia nacionalista, es impotente e inadecuado para la realización del ideal pacifista. Los gérmenes de la guerra están alojados en el organismo de la sociedad capitalista. Para vencerlos es necesario, por consiguiente, destruir este régimen cuya misión histórica, de otro lado, está ya agotada. El núcleo central de esta tendencia es el grupo clartista que acaudilla, o, mejor dicho, representa Henri Barbusse.

Clarté, en un principio, atrajo a sus rangos no sólo a los intelectuales revolucionarios sino también a algunos intelectuales estacionados en el ideario liberal y democrático. Pero éstos no pudieron seguir la marcha de aquéllos.

Barbusse y sus amigos se solidarizaron cada vez más con el proletariado revolucionario. Se mezclaron, por ende, a su actividad política. Llevaron a la Internacional del Pensamiento hacia el camino de la Internacional Comunista. Esta era la trayectoria fatal de Clarté. No es posible entregarse a medias a la revolución. La revolución es una obra política. Es una realización concreta. Lejos de las muchedumbres que la hacen, nadie puede servirla eficaz y válidamente. La labor revolucionaria no puede ser aislada, individual, dispersa. Los intelectuales de verdadera filiación revolucionaria no tienen más remedio que aceptar un puesto en una acción colectiva. Barbusse es hoy un adherente, un soldado del Partido Comunista Francés. Hace algún tiempo presidió en Berlín un congreso de antiguos combatientes. Y desde la tribuna de este congreso

dijo a los soldados franceses del Ruhr que, aunque sus jefes se lo ordenasen no debían disparar jamás contra los trabajadoras alemanes. Estas palabras le costaron un proceso y habría podido costarle una condena. Pero pronunciarlas era para él un deber político.

Los intelectuales son, generalmente, reacios a la disciplina, al programa y al sistema. Su psicología es individualista y su pensamiento es heterodoxo: en ellos, sobre todo, el sentimiento de la individualidad es excesivo y desbordante. La individualidad del intelectual se siente casi siempre superior a las reglas comunes. Es frecuente, en fin, en los intelectuales el desdén por la política. La política les parece una actividad de burócratas y de rábulas: olvidan que así es tal vez en los períodos quietos de la historia, pero no en los períodos revolucionarios, agitados, grávidos, en que se gesta un nuevo estado social y una nueva forma política. En estos períodos la política deja de ser oficio de una rutinaria casta profesional. En estos períodos la política rebasa los niveles vulgares e invade y domina todos los ámbitos de la vida de la humanidad. Una revolución representa un grande y vasto interés humano. Al triunfo de ese interés superior no se oponen nunca sino los prejuicios y los privilegios amenazados de una minoría egoísta. Ningún espíritu libre, ninguna mentalidad sensible, puede ser indiferente a tal conflicto. Actualmente, por ejemplo, no es concebible un hombre de pensamiento para el cual no exista la cuestión social. Abundan la insensibilidad y la sordera de los intelectuales a los problemas de su tiempo; pero esta insensibilidad y esta sordera no son normales. Tienen que ser clasificadas como excepciones patológicas. "Hacer política —escribe Barbusse— es pasar del sueño a las cosas, de lo abstracto a lo concreto. La política es el trabajo efectivo del pensamiento social; la política es la vida. Admitir una solución de continuidad entre la teoría y la práctica, abandonar a sus propios esfuerzos a los realizadores, aunque sea concediéndoles una amable neutralidad, es desertar de la causa humana".

Tras de una aparente repugnancia estética de la política se disimula y se esconde, a veces, un vulgar sentimiento conservador. Al escritor y al artista no les gusta confesarse abierta y explícitamente reaccionarios. Existe siempre cierto pudor intelectual para solidarizarse con lo viejo y lo caduco. Pero, realmente, los intelectuales no son menos dóciles

ni accesibles a los prejuicios y a los intereses conservadores que los hombres comunes. No sucede, únicamente, que el poder dispone de academias, honores y riquezas suficientes para asegurarse una numerosa clientela de escritores y artistas. Pasa, sobre todo, que a la revolución no se llega sólo por una vía fríamente conceptual. La revolución más que una idea, es un sentimiento. Más que un concepto, es una pasión. Para comprenderla se necesita una espontánea actitud espiritual, una especial capacidad psicológica. El intelectual, como cualquier idiota, está sujeto a la influencia de su ambiente, de su educación y de su interés. Su inteligencia no funciona libremente. Tiene una natural inclinación a adaptarse a las ideas más cómodas; no a las ideas más justas. El reaccionarismo de un intelectual, en una palabra, nace de los mismos móviles y raíces que el reaccionarismo de un tendero. El lenguaje es diferente; pero el mecanismo de la actitud es idéntico.

Clarté no existe ya como esbozo o como principio de una Internacional del Pensamiento. La Internacional de la Revolución es una y única. Barbusse lo ha reconocido dando su adhesión al comunismo. Clarté subsiste en Francia como un núcleo de intelectuales de vanguardia, entregado a un trabajo de preparación de una cultura proletaria. Su proselitismo crecerá a medida que madure una nueva generación. Una nueva generación que no se contente con simpatizar en teoría con las reivindicaciones revolucionarias, sino que sepa, sin reservas mentales, aceptarlas, quererlas y actuarlas. Los clartistas, decía antes Barbusse, no tienen lazos oficiales con el comunismo; pero constatan que el comunismo internacional es la encarnación viva de un sueño social bien concebido. Clarté ahora no es sino una faz, un sector del partido revolucionario. Significa un esfuerzo de la inteligencia, por entregarse a la revolución y un esfuerzo de la revolución por apoderarse de la inteligencia. La idea revolucionaria tiene que desalojar ala idea conservadora no sólo de las instituciones sino también de la mentalidad y del espíritu de la humanidad. Al mismo tiempo que la conquista del poder; la revolución acomete la conquista del pensamiento.

Henri Barbusse

El caso de Barbusse es uno de los que mejor nos instruyen sobre el drama de la inteligencia contemporánea. Este drama no puede ser bien comprendido sino por quienes lo han vivido un poco. Es un drama silencioso, sin espectadores y sin comentadores, como casi todos los grandes dramas de la vida. Su argumento, dicho en pocas y pobres palabras, es este: la Inteligencia demasiado enferma de ideas negativas, escépticas; disolventes, nihilistas, no puede ya volver, arrepentida, a los mitos viejos y no puede todavía aceptar la verdad nueva. Barbusse ha sufrido todas sus dudas, todas sus vacilaciones. Pero su inquietud ha conseguido superarlas. En su alma se ha abierto paso una nueva intuición del mundo. Sus ojos, repentinamente iluminados, han visto aun resplandor en el abismo. Ese resplandor es la Revolución. Hacia él marcha Barbusse por la senda oscura y tempestuosa que a otros aterra.

Los libros de Barbusse marcan las diversas estaciones de la trayectoria de su espíritu. Los primeros libros de Barbusse, *Pleureuses*, versos, y *Les Suppliants*, novela, son dos estancias melancólicas de su poesía, son dos datos de su juventud. Su arte madura en *L'Enfer*[184] y en *Nous Autres*, libros desolados, pesimistas, acerbos. La poesía barbussiana llega al umbral de estos tiempos procelosos con una pesada carga de tristeza y desencanto. *L'Enfer* tiene un amargo acento de desesperanza. Pero el pesimismo de Barbusse no es cruel, no es corrosivo, como, por ejemplo,

184 Traducido al castellano con el título *El Infierno*.

el de Andreíev. Es un pesimismo piadoso, es un pesimismo fecundo. Barbusse constata que la vida es dolorosa y trágica; pero no la maldice. Hay en su poesía, aún en sus más angustiosas peregrinaciones, un amor, una caridad infinitos. Ante la miseria y el dolor humano, su gesto está siempre lleno de ternura y de piedad por el hombre. El hombre es débil, es pequeño, es miserable, es a veces grotesco. Y precisamente por esto no debe ser befado, no merece ser detractado.

Esta era la actitud espiritual de Barbusse cuando vino la guerra. Barbusse fue, uno de sus actores anónimos, uno de sus soldados ignotos. Escribió con la sangre de la gran tragedia una dolorosa crónica de las trincheras: *El Fuego*. *Le Feu*, describe todo el horror, toda la brutalidad, todo el fango, de la guerra, de esa guerra que la locura de Marinetti llamaba "la única higiene del mundo". Pero, sobre todo, *El Fuego* es una protesta contra la matanza. La guerra hizo de Barbusse un rebelde. Barbusse sintió el deber de trabajar por el advenimiento de una sociedad nueva. Comprendió la ineptitud y la esterilidad de las actitudes negativas. Fundó entonces el grupo Claridad, germen de una Internacional del Pensamiento. Clarte fue, en un principio, un hogar intelectual donde se mezclaban, con Henri Barbusse y Anatole France, muchos vagos pacifistas, muchos indefinidos rebeldes. La misma estructura espiritual tenía la Asociación Republicana de ex-combatientes, creada también por Barbusse para reunir alrededor del ideal pacifista a todos los soldados, a todos los vencidos de la guerra. Barbusse y Clarté siguieron la idea pacifista y revolucionaria hasta sus últimas consecuencias. Se dieron, se entregaron cada vez más a la revolución.

A este período de la vida de Barbusse pertenecen *La Lueur dans l'Abime*[185] y *Le Couteau entre les Dents*.[186] *El Cuchillo entre los Dientes* es un llamamiento a los intelectuales. Barbusse recuerda a los intelectuales el deber revolucionario de la inteligencia. La función de la inteligencia es creadora. No debe, por ende, conformarse con la subsistencia de una forma social que su crítica ha atacado y corroído tan enérgicamente. El ejército innumerable de los humildes, de los pobres, de los miserables,

185 "Un resplandor en el abismo".

186 "El cuchillo entre los dientes".

se ha puesto resueltamente en marcha hacia la Utopía que la inteligencia, en sus horas generosas, fecundas y videntes, ha concebido. Abandonar a los humildes, a los pobres, en su batalla contra la iniquidad es una deserción cobarde. El pretexto de la repugnancia a la política es un pretexto femenino y pueril. La política es hoy la única grande actividad creadora. Es la realización de un inmenso ideal humano. La política se ennoblece, se dignifica, se eleva cuando es revolucionaria. Y la verdad de nuestra época es la revolución. La revolución que será para los pobres no sólo la conquista del pan, sino también la conquista de la belleza, del arte, del pensamiento y de todas las complacencias del espíritu.

Barbusse no se dirige, naturalmente, a los intelectuales degradados por una larga y mansa servidumbre. No se dirige a los juglares, a los bufones, a los cortesanos del poder y del dinero. No se dirige a la turba inepta y emasculada de los que se contentan, ramplonamente, con su oficio de artesanos de la palabra. Se dirige a los intelectuales y artistas libres, a los intelectuales y artistas jóvenes. Se dirige a la inteligencia y al espíritu.

Les Enchainements[187]

Les Enchainements, el nuevo libro de Henri Barbusse, ¿es una novela o un poema? He ahí una cuestión que preocupa a la crítica. La crítica necesita, ordinariamente, antes de juzgar una obra, entenderse sobre su género. Pero, en este caso, la averiguación me parece un poco banal. *Les Enchainements* no se deja encerrar en ninguna de las casillas de la técnica literaria. Barbusse nos advierte en el prefacio de su obra de la dificultad de clasificarla. Como un Dante de su época, el poeta de *Le Feu* ha descendido al abismo del dolor universal. Ha penetrado en la realidad profunda de la historia. Ha interrogado a las muchedumbres de todas las edades. Y luego, ha reconstruido, encadenando sus episodios, la unidad de la tragedia humana para escribir este poema o esta novela, ha tenido que "aventurarse en un plan nuevo". "Cuando he ensayado condensar la evocación múltiple —escribe— me ha parecido tocar a tiendas formas de arte diversas: la novela, el poema, el drama y aun la gran perspectiva cinematográfica y la eterna tentación del fresco".

Se encuentra realmente, en *Les Enchainements*, elementos de todos estos medios de expresión artística. El nuevo libro de Barbusse no se ajusta a ninguna receta. Paul Souday lo anexa al género del *Fausto* de Goethe y de *Las Tentaciones de San Antonio* de Flaubert. Su sagacidad crítica esquiva los riesgos de una clasificación más específica.

---

187 Los encadenamientos (traducción literal).

En *Les Enchainements* la novela es un pretexto. El protagonista es un pretexto también. El poeta Serafín Tranchel no vive casi su vida actual. Revive su vida de otros siglos. Es un caso de individuo en quien se despierta la memoria ancestral, Barbusse aplica en su novela una teoría científica. La teoría de que "todas las impresiones sin excepción no solamente quedan inscritas, en potencia y en estado latente, en el cerebro, sino que se trasmiten integralmente de individuo a individuo". Y aquí surge, seguramente, para algunos, otra cuestión de procedimiento estético. ¿Se debe hacer intervenir a la ciencia en una obra de imaginación? El debate sería superfluo. La cuestión resulta impertinente, extraña, desplazada. Una obra de estas proporciones tenía que llevar el sello de la época y de la civilización a que pertenece. Tenía que representar la sensibilidad y cultura de un hombre de Occidente. Criatura de su siglo, Barbusse no podía explicarse sino científicamente las reminiscencias, los recuerdos ancestrales de su personaje. De otra suerte habría flotado en la atmósfera de la novela algo de esotérico, algo de sobrenatural que habría deforman do sus líneas. Ninguno de los ingredientes del laboratorio de Maeterlinck podía servir a Barbusse. La convención empleada simplifica, además, extremamente la arquitectura de *Les Enchainements*. Las visiones, las evocaciones de Serafín Tranchel se suceden, nítidas, lúcidas, plásticas, sin ningún nexo artificioso. Barbusse nos conduce parsimoniosamente por el Infierno, el Cielo y el Purgatorio. Su técnica suprime el viaje. De una edad nos hace pasar a otra edad. En cada episodio, en cada cuadro, el mismo drama reaparece dentro de un decorado distinto. No hay transiciones, no hay intervalos extraños a ese drama. Esto es lo que *Les Enchainements* tiene de cinematográfico, en la acepción noble de este adjetivo. Pero cada episodio, cada cuadro no es una titilante y fugitiva visión cinematográfica. Es un gran fresco. Las figuras no son escultóricas como las de los frescos de Miguel Ángel. Tienen más bien esa especie de vaguedad de los frescos de Puvis de Chavannes. Esa especie de vaguedad que tienen casi siempre los protagonistas barbussianos.

La técnica toda de *Les Enchainements*, si se ahonda en su génesis, es esencial y típicamente barbussiana. Barbusse emplea en esta obra el método de sus obras anteriores. *Le Feu* no es tampoco una novela. Es una crónica de las trincheras. Es un relato del horror bélico. El procedimiento

de *Les Enchainements* está, si se quiere, bosquejado en *L'Enfer*. El personaje, más que como un actor, se comporta como un espectador del drama humano que, por ser el drama de todos, es también su propio drama. Pero no hay en él solamente un espectador, sino, sobre todo, un iluminado, un vidente. Bajo las apariencias falaces de la vida, sus ojos aprehenden una eterna verdad trágica. En todos los hechos que contempla late una emoción idéntica.

Nuestra época aparecía, literariamente, como una época de decadencia del género épico. Barbusse sin embargo, ha escrito una obra épica. Epica porque se inspira en un sentimiento multitudinario. Epica porque tiene el acento de una canción de gesta. Nada importa que, al mismo tiempo, sea lírica como un evangelio. La preceptiva ha deformado demasiado el sentido de le épico y de lo lírico, con sus rígidas y escuetas definiciones. La épica renace. Pero no es ya la misma épica de la civilización capitalista. Es la épica larvada, e informe todavía, de la civilización proletaria. El literato del mundo que tramonta no logra casi asir sino lo individual. Su literatura se recrea en la descripción sutil de un estado de alma, en la degustación voluptuosa de un pecado o de un goce, en un juego mórbido de la fantasía. Literatura psicológica. Literatura psicoanalítica que elige sus sujetos en la costra enferma del planeta. Para el literato de la revolución existen otras categorías humanas y otros valores universales. Su mirada no descubre sólo los seres de excepción de la superficie. Vuela hacia otros ámbitos. Explora otros horizontes. El artista de la revolución siente la necesidad de interpretar el sueño oscuro de la masa, la ruda gesta de la muchedumbre. No le interesa, exclusiva y enfermizamente, el caso: le interesa, panorámica y totalmente, la vida. La vieja épica, era la exaltación del héroe; la nueva épica será la exaltación de la multitud. En sus cantos, los hombres dejarán de ser el coro anónimo e ignorado del hombre.

Vivimos todavía demasiado presos, dentro de los confines de una literatura decadente y moribunda, para presentir o concebir los contornos y los colores de un arte nuevo, en embrión, en potencia apenas. El propio. Barbusse procede, por ejemplo, de una escuela decadente de cuya influencia no puede hasta ahora liberarse del todo. Mas *Les Enchainements* no es un fenómeno solitario en la historia contemporánea. Aparecen desde hace tiempo signos precursores de un arte que, como las catedrales góticas, reposará sobre una fe multitudinaria. En algunos poemas de

Alejandro Blok —*enfant du siécle* como Barbusse— en *Los Escitas*, verbigracia, se siente ya el rumor caudaloso de un pueblo en marcha. Vladimir Mayaskowski, el poeta de la revolución rusa, preludia, más tarde, en su poema 150.000.000 una canción de gesta. Los animadores del nuevo teatro ruso ensayan en Moscú representaciones en que intervienen millares de personas y que Bertrand Russell comparó con los Misterios[188] de la Edad Media por su carácter imponente y religioso. El siglo del Cuarto Estado, el siglo de la revolución social, prepara los materiales de su épica y de Sus epopeyas ¿La misma guerra mundial no ha reclamado acaso el máximo homenaje para un símbolo de la masa: el soldado desconocido?

Ningún literato de Occidente manifiesta en su arte la misma ternura por el hombre, la misma pasión por la muchedumbre que Henri Barbusse. El autor de *L'Enfer* no se muestra atraído por el personaje. Se muestra atraído por los hombres. El argumento de todas las páginas es el drama humano. Drama uno y múltiple. Drama de todas las edades. Barbusse reivindica, con infinito amor, con vigorosa energía, la gloria humilde de la muchedumbre: «Es la cariátide —escribe— que ha cargado sobre su cuello toda la historia dorada de los otros».

En *Les Enchainements* este sentimiento aflora a cada instante. "Busca la aventura prodigiosa del número... Las multitudes que hacen la guerra... Las multitudes que hacen las cosas... El número ha cambiado la faz de la naturaleza. El número ha producido las ciudades. Las masas oscuras son la base de las montañas, el mundo se ensombrece gradualmente como una tempestad. Las líneas convergentes de las rutas, los tráficos y las expediciones se hunden en los bajos fondos, de los cuales se extrae la fuerza, la vida y la alteza misma de los reyes. Yo veo, semihundida en la tierra, semiahogada en el aire, a la cariátide".

Este sentimiento constituye el fondo del nuevo libro de Barbusse. *Les Enchainements* es el drama de la cariátide. Es la novela de este Atlas que porta el mundo sobre sus espaldas curvadas y sangrantes. Y este sentimiento distingue la épica de Barbusse de la épica antigua, de la épica clásica. Barbusse ve en la Historia lo que los demás tan fácilmente ignoran. Ve el dolor, ve el sufrimiento, ve la tragedia. Ve la trama

188 Representaciones teatrales de tipo religioso.

oscura y gruesa sobre la cual, olvidándola y negándola, bordan algunos hombres sus aventuras y su fama. La historia es una colección de biografías ilustres. Barbusse escruta sus *dessous*[189] En su libro todas las grandes ilusiones, todos los grandes mitos de la humanidad dejan caer su máscara. La revelación divina, la palabra rebelde, no han perdurado nunca puras. Han sido, por un instante, una esperanza. Han parecido renovar y redimir al mundo. Pero, poco a poco, han envejecido. Se han petrificado en una fórmula. Se han desvanecido en un rito. "La verdad no ha prevalecido contra el error sino a fuerza de parecérsele".

El ritmo del libro es doloroso. Sus visiones, como las de *L'Enfer*, son acerbamente dramáticas. Pero, libro pesimista como todos los de los profetas, como todos los de las religiones, *Les Enchainements* encierra una iluminada y suprema promesa. La verdad no ha triunfado antes porque no ha sabido ser la verdad de los pobres. Ahora se acerca, finalmente, el reino de los pobres, de los miserables, de los esclavos. Ahora la verdad viene en los brazos rudos de Espartaco. "El pueblo que del hombre no tenía sino el olor y que el hombre forzaba a no pensar sino con su carne; el número, anónimo como la tierra y como el agua, el gran muerto ha adquirido conciencia de sí mismo". Barbusse escucha la música furiosamente dulce de la Revolución. "He aquí —exclama— que vibra sonora esta cosa, este espectáculo: *Debout les damnés de la terre*".[190] El libro se cierra con una invocación a todos los hombres: *Par sagesse, par pitié, revoltes vous*[191].

¿Ha escrito Barbusse una obra maestra, su obra maestra? Otra pregunta impertinente. *Les Enchainements* es un libro de excepción que no es posible medir con las medidas comunes. Su puesto en la historia de la literatura no depende de su contingente mérito artístico que es, por supuesto, altísimo. Depende de que llegue o no a ser un evangelio de la Revolución, una profecía del porvenir. Y de que consiga encender en muchas almas la llama de una fe y crispar muchos puños en un gesto de rebeldía.

---

189 Debajo. Aquí debe entenderse como interioridades.

190 De pie, los malditos del mundo.

191 Por prudencia, por piedad, insurreccionaos.

Anatole France

El crepúsculo de Anatole France ha sido el de una vida clásica. Anatole France ha muerto lenta y compuestamente, sin prisa y sin tormento, como él, acaso, se propuso morir. El itinerario de su carrera fue siempre el de una carrera ilustre. France llegó puntualmente a todas las estaciones de la inmortalidad. No conoció nunca el retardo ni la anticipación. Su apoteosis ha sido perfecta, cabal, exacta, como los períodos de su prosa. Ningún rito, ninguna ceremonia ha dejado de cumplirse. A su gloria no le ha faltado nada: ni el sillón de la Academia de Francia, ni el Premio Nóbel.

Anatole France no era un agnóstico en la guerra de clases. No era un escritor sin opiniones políticas, religiosas y sociales. En el conflicto que desgarra la sociedad y la civilización contemporáneas no se había inhibido de tornar parte. Anatole France estaba por la revolución y con la revolución. "Desde el fondo de su biblioteca —como decía una vez un periódico francés— bendecía las empresas de la gran Virgen". Los jóvenes lo amábamos por eso.

Pero la adhesión a France, en estos tiempos de acérrima beligerancia, va de la extrema derecha a la extrema izquierda. Coinciden en el acatamiento al maestro reaccionario y revolucionario.

No han existido, sin embargo, dos Anatole France, uno parte uso externo deja burguesía y del orden, otro para regalo de la revolución y sus fautores: Acontece, más bien, que la personalidad de Anatole France tiene diversos lados, diversas facetas, diversos matices y que cada sector del

público se consagra a la admiración de su escorzo predilecta. La gente vieja, la gente moderada ha frecuentado, por ejemplo *La Rotisserie de la Reine Pedauque*[192] y ha paladeado luego, como un licor aristocrático, *Les opinions de Jerome Coignard*.[193] La gente nueva, en tanto, ha gustado de encontrar a France en compañía de Jaurés o entre los admiradores de Lenin.

Anatole France nos aparece un poco más complejo, un poco menos simple del France que nos ofrecen generalmente la crítica y sus lugares comunes. France ha vivido siempre en un mismo clima, aunque han pasado por su obra diversas influencias. Ha escrito durante más de cincuenta años, en tiempos muy versátiles, veloces y tornadizos. Su producción, por ende, corresponde a las distintas estaciones de su época heteróclita y cosmopolita. Primero acusa un gusto parnasiano, ático, preciosista; en seguida obedece una intención disolvente, nihilista, negativa; luego adquiere la afición de la utopía y de la crítica social. Pero bajo la superficie ondulante de estas manifestaciones, se advierte una línea persistente y duradera.

Pertenece Anatole France a la época indecisa, fatigada, en que madura la decadencia burguesa. Sus libros denuncian un temperamento educado clásicamente, nutrido de antigüedad; curado de romanticismo, amanerado, elegante y burlón. No llega France al escepticismo y al relativismo actual. Sus negaciones y sus dudas tienen matices benignos. Están muy lejos de la desesperanza incurable y honda de Andreiev, del pesimismo trágico de *El Infierno* de Barbusse y de la burla acre y dolorosa de *Vestir al desnudo* y otras obras de Pirandello. Anatole France huía del dolor. Era la suya un alma griega, enamorada de la serenidad y de la gracia. Su carne era una carne sensual como la de aquellos pretéritos abates liberales, un poco volterianos, que conocían a los griegos y los latinos más que el evangelio cristiano y que amaban, sobre todas las cosas, la buena mesa. Anatole France era sensible al dolor y a la injusticia. Pero le disgustaba que existieran y trataba de ignorarlos. Ponía sobra la tragedia humana la frágil espuma de su ironía. Su literatura es delicada, transparente y ática como el champagne. Es el champagne

192 El figón de la Reina Patoja.

193 Las opiniones de Jerónimo Coignard.

melancólico, el vino capitoso y perfumado de la decadencia burguesa; no es el amargo y áspero mosto de la revolución proletaria. Tiene contornos exquisitos y aromas aristocráticos. Los títulos de sus libros son de un gusto quintaesenciado y hasta decadente: *El estuche de nácar*, *El jardín de Epicuro*, *El anillo de amatista*, etc. ¿Qué importa que bajo la carátula de *El anillo de amatista* se oculte una procaz intención anticlerical? El fino título, el atildado estilo, bastan para ganar la simpatía y el consenso de la opinión burguesa. La emoción social, el latido trágico de la vida contemporánea quedan fuera de esta literatura. La pluma de France no sabe aprehenderlos. No lo intenta siquiera. El ánima y las pasiones de la muchedumbre se le escapan. "Sus finos ojos de elefante" no saben penetrar en la entraña oscura del pueblo; sus manos pulidas juegan felinamente con las cosas y los hombres de la superficie. France satiriza a la burguesía, la roe, la muerde con sus agudos, blancos y maliciosos dientes; pero la anestesia con el opio sutil de su estilo erudito y musical, para que no sienta demasiado el tormento.

Se exagera mucho el nihilismo y el escepticismo de France que, en verdad, son asaz leves y dulces. France no era tan incrédulo como parecía. Impregnado de evolucionismo, creía en el progreso casi ortodoxamente. El socialismo era para France una etapa, una estación del Progreso. El valor científico del socialismo lo conmovía más que su prestigio revolucionario: Pensaba France que la revolución vendría; Pero que vendría casi a plazo fijo. No sentía ningún deseo de acelerarla ni de precipitarla. La revolución le inspiraba un respeto místico, una adhesión un poco religiosa. Esta adhesión no fue, ciertamente, un episodio de su vejez. France dudó durante mucho tiempo; pero en el fondo de su duda y de su negación latía un ansia imprecisa de fe. Ningún espíritu, que se siente vacío, desierto, deja de tender, finalmente, hacia un mito, hacia una creencia. La duda es estéril y ningún hombre se conforma estoicamente con la esterilidad. Anatole France nació demasiado tarde para creer en los mitos burgueses; demasiado tempranos para renegarlos plenamente. Lo sujetaban a una época que no amaba, el pesada lastre del pasado, los sedimentos de su educación y su, cultura, cargados de nostalgias estéticas. Su adhesión a la revolución fue un acto intelectual más bien que un acto espiritual.

Las izquierdas se han complacido siempre de reconocer a Anatole France como una de sus figuras. Sólo con motivo de su jubileo, festejado por toda Francia, casi unánimemente, los intelectuales de la extrema izquierda sintieron la necesidad de diferenciarse netamente de él. Clarté, negó "al nihilista sonriente, al escéptico florido", el derecho al homenaje de la revolución. "Nacido bajo el signo de la democracia —decía Clarté— Anatole France queda inseparablemente unido a la Tercera República". Agregaba que "las pequeñas tempestades y las mediocres convulsiones de ésta" componían uno de los principales materiales de su literatura y que su escepticismo "pequeño truco al alcance de todas las bolsas y de todas las almas, era en suma el efecto de la mediocridad circundante".

Pero, malgrado estas discrepancias y oposiciones, nada más falso que la imagen de un Anatole France muy burgués, muy patriota, muy académico, que nos aderezan y sirven las cocinas de la crítica conservadora. No, Anatole France no era tan poca cosa. Nada le habría humillado y afligido más en su vida que la previsión de merecer de la posteridad ese juicio. La justicia de pobres, la utopía y la herejía de los rebeldes, tuvieron siempre en France un defensor. Dreyfusista[194] con Zolá hace muchos años, clartista con Barbusse hace muy pocos años, el viejo y maravilloso escritor insurgió siempre contra el viejo orden social. En todas las cruzadas del bien ocupó su puesto de combate. Cuando el pueblo francés pidió la amnistía de Andrés Marty, el marino del Mar Negro que no quiso atacar Odesa comunista, Anatole France proclamó el heroísmo y el deber de la indisciplina y la desobediencia ante una orden criminal. Varios de sus libros, *Opiniones sociales*, *Hacia los nuevos tiempos*, etc., señalan a la humanidad las vías del socialismo.

Otro de sus libros *Sobre la piedra blanca*, que tiende el vuelo hacia el porvenir y la utopía, es uno de los mejores documentos de su personalidad. Todos los elementos de su arte se conciertan y combinan en esas páginas admirables. Su pensamiento, alimentado de recuerdos de la antigüedad clásica, explora el porvenir distante desde un anciano proscenio. Las *dratriatis personae* de la novela, gente selecta, exquisita

194 Partidario de la revisión del proceso que condenó injustamente al capitán Alfredo Dreyfuss.

e intelectual, de alma al mismo tiempo antigua y moderna, se mueven en un ambiente grato a la literatura del maestro. Uno es un personaje auténticamente real y contemporáneo, Giacomo Boni, el arqueólogo del Foro Romano, a quien más de una vez he encontrado en alguna aula o en algún claustro de Roma. El argumento de la novela es una plática erudita entre Giacomo Boni y sus contertulios. El coloquio evoca a Galión, gobernador de Grecia, filósofo y literato romano, que habiéndose encontrado con San Pablo, no supo entender su extraño lenguaje ni presentir la revolución cristiana. Toda su sabiduría, todo su talento fracasaban ante el intento, superior a sus fuerzas, de ver en San Pablo algo más que un judío fanático, absurdo y sucio. Dos mundos estuvieron en ese encuentro frente a frente sin conocerse y sin comprenderse. Galión desdeñó a San Pablo como protagonista de la Historia; pero la Historia dio la razón al mundo de San Pablo y condenó el mundo de Galión. ¿No hay en este cuadro una anticipación de la nueva filosofía de la Historia? Luego, los personajes de Anatole France se entretienen en una previsión de la futura sociedad proletaria. Calculan que la revolución llegará hacia el fin de nuestro siglo.

La previsión ha resultado modesta y tímida. A Giacomo Boni y a Anatole France les ha tocado asistir, en el tramonto dorado de su vida, al orto sangriento de la revolución.

La revisión de la obra de Anatole France

En los funerales de Anatole France, todos los estratos sociales y todos los sectores políticos quisieron estar representados. La derecha, el centro y la izquierda, saludaron la memoria del ilustre hombre de letras. Los sobrevivientes del pasado, los artesanos del presente y los precursores del porvenir coincidieron, casi unánimes, en este homenaje fúnebre. La vieja guardia del partido comunista francés escoltó por las calles de París los restos de Anatole France. Hubo pocas abstenciones. *Pravda*, órgano oficial de Rusia sovietista, declaró que en la persona de Anatole France la vieja cultura tendía la mano a la humanidad nueva.

Pero este casi armisticio que, en una época de aguda beligerancia, colocaba la figura de Anatole France por encima de la guerra de clases, no duró sino un segundo. Fue sólo la ilusión de un armisticio. Algunos intelectuales de extrema derecha y de extrema izquierda sintieron la necesidad de esclarecer y de liquidar el equívoco. La juventud comunista francesa negó su voto a la gloria del maestro muerto. En un número especial de Clarté, cuatro escritores clartistas definieron agresivamente la posición antifrancista de su grupo. Y, por su parte, los representantes ortodoxos de la ideología reaccionaria, católica y tradicionalista, separándose de Charles Maurras, rehusaron su acatamiento a Anatole France, a quien no podían perdonar, ni aún *in extremis*,[195] el sentimiento anticristiano y anticlerical que constituye la trama espiritual de todo su arte.

195 Al final de su vida.

De esta revisión de la obra de Anatole France, únicamente las críticas de la extrema izquierda tienen verdadero interés histórico. Que la aristocracia y el medioevo excomulguen a Anatole France, por su paganismo y su nihilismo, no puede sorprender absolutamente a nadie. Anatole France no fue nunca un literato en olor de santidad católica y conservadora. Su filiación socialista situaba, normalmente, a France al lado del proletariado y de la revolución. France era comúnmente designado como un patriarca de los nuevos tiempos. La sola crítica nueva, la sola crítica iconoclasta que se formula contra su personalidad literaria es, por consiguiente, la que le discute y le cancela este título.

El documento más autorizado y característico de esta crítica es el panfleto de Clarté. Anatole France, como es notorio, dio su nombre y su adhesión al movimiento clartista. Suscribió con Henri Barbusse los primeros manifiestos de la Internacional del Pensamiento. Se enroló entre los defensores de la Revolución rusa. Se puso al flanco del comunismo francés. Su vejez, su fatiga, su gloria y su arterioesclerosis no le consintieron seguir a Clarté en su rápida trayectoria. Clarté marchaba aprisa, por una vía demasiado ruda, hacia la revolución. La culpa no era de Anatole France ni de Clarté. France pertenecía a una época que concluía; Clarté a una época que comenzaba. La historia, en suma, tenía que alejar a Clarté de Anatole France y de su obra.

La obra de France encuentra su más severo tribunal en el grupo de intelectuales organizado o bosquejado bajo su auspicio. Esta circunstancia confiere a la crítica de Clarté un valor singular.

Marcel Fourrier no cree que se pueda establecer una distinción entre France hombre de letras y France hombre político. Clarté no puede pronunciarse sobre una obra, cualquiera que esta obra sea, sin examinarla desde un punto de vista social. "Sobre este plano —escribe— y con pleno conocimiento de causa, nosotros repudiamos la obra de France. Estamos animados en esta revista por una preocupación demasiado viva de probidad intelectual para poder hablar diversamente a un público que aprecia la nuestra franqueza. La obra de France niega toda la ideología proletaria de la cual ha brotado la Revolución Rusa. Por su escepticismo superior y su retórica untuosa, France se halla singularmente emparentado a todo el linaje de socialistas burgueses". Luego estudia Fourrier los

móviles y los estímulos de la conducta de Franca den dos capítulos sustantivos de la historia francesa: la cuestión Dreyfus y la gran guerra. En ambos instantes, France sostuvo la política de la «unión sagrada». Su gaseoso pacifismo capituló ante el mito de la guerra por la democracia. A este pacifismo no tornó sino después de 1917 cuando Romain Rolland, Henri Barbusse y otros hombres habían suscitado ya una corriente pacifista.

El oportunismo mundano de Anatole France es acremente condenado por Jean Bernier. Con mordacidad y agudeza maltrata la estética del maestro, que "ajusta sus frases, combina sus proporciones y carda sus epítetos", perennemente fiel a un gusto mitad preciosista, mitad parnasiano. "El hombre, sus instintos y sus pasiones, sus amores y sus odios, sus sufrimientos y sus esfuerzos, todo esto resulta extraño a esta obra". Bernier se opone, con tanta vehemencia como Fourrier, a toda tentativa de anexar la literatura de Anatole France a la ideología de la revolución.

Otro de los escritores de Clarté, Edouard Berth, discípulo remarcable de Jorge Sorel, ve en Anatole France uno de los representantes típicos del fin de una cultura. Piensa que las dos familias espirituales, en que se ha dividido siempre la Francia burguesa, han tenido en Barres y en Anatole France sus últimos representantes. La cultura burguesa —dice— ha cantado en la obra de ambos escritores su canto del cisne. Observa Berth que nadie ama tanto al maestro como "ciertas mujeres, judías cerebrales, grandes burguesas *blasées*,[196] a quienes el epicureismo, aliado a un misticismo florido y perfumado y a un revolucionarismo distinguido, hace el efecto de una caricia inédita; y ciertos curas en quienes el catolicismo eso hijo del Renacimiento y de Horacio más que del Evangelio, prelados untuosos, finos humanistas y diplomáticos consumados de la corte romana".

Anatole France ha sido considerado siempre como un griego de las letras francesas. Contra este equívoco insurge George Michael, otro escritor, de Clarté, que desnuda la Grecia postiza de los humanistas franceses. La Grecia, que estos helenistas admiran y conocen, es la Grecia de la decadencia. Anatole France como todos ellos, se ha complacido y se

196 Cansadas, hastiadas.

ha deleitado en la evocación voluptuosa de la hora decadente, retórica, escéptica, crepuscular, de la civilización helénica.

Tales impresiones sobre el arte de Anatole France venían madurando, desde hace algún tiempo en la conciencia de los intelectuales nuevos. Ahora adquieren expresión y precisión. Pero, larvadas, bosquejadas, se difundían en la inteligencia y en el espíritu contemporáneo, especialmente en los sectores de vanguardia, desde el comienzo de la crisis post-bélica. A medida que esta crisis progresaba se sentía en una forma más categórica e intensa que Anatole France correspondía a un estado de ánimo liquidada por la guerra. Malgrado su adhesión a Claridad y a la Revolución rusa, Anatole France no Podía ser considerado como un artista o un pensador de la humanidad nueva. Esa adhesión expresaba, a lo sumo, lo que Anatole France quería ser; no lo que Anatole France era.

También de mi alma, como de otras, se borraba poco a poco la primera imagen de Anatole France. Hace tres meses, en un artículo escrito en ocasión de su muerte, no vacilé en clasificar a Anatole France como un literato fin de siglo. "Pertenece —dije— a la época indecisa, fatigada, de la decadencia burguesa".

Pienso, sin embargo, que la requisitoria de Clarté es, en algunos puntos, como todas las requisitorias, excesiva y extremada. En la obra de Anatole France es ciertamente, vano y absurdo buscar el espíritu de una humanidad nueva. Pero lo mismo se puede decir de toda la literatura de su tiempo. El arte revolucionario no precede a la Revolución. Alejandro Blok; cantor de las jornadas bolcheviques, fue antes de 1917 un literato de temperamento decadente y nihilista. Arte decadente también, hasta 1917, el de Mayaskowski. La literatura contemporánea no se puede librar de la enfermiza herencia que alimenta sus raíces. Es la literatura de una civilización que tramonta. La obra de Anatole France no ha podido ser una aurora. Ha sido, por eso, un crepúsculo.

Máximo Gorki y Rusia

Máximo Gorki es el novelista de los vagabundos, de los parias, de los miserables. Es el novelista de los bajos fondos, de la mala vida y del hambre. La obra de Gorki es una obra peculiar, espontánea, representativa de este siglo de la muchedumbre, del Cuarto Estado y de la revolución social. Muchos artistas contemporáneos extraen sus temas y sus tipos de los estratos plebeyos, de las capas inferiores: El alma y las pasiones burguesas son un tanto inactuales. Están demasiado exploradas. En el alma y las pasiones proletarias, en cambio, existen matices nuevos y líneas insólitas.

La plebe de las novelas y de los dramas de Gorki no es la plebe occidental. Pero es auténticamente la plebe rusa. Y Gorki no es sólo un narrador del romance ruso, sino también uno de sus protagonistas, No ha hecho la revolución rusa; pero la ha vivido. Ha sido uno de sus críticos, uno de sus cronistas y uno de sus actores.

Gorki no ha sido nunca bolchevique. A los intelectuales, a los artistas, les falta habitualmente la fe necesaria para enrolarse facciosa, disciplinada, sectariamente, en los rangos de un partido. Tienden a una actitud personal, distinguida y arbitraria ante la vida. Gorki, ondulante, inquieto, heterodoxo, no ha seguido rígidamente ningún programa y ninguna confesión política. En los primeros tiempos de la revolución dirigió un diario socialista revolucionario: la *Novaia Yzn*. Este diario acogió con desconfianza y enemistad al régimen sovietista. Tachó de teóricos y de utopistas a los bolcheviques. Gorki escribió que los bolcheviques

efectuaban un experimento útil a la humanidad, mortal para Rusia. Pero la raíz de su resistencia era más recóndita, más íntima, más espiritual. Era un estado de ánimo, un estado de erección contrarrevolucionaria común a la mayoría de los intelectuales. La revolución los trataba y vigilaba como a enemigos latentes. Y ellos se malhumoraban de que la revolución, tan bulliciosa, tan torrentosa, tan explosiva, turbase descortésmente sus sueños, sus investigaciones y su discursos. Algunos persistieron en este estado de ánimo. Otros se contagiaron, se inflamaron de fe revolucionaria. Gorki, por ejemplo, no tardó en aproximarse a la revolución. Los Soviets le encargaron la organización, y el rectorado de la casa de los intelectuales. Esta casa, destinada a salvar la cultura rusa de la marea revolucionaria, albergó, alimentó y proveyó de elementos de estudio y de trabajo a los hombres de ciencia y a los hombres de letras de Rusia. Gorki, entregado a la protección de los sabios y los artistas rusos, se convirtió así en uno de los colaboradores sustantivos del Comisario de Instrucción Pública, Lunatcharsky.

Vinieron los días de la sequía y de la escasez en la región del Volga. Una cosecha frustrada empobreció totalmente, de improviso, a varias provincias rusas, debilitadas y extenuadas ya por largos años de guerra y de bloqueo. Muchos millones de hombres quedaron sin pan para el invierno. Gorky sintió que su deber era conmover y emocionar a la humanidad con esta tragedia inmensa. Solicitó la colaboración de Anatole France, de Gerardo Hauptmann, de Bernard Shaw y de otros grandes artistas. Y salió de Rusia, más lejana y más extranjera entonces que nunca, para hablar a Europa de cerca. Pero no era ya el vigoroso vagabundo, el recio nómada de otros tiempos. Su vieja tuberculosis lo asaltó en el camino. Y lo obligó a detenerse en Alemania y a asilarse en un sanatorio. Un gran europeo, el sabio y explorador Nansen, recorrió Europa demandando auxilios para las provincias famélicas. Nansen habló en Londres, en París, en Roma. Dijo, bajo la garantía de su palabra insospechable y apolítica, que no se trataba de una responsabilidad del comunismo sino de un flagelo, de un cataclismo, de un infortunio. Rusia, bloqueada y aislada, no podía salvar a todos sus hambrientos. No había tiempo que perder. El invierno se acercaba. No socorrer inmediatamente a los hambrientos era abandonarlos a la muerte. Muchos, espíritus

generosos respondieron a este llamamiento. Las masas obreras dieron su óbolo. Mas el instante no era propicio para la caridad y la filantropía. El ambiente occidental estaba demasiado cargado de rencor y de enojo contra Rusia. La gran prensa europea acordó a la campaña de Nansen un favor desganado. Los estados europeos, insensibilizados, envenenados por la pasión, no se consternaron ante la desgracia rusa. Los socorros no fueron proporcionados a la magnitud de ésta. Varios millones de hombres se salvaron; pero otros varios millones perecieron. Gorky, afligido por esta tragedia, anatematizó la crueldad de Europa y profetizó el fin de la civilización europea. "El mundo —dijo— acaba de constatar un debilitamiento de la sensibilidad moral de Europa": ese debilitamiento es un síntoma de la decadencia y degeneración del mundo occidental. La civilización europea no era únicamente respetable por su riqueza técnica y material sino también por su riqueza moral. Ambas fuerzas le habían conferido autoridad y prestigio ante el Oriente. Venidas a menos, nada defiende a la civilización europea de los asaltos de la barbarie.

Gorki escucha una interna voz subconsciente que le anuncia la ruina de Europa. Esta misma voz le señala al campesino como a un enemigo implacable y fatal de la revolución rusa. La revolución rusa es una obra del proletariado urbano y de la ideología socialista, esencialmente urbana también. Los campesinos han sostenido a la revolución porque ésta les ha dado la posesión de la tierra. Pero otros capítulos de su programa no son igualmente inteligibles para la mentalidad y el interés agrarios. Gorki desespera de que la psicología egoísta y sórdida del campesino llegue a asimilarse a la ideología del obrero urbano. La ciudad es la sede, es el hogar de la civilización y de sus creaciones. La ciudad es la civilización misma. La psicología del hombre de la ciudad es más altruista y más desinteresada que la psicología del hombre de campo. Esto se observa no sólo en la masa campesina sino también en la aristocracia campesina: el temperamento del latifundista agrario es mucho menos elástico, menos ágil y menos comprensivo que el del latifundista industrial. Los magnates del campo están siempre en la extrema derecha; los magnates de la banca y de la industria prefieren una posición centrista y tienden al pacto y al compromiso con la revolución. La ciudad adapta al hombre al colectivismo; el campo estimula bravíamente

su individualismo. Y por esto, la última batalla entre el individualismo y el socialismo se librará, tal vez, entre la ciudad y el campo.

Varios estadistas europeos comparten, implícitamente, esta preocupación de Gorki. Caillaux, verbigracia, mira con inquietud y aprensión la tendencia de los campesinos de la Europa Central a independizarse del industrialismo urbano. Resurge en Hungría la pequeña industria rural. El campesino vuelve a hilar su lana y a forjar su herramienta. Intenta renacer una economía medioeval, una economía primitiva. La intuición, la visión de Gorki coincide con la constatación, con la verificación del hombre de ciencia:

Yo he hablado con Gorki de esta y otras cosas en diciembre de 1922 en el Neue Sanatorium de Saarow Ost. Su alojamiento estaba clausurado a todas las visitas extrañas, a todas las visitas insólitas. Pero María Feodorowna, la mujer de Gorki, me franqueó sus puertas. Gorki no habla sino ruso. María Feodorowna habla alemán, francés, inglés, italiano.

En ese tiempo Gorki escribía el tercer tomo de su autobiografía. Y comenzaba un libro sobre hombres rusos.

— ¿Hombres rusos?

—Sí, hombres que yo he visto en Rusia; hombres que he conocido; no hombres célebres, sino hombres interesantes.

Interrogué a Gorki acerca de sus relaciones con el bolchevismo. Algunos periódicos pretendían que Gorki andaba divorciado de sus líderes. Gorki me desmintió esta noticia. Tenía la intención de volver pronto a Rusia. Sus relaciones con los Soviets eran buenas, eran normales.

Hay en Gorki algo de viejo vagabundo, algo de viejo peregrino Sus ojos agudos, sus manos rústicas, su estatura un poco encorvada, sus bigotes tártaros. Gorki no es físicamente un hombre metropolitano; es, más bien, un hombre rural y campesino. Pero no tiene un alma patriarcal y asiática como Tolstoy. Tolstoy predicaba un comunismo campesino y cristiano. Gorki admira, ama y respeta las máquinas, la técnica, las ciencias occidentales, todas las cosas que repugnaban al misticismo de Tolstoy. Este eslavo, este vagabundo es, abstrusa y subconscientemente, un devoto, un fautor, un enamorado del Occidente y de su civilización.

Y, bajo los tilos de Saarow Ost, a donde no llegaban los rumores de la revolución comunista ni los alalás de la reacción fascista, sus ojos enfermos y videntes de alucinado veían con angustia aproximarse el tramonto y la muerte de una civilización maravillosa.

Alejandro Blok

En 1917 el Occidente ignoraba todavía al mayor poeta ruso del siglo XX. La revolución comunista se lo reveló. Los poemas inspirados a Blok por la revolución —*Los escitas* y *Los doce*— fueron los primeros poemas suyos traducidos y difundidos en varias lenguas occidentales. La celebridad de Blok empezó con estos poemas. Los públicos occidentales de 1920 se interesaban más por el bolchevique que por el poeta. Y Blok, en verdad, no era bolchevique. Sobre todo, no lo había sido nunca antes de 1918. En cambio era, y había sido siempre, un poeta. Una curiosidad y una inquietud, comunes a todos los intelectuales y a todos los artistas rusos de su tiempo, lo habían acercado a grupos y revistas que se ocupaban de temas sociales y políticos. Pero su psicología y su temperamento no le habían consentido sentir, apasionada y exaltadamente, la política y sus problemas. Su pensamiento político era oscuro y confuso. Blok daba a veces la impresión de razonar reaccionariamente. En los últimos años perteneció a la izquierda del partido socialista revolucionario. No militó nunca en el partido bolchevique. Poeta simbolista, su arte se nutrió, antes de la revolución, de nostalgias aristocráticas.

Su más intensa vida intelectual y artística trascurrió entre dos fechas culminantes de la historia de este siglo: 1905 y 1917. Estas dos fechas encierran el período en el cual se incubó la revolución bolchevique. El fracaso de la revolución de 1905 creó en Rusia una atmósfera sentimental de pesimismo y de desesperanza. La literatura rusa de ese tiempo es trágicamente nihilista y negativa. Es la literatura de una

derrota. Se clasifica como uno de los documentos de esa crisis del alma rusa una novela de Arzibachev: *Sanin*. Ésta y otras novelas de Arzibachev, *El extremo límite*, por ejemplo, reflejan un humor enfermo y neurótico. Pasan por sus escenas sombras de dolientes suicidas. Y en este mundo abúlico y alcohólico, discurre insolente y befardo, un personaje cínico y sensual que se propone vivir super-humanamente. Crisis de individualismo y de pesimismo disolventes y corrosivos. Andreiev y sus agonistas son también un producto de esta neurastenia.

Blok, principalmente, se parecía a uno de esos personajes atormentados, místicos y débiles de *Sanin*. Tal es, por lo menos, el retrato que de él nos han ofrecido, después de su muerte, algunos contemporáneos suyos. Z. Hippius, que trató a Blok entre 1901 y 1918, nos cuenta algunos capítulos de su romance. Blok, en el croquis de la Hippius, es un gran *enfant*[197] hiperestésico, bueno, un poco triste, preocupado por todo lo indecible, desprovisto de voluntad y de impulso. La Hippius presiente en él, desde los primeros encuentros, un hombre dulcemente trágico. Su vida se anuncia gris, pálida, estéril. Y Blok acepta este destino sin rebeldía y sin protesta. Una de las características de su psicología parece ser, según el relato de la Hippius, la no defensa. El matrimonio, la filosofía, el alcohol y, un poco la política, se combinan, más tarde, en su destino. Hay un instante, sin embargo, en que la vida y el alma de Alejandro Blok se iluminan súbitamente. Es el instante en que su esposa le da un hijo. Su existencia adquiere entonces una pulsación nueva. Cesa, por un momento, de ser una existencia sin objeto y sin esperanza. Pero el niño nace condenado a muerte. Y muere a los diez días de su nacimiento. El destino del poeta vuelve a ensombrecerse. Blok parte para un viaje. El viaje es para su tristeza un alcohol nuevo. Blok se embriaga, se abandona, se fastidia. Retorna a Petrogrado más lunático y más taciturno que antes. Llegan los tiempos de la guerra. Viene, después, la revolución. Y, por segunda vez, Blok descubre una estrella. La Hippius, contrarrevolucionaria acérrima y rencorosa, nos dice que en esos días Blok hablaba como en los días del nacimiento de su hijo. La revolución era otra cosa que nacía en su vida y, acaso, en parte de su vida. El dormido *elan* vital

197 Infante, niño.

de Blok despertó para ordenar al poeta que se entregase íntegro a la revolución. Fue por este camino que Alejandro Blok, poeta simbolista, de espíritu y estirpe aristocráticos, se sumó al bolchevismo. La pobre Hippius llama a esta repentina, imperiosa e irresistible inspiración, "su caída". Su "profunda y dolorosa caída" escribe la Hippius, con una compasión conmovedoramente sincera y estúpida.

Los días más exaltados, más febriles, más intensos de la vida y la poesía de Alejandro Blok fueron, sin duda, los de la revolución. Pero para el poeta de *Los doce* y de *Los escitas* este acontecimiento arribó demasiado tarde. Blok no podía ya rehacer su vida. La revolución reclamaba esfuerzos heroicos. Blok sintió muy pronto que en este esfuerzo, en esta tensión, se rompían su alma y su cuerpo exhaustos. En la llama devoradora de la revolución se quedó la última brizna de su voluntad. Blok murió en 1921, deshecho, quebrado, vencido por el postrer esfuerzo.

Máximo Gorki ha escrito últimamente su recuerdo de Blok. Este recuerdo está casi totalmente ocupado por un diálogo de Gorki y Blok en un jardín de Petrogrado. Diálogo en el cual Blok se mostró, como siempre, torturado, obsesionado por su afán de discutir y comprender el sentido de la vida, de la muerte, del amor. Gorki interrogado, respondió que estos eran pensamientos íntimos que él guardaba para sí. "Hablar de mí mismo es un arte sutil que yo no poseo". Blok se exasperó: "Usted esconde lo que usted piensa del espíritu de la verdad. ¿Por qué?" Y, después de un rato de divagación neurasténica, tornó a interrogar a Gorki: "¿Qué piensa usted de la inmortalidad, de la posibilidad de la inmortalidad?" La respuesta metafísicamente materialista de Gorki le pareció un poco ininteligible y un poco humorística. Luego, barajó sombríamente algunas ideas penetrantes, pero inútiles para componer una concepción positiva de la vida. Y cayó en una desolación acerba. "¡Si nosotros pudiéramos cesar completamente de pensar aunque no fuese sino durante diez años! Extinguir este fuego engañador que nos atrae siempre más adentro en la noche del mundo y escuchar con nuestro corazón la armonía universal. El cerebro, el cerebro… Es un órgano poco seguro, monstruosamente grande, monstruosamente desarrollado. Hinchado como un bocio". Blok se planteaba a sí mismo incesantemente todas, las cuestiones. Una de las que más le preocupaba, en los últimos tiempos; era la de la posición y el deber de los,

intelectuales frente a la revolución social. Blok sabía y sentía cuál era el mal de los intelectuales. Reconocía en él su propio mal. Lo definía, lo diagnosticaba con una clarividencia trágica de alucinado. No ignoraba absolutamente nada de su debilidad y su impotencia. En uno de sus ensayos, revelados al Occidente después de su muerte, explica así su tragedia: "La línea que separa a los intelectuales del pueblo de Rusia, ¿es verdaderamente una línea infranqueable? En tanto que subsista esta barreta los intelectuales están condenados a errar, a agitarse vanamente, a degenerar en círculo sin salida. La inteligencia no tiene, ninguna razón de renegarse a sí misma mientras, no crea que pueda haber en esta actitud una directa necesidad vital. No solamente le es imposible renegarse. Sino que puede confirmar todas sus flaquezas, hasta la flaqueza del suicidio. ¿Qué replicaré yo a un hombre a quien conduce al suicidio las exigencias de su individualismo, de su demonismo, de su estética o, en fin, la muy corriente inducción de la desesperanza y de la angustia? ¿Qué objetaré, si yo mismo amo la estética, el individualismo y la desesperanza; si yo mismo, como él, soy un intelectual? ¿Si no hay en mí nada que yo pueda amar más que esta predilección amorosa del individualismo, más que mi angustia que acompaña siempre, como una sombra, esta predilección?" Y precisa Blok en el mismo ensayo, el contraste entre el alma del intelectual y el alma de las masas: "Si los intelectuales se impregnan cada día más de la voluntad de muerte, el pueblo desde tiempos lejanos porta en sí, la voluntad de vida. Se comprende, pues, por qué aún el incrédulo se dirija a veces hacia el pueblo pidiéndole la fuerza de vivir: obra simplemente por instinto de conservación, pero encuentra el silencio, el desprecio, una indulgente piedad: es detenido ante la línea inaccesible; se rompe tal vez contra algo más terrible que lo que podía prever". El poeta de *Los doce* y de *Los escitas* quiso, en estos poemas, ser el poeta de la revolución rusa. No fue su culpa si no pudo serlo por mucho tiempo. Su alma había absorbido, en treinta y ocho años, todos los venenos de una época de decadencia. Y su conciencia, lúcida y sensible, se sentía irremediablemente envenenada.

Pero su destino quiso que su poesía saludara el alba de la época nueva. El poeta tuvo, al final de su existencia, un instante de exaltación y de plenitud. Después, se irguió ante él la barrera infranqueable. Las manos transidas de Blok, torcían ya, tal vez, la cuerda del suicidio, cuando arribó sola la muerte.

George Grosz

George Grosz, reputado como uno de los mayores dibujantes de Alemania, desconcierta con su agresividad a los públicos europeos. Merece ser presentado como el autor de la más vehemente requisitoria que, en los últimos tiempos, se haya pronunciado contra la vieja Alemania.

Grosz ha hecho el retrato más genial y más crudo de la burguesía tudesca. Sus dibujos desnudan el alma de los *junckers*,[198] los banqueros, los rentistas etc. De toda la adiposa y ventruda gente a la cual el pobrediablismo de otros artistas respeta y saluda servilmente como a una elite. Grosz define, mejor que ningún artista, mejor que ningún literato, mejor que ningún psiquiatra, los tipos en quienes se concreta la decadencia espiritual, la miseria psíquica de una casta agotada y decrépita. Es un psicólogo. Es un psicoanalista.

La psicología de sus personajes acusa constantemente una baja sensualidad. El lápiz de Grosz estudia todos los estados y todos los gestos de su libídine. Libídine de dinero y libídine carnal. En la atmósfera de sus restaurants, de sus casinos, de sus cabarets, flota un relente de sensualidad exasperada. El repleto *schieber*,[199] delante de la mesa donde ha cenado en la grata compañía de una amiga pingüe, degusta su champaña con un regüeldo de digestión obscena.

---

198 Terratenientes prusianos.

199 Bandeja.

No es George Grosz, sin embargo, un caricaturista. Su arte no es bufo. Ante uno de sus dibujos, no es el caso de hablar de caricatura. George Grosz no deforma, cómicamente, la naturaleza. La interpreta, la desviste, con una terrible fuerza para poseer y revelar su íntima verdad. Pertenece este artista a la categoría de Goya. Es un Goya explosivo. Un Goya moderno. Un Goya revolucionario. En esta época se le podría clasificar teóricamente dentro del superrealismo. René Arcos, a propósito de esta clasificación, escribe que para designar su tendencia la palabra realismo le parece ampliamente suficiente. "Si algunos han creído que este vocablo merecía pasar al retiro —opina— es porque no ha encontrado todavía servidores dignos de él. Nadie pensará siquiera sostener que los artistas y escritores de la época naturalista no se han contado entre los menos realistas. Todos casi se han detenido en la apariencia exterior de los seres y de las cosas. El realismo se encuentra aún en sus comienzos. Me refiero al realismo interior, al intrarealismo, si esta palabra no asusta".

Superrealista o realista, George Grosz es un artista del más alto rango. Su dibujo, de una simplicidad infantil, es, al mismo tiempo, de una fuerza de expresión que parece superar todas las posibilidades. Cuenta Grosz que la manera de los niños lo sedujo siempre. En este rasgo de su arte se reconoce y se identifica uno de los sentimientos que lo emparientan con el expresionismo y, en general, con las escuelas del arte ultra-moderno.

Piensa Grosz que un impulso revolucionario mueve al verdadero artista. El verdadero artista trabaja sin preocuparse del gusto y del consenso de su época. Le importa poco estar de acuerdo con sus contemporáneos. Lo que le importa es estar de acuerdo consigo mismo. Obedece a su inspiración individual. Produce para el porvenir. Deja su obra al fallo de las generaciones futuras. Sabe que la humanidad cambiará. Se siente destinado a contribuir con su obra a este cambio.

En sus primeros tiempos, Grosz se entregó, como otros artistas nacidos bajo el mismo signo, a un escéptico y desesperado individualismo. Se encastilló en una enfermiza superestimación del arte. Sufrió una crisis de aguda y acérrima misantropía. Los hombres, según su pesimista filosofía de entonces, se distinguían en dos especies: malvados e imbéciles. La guerra modificó totalmente su ególatra y huraña concepción de la vida y de la humanidad. "Muchos de mis camaradas —dice

Grosz— acogían bien mis dibujos, compartían mis sentimientos. Esta constatación me produjo más placer que la recompensa de un *amateur*[200] cualquiera de cuadros, que podía apreciar mi trabajo únicamente bajo el punto de vista especulativo. En esa época yo empecé a dibujar no sólo porque en esto encontraba una complacencia sino porque otros participaban de mi estado de espíritu. Comencé a ver que existía un fin mejor que el de trabajar para sí o para los comerciantes de cuadros".

El caso Grosz, desde este punto de vista, se semeja al caso Barbusse. Como Barbusse, Grosz procedía de una generación escéptica, individualista y negativa. La guerra le enseñó un camino nuevo. La guerra le reveló que los hombres que repudian y condenan el presente no están solos. En las trincheras, Grosz descubrió a la humanidad. Antes no había conocido sino a su sedicente elite; la costra muerta e inerme que flota sobre la superficie de las aguas inquietas y vivientes. "Hoy —declara Grosz— ya no odio a los hombres sin distinción; hoy, odio vuestras malas instituciones y sus defensores. Y Si tengo una esperanza es la de ver desaparecer estas instituciones y la clase que las protege. Mi trabajo está al servicio de esta esperanza. Millones de hombres la comparten conmigo: millones de hombres que no son evidentemente *amateurs* de arte, ni mecenas, ni mercaderes de cuadros».

Este arte —del cual el público elegante y la crítica burguesa no perciben y admiran sino los elementos formales y exteriores, el humorismo, la técnica, la agresividad, la penetración— se alimenta de una emoción religiosa, de un sentimiento místico. La fuerza de expresión de Grosz nace de su fe, de su *pathos*. El escritor italiano Italo Tavolato constata, acertadamente, que la obra de Grosz se eleva a un dominio metafísico. "El burgués —dice— tal como lo entiende Grosz, equivale al pecador del mito cristiano, símbolo el uno y el otro de la imperfección orgánica, personificaciones irresponsables de los defectos de la creación, productos de una experiencia frustrada de la naturaleza. Y si, como lo quieren todas las religiones, el primero y el único deber del hombre es la perfección, es decir el genio, el burgués es en este caso aquel que no ha tenido el ánimo de conquistar un rango superior en la humanidad, que

200 Aficionado.

no ha sabido adueñarse de algunas partículas de la sustancia divina, que por el contrario se ha resignado y fosilizado a medio camino".

Es esto lo que diferencia a George Grosz de otros artistas de las escuelas de vanguardia. Es esto lo que da profundidad a su realismo. La mayor parte de los expresionistas, de los futuristas, de los cubistas, de los superrealistas,[201] etc., se debaten en una búsqueda exasperada y estéril que los conduce a las más bizarras e inútiles aventuras. Su alma está vacía; su vida está desierta. Les falta un mito, un sentimiento, una mística, capaces de fecundar su obra y su inspiración. Les preocupa el instrumento; no les preocupa el fin. Una vez hallado, el instrumento no les sirve sino para inventar una nueva escuela. Grosz es un poco súperrealista, un poco dadaísta, un poco futurista. Pero a ninguna de estas escuelas —en ninguna de las cuales su genio se deja encasillar— le debe los ingredientes espirituales, los elementos superiores de su arte.

201 Ver los ensayos del capítulo "Tópicos de arte moderno" en el tomo III de la presente edición (N. de los E.).

Marinetti y el futurismo

El futurismo no es —como el cubismo, el expresionismo y el dadaísmo— únicamente una escuela o una tendencia de arte de vanguardia. Es, sobre todo, una cosa peculiar de la vida italiana. El futurismo no ha producido, como el cubismo, el expresionismo y el dadaísmo, un concepto o una forma definida o peculiar de creación artística. Ha adoptado, parcial o totalmente, conceptos o formas de movimientos afines. Más que un esfuerzo de edificación de un arte nuevo ha representado un esfuerzo de destrucción del arte viejo. Pero ha aspirado a ser no sólo un movimiento de renovación artística sino también un movimiento de renovación política. Ha intentado casi ser una filosofía. Y, en este aspecto, ha tenido raíces espirituales que se confunden o enlazan con las de otros fenómenos de la historia contemporánea de Italia.

Hace quince años del bautizo del futurismo. En febrero de 1909, Marinetti y otros artistas suscribieron y publicaron en París el primer manifiesto futurista. El futurismo aspiraba a ser un movimiento internacional. Nacía, por eso, en París. Pero estaba destinado a adquirir, poco a poco, una fisonomía y una esencia fundamentalmente italianas. Su *duce*, su animador, su caudillo, era un artista de temperamento italianísimo: Marinetti, ejemplar típico de latino, de italiano, de meridional. Marinetti recorrió casi toda Europa. Dio conferencias en París, en Londres, en Petrogrado. El futurismo, sin embargo, no llegó a aclimatarse duradera y vitalmente sino en Italia. Hubo un instante en que en los rangos del futurismo militaron los más sustanciosos artistas de la Italia actual: Papini,

Govoni, Palazeschi, Folgore y otros. El futurismo era entonces un impetuoso y complejo afán de renovación.

Sus líderes quisieron que el futurismo se convirtiese en una doctrina, en un dogma. Los sucesivos manifiestos futuristas tendieron a definir esta doctrina, este dogma. En abril de 1909 apareció el famoso manifiesto contra el claro de luna. En abril de 1910 el manifiesto técnico de la pintura futurista, suscrito por Boccioni, Carrá, Russolo, Balla, Severini, y el manifiesto contra Venecia pasadista. En enero de 1911 el manifiesto de la mujer futurista por Valentine de Saint Point. En abril de 1912 el manifiesto de la escultura futurista por Boccioni. En mayo el manifiesto de la literatura futurista por Marinetti. En pintura, los futuristas plantearon esta cuestión: que el movimiento y la luz destruyen la materialidad de los cuerpos. En música, iniciaron la tendencia a interpretar el alma musical de las muchedumbres, de las fábricas, de los trenes, de los transatlánticos. En literatura, inventaron *las palabras en libertad*. *Las palabras en libertad* son una literatura sin sintaxis y sin coherencia. Marinetti la definió como una obra de «imaginación sin hilos».

En octubre de 1913 los futuristas pasaron del arte a la política. Publicaron un programa político que no era, como los programas anteriores, un programa internacional sino un programa italiano. Este programa propugnaba una política extranjera "agresiva, astuta, cínica". En el orden exterior, el futurismo se declaraba imperialista, conquistador, guerrero. Aspiraba a una anacrónica restauración de la Roma Imperial. En el orden interno, se declaraba antisocialista y anticlerical. Su programa, en suma, no era revolucionario sino reaccionario. No era futurista, sino pasadista. Concepción de literatos, se inspiraba sólo en razones estéticas.

Vinieron, luego, el manifiesto de la arquitectura futurista y el manifiesto del teatro sintético futurista. El futurismo completó así su programa ómnibus. No fue ya una tendencia sino un haz, un fajo de tendencias. Marinetti daba a todas estas tendencias un alma y una literatura comunes. Era Marinetti en esa época uno de los personajes más interesantes y originales del mundo occidental. Alguien lo llamó «la cafeína de Europa».

Marinetti fue en Italia uno de los más activos agentes bélicos. La literatura futurista aclamaba la guerra como la «única higiene del mundo».

Los futuristas excitaron a Italia a la conquista de Tripolitania. Soldado de esa empresa bélica, Marinetti extrajo de ella varios motivos y ritmos para sus poemas y sus libros. *Mafarka*, por ejemplo, es una novela de ostensible y cálida inspiración africana. Más tarde, Marinetti y sus secuaces se contaron entre los mayores agitadores del ataque a Austria.

La guerra dio a los futuristas una ocupación adecuada a sus gustos y aptitudes. La paz, en cambio, les fue hostil. Los sufrimientos de la guerra generaron una explosión de pacifismo. La tendencia imperialista y guerrera, declinó en Italia. El Partido Socialista y el Partido Católico ganaron las elecciones e influyeron acentuadamente en los rumbos del poder. Al mismo tiempo inmigraron a Italia nuevos conceptos y formas artísticas francesas, alemanas, rusas. El futurismo cesó de monopolizar el arte de vanguardia. Carrá y otros divulgaron en la revista *Valori Plastici*[202] las novísimas corrientes del arte ruso y del arte alemán. Evolá fundó en Roma una capilla dadaísta. La casa de arte Bragaglia y su revista *Cronache di Attualitá*,[203] alojaron las más selectas expresiones del arte europeo de vanguardia. Marinetti, nerviosamente dinámico, no desapareció ni un minuto de la escena. Organizó con uno de sus tenientes, el poeta Cangiullo, una temporada de teatro futurista. Disertó en París y en Roma sobre el tactilismo. Y no olvidó la política. El bolchevismo era la novedad del instante. Marinetti escribió *Más allá del comunismo*. Sostuvo que la ideología futurista marchaba adelante de la ideología comunista. Y se adhirió al movimiento fascista.

El futurismo resulta uno de los ingredientes espirituales e históricos del fascismo. A propósito de D'Annunzio, dije que el fascismo es d'annunziano. El futurismo, a su vez, es una faz del d'annunzianismo. Mejor dicho, d'annunzianismo y marinettismo son aspectos solidarios del mismo fenómeno. Nada importa que D'Annunzio se presente como un enamorado de la forma clásica y Marinetti como su destructor. El temperamento de Marinetti es, como el temperamento de D'Annunzio, un temperamento pagano, esteticista, aristocrático, individualista. El paganismo de D'Annunzio se exaspera y extrema en Marinetti. Marinetti

202 Valores plásticos.

203 Crónicas de actualidad.

ha sido en Italia uno de los más sañudos adversarios del pensamiento cristiano. Arturo Labriola considera acertadamente a Marinetti como uno de los forjadores psicólogos del fascismo. Recuerda que Marinetti ha predicado a la juventud italiana el culto de la violencia, el desprecio de los sentimientos humanitarios, la adhesión a la guerra, etc.

Y el ambiente fascista, por eso, ha propiciado un retoñamiento del futurismo. La secta futurista se encuentra aún en plena actividad. Marinetti vuelve a sonar bulliciosamente en Italia con motivo de su libro sobre *Futurismo y Fascismo*. En un escrito de este libro, publicado ya en su revista *Noi*, reafirma su filiación nietzschana y romántica. Preconiza el advenimiento pagano de una artecracia. Sueña con una sociedad organizada y regida por artistas, en vez de esta sociedad organizada y regida por políticos. Opone a la idea colectivista de la igualdad la idea individualista de la desigualdad. Arremete contra la justicia, la fraternidad, la democracia.

Pero políticamente el futurismo ha sido absorbido por el fascismo. Dos escritores futuristas, Settimelli y Carli, dirigen en Roma el diario *L'Impero*, extremistamente reaccionario y fascista. Settimelli dice en un artículo de *L'Impero* que "la monarquía absoluta es el régimen más perfecto". El futurismo ha renegado, sobre todo, sus antecedentes anticlericales e iconoclastas. Antes, el futurismo quería extirpar de Italia los museos y el Vaticano. Ahora, los compromisos del fascismo lo han hecho desistir de este anhelo. El Fascismo se ha mancomunado con la Monarquía y con la Iglesia. Todas las fuerzas tradicionalistas, todas las fuerzas del pasado, tienden necesaria e históricamente a confluir y juntarse. El futurismo se torna, así, paradójicamente pasadista. Bajo el gobierno de Mussolini y las camisas negras, su símbolo es el *fascio littorio* de la Roma Imperial.

EL MENSAJE DE ORIENTE

Oriente y Occidente

La marea revolucionaria no conmueve sólo al Occidente. También el Oriente está agitado, inquieto, tempestuoso. Uno de los hechos más actuales y trascendentes de la historia contemporánea es la transformación política y social del Oriente. Este período de agitación y de gravidez orientales coincide con un período de insólito y recíproco afán del Oriente y del Occidente por conocerse, por estudiarse, por comprenderse.

En su vanidosa juventud la civilización occidental trató desdeñosa y altaneramente a los pueblos orientales. El hombre blanco consideró necesario, natural y lícito su dominio sobre el hombre de color. Usó las palabras oriental y bárbaro como dos palabras equivalentes. Pensó que únicamente lo que era occidental era civilizado. La exploración y la colonización del Oriente no fue nunca oficio de intelectuales, sino de comerciantes y de guerreros. Los occidentales desembarcaban en el Oriente sus mercaderías y sus ametralladoras, pero no sus órganos ni sus aptitudes de investigación, de interpretación y de captación espirituales. El Occidente se preocupó de consumar la conquista material del mundo oriental; pero no de intentar su conquista moral. Y así el mundo oriental conservó intactas su mentalidad y su psicología. Hasta hoy siguen frescas y vitales las raíces milenarias del islamismo y del budismo. El hindú viste todavía su viejo *khaddar*.[204] El japonés, el más saturado de occidentalismo de los orientales, guarda algo de su esencia *samuray*.[205]

---

204 Traje nacional hindú.

205 Casta guerrera del Japón.

Pero hoy que el Occidente, relativista y escéptico, descubre su propia decadencia y prevé su próximo tramonto, siente la necesidad de explorar y entender mejor el Oriente. Movidos por una curiosidad febril y nueva, los occidentales se internan apasionadamente en las costumbres, la historia y las religiones asiáticas. Miles de artistas y pensadores extraen del Oriente la trama y el color de su pensamiento y de su arte. Europa acopia ávidamente pinturas japonesas y esculturas chinas, colores persas y ritmos indostanos. Se embriaga del orientalismo que destilan el arte, la fantasía y las vidas rusas. Y confiesa casi un mórbido deseo de orientalizarse.

El Oriente, a su vez, resulta ahora impregnado de pensamiento occidental. La ideología europea se ha filtrado abundantemente en el alma oriental. Una vieja planta oriental, el despotismo, agoniza socavada por estas filtraciones. La China, republicanizada, renuncia a su muralla tradicional. La idea de la democracia, envejecida en Europa, retoña en Asia y en África. La diosa Libertad es la diosa más prestigiosa del mundo colonial, en estos tiempos en que Mussolini la declara renegada y abandonada por Europa. ("A la diosa Libertad la mataron los demagogos", ha dicho el *condottiere* de los camisas negras). Los egipcios, los persas, los hindúes, los filipinos, los marroquíes, quieren ser libres.

Acontece, entre otras cosas, que Europa cosecha los frutos de su predicación del período bélico. Los aliados usaron durante la guerra, para soliviantar al mundo contra los austro-alemanes, un lenguaje demagógico y revolucionario. Proclamaron enfática y estruendosamente el derecho de todos los pueblos a la independencia. Presentaron la guerra contra Alemania como una cruzada por la democracia. Propugnaron un nuevo Derecho Internacional. Esta propaganda emocionó profundamente a los pueblos coloniales. Y terminada la guerra, estos pueblos coloniales anunciaron, en el nombre de la doctrina europea, su voluntad de emanciparse.

Penetra en el Asia, importada por el capital europeo, la doctrina de Marx. El socialismo que, en un principio, no fue sino un fenómeno de la civilización occidental, extiende actualmente su radio histórico y geográfico. Las primeras internacionales obreras fueron únicamente instituciones occidentales. En la Primera y en la Segunda Internacional no estuvieron representados sino los proletarios de Europa y de América.

Al Congreso de fundación de la Tercera Internacional en 1920 asistieron, en cambio, delegados del Partido Obrero Chino y de la Unión Obrera Coreana. En los siguientes congresos han tomado parte diputaciones persas, turquestanas, armenias. En agosto de 1920 se efectuó en Bakú, apadrinada y provocada por la Tercera Internacional, una conferencia revolucionaria de los pueblos orientales. Veinticuatro pueblos orientales concurrieron a esa conferencia. Algunos socialistas europeos, Hilferding entre ellos, reprocharon a los bolcheviques sus inteligencias con movimientos de estructura nacionalista. Zinoviev, polemizando con Hilferding, respondió: "Una revolución mundial no es posible sin Asia. Vive allí una cantidad de hombres cuatro veces mayor que en Europa. Europa es una pequeña parte del mundo". La revolución social necesita históricamente la insurrección de los pueblos coloniales. La sociedad capitalista tiende a restaurarse mediante una explotación más metódica y más intensa de sus colonias políticas y económicas; y la revolución social tiene que soliviantar a los pueblos coloniales contra Europa y Estados Unidos, para reducir el número de vasallos y tributarios de la sociedad capitalista.

Contra la dominación europea sobre Asia y África conspira también la nueva conciencia moral de Europa. Existen actualmente en Europa muchos millones de hombres de filiación pacifista que se oponen a todo acto bélico, a todo acto cruento, contra los pueblos coloniales. Consiguientemente, Europa se ve obligada a pactar, a negociar, a ceder ante esos pueblos. El caso turco es, a este respecto, muy ilustrativo.

En el Oriente aparece, pues, una vigorosa voluntad de independencia, al mismo tiempo que en Europa se debilita la capacidad de coactarla y sofocarla. Se constata, en suma, la existencia de las condiciones históricas necesarias para la liberación oriental. Hace más de un siglo, vino de Europa a estos pueblos de América una ideología revolucionaria. Y conflagrada por su revolución burguesa, Europa no pudo evitar la independización americana engendrada por esa ideología. Igualmente ahora, Europa, minada por la revolución social, no puede reprimir marcialmente la insurrección de sus colonias.

Y, en esta hora grave y fecunda de la historia humana, parece que algo del alma oriental transmigrara al Occidente y que algo del alma occidental transmigrara al Oriente.

Gandhi

Este hombre dulce y piadoso es uno de los mayores personajes de la historia contemporánea. Su pensamiento no influye sólo sobre trescientos veinte millones de hindúes. Conmueve toda el Asia y repercute en Europa. Romain Rolland, que descontento del Occidente se vuelve hacia el Oriente, le ha consagrado un libro. La prensa europea explora con curiosidad la biografía y el escenario del apóstol.

El principal capítulo de la vida de Gandhi empieza en 1919. La postguerra colocó a Gandhi a la cabeza del movimiento de emancipación de su pueblo. Hasta entonces Gandhi sirvió fielmente a la Gran Bretaña. Durante la guerra colaboró con los ingleses. La India dio a la causa aliada una importante contribución. Inglaterra se había comprometido a concederle los derechos, de los demás «Dominios». Terminada la contienda, Inglaterra olvidó su palabra y el principio wilsoniano de la libre determinación de los pueblos. Reformó superficialmente la administración de la India, en la cual acordó al pueblo hindú una participación secundaria e inocua. Respondió a las quejas hindúes con una represión marcial y cruenta. Ante este tratamiento pérfido, Gandhi rectificó su actitud y abandonó sus ilusiones. La India insurgía contra la Gran Bretaña y reclamaba su autonomía. La muerte de Tilak había puesto la dirección del movimiento nacionalista en las manos de Gandhi, que ejercía sobre su pueblo un gran ascendiente religioso. Gandhi aceptó la obligación de acaudillar a sus compatriotas y los condujo a la no cooperación: la insurrección armada le repugnaba. Los medios debían ser, a su juicio, buenos

y morales como los fines. Había que oponer a las armas británicas la resistencia del espíritu y del amor. La evangélica palabra de Gandhi inflamó de misticismo y de fervor el alma indostana. El *Mahatma*[206] acentuó, gradualmente, su método. Los hindúes fueron invitados a desertar de las escuelas y las universidades, la administración y los tribunales, a tejer con sus manos su traje *khaddar*, a rechazar las manufacturas británicas. La India gandhiana tornó, poéticamente, a la "música de la rueca". Los tejidos ingleses fueron quemados en Bombay como cosa maldita y satánica. La táctica de la no cooperación se encaminaba a sus últimas consecuencias: la desobediencia civil, el rehusamiento del pago de impuestos. La India parecía próxima a la rebelión definitiva. Se produjeron algunas violencias. Gandhi, indignado por esta falta, suspendió la orden de la desobediencia civil y, místicamente, se entregó a la penitencia. Su pueblo no estaba aún educado para el uso de la *satyagraha*, la fuerza-amor, la fuerza-alma. Los hindúes obedecieron a su jefe. Pero esta retirada, ordenada en el instante de mayor tensión y mayor ardimiento, debilitó la ola revolucionaria. El movimiento se consumía y se gastaba sin combatir. Hubo algunas defecciones y algunas disensiones. La prisión y el procesamiento de Gandhi vinieron a tiempo. El Mahatma dejó la dirección del movimiento antes de que éste declinase.

El Congreso Nacional indio de diciembre de 1923 marcó un descenso del gandhismo. Prevaleció en esta asamblea la tendencia revolucionaria de la no cooperación; pero se le enfrentó una tendencia derechista o revisionista que, contrariamente a la táctica gandhista, propugnaba la participación en los consejos de reforma, creados por Inglaterra para domesticar a la burguesía hindú. Al mismo tiempo apareció en la asamblea, emancipada del gandhismo, una nueva corriente revolucionaria de inspiración socialista. El programa de esta corriente, dirigido desde Europa por los núcleos de estudiantes y emigrados hindúes, proponía la separación completa de la India del Imperio Británico, la abolición de la propiedad feudal de la tierra, la supresión de los impuestos indirectos, la nacionalización de las minas, ferrocarriles, telégrafos y demás servicios públicos, la intervención del Estado en la gestión de la gran industria,

206 En hindú, el "alma grande", apelativo con que se designaba a Gandhi.

una moderna legislación del trabajo, etc., etc. Posteriormente, la escisión continuó ahondándose. Las dos grandes facciones mostraban un contenido y una fisonomía clasistas. La tendencia revolucionaria era seguida por el proletariado que, duramente explotado sin el amparo de leyes protectoras, sufría más la dominación inglesa. Los pobres, los humildes eran fieles a Gandhi y a la revolución. El proletariado industrial se organizaba en sindicatos en Bombay y otras ciudades indostanas. La tendencia de derecha, en cambio, alojaba a las castas ricas, a los *parsis*,[207] comerciantes, latifundistas.

El método de la no cooperación, saboteado por la aristocracia y la burguesía hindúes, contrariado por la realidad económica, decayó así, poco a poco. *El boycot*[208] de los tejidos ingleses y el retorno a la lírica rueca no pudieron prosperar. La industria manual era incapaz de concurrir con la industria mecánica. El pueblo hindú, además, tenía interés en no resentir al proletariado inglés, aumentando las causas de su desocupación, con la pérdida de un gran mercado. No podía olvidar que la causa de la India necesita del apoyo del partido obrero de Inglaterra. De otro lado, los funcionarios dimisionarios volvieron, en gran parte, a sus puestos. Se relajaron, en suma, todas las formas de la no cooperación.

Cuando el gobierno laborista de Mac Donald lo amnistió y libertó, Gandhi encontró fraccionado y disminuido el movimiento nacionalista hindú. Poco tiempo antes, la mayoría del Congreso Nacional, reunido extraordinariamente en Delhi en setiembre de 1923, se había declarado favorable al partido Swaraj, dirigido por C. R. Das, cuyo programa se conforma con reclamar para la India los derechos de los «Dominios» británicos, y se preocupa de obtener para el capitalismo hindú sólidas y seguras garantías.

Actualmente Gandhi no dirige ni controla ya las orientaciones políticas de la mayor parte del nacionalismo hindú. Ni la derecha, que desea la colaboración con los ingleses, ni la extrema izquierda, que, aconseja la insurrección, lo obedecen. El número de sus fautores ha descendido. Pero, si su autoridad de líder político ha decaído, su prestigio de asceta y

---

207 Practicantes de la religión de Zoroastro.

208 Práctica de lucha social que consiste en evitar toda relación con el castigado.

de santo no ha cesado de extenderse. Cuenta un periodista cómo al retiro del Mahatma afluyen peregrinos de diversas razas y comarcas; asiáticas Gandhi recibe, sin ceremonias y sin protocolo, a todo el que llama a su puerta. Alrededor de su morada, viven centenares de hindúes felices de sentirse junto a él.

Ésta es la gravitación natural de la vida del Mahatma. Su obra es más religiosa y moral que política. En su diálogo con Rabindranath Tagore, el Mahatma ha declarado su intención de introducir la religión en la política. La teoría de la no cooperación está saturada de preocupaciones éticas. Gandhi no es verdaderamente el caudillo de la libertad de la India, sino el apóstol de un movimiento religioso. La autonomía de la India no le interesa, no le apasiona, sino secundariamente. No siente ninguna prisa por llegar a ella. Quiere, ante todo, purificar y elevar el alma hindú. Aunque su mentalidad está nutrida, en parte, de cultura europea, el Mahatma repudia la civilización de Occidente. Le repugna su materialismo, su impureza, su sensualidad. Como Ruskin y como Tolstoy, a quienes ha leído y a quienes ama, detesta la máquina. La máquina es para él el símbolo de la «satánica» civilización occidental. No quiere, por ende, que el maquinismo y su influencia se aclimaten en la India. Comprende que la máquina es el agente y el motor de las ideas occidentales. Cree que la psicología indostana no es adecuada a una educación europea; pero osa esperar que la India, recogida en sí misma, elabore una moral, buena para el uso de los demás pueblos. Hindú hasta la médula, piensa que la India puede dictar al mundo su propia disciplina. Sus fines y su actividad, cuando persiguen la fraternización de hinduistas y mahometanos o la redención de los intocables, de los parias, tienen una vasta trascendencia política y social. Pero su inspiración, es esencialmente religiosa.

Gandhi se clasifica como un idealista práctico. Henri Barbusse lo reconoce, además, como un verdadero revolucionario. Dice, en seguida, que "este término designa en nuestro espíritu a quien, habiendo concebido, en oposición al orden político y social establecido, un orden diferente, se consagra a la realización de este plan ideal por medios prácticos" y agrega que "el utopista no es un verdadero revolucionario por subversivas que sean sus sinrazones". La definición es excelente. Pero Barbusse cree, además, que "si Lenin se hubiese encontrado en el lugar de Gandhi,

hubiera hablado y obrado como él". Y esta hipótesis es arbitraria. Lenin era un realizador y un realista. Era, indiscutiblemente, un idealista práctico. No está probado que la vía de la no cooperación y la no violencia sea la única vía de la emancipación indostana. Tilak, el anterior líder del nacionalismo hindú, no habría desdeñado el método insurreccional. Romain Rolland opina que Tilak, cuyo genio enaltece, habría podido entenderse con los revolucionarios rusos. Tilak, sin embargo, no era menos asiático ni menos hindú que Gandhi. Más fundada que la hipótesis de Barbusse es la hipótesis opuesta, la de que Lenin habría trabajado por aprovechar la guerra y sus consecuencias para liberar a la India y no habría detenido, en ningún caso, a los hindúes en el camino de la insurrección. Gandhi, dominado por su temperamento moralista, no ha sentido a veces la misma necesidad de libertad que sentía su pueblo. Su fuerza, en tanto, ha dependido, más que de su predicación religiosa, de que ésta ha ofrecido a los hindúes una solución para su esclavitud y para su hambre.

La teoría de la no cooperación contenía muchas ilusiones. Una de ellas era la ilusión medioeval de revivir en la India una economía superada. La rueca es impotente para resolver la cuestión social de ningún pueblo. El argumento de Gandhi —"¿no ha vivido así antes la India?"— es un argumento demasiado antihistórico e ingenuo. Por escéptica y desconfiada que sea su actitud ante el Progreso, un hombre moderno rechaza instintivamente la idea de que se pueda volver atrás. Una vez adquirida la máquina, es difícil que la humanidad renuncie a emplearla. Nada puede contener la filtración de la civilización occidental en la India. Tagore tiene plena razón en este incidente de su polémica con Gandhi. "El problema de hoy es mundial. Ningún pueblo puede buscar su salud separándose de los otros. O salvarse juntos o desaparecer juntos".

Las requisitorias contra el materialismo occidental son exageradas. El hombre del Occidente no es tan prosaico y cerril como algunos espíritus contemplativos y extáticos suponen. El socialismo y el sindicalismo, a pesar de su concepción materialista de la historia, son menos materialistas de lo que parecen. Se apoyan sobre el interés de la mayoría, pero tienden a ennoblecer y dignificar la vida. Los occidentales son místicos y religiosos a su modo. ¿Acaso la emoción revolucionaria no es una emoción religiosa? Acontece en el occidente que la religiosidad se ha

desplazado del cielo a la tierra. Sus motivos son humanos, son sociales; no son divinos. Pertenecen a la vida terrena y no a la vida celeste.

La ex-confesión de la violencia es más romántica que la violencia misma. Con armas solamente morales jamás constreñirá la India a la burguesía inglesa a devolverle su libertad. Los honestos jueces británicos reconocerán, cuantas veces sea necesario, la honradez de los apóstoles de la no cooperación y del *satyagraha*;[209] pero seguirán condenándolos a seis años de cárcel. La revolución no se hace, desgraciadamente, con ayunos. Los revolucionarios de todas las latitudes tienen que elegir entre sufrir la violencia o usarla. Si no se quiere que el espíritu y la inteligencia estén a órdenes de la fuerza, hay que resolverse a poner la fuerza a órdenes de la inteligencia y del espíritu.

209 Término inventado por Gandhi para expresar su movimiento de defensa de la verdad no haciendo sufrir al adversario, sino sufriendo uno mismo.

Rabindranath Tagore

Uno de los aspectos esenciales de la personalidad del gran poeta hindú Rabindranath Tagore es su generoso internacionalismo. Internacionalismo de poeta; no de político: la poesía de Tagore ignora y condena el odio; no conoce y exalta sino el amor. El sentimiento nacional, en la obra de Tagore, no es nunca una negación; es siempre una afirmación. Tagore piensa que todo lo humano es suyo. Trabaja por consustanciar su alma en el alma universal. Exploremos esta región del pensamiento del poeta. Definamos su posición ante el Occidente y su posición ante Gandhi y su doctrina.

La obra de Tagore contiene varios documentos de su filosofía política y moral. Uno de los más interesantes y nítidos es su novela *La casa y el mundo*. Además de ser una gran novela humana, *La casa y el mundo* es una gran novela hindú. Los personajes —el rajá Nikhil, su esposa Bimala y el agitador nacionalista Sandip— se mueven en el ambiente del movimiento nacionalista, del movimiento *swadeshi* como se llama en lengua indostana y como se le designa ya en todo el mundo. Las pasiones, las ideas, los hombres, las voces de la política gandhiana de la no cooperación y de la desobediencia pasiva pasan por las escenas del admirable romance. El poeta bengalí, por boca de uno de sus personajes, el dulce rajá Nikhil, polemiza con los fautores y asertores del movimiento *swadeshi*. Nikhil pregunta a Sandip: "¿Cómo pretendéis adorar a Dios odiando a otras patrias que son, exactamente como la vuestra, manifestaciones de Dios?". Sandip responde que "el odio es un complemento del culto". Bimala, la

mujer de Nikhil, siente como Sandip: "Yo quisiera tratar a mi país como a una persona, llamarlo madre, diosa, Durga; y por esta persona yo enrojecería la tierra con la sangre de los sacrificios. Yo soy humana, yo no soy divina". Sandip exulta: "¡Mirad, Nikhil, como la verdad se hace carne y sangre en el corazón de una mujer! La mujer sabe ser cruel: su violencia es semejante a la de una tempestad ciega, terrible y bella. La violencia del hombre es fea, porque alimenta en su seno los gusanos roedores de la razón y el pensamiento. Son nuestras mujeres quienes salvarán a la patria. Debemos ser brutales sin vacilación, sin raciocinio".

El acento de Sandip no es, por cierto, el acento de un verdadero gandhiano. Sobretodo cuando Sandip invocando la violencia, recuerda estos versos exaltados: "¡Ven, Pecado espléndido, que tus rojos besos viertan en nuestra sangre la púrpura quemante de su flama! ¡Haz sonar la trompeta del mal imperioso y teje sobre nuestras frentes la guirnalda de la injusticia exultante!".

No es este el lenguaje de Gandhi; pero sí puede ser el de sus discípulos: Romain Rolland que ha estudiado la doctrina *swadeshi* en los discípulos de Gandhi, exclama: "Temibles discípulos! ¡Cuantos más puros, son más funestos! ¡Dios preserve a un gran hombre de estos amigos que no aprehenden sino una parte de su pensamiento! Codificándolo, destruyen su armonía".

El libro de Romain Rolland sobre Gandhi resume el diálogo político entre Rabindranath Tagore y el Mahatma. Tagore explica así su internacionalismo: "Todas las glorias de la humanidad son mías. La Infinita Personalidad del Hombre (como dicen los *Upanishads*[210]) no puede ser realizada sino en una grandiosa armonía de todas las razas humanas. Mi plegaria es porque la India represente la cooperación de todos los pueblos del mundo. La Unidad es la Verdad. La Unidad es aquello que comprende todo y por consiguiente no puede ser alcanzada por la vía de la negación. El esfuerzo actual por separar nuestro espíritu del espíritu del Occidente es una tentativa de suicidio espiritual. La edad presente ha estado potentemente poseída por el Occidente. Esto no ha sido posible sino porque al Occidente ha sido encargada alguna gran misión para el

210 Libros Sagrados hindúes (siglo VI a. de J.C.).

hombre. Nosotros, los hombres del Oriente, tenemos aquí algo de que instruirnos. Es un mal sin duda que, desde hace largo tiempo, no hayamos estado en contacto con nuestra propia cultura y que, en consecuencia la cultura del Occidente no esté colocada en su verdadero plano. Pero decir que es malo seguir en relaciones con ella significa alentar la peor forma de un provincianismo, que no produce sino indigencia intelectual. El problema de hoy es mundial. Ningún pueblo puede hallar su salud separándose de los otros. O salvarse juntos o desaparecer juntos".

Propugna Rabindranath Tagore la colaboración entre el Oriente y el Occidente. Reprueba el *boycot* a las mercaderías occidentales. No espera un taumatúrgico resultado del retorno a la rueca. "Si las grandes máquinas son un peligro para el espíritu del Occidente, ¿las pequeñas máquinas no son para nosotros un peligro peor?". En estas opiniones, Rabindranath Tagore, no obstante su acendrado idealismo, aparece, en verdad, más realista que Gandhi. La India, en efecto, no puede reconquistar su libertad, aislándose místicamente de la ciencia y las máquinas occidentales. La experiencia política de la no cooperación ha sido adversa a las previsiones de Gandhi. Pero, en cambio, Rabindranath Tagore parece extraviarse en la abstracción cuando reprocha a Gandhi su actividad de jefe político. ¿Proviene este reproche de la convicción de que Gandhi tiene un temperamento de reformador religioso y no de jefe político, o más bien de un simple desdén ético y estético por la política? En el primer caso, Tagore tendrá razón. En mi estudio sobre Gandhi he tenido ya ocasión de sostener la tesis de que la obra del Mahatma, más que política, es moral y religiosa, mientras que su fuerza ha dependido no tanto de su predicación religiosa, como de que ésta ha ofrecido a los hindúes una solución para su esclavitud y para su hambre o mejor dicho, se ha apoyado en un interés político y económico.

Pero, probablemente, Tagore se inspira sólo en consideraciones de poeta y de filósofo. Tagore siente menos aún que Gandhi el problema político y social de la India. El mismo Swaraj (*home rule*[211]) no le preocupa demasiado. Una revolución política y social no le apasiona. Tagore no es un realizador. Es un poeta y un ideólogo. Gandhi, en esta cuestión, acusa

211 Gobierno propio.

una intuición más profunda de la verdad. "¡Es la guerra! —dice— ¡Que el poeta deponga su lira! Cantará después". En este pasaje de su polémica con Tagore, la voz del Mahatma tiene un acento profético: "El poeta vive para el mañana y querría que nosotros hiciésemos lo mismo..., ¡Hay que tejer! ¡Que cada uno teja! ¡Que Tagore teja como los demás! ¡Que queme sus vestidos extranjeros! Es el deber de hoy. Dios se ocupará del mañana. Como dice la *Gita*:[212] ¡Cumplid la acción justa!". Tagore en verdad, parece un poco ausente del alma de su pueblo. No siente su drama. No comparte su pasión y su violencia. Este hombre tiene una gran sensibilidad intelectual y moral; pero, nieto de un príncipe, ha heredado una noción un poco solariega y aristocrática de la vida: conserva demasiado arraigado, en su carne y en su ánimo, el sentimiento de su jerarquía. Para sentir y comprender plenamente la revolución hindú, al movimiento *swadeshi* le falta estar un poco más cerca del pueblo, un poco más cerca de la historia.

Tagore no mira la civilización occidental con la misma ojeriza, con el mismo enojo que el Mahatma: No la califica, como el Mahatma, de "satánica". Pero presiente su fin y denuncia sus pecados. Piensa que Europa está roída por su materialismo. Repudia al hombre de la urbe. La hipertrofia urbana le parece uno de los agentes o uno de los signos de la decadencia occidental. Las babilonias modernas no lo atraen; lo contristan. Las juzga espiritualmente estériles. Ama la vida campesina que mantiene al hombre en contacto con "la naturaleza fuente de la vida".

Se advierte aquí que, en el fondo, Tagore es un hombre de gustos patriarcalmente rurales. Su impresión de la crisis capitalista, impregnada de su ética y de su metafísica, es, sin embargo, penetrante y concreta. La riqueza occidental, según Tagore, es una riqueza voraz. Los ricos de Occidente desvían la riqueza de sus fines sociales. Su codicia, su lujo, violan los límites morales del uso de los bienes que administran. El espectáculo de los placeres de los ricos engendra el odio de clases. El amor al dinero pierde al Occidente. Tagore tiene, en suma, un concepto patriarcal y aristocrático de la riqueza.

El poeta supera, ciertamente, en Rabindranath Tagore, al pensador. Tagore es, ante todo y sobre todo, un gran poeta, un genial artista. En ningún

212 Canción literaria hindú.

libro contemporáneo hay tanto perfume poético, tanta hondura lírica, como en *Gitangali*. La poesía de *Gitangali* es tersa, sencilla, campesina. Y, como dice André Gide tiene el mérito de no estar embarazada por ninguna mitología. En *La luna nueva* y en *El jardinero* se encuentra la misma pureza, la misma sencillez, la misma gracia divina. Poesía profundamente lírica. Siempre voz del hombre. Nunca voz de la multitud. Y, sin embargo, perennemente grávida, eternamente henchida de emoción cósmica.

La Revolución Turca y el Islam

La democracia opone a la impaciencia revolucionaria una tesis evolucionista "la naturaleza no hace saltos". Pero la investigación y la experiencia actuales, contradicen, frecuentemente, esta tesis absoluta. Prosperan tendencias anti-evolucionistas en el estudio de la biología y de la historia. Al mismo tiempo, los hechos contemporáneos desbordan del cauce evolucionista. La guerra mundial ha acelerado, evidentemente, entre otras crisis, la del pobre evolucionismo. (Aparecido en este tiempo, el darwinismo habría encontrado escaso crédito. Se habría dicho de él que llegaba con excesivo retraso).

Turquía, por ejemplo, es el escenario de una transformación vertiginosa e insólita. En cinco años, Turquía ha mudado radicalmente sus instituciones, sus rumbos y su mentalidad. Cinco años han bastado para que todo el poder pase del Sultán al *Demos* y para que en el asiento de una vieja teocracia se instale una república demo-liberal y laica. Turquía, de un salto, se ha uniformado con Europa, en la cual fue antes un pueblo extranjero, impermeable y exótico. La vida ha adquirido en Turquía una pulsación nueva. Tiene las inquietudes, las emociones y los problemas de la vida europea. Fermenta en Turquía, casi con la misma acidez que en Occidente, la cuestión social. Se siente también ahí la onda comunista. Contemporáneamente, el turco abandona la poligamia, se vuelve monógamo; reforma sus ideas jurídicas y aprende el alfabeto europeo. Se incorpora, en suma, en la civilización occidental. Y al hacerlo no obedece a una imposición extraña ni externa. Lo mueve un espontáneo impulso interior.

Nos hallamos en presencia de una de las transiciones más veloces de la historia. El alma turca parecía absolutamente adherida al Islam, totalmente consustanciada en su doctrina. El Islam, como bien se sabe, no es un sistema únicamente religioso y moral sino también político social y la ley mosaica, El Corán[213], da a sus creyentes normas de moral, de derecho de gobierno y de higiene. Es un código universal, una construcción cósmica. La vida turca tenía fines distintos de los de la vida occidental. Los móviles del occidental son utilitarios y prácticos; los del musulmán son religiosos y éticos. En el derecho y las instituciones jurídicas de una y otra civilización se reconocía, por consiguiente, una inspiración diversa. El Califa del islamismo conservaba, en Turquía, el poder temporal. Era Califa y Sultán. Iglesia y Estado constituían una misma institución. En su superficie empezaban a medrar algunas ideas europeas; algunos gérmenes occidentales. La revolución de 1908 había sido un esfuerzo por aclimatar en Turquía el liberalismo, la ciencia y la moda europeos. Pero el Corán continuaba dirigiendo la sociedad turca. Los representantes de la ciencia otomana creían, generalmente, que la nación se desarrollaría dentro del islamismo; Fatim Effendi, profesor de la Universidad de Estambul, decía que el progreso del islamismo "se cumpliría no por importaciones extranjeras sino por una evolución interior". El doctor Chehabeddin Bey agregaba que el pueblo turco, desprovisto de aptitud para la especulación, "no había sido nunca capaz de la herejía ni del cisma" y que no poseía una imaginación bastante creadora, un juicio suficientemente crítico para sentir la necesidad de rectificar sus creencias. Prevalecían, en suma, respecto al porvenir de la teocracia turca, previsiones excesivamente optimistas y confiadas. No se concedía mucha trascendencia a las filtraciones del pensamiento occidental, a los nuevos intereses de la economía y de la producción.

Revistemos rápidamente los principales episodios de la revolución turca.

---

213 Libros que contienen las revelaciones que Mahoma supuso recibidas de Dios, y que es fundamento de la religión mahometana.

Conviene recordar, previamente, que, antes de la guerra mundial,[214] Turquía era tratada por Europa como un pueblo inferior, como un pueblo bárbaro. El famoso régimen de las capitulaciones acordaba en Turquía, a los europeos, diversos privilegios fiscales y jurídicos. El europeo gozaba en la nación turca de un fuero espacial. Se hallaba por encima de El Corán y de sus funcionarios. Luego, las guerras balcánicas dejaron muy disminuidas la potencia y la soberanía otomanas. Y tras de ellas vino la Gran Guerra. Su signo había empujado a Turquía al lado del bloque austro-alemán. El triunfo del bloque enemigo pareció decidir la ruina turca. La Entente miraba a Turquía con enojo y rencor inexorables. La acusaba de haber causado un prolongamiento cruento y peligroso de la lucha. La amenazaba con una punición tremenda. El propio Wilson, tan sensible al derecho de libre determinación de los pueblos, no sentía ninguna piedad por Turquía. Toda la ternura de su corazón universitario y presbiteriano estaba acaparada por los armenios y los judíos. Pensaba Wilson que el pueblo turco era extraño a la civilización europea y que debía ser expelido para siempre de Europa. Inglaterra, que codiciaba la posesión de Constantinopla, de los Dardanelos y del petróleo turco, se adhería naturalmente a esta predicación. Había prisa de arrojar a los turcos al Asia. Un ministerio dócil a la voluntad de los vencedores se constituyó en Constantinopla. La función de este ministerio era sufrir y aceptar, mansamente, la mutilación del país. La somnolienta ánima turca eligió ese instante dramático y doloroso para reaccionar. Insurgió, en Anatolia, Mustafá Kemal Pachá, jefe del ejército de esa región. Nació la Sociedad de Trebizonda para la defensa de los derechos de la nación. Se formó el gobierno de la Asamblea Nacional de Angora. Aparecieron, sucesivamente, otras facciones revolucionarias: el ejército verde, el grupo del pueblo y el Partido Comunista. Todas coincidían en la resistencia al imperialismo aliado, en la descalificación del impotente y domesticado gobierno de Constantinopla y en la tendencia a una nueva organización social y política.

Esta erección del ánimo turco detuvo, en parte, las intenciones de la Entente. Los vencedores ofrecieron a Turquía en la conferencia de Sévres una paz que le amputaba dos terceras partes de su territorio, pero

214 Se refiere a la Primera Guerra Mundial (1914-1918).

que le dejaba, aunque no fuese sino condicionalmente, Constantinopla y un retazo de tierra europea. Los turcos no eran expulsados del todo de Europa. La sede del Califa era respetada. El gobierno de Constantinopla se resignó a suscribir este tratado de paz. Mustafá Kemal, a nombre del gobierno de Anatolia, lo repudió categóricamente. El tratado no podía ser aplicado sino por la fuerza.

En tiempos menos tempestuosos, la Entente habría movilizado contra Turquía su inmenso poder militar. Pero era la época de la gran marea revolucionaria. El orden burgués estaba demasiado sacudido y socavado para que la Entente lanzase sus soldados contra Mustafá Kemal. Además, los intereses británicos chocaban en Turquía con los intereses franceses. Grecia, largamente favorecida por el trabajo de Sévres, aceptó la misión de imponerlo a la rebelde voluntad otomana.

La guerra greco-turca tuvo algunas fluctuaciones. Mas, desde el primer día, se contrastó la fuerza de la revolución turcas Francia se apresuró a romper el frente único aliado y a negociar y pactar la cooperación rusa. La ola insurreccional se extendió en Oriente. Estos éxitos excitaron y fortalecieron el ánimo de Turquía. Finalmente, Mustafá Kemal batió al ejército griego y lo arrojó del Asia Menor. Las tropas kemalistas se aprestaron para la liberación de Constantinopla, ocupada por soldados de la Entente. El gobierno británico quiso responder a esta amenaza con una actitud guerrera. Pero los laboristas se opusieron a tal propósito. Un acto de conquista no contaba ya, como habría contado en otros tiempos, con la aquiescencia o la pasividad de las masas obreras. Y esta fase de la insurrección turca se cerró con la suscripción de la paz de Lausanne que, cancelando el tratado de Sévres, sancionó el derecho de Turquía a permanecer en Europa y a ejercitar en su territorio toda su soberanía. Constantinopla fue restituida al pueblo turco.

Adquirida la paz exterior, la revolución inició definitivamente la organización de un orden nuevo. Se acentuó en toda Turquía una atmósfera revolucionaria. La Asamblea Nacional dio a la nación una constitución democrática y republicana. Mustafá Kemal, el caudillo de la insurrección y de la victoria; fue designado Presidente. El Califa perdió definitivamente su poder temporal. La Iglesia quedó separada del Estado. La religión y la política turcas cesaron de coincidir y confundirse.

Disminuyó la autoridad de El Corán sobre la vida turca, con la adopción de nuevos métodos y conceptos jurídicos. Pero seguía en pie el Califato. Alrededor del Califa se formó un núcleo reaccionario. Los agentes británicos maniobraban simultáneamente en los países musulmanes a favor de la creación de un Califato dócil a su influencia. El movimiento reaccionario comenzó a penetrar en la Asamblea Nacional. La revolución se sintió acechada y se resolvió a defenderse con la máxima energía. Pasó rápidamente de la defensiva a la ofensiva. Procedió a la abolición del Califato y a la secularización de todas las instituciones turcas.

Hoy Turquía es un país de tipo occidental. Y esta fisonomía se irá afirmando cada día más. Las condiciones, políticas y sociales emanadas de la revolución estimularán el desarrollo de una nueva economía. La vuelta a la monarquía teocrática no será materialmente posible. La civilización occidental y la ley mahometana son inconciliables.

El fenómeno revolucionario ha echado hondas raíces en el alma otomana. Turquía está enamorada de los hombres y las cosas nuevas. Los mayores enemigos de la revolución kemalista no son turcos. Pertenecen, por ejemplo, al capitalismo inglés. *El Times* de Londres comentaba senil y lacrimosamente la supresión del Califato, "una institución tan ligada a la grandeza pasada de Turquía". La burguesía occidental no quiere que el Oriente se accidentalice. Teme por el contrario, la expansión de su propia ideología y de sus propias instituciones. Esto podría ser otra prueba de que ha dejado de representar los intereses vitales de la Civilización de Occidente.

SEMITISMO Y ANTISEMITISMO

El semitismo

Uno de los fenómenos más interesantes de la post-guerra, es el del renacimiento judío. Los fautores del sionismo hablan de una resurrección del pueblo de Israel. El pueblo eterno del gran éxodo se siente designado, de nuevo, para un gran rol en la historia. El movimiento sionista no acapara toda la actividad de su espíritu. Muchos judíos miran con desconfianza este movimiento, controlado y dirigido por la política imperialista de Inglaterra. El renacimiento judío es un fenómeno mucho más vasto. El sionismo no constituye sino uno de sus aspectos, una de sus corrientes.

Este fenómeno tiene sus raíces próximas en la guerra. El programa de paz de los aliados no pudo prescindir de las viejas reivindicaciones israelitas. El pueblo judío era en la Europa Oriental, donde se concentraban sus mayores masas, un pueblo paria, condenado a todos los vejámenes. La civilización burguesa había dejado subsistente en Europa, entre otros residuos de la Edad Media, la inferioridad jurídica del judío. Un nuevo código internacional necesitaba afirmar y amparar el derecho de las poblaciones israelitas. Inglaterra, avisada y perspicaz, se dio cuenta oportuna de la conveniencia política de agitar, en un sentido favorable a los aliados, la antigua cuestión judía. La declaración Balfour proclamó, en noviembre de 1917, el derecho de los judíos a establecer en la Palestina su hogar nacional. La propaganda wilsoniana robusteció, de otro lado, la posición del pueblo de Israel. El papel representado en la guerra y en la paz por los Estados Unidos —la nación que más liberalmente había tratado a los judíos en los tiempos pre-bélicos— influyó de

un modo decisivo en favor de las reivindicaciones israelitas: el tratado de paz puso en manos de la Sociedad de las Naciones la tutela de Israel.

La paz inauguró un período de emancipación de las poblaciones israelitas en la Europa Oriental. En Polonia y en Rumania, el Estado otorgó a los judías el derecho de ciudadanía. El movimiento sionista anunció, a todos los dispersos y vejados hijos de Israel, la reconstrucción en Palestina de la patria de los judíos. Pero la resurrección israelita se apoyó, sobre todo, en la agitación revolucionaria nacida de la guerra. La revolución rusa no sólo canceló, con el régimen zarista, los rezagos de desigualdad jurídica y política de los judíos: colocó en el gobierno de Rusia a varios hombres de raza semita. La revolución alemana, con la ascensión de la social-democracia al poder, se caracterizó por la misma consecuencia. En el estado mayor del socialismo alemán militaban, desde los tiempos de Marx y Lassalle, muchos israelitas.

Tanto la política de la reforma como la política de la revolución, se presentaron, así, más o menos conectadas con el renacimiento judío. Y esto fue motivo de que la política de la reacción se tiñese en todo el Occidente de un fuerte color antisemita. Los nacionalistas, los reaccionarios, denunciaron en Europa la paz de Versalles como una paz inspirada en intereses y sentimientos israelitas. Y declararon al bolchevismo una sombría conjuración de los judíos contra las instituciones de la civilización cristiana. El antisemitismo adquirió en Europa, y aun en Estados Unidos; una virulencia y una agresividad extremadas. El sionismo, simultáneamente, en el ánimo de algunos de sus prosélitos, se contagiaba del mismo humor. Trataba de oponer a los innumerables nacionalismos occidentales orientales un nacionalismo judío, inexistente antes de la crisis post-bélica.

Para un observador objetivo de esta crisis, la función de los judíos en la política reformista y en la política revolucionaria resultaba perfectamente explicable. La raza judía, bajo el régimen medioeval, había sido mirada como una raza réproba. La aristocracia le había negado el derecho de ejercer toda profesión noble. Esta exclusión había hecho de los judías en el mundo una raza de mercaderes y artesanos. Había impedido, al mismo tiempo; la diseminación de los judíos en los campos. Los judíos, obligados a vivir en las ciudades, del comercio, de la usura y de la

industria, quedaron solidarizados con la vida y el desarrollo urbanos. La revolución burguesa, por consiguiente se nutrió en parte de savia judía. Y en la formación de la economía capitalista les tocó a los judíos, comerciante e industriales expertos, un rol principal y lógico. La decadencia de las "profesiones nobles", la transformación de la propiedad agraria, la destrucción de los privilegios de la aristocracia, etc., dieron un puesto dominante en el orden capitalista, al banquero, al comerciante, al industrial. Los judíos, preparados para estas actividades, se beneficiaron con todas las manifestaciones de este proceso histórico, que trasladaba del agro a la urbe el dominio de la economía. El fenómeno más característica de la economía moderna —el desarrollo del capital financiero— acrecentó más aún el poder de la burguesía israelita. El judío aparecía, en la vida económica moderna, como uno de los más adecuados factores biológicos de sus movimientos sustantivos: capitalismo, industrialismo, urbanismo, internacionalismo. El capital financiero, que tejía por encima de las fronteras una sutil y recia malla de intereses, encontraba en los judíos, en todas las capitales del occidente, sus más activos y diestros agentes. La burguesía israelita, por todas estas razones, se sentía mancomunada con las ideas y las instituciones del orden democrático-capitalista. Su posición en la economía la empujaba al lado del reformismo burgués. (En general, la banca tiende, en la política, a una táctica oportunista y democrática que colinda a veces con la demagogia. Los banqueros sostienen, normalmente, a los partidos progresistas de la burguesía. Los terratenientes, en cambio, se enrolan en los partidos conservadores). El reformismo burgués había creado la Sociedad de las Naciones, como un instrumento de su atenuado internacionalismo. Coherente con sus intereses, la burguesía israelita tenía lógicamente, que simpatizar con un organismo que, en la práctica, no era sino una criatura del capital financiero.

Y como los judíos no se dividían únicamente en burguesía y pequeña burguesía sino además en proletariado, era también natural que en gran número resultasen mezclados al movimiento socialista y comunista. Los judíos que, como raza y como clase, habían sufrido doblemente la injusticia humana, ¿podían, ser insensibles a la emoción revolucionaria? Su temperamento, su psicología, sus vidas impregnadas de inquietud urbana, hacían de las masas israelitas uno de los combustibles más próximos a

la revolución. El carácter místico, la mentalidad catastrófica de la revolución, tenían que sugestionar y conmover, señaladamente, a los individuos de raza judía. El juicio sumario y simplista de las extremas derechas no tomaba casi en cuenta ninguna de estas cosas. Prefería ver en el socialismo una mera elaboración del espíritu judío, sombríamente alimentada del rencor del *ghetto*[215] contra la civilización Occidental y cristiana,

El renacimiento judío no se presenta como el renacimiento de una nacionalidad. No se presenta tampoco como el renacimiento de una religión. Pretende ser, más bien, el renacimiento del genio, del espíritu, del sentimiento judío. El sionismo —la reconstrucción del hogar nacional judío— no es sino un episodio de esta resurrección. El pueblo de Israel, "el más soñador y el más práctico del mundo", como lo ha calificado un escritor francés, no se hace exageradas ilusiones respecto a la posibilidad de reconstituirse como nación, después de tantos siglos en el territorio de Palestina.

El tratado de paz en primer lugar, no ha podido dar a los judíos los medios de organizarse e instalarse libremente en Palestina. Palestina, conforme al tratado, constituye fundamentalmente una colonia de la Gran Bretaña. La Gran Bretaña considera al sionismo como una empresa de su política imperialista. En los seis años transcurridos desde la paz, no se han establecido en Palestina, según las cifras de *La Revue Juive* de París, sino 43,500 judíos. La inmigración a Palestina, sobre todo durante los primeros años, ha estado sometida a una serie de restricciones policiales de Inglaterra. Las autoridades inglesas han cernido severamente en las fronteras, y antes de las fronteras, a los inmigrantes. En las masas judías de Europa y América, por otra parte, no se ha manifestado una voluntad realmente viva de repoblar la Palestina. La mayor parte de los inmigrantes procede de las regiones de la Europa Oriental, donde la existencia de los judíos, a causa de las circunstancias económicas o del sentimiento antisemita, se ha tornado difícil o incómoda. Las masas judías se encuentran, en su mayoría, demasiado acostumbradas al tenor y al estilo de la vida urbana y occidental para adaptarse, fácilmente, a las necesidades de una colonización agrícola. Los judíos son generalmente industriales, comerciantes, artesanos, obreros y la organización de la economía

215 Barrios donde residían los judíos.

de Palestina tiene que ser obra de trabajadores rurales. A la reconstrucción del hogar nacional judío en Palestina se opone, además, la resistencia de los árabes, que desde hace más de doce siglos poseen y pueblan ese territorio. Los árabes de Palestina no suman sino 800,000. Palestina puede alojar al menos una población de cuatro a cinco millones. De otro lado, como escribe Charles Gide, los árabes "han hecho de la Tierra Prometida una Tierra Muerta". El ilustre economista les recuerda "el versículo de El Corán que dice que la tierra pertenece a aquél que la ha trabajado, irrigado, vivificado, ley admirable, muy superior a la ley romana que nosotros hemos heredado, que funda la propiedad de la tierra sobre la ocupación y la prescripción". Estos argumentos están muy bien. Pero, por el momento, prescinden de dos hechos: 1º) Que los israelitas no componen presentemente más qué el diez por ciento de la población de Palestina, y que no es probable una fuerte aceleración del movimiento inmigratorio judío; y 2º) Que los árabes defienden no sólo su derecho al suelo sino también la independencia de Arabia y de Mesopotámia y en general del mundo musulmán, atacado por el imperialismo británico.

Los propios intelectuales israelitas, adheridos al sionismo no exaltan generalmente este movimiento por lo que tiene de nacionalista. Es necesario, dicen, que los judíos tengan un hogar nacional, para qué, se asilen en él las poblaciones judías "inasimilables", que se sienten extranjeras e incómodas en Europa. Estas poblaciones judías inasimilables —que son las que viven encerradas en sus *ghettos* (barrios de israelitas), boicoteadas por los prejuicios antisemitas de los europeos, en la Europa central y occidental—, representan una minoría del pueblo de Israel. La mayoría incorporada plenamente en la civilización occidental, no la desertaría, no la abandonaría seguramente para marchar, de nuevo, a la conquista de la Tierra Prometida.

Einstein halla el mérito del sionismo en su poder moral. "El sionismo —escribe— está en camino de crear en Palestina un centro de vida espiritual judía". Y agrega: "Es por esto que yo creo que el sionismo, movimiento de apariencia nacionalista, es en fin de cuentas, benemérito a la humanidad".

El renacimiento judío, en verdad, existe y vale, sobre todo, como obra espiritual e intelectual de sus grandes pensadores, de sus grandes

artistas, de sus grandes luchadores. En el elenco de colaboradores de *La Revue Juive* se juntan hombres como Albert Einstein, Sigmund Freud, Georges Brandes, Charles Gide, Israel Zangwill, Waldo Frank, etc. En el movimiento revolucionario de Oriente y Occidente, la raza judía se encuentra numerosa y brillantemente representada. Son estos valores los que en nuestra época dan al pueblo de Israel derecho a la gratitud y a la admiración humana. Y son también los que le recuerdan que su misión, en la historia moderna, como lo siente y lo afirma Einstein, es principalmente una misión internacional, una misión humana.

El antisemitismo

El renacimiento del judaísmo ha provocado en el mundo un renacimiento del antisemitismo. A la acción judía ha respondido, la reacción antisemita. El antisemitismo, domesticado durante la guerra por la política de la "Unión Sagrada", ha recuperado violentamente en la postguerra su antigua virulencia. La paz lo ha vuelto guerrero. Esta frase puede parecer de un gusto un poco paradójico. Pero es fácil convencerse de que traduce una realidad histórica.

La paz de Versalles, como es demasiado notorio, no ha satisfecho a ningún nacionalismo. El antisemitismo, como no es menos notorio, se nutre de nacionalismo y de conservantismo. Constituye un sentimiento y una idea de las derechas. Y las derechas, en las naciones vencedoras y en las naciones vencidas, se han sentido más o menos excluidas de la paz de Versalles. En cambio, han reconocido en la trama del tratado de paz algunos hilos internacionalistas. Han reconocido ahí, atenuada pero inequívoca, la inspiración de las izquierdas. Las derechas francesas han denunciado la paz como una paz judía, una paz puritana, una paz británica. No han temido contradecirse en todas estas sucesivas o simultáneas calificaciones. La paz —han dicho— ha sido dictada por la banca internacional. La banca internacional es, en gran parte, israelita. Su principal sede es Londres. El judaísmo ha entrado, en fuerte dosis espiritual, en la formación del puritanismo anglo-sajón. Por consiguiente, nada tiene de raro que los intereses israelitas puritanos y británicos

coincidan. Su convergencia, su solidaridad, explican por qué la paz es, al mismo tiempo, israelita, puritana y británica.

No sigamos a los escritores de la reacción francesa en el desarrollo de su teoría que se remonta, por confusos y abstractos caminos, a los más lejanos orígenes del puritanismo y del capitalismo. Contentémonos con constatar que, por razones seguramente más simples, los autores de la paz admitieron en el tratado algunas reivindicaciones israelitas.

El tratado reconoció a las masas judías de Polonia y Rumania los derechos acordados a las minorías étnicas y religiosas, dentro de los Estados adherentes a la Sociedad de las Naciones. En virtud de esta estipulación, quedaba de golpe abolida la desigualdad política y jurídica que la persistencia de un régimen medioeval había mantenido a los israelitas en los territorios de Polonia y Rumania. En Rusia la revolución había cancelado ya esa desigualdad. Pero Polonia, reconstituida como nación en Versalles, había heredado del zarismo sus métodos y sus hábitos antisemitas. Polonia, además, alojaba a la más numerosa población hebrea del mundo. Los israelitas encerrados en sus *ghettos*; segregados celosamente de la sociedad nacional, sometidos a un *pogrom*[216] permanente y sistemático, sumaban más de tres millones.

En ninguna parte existía, por ende, con tanta intensidad un problema judío. En ninguna nación las resoluciones de Versalles a favor de los judíos suscitaban, por la misma causa, una mayor agitación antisemita. El rol que le tocó a Polonia en la política europea de la post-guerra permitió que el poder cayera fajo el control del antisemitismo. Colocada bajo la influencia y la dirección de Francia, en un instante en que dominaba en Francia la reacción, Polonia recibió el encargo de defender y preservar el Occidente de las filtraciones de la revolución rusa. Esta política tuvo que apoyarse en las clases conservadoras, y que alimentarse de sus prejuicios y de sus rencores anti-judíos. El hebreo resultaba invariablemente sospechoso de inclinación al bolchevismo.

Polonia es hasta hoy el país de más brutal antisemitismo. Ahí el antisemitismo no se manifiesta sólo en la forma de *pogroms* cumplidos

216 Nombre dado a los motines contra los judíos en Rusia zarista. Hoy se aplica a toda persecución contra los judíos.

por las turbas jingoístas. El gobierno es el primero en resistir a las obligaciones de la paz, Una reciente información de Polonia dice a este respecto: "El antisemitismo gubernamental y social parece acentuarse en Polonia. Hasta ahora las leyes de excepción legadas a Polonia por la Rusia zarista no han sido abrogadas".

Otro foco activo de antisemitismo es Rumania. Este país contiene igualmente una fuerte minoría israelita. Las persecuciones han causado un éxodo. Una gran parte de los inmigrantes que afluyen a Palestina proceden de Rumania. El número de israelitas que quedan en Rumania se acerca, sin embargo, a 755.000. Como en toda Europa, los hebreos componen en Rumania un estrato urbano. Y, en Rumania como en otras naciones de Europa Oriental, la legislación y la administración se inspiran principalmente en los intereses de las clases rurales. No por esto los judíos son menos combatidos dentro de las ciudades, demasiado saturadas naturalmente de sentimiento campesino. El nacionalismo y el conservatismo rumanos no pueden perdonarles la adquisición del derecho de ciudadanía, el acceso a las profesiones liberales. El odio antisemita monta su guardia en las universidades. Se encarniza contra los estudiantes israelitas. Reclama la adopción del *Numerus Clasus*, que consiste en la restricción al mínimo de la admisión de israelitas en los estudios universitarios.

El *Numerus Clasus* rige desde hace tiempo en Hungría, donde a la derrota de la revolución comunista siguió un período de terror antisemita. La persecución de comunistas, no menos feroz que la persecución de cristianos del Imperio Romano, se caracterizó por una serie de *pogroms*. Los judíos, bajo este régimen de terror, perdieron prácticamente todo derecho a la protección de las leyes y los tribunales. Se les atribuía la responsabilidad de la revolución sovietista. ¿Un israelita, Bela Khun, no había sido el presidente de la República Socialista Húngara? Este hecho parecía suficiente para condenar a toda la raza judía a una truculenta represión. No obstante el tiempo trascurrido desde entonces, el furor antisemita no se ha calmado aún. El fascismo húngaro lanza periódicamente sus legiones contra los judíos. Sus desmanes —cometidos en nombre de un sedicente cristianismo— han provocado últimamente una encendida protesta del Cardenal Csernoch, Príncipe Primado

de Hungría. El Cardenal ha negado indignadamente a los autores de esos "actos abominables" el derecho de invocar el cristianismo para justificar sus excesos. "De lo alto de este sillón milenario —ha dicho— yo les grito que son hombres sin fe ni ley".

En Europa Occidental el antisemitismo no tiene la misma violencia. El clima moral, el medio histórico, son diversos. El problema judío reviste formas menos agudas. El antisemitismo, además, es menos potente y extenso. En Francia se encuentra casi localizado en el reducido aunque vocinglero sector de la extrema derecha. Su hogar es *L'Action Française*. Su sumo pontífice, Charles Maurras. En Alemania, donde la revolución suscitó una acre fermentación antijudía, el antisemitismo no domina sino en dos partidos: el *Deutsche national*[217] y el fascista. El racismo que tiene en Luddendorf su más alto *condottiere* mira en el socialismo una diabólica elaboración del judaísmo. Pero en la misma derecha un vasto sector no toma en serio estas supersticiones. En el *Volks Partei*[218] milita casi toda la plutocracia —industrial y financiera— israelita.

La reacción, en general, tiene sin embargo, en todo el mundo, una tendencia antisemita. Israel combate en los frentes de la democracia y de la Revolución. Un escritor antisemita y reaccionario, Georges Batault, resume la situación en esta fórmula: "En tanto que los judíos internacionales juegan a dos cartas —Revolución y Sociedad de las Naciones— el antisemitismo juega a la carta nacionalista". El mismo escritor agrega que del sionismo se puede esperar una solución del problema judío. Los nacionalismos europeos trabajan por crear un nacionalismo judío. Porque piensan que la constitución de una nación judía libraría el mundo de la raza semita. Y, sobre todo, porque no pueden concebir la historia sino como una lucha de nacionalismos enemigos y de imperialismo beligerantes.

217 Alemán Nacional.

218 Partido del Pueblo.

CAPÍTULOS COMPLEMENTARIOS

VEINTICINCO AÑOS DE SUCESOS EXTRANJEROS

Veinticinco años de sucesos extranjeros

Los veinticincos años de la existencia de *Variedades* corresponden a uno de los períodos más singularmente intensos y agitados de la historia mundial. Es improbable que alguna vez se hayan sucedido y agolpado en sólo 25 años acontecimientos tan decisivos para los destinos de la humanidad. Los veinticinco años que comprenden la revolución francesa, la grandeza y decadencia de Napoleón y las primeras jornadas de la emancipación hispano-americana (1789-1814) son, en la historia de la civilización occidental, los que más se prestan a la comparación con los que el mundo empezó a vivir en 1904. Ese cuarto de siglo fue también el del advenimiento tempestuoso de un orden nuevo. Pero el radio de la revolución liberal no abarcó sino a Europa y a América. Y en Europa misma encontró inexpugnables, al Este, los bastiones de la feudalidad y el absolutismo. En tanto, los acontecimientos dominantes del último cuarto de siglo han rebasado todos los límites. Su escenario ha estado en los cinco continentes.

Ya el primero de estos acontecimientos, la guerra ruso-japonesa, importaba el definitivo ingreso del Asia en la historia occidental. Surgió una nueva gran potencia, el Japón, y se esbozó en el horizonte la rivalidad yanqui-japonesa por el dominio del Pacifico. El Asia cesaba de ser única y esencialmente un inmenso campo de expansión del imperialismo blanco. Una nación asiática, armada de la ciencia y de las máquinas de Europa, tomaba asiento en el consejo de las grandes potencias. Luego, el proceso de occidentalización de la China desencadenó en este dormido

pueblo la revolución democrática que, abatida la monarquía, tomó su carácter social y clasista. Empezó el movimiento autonomista de la India y del Egipto, que afirmaba el despertar de los pueblos de Asia y África.

El Imperio de los Zares sufrió su primera gran derrota en la guerra con el Japón. Desde su ataque a la China, el Japón había demostrado su intención de abrirse paso en el Asia. Su ambición estaba puesta en la Manchuria, hasta donde estiraba su garra el Imperio Ruso. Rusia no estaba en grado de disputar una colonia de esta situación a un pueblo con mejor organización capitalista. El Imperio de los Zares era, por su estructura y su economía, un imperio político-militar de antiguo tipo. Mientras debía su propio desarrollo industrial a capitales y técnicos extranjeros, Rusia pretendía mantener y dilatar un inmenso dominio colonial. Su política molestaba y contrariaba los planes del imperialismo británico que encontró una manera de quebrantarla por mano ajena, alentando el naciente imperialismo japonés.

El Japón, técnicamente mejor preparado que Rusia para la guerra, expulsó a los rusos del territorio que codiciaba. La flota japonesa deshizo la armada rusa del Báltico, enviada por Rusia al Extremo Oriente, asegurándose desde ese momento el dominio del mar.

La victoria japonesa rectificó a expensas de Rusia el *status* vigente hasta entonces en el Extremo Oriente en el reparto colonial. El Japón recibió en virtud del tratado de paz, la parte meridional de la isla de Sákhalin y el sur de la península de Liao-Tung con las ciudades de Dainy y Puerto Arturo. La Corea quedó definitivamente bajo el poder del Japón, que estableció con la anexión de una parte de Liao-Tung, las bases de su actual posición en la Manchuria.

La guerra tuvo profunda resonancia en la situación política y social de ambos países, particularmente en la del país vencido, donde la ola de descontento popular amenazó seriamente en 1905 la estabilidad del zarismo.

1905-1914: Europa pre-bélica

Todo el período que concluye con la declaratoria de guerra se caracteriza, no obstante la política de deliberada preparación bélica, por una aparente afirmación de las fuerzas democráticas y pacifistas. No existía ninguna sería garantía jurídica para el mantenimiento de la paz. Pero se confiaba optimistamente en que el solo progreso moral e intelectual de los pueblos europeos constituía un dique inexpugnable frente al oleaje de las pasiones nacionales. La paz estaba protegida, en la opinión de la mayoría, por una nueva conciencia internacional. La política exterior de todas las grandes potencias se atribuía como fin supremo la paz. Y el propio Káiser Guillermo II, tan proclive a los desplantes marciales, gustaba de la pose pacifista.

La democracia liberal-burguesa se encontraba en su apogeo en Occidente. Y estaba tan segura de sus propias fuerzas, que no parecía preocuparla demasiado el hecho de que el equilibrio europeo dependiese en gran parte de estados como Rusia zarista, donde la política extranjera estaba completamente en manos de una monarquía absoluta, fuera de todo control parlamentario. El poder e influencia de los partidos socialistas habían aumentado incesantemente. La implantación del sufragio popular parecía destinada a transferir gradualmente el dominio del parlamento a los socialistas.

Este se presentaba como otro poderoso factor de paz. Pero, de una parte, la ascensión electoral del proletariado no se había operado sin un progresivo aburguesamiento de los partidos socialistas y de

sus representaciones parlamentarias; y, de otra parte, a medida que el socialismo se había convertido en un movimiento de masas, con activa participación en la política de cada país, su organización internacional, en apariencia acrecentada, descansaba, en cuanto a solidaridad revolucionaria e internacionalista, en un complicado juego de compromisos. En los principales congresos de la Internacional, anteriores a 1914, se planteó con apremio la cuestión de las medidas que debían emplear los partidos socialistas contra la guerra, en caso de inminencia bélica, pero no se llegó a conclusiones concretas. La política de la Internacional se basaba en una excesiva autonomía de sus secciones en los asuntos nacionales, y era imposible que este mecanismo no afectara a su coordinación y disciplina en materia internacional.

El Imperio Británico había consolidado su hegemonía mundial. Las finanzas, el comercio y las ideas británicas dominaban directa e indirectamente en todas partes. Inglaterra había celebrado con Rusia y Francia un pacto de alianza que ponía a sus flancos a estas dos potencias, después de muchos años de tradicional hostilidad o desconfianza. Tenía, independientemente, un tratado de alianza con el Japón que, en virtud de este pacto, asumía, tácitamente, la función de gendarme de reserva del imperialismo inglés en el Extremo Oriente. Estados Unidos no aspiraba, por el momento, sino a proseguir su estupendo desarrollo económico nacional que ofrecía aún un campo de inversiones al capital europeo. El imperio yanqui, aun formulado ya su evangelio expansionista, distaba mucho de anunciarse como un victorioso rival del Imperio británico. La amenaza venía de Alemania que, en veloz progreso industrial y económico, hacía a la Gran Bretaña, en gran número de mercados, una competencia cada vez más inquietante. Alemania se sentía destinada a conquistar el primer puesto. Ésta era una convicción en la que acompañaban al Káiser así los profesores universitarios como los capitanes de industria. El libro de Spengler *Das Untergang des Abenlandes*, es, en cierto aspecto, un reflejo póstumo de la conciencia alemana antes del fracaso de su ilusión imperialista. En Alemania, este proceso de desarrollo y expansión capitalista encontraba en la estructura y la mentalidad feudal y militar de la monarquía un inmediato encauzamiento a la preparación guerrera. Menos diestra políticamente que Inglaterra y más limitada por sus posibilidades,

Alemania no pudo escoger libremente sus aliados. Tuvo que contentarse con ser el eje de una triple alianza en la que tenía a su lado a Austria e Italia, históricamente mal avenidas. Su diplomacia no previno, al menos, la posibilidad de un convenio entre Italia y Francia, conforme al cual la primera se obligaba a permanecer neutral, en caso de guerra con una de sus aliadas, si la segunda era agredida. El Canciller alemán sentía tan segura, tan inexpugnable la posición de su patria que, cuando alguien en el Reichstag aludió, al convenio, declaró que el Imperio bien podía consentir a su aliada «una pequeña vuelta de vals» con Francia.

Francia, cuya clase dirigente nunca había renunciado a una eventual futura reivindicación de Alsacia-Lorena, había hallado en la alianza con Inglaterra, negociada por Delcassé, su más sólida garantía contra el prepotente crecimiento alemán. En realidad sus dos alianzas, la vinculaban inexorablemente a una política antigermana, a la cual Francia no podría en adelante sustraerse para actuar según su propio arbitrio. Rusia tenía intereses antagónicos con los Imperios Centrales en los Balcanes y el Oriente, oposición que llegó a pesar en su política más que sus viejos resentimientos y rivalidades con el imperialismo británico. Inglaterra desde el momento en que Alemania aspiraba abiertamente a reemplazarla en la hegemonía mundial, tenía que dirigir todos sus esfuerzos contra ese Estado.

La política europea reflejaba, simplemente, en todas estas tendencias y problemas, las contradicciones de la economía capitalista, arribada a la meta de su desenvolvimiento. Por una parte, la democracia parlamentaria y el sufragio universal, elevaban al gobierno programas y partidos que repudiaban la diplomacia secreta y propugnaban una política de paz, la reducción de armamentos y la proscripción de la guerra; por otra parte, el interés imperialista constreñía a los estados a anular en la práctica este progreso, continuando y aumentando su preparación bélica.

1914-1918: la Gran Guerra

El juicio de las responsabilidades de la guerra europea está aún abierto. Ninguna duda cabe respecto a las intenciones agresivas y a los planes imperialistas del Káiser alemán. Pero ninguna duda cabe tampoco acerca de las maniobras con que Inglaterra, Rusia y Francia, aunque no fuera más que proponiéndose dar jaque mate al Káiser, conducían a Europa a la guerra. Los términos humillantes en que Austria trató a Servia, exigiéndole reparación por el asesinato de Sarajevo, no habrían sido tan inexorables y duros, si Austria, que sabía que tras de Servia estaba Rusia, no se hubiese sentido incondicionalmente respaldada, si no excitada, por Alemania. Rusia, a su vez, no habría sostenido tan resueltamente a Servia ni habría marchado tan de prisa a la movilización, si no hubiese estado segura de que tanto Francia como Inglaterra, se habrían de lanzar con ella contra los Imperios Centrales. Un hombre de gobierno de uno de los principales pueblos combatientes, Lloyd George, ha convenido en que la tesis más prudente es la de que a la guerra se llegó no por premeditada y exclusiva voluntad de una sola de las partes, sino por una serie de actos irreflexivos, de todos o casi todos los beligerantes, que hicieron finalmente inevitable el conflicto armado. Las memorias del embajador de Francia en Rusia, hasta 1912, Georges Louis, entre otros documentos, acreditan la complicidad de la Cancillería francesa con los manejos de la diplomacia zarista más intrigante y peor intencionada. Escritores franceses como Fabre Luce y M. Morhardt, han demostrado en sus libros, documentada y seriamente, la inconsistencia

de la versión que atribuye a los Imperios Centrales la responsabilidad total de la guerra, eximiendo de culpa a los gobiernos aliados.

La crónica registra en el siguiente orden los hechos que señalaron el comienzo de la guerra: El 24 de junio Austria-Hungría envió a Servia un ultimátum para que le diese amplia reparación por el asesinato del príncipe heredero del Imperio en Sarajevo, reprimiendo a los cómplices y la propaganda anti-austríaca. Poincaré y Viviani habían visitado al Zar, poco antes, en el instante de mayor tensión de las negociaciones. Todo hacía esperar entonces el ultimátum austríaco. Hay sobrado indicio de que Poincaré, lejos de emplear su esfuerzo en un sentido de moderación y prudencia, alentó con su lenguaje al Zar y a su ministro Sazonof a mantener una actitud inflexible frente a Austria, sin preocuparse de las consecuencias. El gobierno servio, evidentemente manejado por Rusia, respondió al ultimátum de Austria en forma inconcluyente y, en algunos puntos, reticente y dilatoria. El 28 de junio, un mes después del crimen de Sarajevo, Austria declaraba la guerra a Servia. El 29 presentó Sazonof al Zar el úkase de movilización general. El Zar lo sustituyó, por el momento, por una orden de movilización parcial; pero el 30 Sazonof le arrancó la movilización general. Este acto equivalía a decidir la guerra. El 31 de julio Alemania dirigía un ultimátum a Rusia y Francia; el 19 de agosto declaraba la guerra a la primera y el 2 a la segunda.

Alemania sabía que el éxito de sus operaciones contra Francia, dependía de la posibilidad de asestar a su poder militar golpes fulminantes y decisivos. Su ejército se lanzó al ataque a través de Bélgica violando la neutralidad de ese país. Invocando este hecho, Inglaterra entró en la guerra, al lado de sus aliados, el 4 de agosto. Menos de una semana había bastado para que la conflagración se encendiese en toda Europa.

La crónica de la guerra misma se resume en las siguientes fechas y sucesos salientes: 3-12 de septiembre de 1914, Batalla del Marne. Francia contiene victoriosa el avance de los alemanes. Parada así la ofensiva, comienza entre los dos ejércitos, en un extensísimo frente, una guerra de trincheras que se prolonga hasta el armisticio. 26-29 de agosto de 1914, rechazo de los rusos en Tanenberg. 6 de agosto de 1915, entrada de los alemanes en Varsovia. 23 de mayo de 1915, Italia declara la guerra

a Austria- Hungría, reivindicando Trento y Trieste. 21-26 de febrero de 1916, Batalla de Verdún. 4 de junio de 1916, ofensiva rusa dirigida por el general Brussilov, en el frente de Volhynia y Bukovina. 27 de agosto de 1916, Rumania se une a los aliados. Julio-noviembre de 1916, ofensiva franco-británica del Somme. 7 de diciembre de 1916, los alemanes ocupan Bucarest. 12 de diciembre de 1916, Alemania propone la apertura de negociaciones de paz. Marzo-agosto de 1917, ofensiva italiana del Carso. 4 de abril de 1918, Estados Unidos declara la guerra a Alemania. 3 de marzo de 1918, Alemania y Rusia suscriben la paz en Brest-Litovsk. 21 de marzo de 1918, Batalla «del Káiser», en un frente de 400 kilómetros, en la Picardía y Flandes. 27 de mayo de 1918, Chemin des Dames. 18 de junio, Capitulación de Austria-Hungría, a consecuencia de la victoria italiana de Vittorio Veneto. 11 de noviembre de 1918, Capitulación de Alemania.

La fecha que cierra el período bélico es la de la suscripción del tratado de paz de Versalles el 28 de junio de 1919.

Revolución Rusa

La guerra con el Japón precipitó en Rusia los acontecimientos revolucionarios que venían madurando en ese país desde mucho tiempo atrás. Pero no existía aún en Rusia una sólida organización revolucionaria. Los grupos liberales burgueses se caracterizaban por su optimismo. El partido bolchevique, que en 1917 debía conducir victoriosamente a las masas a la Revolución, daba sus primeros pasos. En 1903 se había separado de los mencheviques, pero había mantenido aún lazos de acción común con esta fracción que sostenía la tesis del carácter necesariamente liberal burgués de esa etapa revolucionaria, subestimando el rol del proletariado en su proceso. La insurrección de 1905 fue dominada; pero, intimidado por la agitación revolucionaria en el país, el Zar ofreció en un manifiesto la Constitución y el Parlamento.

Estas promesas fueron burladas bajo la presión de los elementos reaccionarios; pero la experiencia de 1905, inteligentemente utilizada por los bolcheviques, sirvió a la creación de una estrategia y un organismo revolucionarios, que, doce años más tarde, iban a permitir al proletariado la conquista del poder. La guerra con los Imperios Centrales condenó a muerte al zarismo. En el curso de la guerra quedó demostrada, a más no poder, la incapacidad y la corrupción de este régimen. Los propios gobiernos aliados, alarmados por la inepcia zarista y el descontento popular, se dieron cuenta de que la sustitución de este gobierno era inevitable y necesaria. Pero aparecía muy riesgosa toda tentativa de canalizar las fuerzas populares.

La falta de víveres se encargó de desencadenarlas. El 10 de marzo se declaró la huelga en las fábricas y tranvías. El 11 los soldados fraternizaron con el pueblo. Los actos del Zar aumentaron la tensión. Un úkase imperial ordenó la suspensión de la Duma. La Duma resistió. La insurrección estalló incontenible. El 14 el zar, conminado a retirarse por Rodzianko, presidente de la Duma, abdicó a favor de su tío el gran duque Miguel. Pero éste, percatado de los peligros de la situación, declaró que no aceptaría el poder sino por mandato de una Asamblea Nacional, elegida por el voto popular. El gobierno provisorio constituido por la Duma, bajo la presidencia del príncipe Livov, y con la participación de Rodzianko, Miliukov y Kerensky, se mostró pronto en desacuerdo con el espíritu revolucionario del movimiento. Kerensky asumió entonces la presidencia del gobierno.

Pero Kerensky no era tampoco el jefe que la revolución necesitaba. Demasiado obsecuente con los gobiernos aliados, que se arrogaban en el derecho de asesorarlo por intermedio de sus embajadores, no osó romper abiertamente con todas las instituciones y hombres del zarismo. Menos aún osó actuar la política que el pueblo, por órgano de sus consejos de obreros y soldados, reclamaba con creciente instancia: la cesación de la guerra y el reparto de tierras. El partido socialista revolucionario al cual pertenecía Kerensky, reclutaba, sin embargo, sus fuerzas en el campesinado, que era la clase que más sentía ambas reivindicaciones.

La reacción, alentada por las hesitaciones y compromisos de Kerensky, empezó a amenazar las conquistas revolucionarias. Por mano del general Kornilov, intentó un golpe de estado que encontró alertas y vigilantes a las fuerzas proletarias, dirigidas cada vez con mayor autoridad, por el Partido Bolchevique.

Lenin, líder y animador de este partido, revolucionario y estadista, genial, a quien la crítica menos sospechosa de parcialidad reconoce los rasgos y la grandeza de un Cromwell, encontró en la fórmula, «todo el poder a los Soviets», la voz de orden que debía llevar la victoria a la revolución. Los soviets de obreros y soldados tenían el control de la situación, y al influjo de una enérgica propaganda y de un programa claro y realista, pronto se pronunciaron a favor del bolchevismo.

El 24 de octubre, el gobierno provisorio de Kerensky fue depuesto por los soviets. En su reemplazo, se constituyó un gobierno revolucionario encabezado por Lenin, quien desde el primer momento manifestó su resolución de instituir un Estado proletario sobre las ruinas del antiguo Estado ruso demolido hasta su cimientos.

No obstante las conspiraciones internas y externas que le ha tocado afrontar, este Estado proletario se mantiene hasta hoy en pie, representando, según todos los testimonios, el único orden posible en Rusia. Dirigido por hombres escogidos del partido de Lenin, el desarrollo y afianzamiento del Estado Soviético significa la realización victoriosa del Socialismo en un país de 150 millones de habitantes.

La Revolución Alemana

Según la frase de un político del Reich, la Revolución Alemana fue, ante todo, «La huelga general de un ejército vencido». La revolución se produjo en Alemania a consecuencia de la derrota, sin que existiera un partido revolucionario con sentido preciso de su misión y del momento. El partido socialista no había tomado posición contra la guerra. Había votado los créditos bélicos. Sólo en los últimos tiempos se había separado de la mayoría social-democrática un grupo de diputados opuestos a la guerra. Pero este mismo grupo parlamentario no realizaba un trabajo de preparación revolucionaria. Este trabajo se reducía a los esfuerzos de una minoría dirigida por Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo, León Jogisches, Franz Mehring y otros marxistas que sin descanso habían denunciado y combatido la degeneración parlamentaria y reformista de la social-democracia.

Forzada por los acontecimientos a organizar, a la abdicación del Káiser, un gobierno revolucionario, la social-democracia no se creyó en grado de prescindir de los partidos burgueses. Los elementos reaccionarios, la oficialidad monárquica, aprovecharon de esta situación para quebrantar el impulso revolucionario, masacrando a las masas y asesinando a sus jefes. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo cayeron en las jornadas de enero de 1919.

Reprimido el movimiento espartaquista por el gobierno social-democrático, la asamblea nacional elegida en enero dictó en Weimar la Constitución de la República Alemana.

La social democracia, uno de cuyos líderes, Ebert, ocupó la Presidencia de la República en el primer período, perdió el poder bajo la presión de la reacción conservadora, que culminó en 1924 con la elección del mariscal Hindenburg para el segundo período.

En las últimas elecciones volvió a inclinarse la mayoría a izquierda, ganando los socialistas el primer puesto en el Reichstag. Pero la composición del parlamento no consiente sino un gobierno de coalición, y esta fórmula no es viable para los socialistas sin concesiones excesivas a los partidos centrista, democrático y populista, sin los cuales es imposible la organización de un ministerio.

El fascismo en Italia

También en Italia la paz causó una situación revolucionaria. Italia se contaba entre las naciones victoriosas; pero la paz no había satisfecho sus expectativas. La crisis económica que siguió a la guerra agitó a las masas contra el régimen. Los partidos de masas, el Socialista y el Popular, ganaron una resonante victoria en las elecciones de 1919. El Partido Popular o Católico aceptó participar en el gobierno, absteniéndose de toda reserva confesional. Pero el Partido Socialista, dividido en tres corrientes, no se decidió por la colaboración ni por la revolución. Dominaba en sus rangos dirigentes, lo mismo que en la Confederación General del Trabajo, una mentalidad parlamentaria, bajo una habitual declamación subversiva. Una fracción del partido, la más joven, se pronunció por la estrategia comunista. Mas, en el Congreso de Livorno se juntaron contra ella las corrientes de centro y derecha. Poco antes se había producido la ocupación de las fábricas por los obreros metalúrgicos; y, ofrecido por Giolitti, el control obrero en la administración de las usinas, la Confederación General del Trabajo había rehusado hacer de ese movimiento el principio de una acción insurreccional, resolviendo la aceptación de las condiciones del gobierno. Aprovechando diestramente esta derrota socialista, esta retirada obrera, Mussolini y su grupo de combatientes lograron encuadrar en el fascismo a una gran parte de la pequeña burguesía descontenta. El Partido Fascista que por un momento había aparecido como una fuerza de defensa del Estado, se impuso fácilmente a un liberalismo abdicante y fraccionado. En noviembre de 1922

el fascismo se apoderó del poder, estableciendo, con la aprobación de un parlamento intimidado, su dictadura.

El régimen fascista, después de suprimir la oposición legal, que realizó su más vigorosa ofensiva a raíz del asesinato del diputado socialista Matteoti, ha reformado la organización del Estado Italiano.

La Revolución China

La Revolución China constituye el signo más extenso y profundo del despertar del Asia. Un pueblo de 400 millones de hombres, a través de este proceso lleno de alternativas y complicaciones, se esfuerza por encontrar la vía de su emancipación.

Hasta sus primeros contactos con la civilización occidental, la China conservó sus antiguas formas políticas y sociales. La civilización china, una de las mayores civilizaciones de la historia, había arribado ya al punto final de su trayectoria. Era una civilización agotada. El contacto con el Occidente, fue más bien que un contacto, un choque. Los europeos entraron en la China con un ánimo brutal y rapaz de depredación y de conquista. Para los chinos era ésta una invasión de bárbaros. Las expoliaciones suscitaron en el alma china una reacción agria y feroz contra la civilización occidental y sus ávidos agentes. Provocaron un sentimiento xenófobo en el cual se incubó el movimiento boxer,[219] que atrajo sobre

---

219 El movimiento boxer fue animado por una organización campesina, que demandaba reformas de carácter democrático. Pero la inepta dinastía reinante tuvo miedo a los posibles desbordes del movimiento, y por segunda vez buscó el auxilio de las potencias imperialistas, que ya habían contribuido a reprimir la rebelión Taiping, y que recientemente habían acentuado su penetración al establecer el sistema de las concesiones territoriales. El sentimiento anti-extranjero —alentado por el recuerdo de hechos tan ominosos como la «guerra del opio», la acción armada contra la rebelión Taiping y las frecuentes depredaciones— reforzó entonces el movimiento boxer, dándole carácter patriótico.
En los manuales de Historia se conoce con el pomposo nombre de guerra de los boxer (1900-1901) a la lucha armada contra los inermes demócratas y patriotas chinos, llevada a cabo por ejércitos de las potencias imperialistas —Inglaterra,

la China una expedición marcial punitiva de los europeos dirigida por el general alemán Waldersee.

Pero la invasión de las potencias occidentales no llevó sólo a la China sus ametralladoras y sus mercaderes sino también sus máquinas, su técnica y otros instrumentos de su civilización. Penetró en la China el industrialismo. A su influjo la economía y la mentalidad chinas comenzaron a modificarse. Al mismo tiempo, miles de chinos salían de su país, antes clausurado y huraño, a estudiar en las universidades europeas y americanas. Adquirían ahí ideas, inquietudes y emociones que se apoderaban perdurablemente de su inteligencia y de su psicología.

La Revolución aparece, así, como un trabajo de adaptación de la política china a una economía y una conciencia nuevas. Las viejas instituciones no correspondían, desde hacía tiempo a los nuevos métodos de producción y las nuevas formas de convivencia. La China está ya bastante poblada de fábricas, de bancos, de máquinas, de cosas y de ideas que no se avienen con un régimen patriarcalmente primitivo.

La Revolución China principió formalmente en octubre de 1911, en la provincia de Hu-Peu. La dinastía manchú se encontraba socavada por los ideales liberales de la nueva generación y descalificada, —por su conducta ante la represión europea de la revuelta boxer—, para seguir representando el sentimiento nacional. No podía, por consiguiente, poner una resistencia seria a la ola insurreccional.

En 1912 fue proclamada la república. Pero la tendencia republicana no era vigorosa sino en la población del Sur, donde las condiciones de la propiedad y de la industria favorecían la difusión de las ideas liberales sembradas por el doctor Sun Yat Sen y el Partido Kuo-Min-Tang. En el Norte prevalecían las fuerzas del feudalismo y el mandarinismo. Brotó de esta situación el gobierno de Yuan Shi Kay republicano en su forma, monárquico y «tuchun»[220] en su esencia. Yuan Shi Kay y sus secuaces

---

Alemania, Italia, Francia, Rusia y Japón— con la franca simpatía del impopular gobierno imperial de China. Irónica y despectivamente la califica José Carlos Mariátegui como «expedición marcial punitiva de los europeos». Y de ella parte para explicar la posterior transformación espiritual de China y los progresos del movimiento democrático (Nota de Alberto Tauro).

220 Gobernador militar. En el período intermedio entre el derrocamiento de la monarquía y la organización de la república, la dirección de las provincias

procedían de la vieja clientela dinástica. Su política tendía hacia fines reaccionarios. Vino un período de tensión extrema entre ambos bandos. Yuan Shi Kay, finalmente, se proclamó emperador. Mas su imperio fue muy fugaz. El pueblo insurgió contra su ambición y lo obligó a abdicar. La historia de la revolución china fue, después de este episodio, una sucesión de tentativas reaccionarias prontamente combatidas por la revolución. Los conatos de restauración eran invariablemente frustrados por la persistencia del espíritu revolucionario. Pasaron por el gobierno de Pekín diversos «tuchuns». Creció, durante este período, la oposición entre el Norte y el Sur. Se llegó, en fin, a una completa Recesión. El Sur se separó del resto del imperio en 1920; y en Cantón su principal metrópoli, antiguo foco de ideas revolucionarias, constituyóse un gobierno republicano presidido por Sun Yat Sent. Cantón, antítesis de Pekín, y donde la vida económica había adquirido un estilo análogo al de Occidente, alojaba las más avanzadas ideas y los más avanzados hombres. Algunos de sus sindicatos obreros permanecían completamente bajo la influencia doctrinal del partido Kuo-Min-Tang; pero otros adoptaban abiertamente la ideología socialista.

Durante algunos años se dividieron el dominio de la China tres fuerzas: la nacionalista revolucionaria de Sun Yat Sen, la militar y optimista de Wu Pei Fu y la feudal y reaccionaria de Chang So Lin. La primera tenía sus bases en Cantón, la segunda gobernaba desde Pekín el centro del país y la tercera controlaba la Manchuria. Wu Pei Fu, que se presentó al principio como un político progresista y democrático, se manifestó luego completamente influido por los elementos conservadores de Pekín, y, sobre todo, por la política y las finanzas británicas. Derrotado por el reaccionario Chang So Lin, con el concurso, de los revolucionarios del Sur, desapareció luego casi completamente del escenario político como figura de importancia. El Küo-Min-Teng aprovechó este momento pera llevar su acción a Pekín, donde Sun Yat Sen fue recibido con entusiasmo.

---

estuvo a cargo de gobernadores militares que, en determinados momentos, hicieron valer su fuerza para pasar por el gobierno de Pekín. En consecuencia; cuando José Carlos Mariátegui agrega que pasaron por el gobierno de Pekín diversos «tuchuns», debe entenderse que éstos servían a las fuerzas conservadoras para contener o desviar los impulsos democráticos de la revolución (Nota de Alberto Tauro).

Se destacó en la lucha que precedió estos cambios, el general cristiano Fen Yu Hsing que conserva hasta hoy en la China nacionalista su zona de influencia. Y el Kuo-Min-Tang asumió un carácter cada día más revolucionario, al impulso de las masas obreras y campesinas que se movían bajo sus banderas,

Chang So Lin no tardó en encabezar una nueva ofensiva reaccionaria. La posesión de Pekín engrandeció extraordinariamente su autoridad. El Kuo-Min-Tang, que perdió a su jefe Sun Yat Sen, siguió confinado en las provincias del Sur. Pero precisamente en este tiempo en que un régimen reaccionario y dictatorial afirmó su autoridad en la China del Norte y del Centro, la creciente revolucionaria alcanzó su máximo nivel. Chang So Lin fracasó en su intento de unificar la China bajo su comando. Los nacionalistas tomaron entonces victoriosamente la ofensiva.

Una nueva fase de la revolución empieza con el golpe de estado del jefe nacionalista Chang Kai Shek, después de la captura de Shangai, que marcaba un momento culminante de la revolución. Desde entonces el Kuo-Min-Tang ha entrado en un período de crisis. Los jefes militares han hecho, de una parte, todo género de concesiones a la diplomacia imperialista; y de otra parte, han reprimido implacablemente como los peores «tuchuns» a las masas obreras y campesinas revolucionarias. La revolución se ha detenido en su etapa burguesa y militar. Muerto Chang So Lin, los jefes nacionalistas han logrado unificar, casi totalmente, la China bajo su dominio.

El movimiento nacionalista hindú

Como afirma Romain Rolland, la India está en marcha. Se cumple en ese inmenso país un movimiento emancipador, en el que los factores económicos y políticos se confunden con los religiosos y que, en gestación mucho tiempo atrás, ha entrado en una fase activa después de la guerra, bajo la dirección espiritual de Gandhi, cuyo nombre en breves años se ha impuesto a la estimación del mundo como el de un apóstol del resurgimiento oriental.

1919 encontró a Gandhi a la cabeza del movimiento de emancipación de su pueblo. Hasta entonces Gandhi sirvió fielmente a la Gran Bretaña, Durante la guerra colaboró con los ingleses. La India dio a la causa aliada una importante contribución. Inglaterra se había comprometido a concederle los derechos de los demás «dominios». Terminada la contienda, Inglaterra olvidó su palabra y el principio wilsoniano de la libre determinación de los pueblos. Reformó superficialmente la administración de la India, en la cual acordó al pueblo hindú una participación muy secundaria. Respondió a las quejas hindúes con una represión marcial y cruenta. Ante este tratamiento pérfido, Gandhi rectificó su actitud y abandonó sus ilusiones. La India insurgía contra la Gran Bretaña y reclamaba su autonomía. La muerte de Tilak había puesto la dirección del movimiento nacionalista en manos de Gandhi que ejercía sobre su pueblo un gran ascendiente religioso. Gandhi aceptó la obligación de acaudillar a sus compatriotas y los condujo a la no cooperación. La insurrección armada le repugnaba. Los medios debían ser, a su juicio, buenos y morales como los

fines. Había que oponer a las armas británicas la resistencia del espíritu y del amor. La evangélica palabra de Gandhi inflamó de misticismo y de fervor el alma indostana. El Mahatma acentuó, gradualmente, su método. Los hindúes fueron invitados a desertar de las escuelas y las universidades, la administración y los tribunales. La táctica de la no cooperación se encaminaba a sus últimas consecuencias: la desobediencia civil, el rehusamiento del pago de impuestos. La India aparecía próxima a la rebelión. Se produjeron entonces algunas violencias. Siguieron el proceso y la prisión de Gandhi. El movimiento emancipador, bruscamente contenido en su desarrollo, cayó en una etapa de depresión.

El Congreso Nacional Indio de 1923 marcó un descenso del gandhismo. Prevaleció en esta asamblea la tendencia revolucionaria de la no cooperación; pero se le enfrentó una tendencia derechista o revisionista que, contrariamente a la táctica gandhista, propugnaba la participación en los Consejos de Reforma creados por Inglaterra para domesticar a la burguesía hindú. Al mismo tiempo apareció en la asamblea, emancipada del gandhismo una nueva corriente revolucionaria de inspiración socialista. El programa de esta corriente, dirigido desde Europa por núcleos de estudiantes y emigrados hindúes, proponía la separación completa de la India del Imperio Británico, la abolición de la propiedad feudal de la tierra, la supresión de los impuestos indirectos, la nacionalización de las minas, ferrocarriles, telégrafos y demás servicios públicos, la intervención del Estado en la gestión de la gran industria, una moderna legislación del trabajo, etc. Posteriormente la escisión continuó ahondándose. Las dos grandes fracciones mostraban un contenido y una fisonomía clasistas. La tendencia revolucionaria era seguida por el proletariado que, duramente explotado sin el amparo de leyes protectoras, sufría más la dominación inglesa. Los pobres, los humildes eran fieles a Gandhi y a la revolución. El proletariado industrial se organizaba en sindicatos en Bombay y otras ciudades indostanas. Las tendencias de derecha, en cambio, alojaban las castas ricas, los «parsis», comerciantes, latifundistas.

Cuando el gobierno laborista de Mac Donald lo amnistió y libertó, Gandhi encontró fraccionado y disminuido el movimiento nacionalista hindú. Poco tiempo antes, la mayoría del Congreso Nacional, reunido extraordinariamente en Delhi en septiembre de 1923, se había declarada

favorable al partido dirigido por C. R. Das, cuyo programa se conformaba con reclamar para la India los derechos de los «dominios» británicos y se preocupaba de obtener para el capitalismo hindú sólidas y seguras garantías.

En los últimos años, muerto C. R. Das, que posteriormente a 1923 se acercó mucho al gandhismo, Gandhi ha vuelto a la dirección activa del movimiento hindú, que insiste con nueva energía en sus reivindicaciones inclinándose otra vez a apelar al método de la no cooperación, cuyos principios parecen haber seguido penetrando y definiéndose en la conciencia hindú, al influjo del Mahatma.

La Revolución Mexicana

En la América Latina o Ibera, el fenómeno dominante, por su trascendencia social y política, es la revolución mexicana. Este movimiento comienza con la insurrección popular contra la dictadura de Porfirio Díaz. El tema de la revolución en su primera etapa era: «No reelección».

La política de Díaz fue una política esencialmente plutocrática. Falaces leyes despojaron al indio mexicano de sus tierras en beneficio de los capitalistas nacionales y extranjeros: los ejidos[221] fueron absorbidos por los latifundios. La clase campesina resultó totalmente proletarizada. Los plutócratas, los latifundistas y su clientela de abogados e intelectuales, constituían una oligarquía que dominaba, con el apoyo del capital extranjera, al país feudalizado. Su gendarme ideal era Porfirio Díaz. Pero un pueblo que tan porfiadamente se había batido antes por su derecho a la posesión de la tierra, no podía resignarse a este régimen feudal y renunciar a sus reivindicaciones. Además, el crecimiento de las fábricas creaba un proletariado industrial, en el cual la inmigración extranjera estimulaba la asimilación de las nuevas ideas sociales. Aparecían pequeños núcleos socialistas y sindicalistas. Flores Magón, desde Los Angeles, introducía en México con su propaganda algunos elementos de ideología socialista.

---

221 Ejidos: pueblos o colectividades de indios, que poseen en común una extensión de terrenos labrantíos; o los terrenos mismos. Los individuos de los ejidos reciben parcelas que, en el mejor de los casos, miden cuatro hectáreas; de ellas obtienen una utilidad que no suele exceder de un peso diario y que, en rigor, es el fruto del trabajo (Nota de Alberto Tauro).

Cuando se aproximaba el fin del sétimo período de Porfirio Díaz apareció el caudillo: Francisco Madero. Madero, que hasta aquel tiempo fue un agricultor sin significación política, publicó un libro anti-reeleccionista. Este libro que fue una requisitoria contra el gobierno de Díaz, tuvo un inmenso eco popular. Porfirio Díaz, con esa confianza vanidosa en su poder que ciega a los déspotas en su decadencia, no se preocupó al principio de la agitación popular suscitada por Madero. Juzgaba a Madero un personaje secundario e impotente.

Entre otras medidas de represión, ordenó su encarcelamiento. La ofensiva reaccionaria dispersó al partido anti-reeleccionista: los «científicos»[222] restablecieron su autoridad; Porfirio Díaz obtuvo su octava reelección y la celebración del centenario de México fue una faustosa apoteosis de su dictadura.

Puesto en libertad condicional, Madero se fugó a los Estados Unidos, donde se entregó a la organización del movimiento revolucionario. Orozco reunió el primer ejército insurreccional. La rebelión se propagó velozmente. La clase gobernante intentó vencerla con armas políticas. Se declaró dispuesta a satisfacer las aspiraciones populares. Dio una ley que cerraba el paso a otra reelección. Pero esta maniobra no contuvo el movimiento en marcha. La bandera anti-reeleccionista era una bandera contingente. Alrededor de ella se concentraban todos los explotados, todos los rebeldes. La revolución no tenía aún un programa; pero éste empezaba ya a bosquejarse, y su primera reivindicación concreta era la

---

222 "Científicos" se denominó a los más conspicuos colaboradores del General Porfirio Díaz porque se adhirieron a los postulados de la "ciencia" positivista, que sentó sus reales en México mientras aquéllos usufructuaron del poder.
«La forma de gobierno del General Díaz se copiaba en casi todos los Estados de la República, en pequeño. Los Gobernadores permanecían en el poder indefinidamente, formaban sus grupos de parientes, amigos y favoritos, y protegían a los grandes propietarios y el comercio extranjero», explica Alfonso Teja Zabre. Y agrega que «el éxito rápido en la primera etapa revolucionaria, se debió a la descomposición y cansancio del régimen anterior, que había llegado a su extremo de senilidad en hombres, instituciones y doctrinas, y al brusco alzamiento de las energías proletarias y populares que habían estado adormecidas, pero no muertas ni satisfechas» (Véase *Historia de México. Una moderna interpretación*, México, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1935, p. 40).
Madero cometió el error de pactar con aquella laya de políticos y fue, por eso, su víctima, como justamente hace ver José Carlos Mariátegui (Nota de Alberto Tauro).

reivindicación de la tierra. El lema «Tierra y Libertad se juntaba al lema no-reelección», excediéndolo y superándolo.

La oligarquía se apresuró a negociar con los revolucionarios. En 1912, Porfirio Díaz dejó el gobierno a De la Barra, quien presidió las elecciones. Madero llegó al poder a través de un compromiso con los «científicos». Conservó el antiguo parlamento. Estas transacciones lo socavaron? Los científicos saboteaban el programa revolucionario. Se preparaban, al mismo tiempo, a la reconquista del poder. Vino la insurrección de Félix Díaz. Y tras de ella vino la traición de Victoriano Huerta, quien, sobre los cadáveres de Madero y Pino Suárez, asaltó al gobierno. La reacción «científica» apareció victoriosa. Pero el pronunciamiento de un jefe militar no podía detener la marcha de la revolución mexicana. Todas las raíces de esta revolución estaban vivas. El general Venustiano Carranza recogió la bandera de Madero y, después de un período de lucha, expulsó del poder a Victoriano Huerta. Las reivindicaciones de la revolución se acentuaron y definieron mejor; y México revisó y reformó su carta constitucional de acuerdo con ellas.

Pero Carranza, elegido presidente, carecía de condiciones para realizar el programa revolucionario; su calidad de terrateniente y sus compromisos con la clase latifundista le impedían cumplir la reforma agraria. El régimen de Carranza bajo la autoridad patriarcal del anciano caudillo, se burocratizó y desprestigió gradualmente. Carranza intentó, en fin; designar su sucesor. El país agitado incesantemente por las facciones revolucionarias, insurgió contra este propósito. Carranza, virtualmente destituido, murió en manos de una banda irregular. Bajo la presidencia provisional de Adolfo, de la Huerta, se efectuaron las elecciones, siendo elegido presidente el General Alvaro Obregón que, durante la campaña revolucionaria, se había destacado como caudillo con más condiciones de mando.

El gobierno de Obregón significó una etapa de estabilización, y realización revolucionarias. Empezó el fraccionamiento de los latifundios. La instrucción pública, bajo la dirección de Vasconcelos, adquirió un magnífico desarrollo y adoptó un programa que se inspiraba en los ideales sociales y de la revolución. Elegido el General Plutarco Elías Calles, en reemplazo de Obregón, continuó en sus rasgos esenciales la

política de éste. Le tocó afrontar un fuerte movimiento clerical, que lo obligó a emplear medidas extremas en defensa de los principios revolucionarios sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Mantuvo, sobre todo, la difícil unidad del partido revolucionario, basada en la colaboración de los sindicatos obreros y campesinos, en su mayor parte adherentes a la Confederación Regional Obrera Mexicana (C.R.O.M.) con la pequeña burguesía revolucionaria dirigida por jefes militares y parlamentarios. Al concluir el mandato Calles, la candidatura de Obregón apareció como la única que podía conservar unido este bloque de fuerzas populares: Invocando el principio anti-reeleccionista se rebelaron los generales Gómez y Serrano. Los dos fueron batidos y fusilados y su rebelión provocó una momentánea reafirmación del frente revolucionario. Elegido el General Obregón, la solución del problema político parecía obtenida, cuando se produjo en un banquete el asesinato del popular caudillo por un católico fanático. Este hecho trajo la ruptura del bloque con el cual habían gobernado Obregón y Calles. Los jefes de la CROM fueron acusados por algunos líderes obregonistas como instigadores del asesinato de su jefe. Se obligó a Calles a separarlos del gobierno. Y empezó una lucha en la cual se manifiesta el desarrollo de una corriente anti-revolucionaria dentro del antiguo bloque gubernamental. Terminado el período de Calles, se ha encargado provisoriamente del gobierno, por designación del Parlamento, el licenciado Portes Gil, que representa la tendencia en pugna con la CROM.

Conclusión

Al período de agitación post-bélica ha seguido en Europa un período de estabilización capitalista y democrática que, si ha dejado en pie las consecuencias de la marejada reaccionaria, las dictaduras italianas y españolas, ha detenido, en cambio, el progreso de las tendencias políticas de este carácter en los principales estados occidentales. En este período se ha acentuado la preponderancia económica de los Estados Unidos, al mismo tiempo que se ha reforzado la organización del estado socialista ruso. No faltan quienes se inclinen a creer que capitalismo y socialismo pueden convivir largamente en el mundo. La estabilización de uno y otros sistemas, aunque con distinto carácter, es el hecho en que se basa esta predicción.

Breve epílogo[223]

Es obvio que la historia de los últimos 25 años no se deja aprehender en un itinerario de los grandes sucesos. Muchas de las grandes corrientes de una época no afloran a la superficie de ellos. Circulan por cauces que se hunden en el subsuelo, cuando una guerra acapara los escenarios. El suceso es un síndrome. Traduce o señala una crisis cuyas fuerzas operan fuera de sus propios límites de espacio y tiempo.

La guerra de 1914-19 nunca se explica menos que cuando se pretende comprenderla sólo a través de su gestación diplomático-militar. La diplomacia no puede exceder sus posibilidades. Su juego está secretamente regido por humores e impulsos que no le es dado escoger. Así, la guerra se preparó, ante todo, en el crecimiento industrial y comercial de Alemania; y bajo este aspecto, el proceso del capitalismo mundial cela sus factores primarios. En la etapa final del crecimiento económico e imperialista de Alemania, en Europa, se movilizaron y desarrollaron las fuerzas que hicieron posible la guerra, tal como se organizaron en la mentalidad alemana los elementos que empleó Spengler en la construcción de su *Decadencia de Occidente*. (Aquéllos produjeron sus efectos más pronto que éstos). El suceso llegó antes del libro y rebasó, con violento desborde, el confín de sus intenciones. Y en la preparación del clima guerrero intervinieron, en dosis imponderables y con diversa función, desde la filosofía de Henri Bergson hasta la estética de Marinetti

223 Publicado en *Variedades*, Lima, 13 de marzo de 1929.

y los futuristas, del mismo modo que en la preparación de la atmósfera revolucionaria colaboraron desde la teoría de los mitos de Georges Sorel hasta la desesperación del poeta Alejandro Blok.

La evolución creadora constituye, en todo caso, en la historia de estos 25 años, un acontecimiento mucho más considerable que la creación del reino servio-croata-esloveno, conocido también con el nombre de Yugoeslavia[224]. El bergsonismo ha influido en hechos tan distintos y aun opuestos, y de variada jerarquía, como la literatura de Bernard Shaw, la insurrección Dadá, la teoría del sindicalismo revolucionario, el escuadrismo fascista, las novelas de Marcel Proust, la propagación del neotomismo de la Christian Science, la teosofía, y la confusión mental de los universitarios latinoamericanos. Bergson tiene discípulos de derecha e izquierda como los tuvo Hegel, aunque se abrigue personalmente tras de las almenas del orden, actitud personal que no compromete mismamente el sentido de su filosofía. Históricamente, la filosofía de Bergson ha concurrido, como ningún otro elemento intelectual, a la ruina del idealismo y racionalismo burgueses y a la muerte del antiguo absoluto, aunque, por contragolpe, haya favorecido el reflotamiento de descompuestas supersticiones. Por este hecho, representa una estación en la trayectoria del pensamiento moderno. A su lado, palidece el variado repertorio de filosofías alemanas que, cerrado el gran ciclo kantiano, tienden en verdad a la capitulación de los antiguos misterios.

En los últimos lustros, el mundo ha asistido al accidentado y acelerado tramonto del pensamiento liberal, individualista, que después de sus extremas expresiones anarquistas ha renegado, por reacción contra el socialismo, de sus fundamentos dinámicos y revolucionarios. Habría

224 Atiéndase al significado de ambos hechos. El reino yugoeslavo se había constituido mediante la incorporación de croatas y eslovenos a la antigua Servia, no obstante el desprestigio de las compensaciones territoriales y el reconocimiento del derecho de los pueblos a su libre determinación; de manera que se le podía estimar como anacrónico y retardatario para nuestra época, y de influencia tal vez negativa para el desarrollo de los pueblos afectados. En cambio, la filosofía de Bergson se proyecta señeramente sobre la cultura contemporánea, al descubrir nuevas maneras de enriquecer los datos del conocimiento y auxiliar la vinculación entre el pensamiento y la realidad. Quiere decir José Carlos Mariátegui que la filosofía bergsoniana contribuye al progreso humano con mayor eficacia que el estado yugoeslavo y, en tal virtud, es un "acontecimiento mucho más considerable". (Nota de Alberto Tauro).

que buscar a sus legítimos continuadores en Benedetto Croce y Bertrand Russell, para quienes el socialismo sucede históricamente al liberalismo, como principio de civilización y progreso. El verdadero liberal se reconoce vedado de oponerse doctrinal y prácticamente al socialismo y obligado a admitir el envejecimiento de las instituciones y programas liberales, porque otra actitud sería antiliberal en el sentido más profundo y viviente de su filosofía. Este es el drama del liberalismo, drama que en la praxis pocos liberales han expresado y apuntado, tan puntualmente como Mario Missiroli, y que en la teoría, en la especulación pura, ningún pensador liberal ha afrontado tal vez con la lucidez de Croce. Si no son muchos los liberales que asumen la misma actitud, es porque casi la totalidad de los liberales que aún quedan, milita en el campo socialista y carece de título y motivo para hablar en nombre del liberalismo.

Paralelamente a este proceso, se ha desarrollado el de la afirmación y esclarecimiento de un espíritu y un pensamiento genuinamente socialistas. El movimiento proletario —sindicatos y partidos— había crecido tanto en este siglo, bajo la tutela y el estandarte de la democracia ochocentista. Desde este punto de vista se había superado el pensamiento de Marx, que echó las bases filosóficas de la revolución proletaria. En los parlamentarios y capitanes del proletariado se prolongaba, casi sin rectificaciones, el iluminismo y el progresismo de la burguesía. Georges Sorel, es el pensador que con su obra inicia más enérgica y maduramente la ruptura con este período lassalliano. Sus *Reflexiones sobre la violencia*, representan; por su magnitud y consecuencias históricas, otro de los libros del nuevo siglo. Sorel preludia una filosofía política anti-liberal, guerrera, eminentemente revolucionaria por su función estimulante contra el enervamiento evolucionista del proletariado, dentro de una democracia basada en la transacción y el compromiso; pero de la que, al mismo tiempo, tenían que servirse, invirtiéndola, los reaccionarios, en el esfuerzo por defender el orden mediante una derogación lisa y llana de las conquistas liberales. El pensamiento socialista se afirma antiliberal por necesidad dialéctica, a causa de que el Socialismo aparece, en la historia, como la antítesis del liberalismo, definido concretamente como la doctrina de la sociedad capitalista. Pero no representa al patrimonio liberal, en su valor civilizador, del mismo modo que no renuncia

a la herencia capitalista, en cuanto constituye progreso técnico. Por esto, revolucionarios corno Piero Gobetti, a quien podríamos llamar «crociano de izquierda», consideran la revolución socialista como el desenvolvimiento lógico de la revolución liberal.

Fenómeno característico de nuestro tiempo, en el plano de las ideologías políticas, es la aparición de dos violentas negaciones de la democracia liberal; una de izquierda y otra de derecha, una revolucionaria y otra reaccionaria. Comunismo y Fascismo. Lenin crea la revolución rusa, la Iglesia y el Evangelio intransigentemente antiburgueses que Sorel esperaba ver surgir del sindicalismo revolucionario. Mussolini, cismático del socialismo, adopta una doctrina que repudia en bloque, desde sus orígenes, la revolución liberal, y que conduce a la teocracia del medioevo.

La ciencia a pesar de los pesimistas augurios de quienes precipitadamente proclamaron su bancarrota cuando se acentuaron los desencantos finiseculares anexos al ocaso del positivismo, ha continuado en el Occidente pre-bélico su acción revolucionaria.

Einstein ha suministrado a la especulación filosófica con sus descubrimientos de física y matemática, un material tan rico y vasto como imprevisto. Freud ha extraído de las investigaciones clínicas sobre el tratamiento de la histeria, una teoría genial, cuya sospecha flotaba ya en la atmósfera de la época, como lo demuestra, más que su rápida propagación, la presencia precursora de una intención psicoanalítica, de clara filiación freudiana, en la obra de Pirandello, antes que comenzase la influencia del Psicoanálisis en la literatura. En los dos polos de la historia contemporánea, Estados Unidos y U.R.S.S., se encuentra la misma fervorosa aplicación y valorización de la ciencia. Pero, ni en la sede del capital ni en la del socialismo, la ciencia pretende dictar leyes a la política, ni a la literatura, ni al arte. Y en esto nos hemos distanciado, provechosamente, del «cientifismo» ochocentista.

Y no ha sido menos trascendente ni extensa, en estos cinco lustros, la revolución literaria y artística. Se ha reivindicado, contra la chata ortodoxia realista, los fueros de la imaginación creadora, lo que ha traído ventajas asombrosas para el descubrimiento de la realidad. Pues con los derechos de la fantasía, y la fantasía, se ha averiguado sus fines, que es como decir sus límites.

Y, con todo esto, nos hallamos sólo en el umbral del novecientos. O del evo que esta cifra intenta señalarnos. Porque los siglos, en la historia, son la más subalterna y convencional de las mediciones.

TEMAS DE NUESTRA AMÉRICA

La unidad de la América indo-española[225]

Los pueblos de la América española se mueven, en una misma dirección. La solidaridad de sus destinos históricos no es una ilusión de la literatura americanista. Estos pueblos, realmente, no sólo son hermanos en la retórica sino también en la historia. Proceden de una matriz única. La conquista española, destruyendo las culturas y las agrupaciones autóctonas, uniformó la fisonomía étnica, política y moral de la América Hispana. Los métodos de colonización de los españoles solidarizaron la suerte de sus colonias. Los conquistadores impusieron a las poblaciones indígenas su religión y su feudalidad. La sangre española se mezcló con la sangre india. Se crearon, así, núcleos de población criolla, gérmenes de futuras nacionalidades. Luego, idénticas ideas y emociones agitaron a las colonias contra España. El proceso de formación de los pueblos indoespañoles tuvo, en suma, una trayectoria uniforme.

La generación libertadora sintió intensamente la unidad sudamericana. Opuso a España un frente único continental. Sus caudillos obedecieron no un ideal nacionalista, sino un ideal americanista. Esta actitud correspondía a una necesidad histórica. Además, no podía haber nacionalismo donde no había aún nacionalidades. La revolución no era un movimiento de las poblaciones indígenas. Era un movimiento de las

225 Publicado en *Variedades*: Lima, 6 de Diciembre de 1924. Reproducido en *El Universitario*, Buenos Aires, Diciembre de 1925.

poblaciones criollas, en las cuales los reflejos de la Revolución Francesa habían generado un humor revolucionario.

Mas las generaciones siguientes no continuaron por la misma vía. Emancipadas de España, las antiguas colonias quedaron bajo la presión de las necesidades de un trabajo de formación nacional. El ideal americanista, superior a la realidad contingente, fue abandonado. La revolución de la independencia había sido un gran acto romántico; sus conductores y animadores, hombres de excepción. El idealismo de esa gesta y de esos hombres había podido elevarse a una altura inasequible a gestas y hombres menos románticos. Pleitos absurdos y guerras criminales desgarraron la unidad de la América Indo-Española. Acontecía, al mismo tiempo, que unos pueblos se desarrollaban con más seguridad y velocidad que otros. Los más próximos a Europa fueron fecundados por sus inmigraciones. Se beneficiaron de un mayor contacto con la civilización occidental. Los países hispano-americanos empezaron así a diferenciarse.

Presentemente, mientras unas naciones han liquidado sus problemas elementales, otras no han progresado mucho en su solución. Mientras unas naciones han llenado a una regular organización democrática, en otras subsisten hasta ahora densos residuos de feudalidad. El proceso del desarrollo de todas estas naciones sigue la misma dirección; pero en unas se cumple más rápidamente que en otras.

Pero lo que separa y aísla a los países hispano-americanos, no es esta diversidad de horario político. Es la imposibilidad de que entre naciones incompletamente formadas, entre naciones apenas bosquejadas en su mayoría, se concerte y articule un sistema o un conglomerado internacional. En la historia, la comuna precede a la nación. La nación precede a toda sociedad de naciones.

Aparece como una causa específica de dispersión la insignificancia de vínculos económicos hispano-americanos. Entre estos países no existe casi comercio, no existe casi intercambio. Todos ellos son, más o menos, productores de materias primas y de géneros alimenticios que envían a Europa y Estados Unidos, de donde reciben, en cambio, máquinas, manufacturas, etc. Todos tienen una economía parecida, un tráfico análogo. Son países agrícolas. Comercian, por tanto, con países industriales. Entre los pueblos hispano-americanos no hay cooperación;

algunas veces, por el contrario, hay concurrencia. No se necesitan, no se complementan, no se buscan unos a otros. Funcionan económicamente como colonias de la industria y la finanza europea y norteamericana.

Por muy escaso crédito que se conceda a la concepción materialista de la historia, no se puede desconocer que las relaciones económicas son el principal agente de la comunicación y la articulación de los pueblos. Puede ser que el hecho económico no sea anterior ni superior al hecho político. Pero, al menos, ambos son consustanciales y solidarios. La historia moderna lo enseña a cada paso. (A la unidad germana se llegó a través del *zollverein*.[226] El sistema aduanero, que canceló los confines entre los Estados alemanes, fue el motor de esa unidad que la derrota, la post-guerra y las maniobras del poincarismo no han conseguido fracturar. Austria-Hungría, no obstante la heterogeneidad de su contenido étnico, constituía, también, en sus últimos años, un organismo económico. Las naciones que el tratado de paz ha dividido de Austria-Hungría resultan un poco artificiales, malgrado la evidente autonomía de sus raíces étnicas e históricas. Dentro del imperio austro-húngaro la convivencia había concluido por soldarlas económicamente. El tratado de paz les ha dado autonomía política pero no ha podido darles autonomía económica. Esas naciones han tenido que buscar, mediante pactos aduaneros, una restauración parcial de su funcionamiento unitario. Finalmente, la política de cooperación y asistencia internacionales, que se intenta actuar en Europa, nace de la constatación de la interdependencia económica de las naciones europeas. No propulsa esa política un abstracto ideal pacifista sino un concreto interés económico. Los problemas de la paz han demostrado la unidad económica de Europa. La unidad moral, la unidad cultural de Europa no son menos evidentes; pero sí menos válidas para inducir a Europa a pacificarse).

Es cierto que estas jóvenes formaciones nacionales se encuentran desparramadas en un continente inmenso. Pero, la economía es, en nuestro tiempo, más poderosa que el espacio. Sus hilos, sus nervios, suprimen o anulan las distancias. La exigüidad de las comunicaciones y los transportes es, en América indo-española, una consecuencia de la

226 Acuerdo aduanero.

exigüidad de las relaciones económicas. No se tiende un ferrocarril para satisfacer una necesidad del espíritu y de la cultura.

La América española se presenta prácticamente fraccionada, escindida, balcanizada.[227] Sin embargo, su unidad no es una utopía, no es una abstracción. Los hombres que hacen la historia hispano-americana no son diversos. Entre el criollo del Perú y el criollo argentino no existe diferencia sensible. El argentino es más optimista, más afirmativo que el peruano, pero uno y otro son irreligiosos y sensuales. Hay, entre uno y otro, diferencias de matiz más que de color.

De una comarca de la América española a otra comarca varían las cosas, varía el paisaje; pero casi no varía el hombre. Y el sujeto de la historia es, ante todo, el hombre. La economía, la política, la religión, son formas de la realidad humana. Su historia es, en su esencia, la historia del hombre.

La identidad del hombre hispano-americano encuentra una expresión en la vida intelectual. Las mismas ideas, los mismos sentimientos circulan por toda la América indo-española. Toda fuerte personalidad intelectual influye en la cultura continental. Sarmiento, Martí, Montalvo no pertenecen exclusivamente a sus respectivas patrias; pertenecen a Hispano-América. Lo mismo que de estos pensadores se puede decir de Darío, Lugones, Silva, Nervo, Chocano y otros poetas. Rubén Darío está presente en toda la literatura hispano-americana: Actualmente, el pensamiento de Vasconcelos y de Ingenieros tiene una repercusión continental. Vasconcelos e Ingenieros son los maestros de una entera generación de nuestra América. Son dos directores de su mentalidad.

Es absurdo y presuntuoso hablar de una cultura propia y genuinamente americana en germinación, en elaboración. Lo único evidente es que una literatura vigorosa refleja ya la mentalidad y el humor hispano-americanos. Esta literatura —poesía, novela, crítica, sociología, historia, filosofía— no vincula todavía a los pueblos; pero vincula, aunque no sea sino parcial y débilmente, a las categorías intelectuales.

Nuestro tiempo, finalmente, ha creado una comunicación más viva y más extensa: la que ha establecido entre las juventudes

227 Se refiere a la artificial separación de los países que conforman los Balcanes.

hispano-americanas la emoción revolucionaria. Más bien espiritual que intelectual, esta comunicación recuerda la que concertó a la generación de la independencia. Ahora como entonces, la emoción revolucionaria da unidad a la América indo-española. Los intereses burgueses son concurrentes o rivales; los intereses de las masas no. Con la Revolución Mexicana, con su suerte, con su ideario, con sus hombres, se sienten solidarios todos los hombres nuevos de América. Los brindis pacatos de la diplomacia no unirán a estos pueblos. Los unirán, en el porvenir, los votos históricos de las muchedumbres.

Un congreso de escritores hispano-americanos[228]

Edwin Elmore, escritor de inquieta inteligencia y de espíritu fervoroso, propugna la reunión de un congreso libre de intelectuales hispanoamericanos. El anhelo de Elmore no se detiene, naturalmente, en la mera aspiración de un congreso. Elmore formula la idea de una organización del pensamiento hispano-americano. El congreso no sería sino un instrumento de esta idea. La iniciativa de Elmore merece ser seriamente examinada y discutida en la prensa. Luis Araquistain ha abierto este debate, en El Sol de Madrid, en un artículo en el cual declara su adhesión a la iniciativa. Los comentarios de Araquistain tienden, además, a precisarla y esclarecerla. Elmore habla de un congreso de intelectuales. Araquistain restringe «este equívoco y a veces presuntuoso vocablo a su acepción corriente de hombres de letras».

La adhesión de Araquistain es entusiasta y franca. «El solo encuentro —escribe Araquistain— de un grupo de hombres procedentes de una veintena de naciones, dedicados por profesión a algunas de las formas más delicadas de una cultura, a la creación artística o al pensamiento original, y ligados, sobre todo personalismo, por un sentimiento de homogeneidad espiritual, multiforme en sus variedades nacionales e individuales, sería ya un espléndido principio de organización. No hay inteligencia mutua ni obra común si los hombres no se conocen antes como hombres».

228 Publicado en *Mundial*: Lima, 19 de enero de 1925.

En el Perú, la proposición de Elmore difundida desde hace algunos meses entre los hombres de letras de varios países hispano-americanos, no ha sido todavía debidamente divulgada y estudiada. No he leído, a este respecto, sino unas notas de Antonio G. Garland —intelectual reacio por temperamento y por educación a toda criolla "conjuración del silencio"— aplaudiendo y exaltando el congreso propuesto.

Me parece oportuno y conveniente participar en este debate hispano-americano, aunque no sea sino para que la contribución peruana a su éxito, por la pereza o el desdén con que nuestros intelectuales se comportan generalmente ante estos temas, no resulte demasiado exigua. La cuestión fundamental del debate —la organización del pensamiento hispano-americano— reclama atención y estudio, lo mismo que la cuestión accesoria —la reunión de un congreso dirigido a este fin. A su examen deben concurrir todos los que puedan hacer alguna reflexión útil. No se trata, evidentemente, de un vulgar caso de compilación o de cosecha de adhesiones. Una recolección de pareceres, más o menos unánimes y uniformes, sería, sin duda, una cosa muy pobre y muy monótona. Sería, sobre todo, un resultado demasiado incompleto para la noble fatiga de Edwin Elmore. Que opinen todos los escritores, los que comparten y los que no comparten las esperanzas de Elmore y de los fautores de su iniciativa. Yo, por ejemplo, soy de los que no las comparten. No creo, por ahora, en la fecundidad de un congreso de hombres de letras hispanoamericanos, pero simpatizo con la discusión de este proyecto. Juzgo, por otra parte, que polemizar con una tesis es, tal vez, la mejor manera de estimularla y hasta de servirla. Lo peor que le podría acontecer a la de Elmore sería que todo el mundo la aceptase y la suscribiese sin ninguna discrepancia. La unanimidad es siempre infecunda.

Me declaro escéptico respecto a los probables resultados del Congreso en proyecto. Mi escepticismo no tiene, por supuesto, las mismas razones que las del poeta Leopoldo Lugones. (Ha dicho Elmore, quien ha interrogado a muchos intelectuales hispano-americanos, que Lugones se ha mostrado «si no por completo, casi del todo escéptico en cuanto a la idea». Más tarde, Lugones, en una fiesta literaria del Centenario de Ayacucho, nos ha definido explícita y claramente su actitud espiritual —actitud inequívocamente nacionalista, reaccionaria,

filofascista— sobre la cual podía habernos antes inducido en error la colaboración del poeta argentino en la Sociedad de las Naciones).

Pienso, en primer lugar, que el sino de estos congresos es el de concluir desnaturalizados y desvirtuados por las especulaciones del iberoamericanismo profesional. Casi inevitablemente, estos congresos degeneran en vacuas academias, esterilizadas por el ibero-americanismo formal y retórico de gente figurativa e histrionesca. Cierto que Elmore propone un "congreso libre" y que Araquistain agrega, precisando el término, "libre, es decir, fuera de todo patrocinio oficial". Pero el propio Araquistain sostiene, en seguida, que «no estaría demás invitar a las organizaciones de hombres de letras ya existentes: Sociedades de Autores Dramáticos, Asociaciones de Escritores P.E.N. Clubs de Lengua Castellana y Portuguesa, Asociaciones de la Prensa, etc.». La heterogeneidad de la composición del congreso aparece, pues, prevista y admitida desde ahora por los mismos escritores de homogeneidad espiritual. Los cortesanos intelectuales del poder y del dinero invadirían la Asamblea adulterándola y mistificándola. Porque, ¿cómo calificar, cómo filtrar a los escritores? ¿Cómo decidir sobre su capacidad y título para participar en el Congreso?

Estas no son simples objeciones de procedimiento o de forma. Enfocan la cuestión misma de la posibilidad de actuar, práctica y eficazmente, la iniciativa de Edwin Elmore. Yo creo que ésta es la primera cuestión que hay que plantearse. Que conviene averiguar, previamente, antes de avanzar en la discusión de la idea, si existe o no la posibilidad de realizarla. No digo de realizarla en toda su pureza y en toda su integridad, pero sí, al menos, en sus rasgos esenciales. La deformación práctica de la idea del Congreso de Escritores Hispano-Americanos traería aparejada ineluctablemente la de sus fines y la de su función. De una asamblea intelectual, donde prevaleciese numérica y espiritualmente la copiosa fauna de grafómanos y retores tropicales y megalómanos, que tan propicio clima encuentra en nuestra América, podría salir todo, menos un esbozo vital de organización del pensamiento hispano-americana. Medítelo Edwin Elmore, a quien estoy seguro que el fin preocupe mucho más que el instrumento.

Viene luego otra cuestión: la de la oportunidad. Vivimos en un período de plena beligerancia ideológica. Los hombres que representan

una fuerza de renovación no pueden concertarse ni confundirse, ni aun eventual o fortuitamente, con los que representan una fuerza de conservación o de regresión. Los separa un abismo histórico. Hablan un lenguaje diverso y no tienen una intuición común de la historia. El vínculo intelectual es demasiado frágil y hasta un tanto abstracto. El vínculo espiritual es, en todo caso, mucho más potente y válido.

¿Quiere decir esto que yo no crea en la urgencia de trabajar por la unidad de Hispano-América? Todo lo contrario. En un artículo reciente, me he declarado propugnador de esa unidad. Nuestro tiempo —he escrito— ha creado en la América española una comunicación viva y extensa: la que ha establecido entre las juventudes la emoción revolucionaria. Más bien espiritual que intelectual, esta comunicación recuerda la que concertó a la generación de la independencia.

Pienso que hay que juntar a los afines, no a los dispares. Que hay que aproximar a los que la historia quiere que estén próximos. Que hay que solidarizar a los que la historia quiere que sean solidarios. Ésta me parece la única coordinación posible. La sola inteligencia con un preciso y efectivo sentido histórico.

Hablar vaga y genéricamente de la organización del pensamiento hispano-americano es, hasta cierto punto, fomentar un equívoco. Un equívoco análogo al de ese ibero-americanismo de uso externo que todos sabemos tan artificial y tan ficticio, pero que muy pocos nos negamos explícitamente a sostener con nuestro consenso. Creando ficciones y mitos, que no tienen siquiera el mérito de ser una grande, apasionada y sincera utopía, no se consigue, absolutamente, unir a estos pueblos. Más probable es que se consiga separarlos, puesto que se nubla con confusas ilusiones su verdadera perspectiva histórica.

Conviene considerar estos temas con un criterio más objetivo, más realista. Por haber sido tratados casi siempre superficial o románticamente, apenas están desflorados. Dejo para otro día la cuestión de la posibilidad y de la necesidad de organizar el pensamiento hispanoamericano. Creo indispensable, ante todo, formular una interrogación elemental. ¿Existe ya un pensamiento característicamente hispanoamericano? He aquí un punto que debe esclarecer este debate.

¿Existe un pensamiento hispano-americano?[229]

I

Hace cuatro meses, en un artículo sobre la idea de un congreso de intelectuales ibero-americanos, formulé esta interrogación. La idea del congreso ha hecho, en cuatro meses, mucho camino. Aparece ahora como una idea que, vaga pero simultáneamente, latía en varios núcleos intelectuales de la América indo-íbera. Como una idea que germinaba al mismo tiempo en diversos centros nerviosos del continente. Esquemática y embrionaria todavía, empieza hoy a adquirir desarrollo y corporeidad.

En la Argentina, un grupo enérgico y volitivo se propone asumir la función de animarla y realizarla. La labor de este grupo tiende a eslabonarse con la de los demás grupos ibero-americanos afines. Circulan entre estos grupos algunos cuestionarios que plantean o insinúan los temas que debe discutir el congreso. El grupo argentino ha bosquejado el programa de una "Unión Latino-Americana". Existen, en suma, los elementos preparatorios de un debate, en el discurso del cual se elaborarán y se precisarán los fines y las bases de este movimiento de coordinación o de organización del pensamiento hispano-americano como, un poco abstractamente aún, suelen definirlo sus iniciadores.

---

229 Publicado en *Mundial*: Lima, 19 de mayo de 1925. Reproducido en *El Argentino*: La Plata, 14 de junio de 1925.

II

Me parece, por ende, que es tiempo de considerar y esclarecer la cuestión planteada en mi mencionado artículo. ¿Existe ya un pensamiento característicamente hispano-americano? Creo que, a este respecto, las afirmaciones de los fautores de su organización van demasiado lejos. Ciertos conceptos de un mensaje de Alfredo Palacios a la juventud universitaria de Ibero-América han inducido, a algunos temperamentos excesivos y tropicales, a una estimación exorbitante del valor y de la potencia del pensamiento hispano-americano. El mensaje de Palacios, entusiasta y optimista en sus aserciones y en sus frases, como convenía a su carácter de arenga o de proclama, ha engendrado una serie de exageraciones. Es indispensable, por ende, una rectificación de esos conceptos demasiado categóricos.

«Nuestra América —escribe Palacios— hasta hoy ha vivido de Europa teniéndola por guía. Su cultura la ha nutrido y orientado. Pero la última guerra ha hecho evidente lo que ya se adivinaba: que en el corazón de esa cultura iban los gérmenes de su propia disolución». No es posible sorprenderse de que estas frases hayan estimulado una interpretación equivocada de la tesis de la decadencia de Occidente. Palacios parece anunciar una radical independización de nuestra América de la cultura europea. El tiempo del verbo se presta al equívoco. El juicio del lector simplista deduce de la frase de Palacios que "hasta ahora la cultura europea ha nutrido y orientado" a América; pero que desde hoy no la nutre ni orienta más. Resuelve, al menos, que desde hoy Europa ha perdido el derecho y la capacidad de influir espiritual e intelectualmente en nuestra joven América. Y este juicio se acentúa y se exacerba, inevitablemente, cuando, algunas líneas después, Palacios agrega que "no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas" y quiere que nos emancipemos del pasado y del ejemplo europeos.

Nuestra América, según Palacios, se siente en la inminencia de dar a luz una cultura nueva. Extremando esta opinión o este augurio, la revista *Valoraciones* habla de que «liquidemos cuentas con los tópicos al uso, expresiones agónicas del alma decrépita de Europa».

¿Debemos ver en este optimismo un signo y un dato del espíritu afirmativo y de la voluntad creadora de la nueva generación hispanoamericana? Yo creo reconocer, ante todo, un rasgo de la vieja e incurable exaltación verbal de nuestra América. La fe de América en su porvenir no necesita alimentarse de una artificiosa y retórica exageración de su presente. Está bien que América se crea predestinada a ser el hogar de la futura civilización. Está bien que diga: "Por mi raza hablará el espíritu".[230] Está bien que se considere elegida para enseñar al mundo una verdad nueva. Pero no que se suponga en vísperas de reemplazar a Europa ni que declare ya fenecida y tramontada la hegemonía intelectual de la gente europea.

La civilización occidental se encuentra en crisis; pero ningún indicio existe aún de que resulte próxima a caer en definitivo colapso. Europa no está, como absurdamente se dice, agotada y paralítica. Malgrado la guerra y la post-guerra conserva su poder de creación. Nuestra América continúa importando de Europa ideas, libros, máquinas, modas. Lo que acaba, lo que declina, es el ciclo de la civilización capitalista. La nueva forma social, el nuevo orden político, se están plasmando en el seno de Europa. La teoría de la decadencia de Occidente, producto del laboratorio occidental, no prevé la muerte de Europa sino de la cultura que ahí tiene sede. Esta cultura europea, que Spengler juzga en decadencia, sin pronosticarle por esto un deceso inmediato, sucedió a la cultura greco-romana, europea también. Nadie descarta, nadie excluye la posibilidad de que Europa renueve y se transforme una vez más. En el panorama histórico que nuestra mirada domina, Europa se presenta como el continente de las máximas palingenesias.[231] Los mayores artistas, los mayores pensadores contemporáneos, ¿no son todavía europeos? Europa se nutre de la savia universal. El pensamiento europeo se sumerge en los más lejanos misterios, en las más viejas civilizaciones. Pero esto mismo demuestra su posibilidad de convalecer y renacer.

---

230 Lema creado por José Vasconcelos para la Universidad Nacional de México.

231 Resurrecciones, regeneraciones.

III

Tornemos a nuestra cuestión. ¿Existe un pensamiento característicamente hispano-americano?

Me parece evidente la existencia de un pensamiento francés, de un pensamiento alemán, etc., en la cultura de Occidente. No me parece igualmente evidente, en el mismo sentido, la existencia de un pensamiento hispano-americano. Todos los pensadores de nuestra América se han educado en una escuela europea. No se siente en su obra el espíritu de la raza. La producción intelectual del continente carece de rasgos propios. No tiene contornos originales. El pensamiento hispano-americano no es generalmente sino una rapsodia compuesta con motivos y elementos del pensamiento europeo. Para comprobarlo basta revistar la obra de los más altos representantes de la inteligencia indo-íbera.

El espíritu hispano-americano está en elaboración. El continente, la raza, están en formación también. Los aluviones occidentales en los cuales se desarrollan los embriones de la cultura hispano o latino-americana, —en la Argentina, en el Uruguay, se puede hablar de latinidad— no han conseguido consustanciarse ni solidarizarse con el suelo sobre el cual la colonización de América los ha depositado.

En gran parte de Nuestra América constituyen un estrato superficial e independiente al cual no aflora el alma indígena, deprimida y huraña, a causa de la brutalidad de una conquista que en algunos pueblos hispano-americanos no ha cambiado hasta ahora de métodos. Palacios dice: «Somos pueblos nacientes, libres de ligaduras y atavismos, con inmensas posibilidades y vastos horizontes ante nosotros. El cruzamiento de razas nos ha dado un alma nueva. Dentro de nuestras fronteras acampa la humanidad. Nosotros y nuestros hijos somos síntesis de razas». En la Argentina es posible pensar así; en el Perú y otros pueblos de Hispano-América, no. Aquí la síntesis no existe todavía. Los elementos de la nacionalidad en elaboración no han podido aún fundirse o soldarse. La densa capa indígena se mantiene casi totalmente extraña al proceso de formación de esa peruanidad que suelen exaltar e inflar nuestros sedicentes nacionalistas, predicadores de un nacionalismo sin raíces en el suelo peruano, aprendido en los evangelios imperialistas de Europa, y

que, como ya he tenido oportunidad de remarcar, es el sentimiento más extranjero y postizo que en el Perú existe.

IV

El debate que comienza debe, precisamente, esclarecer todas estas cuestiones. No debe preferir la cómoda ficción de declararlas resueltas. La idea de un congreso de intelectuales ibero-americanos será válida y eficaz, ante todo, en la medida en que logre plantearlas. El valor de la idea está casi íntegramente en el debate que suscita.

El programa de la sección Argentina de la bosquejada Unión Latino-Americana, el cuestionario de la revista Repertorio Americano de Costa Rica y el cuestionario del grupo que aquí trabaja por el congreso, invitan a los intelectuales de nuestra América a meditar y opinar sobre muchos problemas fundamentales de este continente en formación. El programa de la sección Argentina tiene el tono de una declaración de principios. Resulta prematuro indudablemente. Por el momento, no se trata sino de trazar un plan de trabajo "en plan de discusión". Pero en los trabajos de la sección Argentina alienta un espíritu moderno y una voluntad renovadora. Este espíritu, esta voluntad, le confieren el derecho de dirigir el movimiento. Porque el congreso, si no representa y organiza la nueva generación hispano-americana, no representará ni organizará absolutamente nada.

El ibero-americanismo y pan-americanismo[232]

I

El ibero-americanismo reaparece en forma espontánea en los debates de España y de la América española. Es un ideal o un tema que, de vez en vez ocupa el dialogo de los intelectuales del idioma. (Me parece que no se puede llamarlos, en verdad, los intelectuales de la raza).

Pero ahora, la discusión tiene más extensión y más intensidad. En la prensa de Madrid, los tópicos del ibero-americanismo adquieren, actualmente, un interés conspicuo. El movimiento de aproximación o de coordinación de las fuerzas intelectuales ibero-americanas, gestionado y propugnado por algunos núcleos de escritores de nuestra América, otorga en estos días, a esos tópicos, un valor concreto y relieve nuevo.

Esta vez la discusión repudia en muchos casos ignora al menos en otros, el ibero-americanismo de protocolo. (Ibero-americanismo oficial de don Alfonso, se encarna en la borbónica y decorativa estupidez de un infante, en la cortesana mediocridad de un Francos Rodríguez). El ibero-americanismo se desnuda en el diálogo de los intelectuales libres, de todo ornamento diplomático. Nos revela así su realidad como ideal de la mayoría de los representantes de la inteligencia y de la cultura de España y de la América indo-íbera.

---

232 Publicado en *Mundial*: Lima 8 de mayo de 1925.

El pan-americanismo, en tanto, no goza del favor de los intelectuales. No cuenta, en esta abstracta e inorgánica categoría, con adhesiones estimables y sensibles. Cuenta sólo con algunas simpatías larvadas. Su existencia es exclusivamente diplomática. La más lerda perspicacia descubre fácilmente en el pan-americanismo una túnica del imperialismo norteamericano. El pan-americanismo no se manifiesta como un ideal del Continente; se manifiesta, más bien, inequívocamente, como un ideal natural del Imperio yanqui. (Antes de una gran Democracia, como les gusta calificarlos a sus apologistas de estas latitudes, los Estados Unidos constituyen un gran Imperio). Pero, el pan-americanismo ejerce —a pesar de todo esto o, mejor, precisamente por todo esto— una influencia vigorosa en la América indo-íbera. La política norteamericana no se preocupa demasiado de hacer pasar como un ideal del Continente el ideal del Imperio. No le hace tampoco mucha falta el consenso de los intelectuales. El pan-americanismo borda su propaganda sobre una sólida malla de intereses. El capital yanqui invade la América indo-íbera. Las vías de tráfico comercial pan-americano son las vías de esta expansión. La moneda, la técnica, las máquinas y las mercaderías norteamericanas predominan más cada día en la economía de las naciones del Centro y Sur. Puede muy bien, pues, el Imperio del Norte sonreírse de una teórica independencia de la inteligencia y del espíritu de la América indo-española. Los intereses económicos y políticos le asegurarán, poco a poco, la adhesión, o al menos la sumisión, de la mayor parte de los intelectuales. Entre tanto, le bastan para las paradas del pan-americanismo los profesores y los funcionarios que consigue movilizarle la Unión Pan-Americana de Mr. Rowe.

II

Nada resulta más inútil, por tanto, que entretenerse en platónicas confrontaciones entre el ideal ibero-americano y el ideal pan-americano. De poco le sirve al ibero-americanismo el número y la calidad de las adhesiones intelectuales. De menos todavía le sirve la elocuencia de sus literatos. Mientras el ibero-americanismo se apoya en los sentimientos y las tradiciones, el pan-americanismo se apoya en los intereses y los negocios.

La burguesía ibero-americana tiene mucho más que aprender en la escuela del nuevo Imperio yanqui que en la escuela de la vieja nación española. El modelo yanqui, el estilo yanqui, se propagan en la América indo-ibérica, en tanto que la herencia española se consume y se pierde.

El hacendado, el banquero, el rentista de la América española miran mucho más atentamente a Nueva York que a Madrid. El curso del dólar les interesa mil veces más que el pensamiento de Unamuno y que La Revista de Occidente de Ortega y Gasset. A esta gente que gobierna la economía y, por ende, la política de la América del Centro y del Sur, el ideal ibero-americanista le importa poquísimo. En el mejor de los casos se siente dispuesta a desposarlo juntamente con el ideal pan-americanista. Los agentes viajeros del panamericanismo le parecen, por otra parte, más eficaces, aunque menos pintorescos, que los agentes viajeros —infantes académicos— del ibero-americanismo oficial, que es el único que un burgués prudente puede tomar en serio.

III

La nueva generación hispano-americana debe definir neta y exactamente el sentido de su oposición a los Estados Unidos. Debe declararse adversaria del Imperio de Dawes y de Morgan; no del pueblo ni del hombre norteamericanos. La historia de la cultura norteamericana nos ofrece muchos nobles casos de independencia de la inteligencia del espíritu: Roosevelt es el depositario del espíritu del Imperio; pero Thoreau es el depositario del espíritu de la Humanidad. Henry Thoreau, que en esta época, recibe el homenaje de los revolucionarios de Europa, tiene también derecho n la devoción de los revolucionarios de Nuestra América. ¿Es culpa de los Estados Unidos si los ibero-americanos conocemos más el pensamiento de Theodore Roosevelt que el de Henry Thoreau? Los Estados Unidos son ciertamente la patria de Pierpont Morgan y de Henry Ford; pero son también la patria de Ralph-Waldo Emerson, de Williams James y de Walt Withman. La nación que ha producido los más grandes capitanes del industrialismo, ha producido así mismo los más fuertes maestros del idealismo continental. Y hoy la misma inquietud que agita a la vanguardia de la América Española mueve a la vanguardia de

la América del Norte. Los problemas de la nueva generación hispano-americana son, con variación de lugar y de matiz, los mismos problemas de la nueva generación norteamericana. Waldo Frank, uno de los hombres nuevos del Norte, en sus estudios sobre Nuestra América, dice cosas válidas para la gente de su América y de la nuestra.

Los hombres nuevos de la América indo-ibérica pueden y deben entenderse con los hombres nuevos de la América de Waldo Frank. El trabajo de la nueva generación ibero-americana puede y debe articularse y solidarizarse con el trabajo de la nueva generación yanqui. Ambas generaciones coinciden. Los diferencia el idioma y la raza; pero los comunica y los mancomuna la misma emoción histórica. La América de Waldo Frank es también, como nuestra América, adversaria del Imperio de Pierpont Morgan y del Petróleo.

En cambio, la misma emoción histórica que nos acerca a esta América revolucionaria nos separa de la España reaccionaria de los Borbones y de Primo de Rivera. ¿Qué puede enseñarnos la España de Vásquez de Mella y de Maura, la España de Pradera y de Francos Rodríguez? Nada; ni siquiera el método de un gran Estado industrialista y capitalista. La civilización de la Potencia no tiene su sede en Madrid ni en Barcelona; la tiene en Nueva York, en Londres, en Berlín. La España de los Reyes Católicos no nos interesa absolutamente. Señor Pradera, señor Francos Rodríguez, quedaos íntegramente con ella.

IV

Al ibero-americanismo le hace falta un poco más de idealismo y un poco más de realismo. Le hace falta consustanciarse con los nuevos ideales de la América indo-ibérica. Le hace falta insertarse en la nueva realidad histórica de estos pueblos. El pan-americanismo se apoya en los intereses del orden burgués; el ibero-americanismo debe apoyarse en las muchedumbres que trabajan por crear un orden nuevo. El ibero-americanismo oficial será siempre un ideal académico, burocrático, impotente, sin raíces en la vida. Como ideal de los núcleos renovadores, se convertirá, en cambio, en un ideal beligerante, activo, multitudinario.

La América Latina y la disputa boliviano-paraguaya[233]

La facilidad suramericana, tropical, con que dos países del Continente han llegado a la movilización y a la escaramuza, nos advierte que las garantías de la paz en esta parte del mundo son mucho menores de lo que, por optimismo excesivo, nos habíamos acostumbrado a admitir. Sud-América como Centro-América, si nos atenemos a este aviso repentino, pueden convertirse en cualquier instante en un escenario balcánico. Un choque de patrullas, un cambio de invectivas, basta —si hay de por medio uno de esos pleitos de confines, que en nuestra América reemplazan a las cuestiones de minorías nacionales— para que dos pueblos lleguen a la tragedia.

La paz, como acabamos de ver, no tiene fiadores. Ni los Estados Unidos, ni la Sociedad de las Naciones, en caso de inminencia guerrera, van más allá del ofrecimiento amistoso de sus buenos servicios. El pacto Kellogg, el espíritu de Locarno[234] no tienen —para América menos aún que para Europa— sino un valor platónico, diplomático. La paz carece no sólo de garantías materiales —el desarme— sino de garantías jurídicas. Si los combates paraguayos y bolivianos no hubiesen coincidido con la celebración de la Conferencia Pan-Americana de Conciliación y Arbitraje, en Washington, habría faltado el organismo capaz de mediar con autoridad entre los dos países. El Gobierno de Washington y la Sociedad

233 Publicado en *Variedades*: Lima, 22 de diciembre de 1928.

234 Conferencia de paz que siguió a la guerra de 1914.

de las Naciones se neutralizan cortésmente; el monroísmo descubre su sentido negativo, su función yanqui, no americana. Estados Unidos encuentra en una revolución como la de Nicaragua motivo suficiente para intervenir con sus barcos, sus aviones y su marinería; pero, ante un conflicto armado entre dos países hispano-americanos siente la necesidad de no rebasar el límite de la más estricta y prudente neutralidad.

Los problemas de política interna concurren a hacer extremadamente peligrosa cualquiera fricción. En el caso de Bolivia, la situación del gobierno de Siles parece haber jugado un rol decisivo en el inflamiento y exageración de la cuestión creada por el ataque paraguayo. (Ataque que habría estado precedido de la incursión de tropas bolivianas en territorio situado bajo la autoridad del Paraguay. No discuto los comunicados oficiales. Los términos de la controversia no interesan a mi comentario). El gobierno de Siles es un gobierno de facción, que tiene como adversarios no sólo a los que lo fueron del gobierno de Saavedra, sino también a una gran parte de los saavedristas. Su estabilidad depende del ejército. Su política internacional tiene que entonarse, por ende, a un humor militarista. El llamamiento a las armas, el grito de la patria en peligro han sido, muchas veces, en la historia, excelentes recursos de política oligárquica. En Bolivia, Siles ha asido la oportunidad para constituir un ministerio de concentración que ensancha las bases partidaristas de su política. Escalier y Abdón Saavedra se han puesto a sus órdenes. Don Abdón, ruidosamente expulsado a poco de la ascensión de Siles al poder, ha regresado a Bolivia. Puede suceder que, con todo esto, los riesgos para el porvenir se compliquen y acrecienten. Que el frente interno, la concordia de los partidos, signifique para el gobierno de Siles la amenaza de un caballo de Troya. Pero las oligarquías hispano-americanas han vivido siempre así, alternando la violencia con la astucia, girando contra el porvenir.

Sin estos elementos de excitación artificial, agravados por temperamentos más o menos patéticos, más o menos propensos al vértigo bélico, sería inconcebible el que una escaramuza de fronteras, un choque de patrullas —es decir un episodio corriente de la vida internacional de este Continente donde las fronteras no están aún bien solidificadas y definidas— pudiese ser considerado seriamente como un motivo de movilización y de guerra.

Los riesgos de conflicto armado se explican, sin duda, mucho más en Europa superpoblada, dividida en múltiples nacionalidades —nacionalidades reales y distintas— forzada mientras, subsista el orden vigentes un difícil equilibrio. En este continente latino-americano que, con excepción del Brasil, habla un único idioma, y que no tiene luchas ni competencias tradicionales, las rivalidades que enemistan a los pueblos, y que pueden precipitarlos en la guerra son, al lado de las diferencias europeas, menudas querellas provincianas.

Lo más inquietante, por esto, en los últimos acontecimientos, es que no hayan suscitado en la opinión pública de los pueblos latino-americanos, una enérgica, instantánea, compacta y unánime afirmación pacifista. La defensa de la paz ha sido dejada á la prensa, a los gobiernos. Y la acción oficial, sin el requerimiento público, no agota nunca sus recursos. Tal vez la sorpresa ha dominado y paralizado a las gentes. Quizás los pueblos no han salido todavía del estupor. Ojalá sea ésta la explicación de la calma pública. El deber de la inteligencia, sobre todo, es en Latino-América, más qué en ningún otro sector del mundo, el de mantenerse alerta contra toda aventura bélica. Una guerra entre dos países latinoamericanos sería una traición al destino y a la misión del Continente. Sólo los intelectuales que se entretienen en plagiar los nacionalismos europeos pueden mostrarse indiferentes a este deber. Y no es por pacifismo sentimental, ni por abstracto humanitarismo, que nos toca vigilar contra todo peligro bélico. Es por el interés elemental de vivir prevenidos contra la amenaza de la balcanización de nuestra América, en provecho de los imperialismos que se disputan sordamente sus mercados y sus riquezas.

* * *

Mi artículo del número anterior de *Variedades*,[235] —por consideraciones que en cuanto importan atención a mis escritos no tengo sino que

235 Este artículo lo publicó José Carlos Mariátegui en *Variedades*, el 29 de iciembre de 1928, con motivo de una carta que le enviara el señor Alberto Ostria Gutiérrez, Ministro de Bolivia, cuyo texto es el siguiente:

Lima, 24 de diciembre de 1928. Señor don José Carlos Mariátegui.
Ciudad.
Mi distinguido amigo:

agradecer— no ha podido pasar sin protesta de mi distinguido amigo don Alberto Ostria Gutiérrez, Ministro de Bolivia. Mis opiniones, sobre la cuestión boliviano-paraguaya, en general, no se avienen sin duda con los términos diplomáticos de los comunicados oficiales de Bolivia ni del Paraguay: me sitúo, ante éste, como ante cualquier otro acontecimiento internacional, en un terreno de interpretación, no de crónica. Indago, quizá con alguna audacia, por razones de temperamento y de doctrina, lo sustancial, diversa y opuestamente a la diplomacia que tiene que contentarse con lo formal. Me es imposible, por tanto, discutir con el Sr. Ostria Gutiérrez, insistiendo en mis apreciaciones. El Sr. Ostria Gutiérrez, concede, en riguroso acuerdo con sus deberes de diplomático, todo su valor oficial, a convenciones que mi juicio, libre de toda traba, rebasa totalmente. Así, para el señor Ostria Gutiérrez, el gobierno del señor Siles no es un gobierno de facción porque reposa en dos partidos; pero para mí, estos dos partidos, uno de los cuales se ha formado precisamente al calor de este gobierno y tiene, por tanto, una discutible identidad, no son sino una facción de la burguesía boliviana. Sabemos demasiado el

---

Sin pretender discutir los términos del comentario que, acerca del reciente conflicto boliviano-paraguayo, publica Ud., en el último número de la revista Variedades y que me merece el más alto respeto por venir de Ud., me permito en honor a la verdad, expresarle lo siguiente:

1º—Que la situación del gobierno del doctor Siles no ha jugado ningún rol en dicho conflicto, motivado solamente por el sorpresivo ataque al Fortín "Vanguardia", que ha sublevado muy justificadamente el sentimiento patriótico de todos los bolivianos.

2º—Que el gobierno del doctor Siles no es un gobierno de facción, pues con él colaboran dos partidos de opinión, el Nacionalista y el Republicano, además de varios eminentes hombres públicos de los otros partidos políticos.

3º—Que si bien en Bolivia como en todas partes del mundo el ejército contribuye a la estabilidad del gobierno, cumpliendo así uno de sus fines, que es el mantenimiento del orden público, el señor Sales, no "se ha asido —como Ud. por error afirma— a la oportunidad para constituir un gabinete de concentración" (cosa que pudo haber hecho a su voluntad y en cualquier momento) sino que, dando evidente prueba del más elevado patriotismo, ha realizado lo que el renunciamiento a los intereses de la política interna aconsejaba realizar en una hora de prueba: la unificación nacional, para afrontar, con el concurso de todos, el peligro de la guerra. En esta virtud, la formación del gabinete de concentración no ha obedecido, pues, al deseo de atraer a los partidos de oposición, sino al deber de defender el país contra la agresión extranjera.

Rogándole hacer públicas estas aclaraciones y agradeciéndole anticipadamente, me repito su atento y seguro servidor.

Alberto Ostria Gutiérrez,
Ministro de Bolivia.

valor que se puede conceder a los partidos en nuestra política suramericana, tan dominada por los personalismos. Los partidos, en estos escenarios, se componen y descomponen con asombrosa facilidad en torno de las personalidades. Poco representaba la fuerza gubernamental de los nacionalistas y republicanos —divididos los últimos en dos ramas.., ante la oposición de Saavedra, Montes, Escalier, etc., que ahora se estrechan la mano, aunque no sea sino precariamente, en un frente único, del que se beneficia, también por el momento, el gobierno del señor Siles. El señor Ostria Gutiérrez, en su íntima consciencia de intelectual, convendrá en que los dos estamos en nuestro papel, con una circunstancia en mi favor: la de que mi crítica no está embarazada por obligaciones ni responsabilidades de funcionario. Siento una gran amistad por el pueblo boliviano, por sus buenos intelectuales, con algunos de los cuales cultivo las mejores relaciones; pero no tengo ninguna simpatía por el gobierno del señor Siles, como no la tendría por el gobierno de un Escalier, un Montes, etc.

Esta explicación de mis puntos de vista, me exime de toda réplica.

El imperialismo yanqui en Nicaragua[236]

Ni aún quienes ignoran los episodios y el espíritu de la política de Estados Unidos en Centro América pueden, ciertamente, tomar en consideración las razones con que el señor Kellog pretende excursar la invasión del territorio de Nicaragua por tropas yanquis. Pero quienes recuerdan el desenvolvimiento de esa política en los últimos cinco o cuatro lustros, pueden, sin duda, percibir mejor la absoluta coherencia de esta intervención armada en los sucesos domésticos de Nicaragua con los fines y la praxis notorios de esa política de expansión.

Hace ya muchos años que los Estados Unidos han puesto los ojos en Nicaragua y son varias las oportunidades en que, con análogos pretextos, han puesto las manos sobre su formal autonomía.

Roosevelt, el "fuerte cazador", notificó a Nicaragua, cuando la gobernaba el presidente Zelaya, el propósito de los Estados Unidos de convertir San Juan en un canal inter-oceánico y de establecer una base naval en el golfo de Fonseca. Pero este plan, de clara intención imperialista, encontró naturalmente viva resistencia en la opinión nicaragüense. El presidente Zelaya no pudo hacer ninguna concesión al gobierno norteamericano a este respecto. Los Estados Unidos no obtuvieron de este capataz de la política nicaragüense sino un tratado de amistad. Mas, en seguida, sus agentes se entregaron a la faena de organizar las

236 Publicado en *Variedades*: Lima, 22 de enero de 1927.

revueltas de las cuales, al amparo de los fusiles yanquis, debía brotar un gobierno obediente al imperialismo del Norte.

Este objetivo fue alcanzado, definitivamente, con la formación del gobierno de Adolfo Díaz, servidor incondicional del capitalismo yanqui. En defensa de este régimen, repudiado vigorosamente por el sentimiento público, intervinieron entonces como ahora, las tropas americanas, apenas su estabilidad apareció seriamente amenazada. Y del gobierno de Díaz obtuvieron los Estados Unidos el tratado que apetecían.

El canciller que firmó este tratado, Chamorro, heredó el poder. Los intereses norteamericanos en Nicaragua permanecieron durante algunos años bien guardados. Pero el sentimiento popular, en continuo fermento, acabó por arrojar a este agente del imperialismo yanqui. Desde entonces, Estados Unidos, o mejor dicho su gobierno, sintió la necesidad de intervenir de nuevo en Nicaragua. El presidente que ahora tratan de imponer a este pueblo los cañones norteamericanos, es Adolfo Díaz. Sacasa, vicepresidente legal, representa, por dimisión del presidente, la Constitución y el voto de Nicaragua.

Es muy fácil a la prensa americana, presentar a los pueblos de Centro América en perpetua agitación revolucionaria. Mucho menos fácil le es, por cierto, escamotear a las miradas del mundo la participación principal de los yanquis en esta agitación revoltosa. Estados Unidos tiene interés en mantener dividida y conflagrada a Centro América. La necesaria confederación de las pequeñas repúblicas centroamericanas encuentra en Norte América a sus mayores enemigos. Cuando hace seis años dicha confederación fue intentada, las maquinaciones yanquis se encargaron de frustrarla. Nicaragua, cuyo gobierno estaba entonces completamente enfeudado a la política yanqui, constituyó el eje y el hogar de la maniobra imperialista contra la libre unión de los estados de Centro América.

La acentuación del expansionismo norteamericano, en estos momentos, es perfectamente lógica. Europa se encuentra presentemente en un período de "estabilización capitalista". Reorganiza, por ende, su minado imperio en África, Asia, etc. De otro lado, Estados Unidos es empujado a la afirmación de su predominio de los mercados, las vías de tráfico y los centros de materias primas, por su natural impulso de su desarrollo industrial y financiero. Si el capitalismo norteamericano no consigue acrecentar sus dominios,

entrará irremisiblemente en un período de crisis. Estados Unidos sufre ya las consecuencias de su plétora de oro y de su superproducción agrícola e industrial. Su banca y sus industrias necesitan imperiosamente asegurarse mayores mercados. El despertar de la China, que, después de tantos años de colapso moral, reacciona resueltamente contra el dominio extranjero, pone en peligro uno de los campos de los cuales el imperialismo yanqui pugna por desalojar gradualmente al imperialismo británico y al imperialismo japonés. Estados Unidos necesita, más que nunca, volverse hacia el Continente Americano, donde la guerra le ha consentido desterrar en parte la antes omnipotente influencia de Inglaterra.

Estas razones impiden a la opinión latinoamericana considerar el conflicto de Nicaragua como un conflicto al cual son extraños sus intereses. La solidaridad con Nicaragua, representada y defendida por el gobierno constitucional de Sacasa, se manifiesta, por esto, sin reservas.

Y del juicio continental, más aún que los desmanes del imperialismo yanqui, salen condenadas las traiciones de los caciques centroamericanos que se ponen en su servicio.

Las elecciones en Estados Unidos y Nicaragua[237]

La elección de Mr. Herbert Hoover estaba prevista por la mayoría de los expertos de que, en estos casos, disponen los Estados Unidos para un minucioso cómputo de las probabilidades electorales de cada partido.

La pérdida de algunos votos por el Partido Demócrata en el "sólido Sur" no es una sorpresa. No había pasado inadvertida para los observadores la posibilidad de que el intransigente sentimiento protestante que prevalece en los Estados del Sur, acarrease en algunos, contra la tradición demócrata de ese electorado, la victoria del Partido Republicano.

Tampoco es, en rigor, una sorpresa el triunfo de Hoover en el Estado de Nueva York. En las votaciones presidenciales, el Estado de Nueva York ha sido normalmente republicano. En esta votación la fuerte "chance" de Smith en Nueva York dependía de su popularidad personal, a la que ha debido su elección, en tres oportunidades, como gobernador de este Estado. La reñida lucha entre republicanos y demócratas en Nueva York, demuestra lo fundado de la esperanza de Al Smith de ganar para su causa los 45 votos decisivos que Hoover, en impresionante duelo, ha conservado para su partido:

Al Smith ha tenido una buena votación en todo el país. En todos los Estados dudosos, el porcentaje de votos obtenido por Smith excede considerablemente al alcanzado por el candidato demócrata en la elección de 1924. El Partido Demócrata ha efectuado una magnífica

237 Publicado en *Variedades*: Lima, 10 de noviembre de 1928.

movilización electoral. A esta briosa ofensiva contra el poder republicano, ha contribuido en gran parte el ascendiente personal de Al Smith. Pero esto no obsta para atribuir a la personalidad de Al Smith una buena parte de los estímulos que han ayudado a la victoria republicana, La elección de un católico antiprohibicionista encontraba resistencias enormes en dos grandes corrientes del sentimiento yanqui: el protestantismo y el prohibicionismo. Republicano, protestante, prohibicionista, Hoover está bajo este triple aspecto bajo la tradición presidencial de los Estados Unidos. Hoover ha ganado los votos de Estados, en los que, como en Nueva York, aproximadamente, la "chance" de Al Srnith era, a juicio de los expertos, muy grande. El cable subraya su victoria en Missouri, Maryland, Wisconsin y Montana. En estos Estados, Smith ha disputado vigorosamente la mayoría a Hoover; pero como en Nueva York, el escrutinio eleva así a la presidencia de los Estados Unidos en reemplazo de Mr. Calvin Coolidge, a aquél de sus líderes que promete actuar la más enérgica política capitalista. El rol asumido por el Imperio Yanqui en la política mundial, después de la gran guerra, exigía esta elección. Hoover siente este rol mucho más y mejor que Smith. Como apuntaba en mi anterior artículo, Hoover tiene una perfecta educación imperialista de hombre de negocios. En sus discursos, asoma francamente el orgullo del destino imperial de Norte América. En su política no pesarán las consideraciones democráticas que habrían influido en el gobierno de Al Smith. El estilo de Woodrow Wilson queda de nuevo licenciado. Estados Unidos necesita, en este período de máxima afirmación internacional de su capitalismo, un hombre como Herbert Hoover. El perfecto hombre de estado en un imperio de *trusts* y monopolios, es sin duda, el perfecto hombre de negocios.

Es interesante que las elecciones de Nicaragua hayan coincidido casi, en el tiempo, con las elecciones de Estados Unidos. Nicaragua, electoralmente es, por el momento, un sector de la política norteamericana. Desde que el vicepresidente Sacasa y el general Monada, jefes de la oposición liberal, pactaron con los yanquis, los liberales nicaragüenses resbalaron al campo de gravitación de los intereses norteamericanos. El único camino de resistencia activa al dominio yanqui, era el camino heroico de Sandino. El Partido Liberal no podía tomarlo.

Desde que la bandera de la lucha armada quedó exclusivamente en manos de Sandino y de su aguerrida e intrépida legión, la solución liberal se presentó como la mejor para el interés norteamericano. Los políticos conservadores, conocidos por su antigua adhesión a la política yanqui, eran dentro del personal de posibles gobernantes, los menos apropiados para la pacificación de Nicaragua. La elección de un conservador habría tenido el aspecto de una imposición o un escamoteo electorales.

Pero estas ventajas de la solución liberal no se habrían mostrado tan claramente si Sandino no hubiese mantenido impertérrito su actitud rebelde. La presidencia de un liberal tiene la función de reducir al mínimo los estímulos capaces de alimentar la hoguera sandinista. Moncada, en el poder, debe testimoniar la neutralidad yanqui, la corrección de las elecciones, la plenitud de la soberanía popular. La democracia, en este caso, sirve mejor que la dictadura.

El general Monada no hará, ciertamente, una política sustancialmente distinta de la que desenvolverían un Chamorro o un Díaz. Pero salvará mejor las formas de la independencia nicaragüense. El nombre de su partido no está tan comprometido, ante la opinión de Nicaragua y del Continente latinoamericano, como el nombre del Partido Conservador. Aquí está, más que en la impopularidad de los conservadores, la clave de su tranquila victoria.

El movimiento revolucionario venezolano[238]

Aunque el cable se resienta respecto de la vida venezolana de una especial sordera, ninguna duda es ya posible sobre la acentuación de la lucha revolucionaria en Venezuela. La insurrección prende en diversos puntos de Venezuela, con audacia y energía cada vez mayores. La organización militar y policial —obra a la que consagró el cacique de Maracay sus más entrenadas energías— funciona aún en la patria de Bolívar con suficiente precisión para sofocar las tentativas aisladas. Pero extinguida en un punto, la insurrección reaparece, al poco tiempo, en otro, con renovado brío.

Desde hace algún tiempo, la descomposición del régimen de Gómez es evidente. Dentro de la propia facción gubernamental, se acusaron acres discrepancias entre los que pensaban que no había nada que cambiar en el sistema de gobierno y entre los que sentían la necesidad de acomodar la política del régimen a una táctica menos quietista y asiática. Después de algunos meses de incertidumbre, se anunció el propósito de Gómez de retirarse de la presidencia. Se sabía desde luego, lo que un voluntario abandono de la presidencia por parte del hombre de Maracay podía significar. Gómez en su castillo, con títulos y funciones de jefe del ejército, no dejaría de ser nunca el cacique omnipotente de su país.

El título de presidente de la república no agrega nada a su poder efectivo. Cumplido el período presidencial de Gómez, se produjo un cambio en el reparto de los papeles. El "benemérito general" no quiso

238 Publicado en *Mundial*: Lima, 30 de agosto de 1929.

conservar sino el mando del ejército. Pero, cauto siempre, exigió que se reformara la constitución de suerte que el presidente de la república no estorbase al jefe del ejército, ni aún formalmente.

Mas no es esto lo verdaderamente nuevo ni importante en la situación actual, sino la presencia en la escena del Partido Revolucionario Venezolano. Los exilados del proletariado y de la inteligencia, han creado en el extranjero, a través de un largo proceso de concentración, este organismo de lucha política que dirige y coordina las reivindicaciones de las masas. Contra el régimen de Gómez, no está ya en armas un caudillo de aleatorio éxito, sino un partido, organizado en el extranjero, con buen aprendizaje de los métodos de lucha antifascistas. El Secretario General del Partido Revolucionario, licenciado Gustavo Machado, ha sido uno de los jefes de la expedición que desembarcó en Coro, después de apoderarse atrevidamente de las armas existentes en Curazao. Y bien, Machado tiene una importante hoja de servicios como dirigente del movimiento antiimperialista centroamericano y mexicano. Ha representado en México a Sandino, en el período más bizarro y resonante de la empresa del guerrillero nicaragüense.

El golpe de mano de Curazao revela el arrojo de los revolucionarios al mismo tiempo que la cuidadosa preparación de su plan. La principal dificultad para una insurrección de masas en Venezuela es la falta de armas. Los revolucionarios no pueden procurárselas sino asaltando los depósitos de las guarniciones militares. Tienen además que combinar la toma de las armas con la irrupción de los grupos que aguardan desarmados cerca de las fronteras la hora de entrar en combate. El 10 de junio último, el grupo que en Curazao obedecía al General Urbina y al licenciado Machado, aprehendieron a las autoridades de la isla y se adueñaron de las armas guardadas en su fortaleza. En seguida, capturaron el vapor mercante "Maracaibo" de la línea "D. Roja" y en él se trasladaron a la Costa de Coro, con todas las armas y provisiones de que habían podido abastecerse. Desembarcados en Coro, dominaron fácilmente a la guarnición, tomando a su jefe el General Laclé, que fue luego ejecutado.

Cuando se realizó el golpe de Curazao tres levantamientos se habían producido casi simultáneamente en Venezuela: uno en el Centro, encabezado por el General Borges; otro en el Oriente, dirigido por el General

Ferrer y por un coronel del ejército de Sandino, Carlos Aponte; y el tercero en Occidente, acaudillado por el General Gabaldón. Únicamente respecto a este último nos han faltado noticias cablegráficas.

La toma de Cumaná, aunque se ha resuelto en un desastre para los revolucionarios, según los telegramas de Caracas publicados el martes por los diarios, es signo de que el movimiento continúa tenaz, empleando la estrategia de presentar combate a las fuerzas de Gómez en distintos frentes.

La ley marcial en Haití[239]

No se han modificado los métodos de Estados Unidos en la América colonial. No pueden modificarse. La violencia no es empleada en los países sometidos a la administración yanqui por causas accidentales. Tres hechos señalan en el último lustro la acentuación de la tendencia marcial de la política norteamericana en esos países: la intervención contra la huelga de Panamá, la ocupación y la campaña de Nicaragua y la reciente declaratoria del estado de sitio en Haití. La retórica de buena voluntad es impotente ante estos hechos.

En Haití, como en los otros países, la ocupación militar está amparada por un grupo de haitianos investidos por la fuerza imperialista de la representación legal de la mayoría. Los enemigos de la libertad de Haití, los traidores de su independencia, son sin duda los que más repugnan al sentimiento libre americano, Hispano América tiene ya larga experiencia de estas cosas. Empieza a comprender que lo que la salvará no son las admoniciones al imperialismo yanqui, sino una obra profunda y sistemática de defensa, realizada con firmeza y dignidad, en la que tendrá de su lado a las fuerzas nuevas de los Estados Unidos.

239 Publicado en *Mundial*; Lima, 13 de diciembre de 1929.

México y la Revolución[240]

La dictadura de Porfirio Díaz produjo en México una situación de superficial bienestar económico, pero de hondo malestar social. Porfirio Díaz fue en el poder un instrumento, un apoderado y un prisionero de la plutocracia mexicana. Durante la revolución de la Reforma y la revolución contra Maximiliano, el pueblo mexicano combatió a los privilegios feudales de la plutocracia. Abatido Maximiliano, los terratenientes se adueñaron en Porfirio Díaz de uno de los generales de esa revolución liberal y nacionalista. Lo hicieron el jefe de una dictadura militar burocrática destinada a sofocar y reprimir las reivindicaciones revolucionarias. La política de Díaz fue una política esencialmente plutocrática. Astutas y falaces leyes despojaron al indio mexicano de sus tierras en beneficio de los capitalistas nacionales y extranjeros. Los ejidos,[241] tierras tradicionales de las comunidades indígenas, fueron absorbidos por los latifundios. La clase campesina resultó totalmente proletarizada, Los plutócratas, los latifundistas y su clientela de abogados e intelectuales constituían una facción estructuralmente análoga al civilismo peruano, que dominaba con el apoyo del capital extranjero al país feudalizado. Su gendarme ideal era Porfirio Díaz. Esta oligarquía llamada de los "científicos" feudalizó a México. La sostenía marcialmente una numerosa guardia pretoriana. La amparaban los capitalistas extranjeros tratados

240 Publicado en *Variedades*: Lima, 5 de enero de 1924.

241 Cooperativas campesinas de tipo comunitario.

entonces con especial favor. Los alentaba el letargo y la anestesia de las masas, transitoriamente desprovistas de un animador, de un caudillo. Pero un pueblo, que tan porfiadamente se había batido por su derecho a la posesión de la tierra, no podía resignarse a este régimen feudal y renunciar a sus reivindicaciones. Además, el crecimiento de las fábricas creaba un proletariado industrial, al cual la inmigración extranjera aportaba el polen de las nuevas ideas sociales. Aparecían pequeños núcleos socialistas y sindicalistas. Flores Magón, desde Los Ángeles, inyectaba en México algunas dosis de ideología socialista. Y, sobre todo fermentaba en los campos un agrio humor revolucionario. Un caudillo, una escaramuza cualquiera podían encender y conflagrar al país.

Cuando se aproximaba el fin del séptimo período de Porfirio Díaz apareció el caudillo: Francisco Madero. Madero, que hasta aquel tiempo fue un agricultor sin significación política, publicó un libro anti-reeleccionista. Este libro, que fue una requisitoria contra el gobierno de Díaz, tuvo un inmenso eco popular. Porfirio Díaz, con esa confianza- vanidosa en su poder que ciega a los déspotas en decadencia, no se preocupó al principio de la agitación suscitada por Madero y su libro. Juzgaba a la personalidad de Madero una personalidad secundaria e impotente. Madero, aclamado y seguido como un apóstol, suscitó en tanto, en México, uña caudalosa corriente anti-reeleccionista. Y, la dictadura, alarmada y desazonada, al fin, sintió la necesidad de combatirla violentamente. Madero fue encarcelado. La ofensiva reaccionaria dispersó al partido anti-reeleccionista; los "científicos" restablecieron su autoridad y su dominio; Porfirio Díaz consiguió su octava reelección; y la celebración del Centenario de México fue unas: faustuosa apoteosis de su dictadura. Tales éxitos llenaron de optimismo y de confianza a Díaz y su bando. El término de este gobierno, estaba, sin embargo, próximo. Puesto en libertad condicional, Madero fugó a los Estados Unidos, donde se entregó a la organización del movimiento revolucionario. Orozco reunió, poco después, el primer ejército insurreccional. Y la rebelión se propagó velozmente. Los "científicos" intentaron atacarla con armas políticas. Se declararon dispuestos a satisfacer la aspiración revolucionaria. Dieron una ley que cerraba el paso a otra reelección. Pero esta maniobra no contuvo el movimiento en marcha. La bandera anti-reeleccionista era una bandera contingente. Alrededor

de ella se concentraban todos los descontentos, todos los explotados, todos los idealistas: La revolución no tenía aún un programa; pero este programa empezaba a bosquejarse. Su primera reivindicación concreta era la reivindicación de la tierra usurpada por los latifundistas.

La plutocracia mexicana, con ese agudo instinto de conservación de todas las plutocracias, se apresuró a negociar con los revolucionarios. Y evitó que la revolución abatiese violentamente a la dictadura. En 1912, Porfirio Díaz dejó el gobierno a de la Barra, quien presidió las elecciones. Madero llegó al poder a través de un compromiso con los "científicos". Aceptó, consiguientemente, su colaboración. Conservó el antiguo parlamento. Estas transacciones, estos pactos, lo enflaquecieron y lo socavaron. Los "científicos" saboteaban el programa revolucionario y aislaban a Madero de los estratos sociales de los cuales había reclutado su proselitismo y se preparaban, al mismo tiempo, a la reconquista del poder. Acechaban el instante de desalojar a Madero invalidado, y minado, de la Presidencia de la República. Madero perdía rápidamente su base popular. Vino la insurrección de Félix Díaz. Y tras ella vino la traición de Victoriano Huerta, quien, sobre los cadáveres de Madero y Pino Suárez asaltó él gobierno: La reacción "científica" apareció victoriosa. Pero el pronunciamiento de un jefe militar no podía detener la marcha de la Revolución Mexicana. Todas las raíces de esta revolución estaban vivas. El general Venustiano Carranza recogió la bandera de Madero. Y, después de un período de lucha, expulsó del poder a Victoriano Huerta. Las reivindicaciones de la Revolución se acentuaron y definieron mejor. Y México revisó, y reformó su Carta Fundamental, de acuerdo con esas reivindicaciones, El artículo 27 dé la Reforma Constitucional de Querétaro declara que las tierras corresponden originariamente a la nación y dispone el fraccionamiento de los latifundios. El artículo 123 incorpora en la Constitución mexicana varias aspiraciones obreras: la jornada máxima, el salario mínimo, los seguros de invalidez y de retiro, la indemnización por los accidentes de trabajo, la participación de las utilidades.

Mas Carranza, elegido Presidente, carecía de condiciones para realizar el programa de la Revolución. Su calidad de terrateniente y sus compromisos con la clase latifundista lo estorbaban para cumplir la reforma agraria. El reparto de tierras, prometido por la Revolución

y ordenado por la reforma constitucional, no se produjo. El régimen de Carranza se anquilosó y se burocratizó gradualmente. Carranza, pretendió, en fin, designar su sucesor. El país, agitado incesantemente por las facciones revolucionarias, insurgió contra este propósito. Carranza, virtualmente destituido, murió en manos de una banda irregular. Y bajo la presidencia provisional de De la Huerta, se efectuaron las elecciones que condujeron a la presidencia al General Obregón.

El gobierno de Obregón ha dado un paso resuelto hacia la satisfacción de uno de los más hondos anhelos de la Revolución: ha dado tierras a los campesinos pobres. A su sombra ha florecido en el Estado de Yucatán un régimen colectivista. Su política prudente y organizadora ha normalizado la vida de México. Y ha inducido a los Estados Unidos al reconocimiento mexicano.

Pero la actividad más revolucionaria y trascendente del gobierno de Obregón ha sido su obra educacional. José Vasconcelos, uno de los hombres de mayor relieve histórico de la América contemporánea,[242] ha dirigido una reforma extensa y radical de la instrucción pública. Ha usado los más originales métodos para disminuir el analfabetismo; ha franqueado las universidades a las clases pobres; ha difundido como un evangelio de la época, en todas las escuelas y en todas las bibliotecas, los libros de Tolstoy y de Romain Rolland; ha incorporado en la Ley de Instrucción la obligación del Estado de sostener y educar a los hijos de los incapacitados y a los huérfanos; ha sembrado de escuelas, de libros y de ideas la inmensa y fecunda tierra mexicana.

242 Cabe señalar que Vasconcelos ha cambiado el sentido de su significación histórica, al adoptar en los últimos años un credo político conservador y retrógrado.

La reacción en México[243]

Objetivamente considerado el conflicto religioso en México resulta, en verdad, un conflicto político. Contra él gobierno del General Calles, obligado a defender los principios de la Revolución, insertados desde 1917 en la Constitución mexicana, más que el sentimiento católico se revela, en este instante, el sentimiento conservador. Estamos asistiendo simplemente a una ofensiva de la Reacción.

La clase conservadora terrateniente, desalojada del gobierno por un movimiento revolucionario cuyo programa se inspiraba en categóricas reivindicaciones sociales, no se conforma con su ostracismo del poder. Menos todavía se resigna a la continuación de una política que —aunque sea con atenuaciones y compromisos— actúa una serie de principios que atacan sus intereses y privilegios. Por tanto, las tentativas reaccionarias se suceden. La reacción, naturalmente, disimula sus verdaderos objetivos. Trata de aprovechar las circunstancias y situaciones desfavorables al partido gubernamental. La insurrección encabezada por el General De la Huerta fue, hace tres años, su última ofensiva armada. Batida en otros frentes, presenta ahora batalla a la Revolución en el frente religioso.

No es el gobierno de Calles el que ha provocado la lucha. Por el contrario, acaso para atemperar las prevenciones suscitadas por su reputación de radical incandescente, Calles se ha mostrado en el gobierno más preocupado de la estabilización y afianzamiento del régimen que

243 Publicado en *Variedades*: Lima, 7 de Agosto de 1926.

de su programa y origen revolucionarios. En vez de acelerar el proceso de la Revolución Mexicana, como se esperaba de parte de muchos, el gobierno de Calles lo ha contenido y sofrenado. La extrema izquierda, que no ahorra censuras a Calles, denuncia al laborismo que su gobierno representa como, un laborismo, archidomesticado.

Por consiguiente, la agitación católica y reaccionaria no aparece creada por una política excesivamente radical del gobierno de Calles. Aparece, más bien, alentada por una política transaccional que ha persuadida a los conservadores del declinamiento del sentimiento revolucionario y ha separado del gobierno a una parte del proletariado y a varios intelectuales izquierdistas.

El proceso del conflicto revela plenamente su fondo político. México atravesaba un período de calma cuando los altos funcionarios eclesiásticos anunciaron de improviso, y en forma resonante, su repudio y su desconocimiento a la Constitución de 1917. Esta era una declaración de beligerancia. El gobierno de Calles comprendió que preludiaba una activa campaña clerical contra las conquistas y los principios de la Revolución. Tuvo que decidir, en consecuencia, la aplicación integral de los artículos constitucionales relativos a la enseñanza, y el culto. El clero, manteniendo su actitud de rebeldía, no ocultó su voluntad de oponer una extrema resistencia al Estado. Y el gobierno quiso entonces, sentirse armado suficientemente para imponer la ley. Nació así ese decreto que amplía y reforma el Código Penal Mexicano estableciendo graves sanciones contra la transgresión y la desobediencia de las disposiciones constitucionales.

Este es el decreto contra el cual insurge el clero mexicano, Suspendiendo los servicios religiosos en las iglesias e invitando a los fieles a una política de no cooperación, disminución de sus gastos al mimo posible a fin de reducir en lo posible, su cuota al Estado. El rigor de algunas disposiciones, verbigratia, la que prohíbe el uso del hábito religioso fuera de los templos, es, sin duda, excesivo. Pero no se debe olvidar que se trata de una ley de emergencia reclamada al gobierno por la necesidad política, más que por el compromiso programática o ideológico de aplicar, en el terreno de la enseñanza y del culto, los principios de la Revolución.

La Iglesia invoca esta vez en México un postulado liberal: la libertad religiosa. En los países donde el catolicismo conserva sus fueros de

confesión del Estado, rechaza y execra este mismo postulado. La contradicción no es nueva. Desde hace varios siglos la Iglesia ha aprendido a ser oportunista. No sé ha apoyado tanto en sus dogmas, como en sus transacciones. Y, por otra parte, el ilustre polemista católico, Louis Veinllot, definió hace tiempo la posición de la Iglesia frente al liberalismo en su célebre respuesta a un liberal que se sorprendía de oírle clamar por la libertad: «Fin nombre de tus principios, te la exijo; en nombre de los míos, te la niego».

Pero en la historia de México, desde los tiempos de Juárez hasta los de Calle, le ha tocado al clero, combatir y resistir las reivindicaciones populares: La Iglesia ha contrastado siempre en México en nombre de la tradición, a la libertad. Por ende, su actitud de hoy, no se presta a equívocos. La mayoría del pueblo mexicano sabe demasiado bien que agitación clerical es esencialmente, agitación reaccionaria.

El Estado mexicano, pretende ser por el momento, un estado neutro laico. No es del caso discutir su doctrina. Este estudio no cabe en un comentario rápido sobre la génesis de los actuales acontecimientos mexicanos: Yo, por mi parte, he insistido demasiado respecto a la decadencia del Estado liberal y al fracaso de su agnosticismo para que se me crea entusiasta de una política meramente laicista. La enseñanza laica, como otra vez he escrito, es en sí misma una gastada fórmula liberal.

Pero el laicismo en México —aunque subsistan en muchos hombres del régimen residuos de una mentalidad radicaloide y anticlerical— no tiene ya el mismo sentido que en los viejos Estados burgueses. Las formas políticas y sociales vigentes en México no representan una estación del liberalismo sino del socialismo. Cuando el proceso de la Revolución se haya cumplido plenamente, el Estado mexicano no se llamará neutral y laico sino socialista.

Y entonces no será posible considerarlo anti-religioso. Pues el socialismo es también, una religión, una mística. Y esta gran palabra religión, que seguirá gravitando en la historia humana con la misma fuerza de siempre, no debe ser confundida con la palabra Iglesia.

Al margen del nuevo curso de la política mexicana[244]

La observación atenta de los acontecimientos de México está destinada a esclarecer, a teóricos y prácticos del socialismo latinoamericano, las cuestiones que tan frecuentemente embrollan y desfiguran la interpretación diletantesca de los superamericanistas tropicales. Tanto en tiempos de flujo revolucionario, como de reflujo reaccionario, y tal vez más precisa y nítidamente en éstos que en aquellos, la experiencia histórica iniciada en México por la insurrección de Madero y el derribamiento de Porfirio Díaz, suministra al observador un conjunto precioso y único de pruebas de la ineluctable gravitación capitalista y burguesa de todo movimiento político dirigido por la pequeña burguesía, con el confusionismo ideológico que le es propio.

México hizo concebir a apologistas apresurados y excesivos la esperanza tácita de que su revolución proporcionaría a la América Latina el patrón y el método de una revolución socialista, regida por factores esencialmente latinoamericanos, con el máximo ahorro de teorización europeizante. Los hechos se han encargado de dar al traste con esta esperanza tropical y mesiánica. Y ningún crítico circunspecto se arriesgaría hoy a suscribir la hipótesis de que los caudillos y planes de la Revolución Mexicana conduzcan al pueblo azteca al socialismo.

Luis Araquistain, en un libro escrito con evidente simpatía por la obra del régimen político que conoció y estudió en México hace dos años, a

244 Publicado en *Variedades*: Lima, 19 de marzo de 1930.

nada se siente tan obligado por el más elemental deber de objetividad que a desvanecer la leyenda de la "revolución socialista". Éste es, más específica y sistemáticamente, el objeto de una serie de artículos del joven escritor peruano Esteban Pavletich, que desde 1926 está en directo contacto con los hombres y las cosas de México. Los propios escritores, adictos o aliados al régimen, admiten que no es, por el momento, un Estado socialista lo que la política de este régimen tiende a crear. Froylán C. Manjarrez, en un estudio aparecido en la revista *Crisol*, pretende que, para la etapa de gradual transición del capitalismo al socialismo, la vida «nos ofrece ahora esta solución: entre el Estado capitalista y el Estado socialista hay un Estado intermedio: el Estado como regulador de la economía nacional, cuya misión corresponde al concepto cristiano de la propiedad, triunfante hoy, el cual asigna a ésta funciones sociales...». Lejos de todo finalismo y de todo determinismo, los fascistas se atribuyen en Italia la función de crear, precisamente, este tipo de Estado nacional y unitario. El Estado de clase es condenado en nombre del Estado superior a los intereses de las clases, conciliador y árbitro, según los casos, de esos intereses. Eminentemente pequeño-burgueses, no es raro que esta idea, afirmada ante todo por el fascismo, en el proceso de una acción inequívoca e inconfundiblemente contrarrevolucionaria, aparezca ahora incorporada en el ideario de un régimen político, surgido de una marejada revolucionaria. Los pequeño-burgueses de todo el mundo se parecen, aunque unos se remonten sucesivamente a Maquiavelo, el Medioevo y el Imperio Romano y otros sueñen cristianamente en un concepto de la propiedad que asigna a ésta funciones sociales. El Estado regulador de Froylán C. Manjarrez no es otro que el Estado fascista. Poco importa que Manjarrez prefiera reconocerlo en el Estado alemán, tal como se presenta en la Constitución de Weimar.

Ni la Carta de Weimar ni la presencia del Partido Socialista en el gobierno han quitado al Estado alemán el carácter de Estado de clase, de Estado demo-burgués. Los socialistas alemanes, que retrocedieron en 1918 ante la revolución —actitud que precisamente tiene su expresión formal en la Constitución de Weimar— no se proponen más que la transformación lenta, prudente, de este Estado, que saben dominado por los intereses del capitalismo. La colaboración ministerial es impuesta, según

explican líderes reformistas como el belga Vandervelde, por la necesidad de defender en el gobierno, contra la prepotencia del capitalismo, los intereses de la clase trabajadora, y por la cuantía y responsabilidad de la representación parlamentaria socialista. Incidentes como el de la exclusión del gobierno del socialdemócrata Hilferding, Ministro de Finanzas, a consecuencia de su conflicto con Schacht, dictador del Reichbank y fiduciario de la gran burguesía financiera, bastan, por otra parte, para recordar a los socialistas alemanes el poder real de los intereses capitalistas en el gobierno y las condiciones prácticas de la colaboración social-demócrata.

Lo que categoriza y clasifica al Estado alemán es el grado en que realiza la democracia burguesa. La evolución política de Alemania no se mide por los vagos propósitos de nacionalización de la economía de la Carta de Weimar, sino por la efectividad conseguida por las instituciones demo-burguesas: sufragio universal, parlamentarismo, derecho de todos los partidos a la existencia legal y a la propaganda de su doctrina, etc.

El retroceso de México, en el período siguiente a la muerte de Obregón, la marcha a la derecha del régimen de Portes Gil y Ortiz Rubio, se aprecian, igualmente, por la suspensión de los derechos democráticos reconocidos antes a los elementos de extrema izquierda. Persiguiendo a los militantes de la Confederación Sindical Unitaria Mexicana, al Partido Comunista, al Socorro Obrero, a la Liga Anti-Imperialista, por su crítica de las abdicaciones ante el imperialismo y por su propaganda del programa proletario, el gobierno mexicano reniega la verdadera misión de la Revolución Mexicana: la sustitución del régimen porfirista despótico y semi-feudal por un régimen democrático burgués.

El Estado regulador, el Estado intermedio, definido como órgano de la transición del capitalismo al socialismo, aparece concretamente como una regresión. No sólo no es capaz de garantizar a la organización política y económica del proletariado las garantías de la legalidad demo-burguesa, sino que asume la función de atacarla y destruirla, apenas se siente molestado por sus más elementales manifestaciones. Se proclama depositario absoluto e infalible de los ideales de la Revolución. Es un Estado de mentalidad patriarcal que, sin profesar el, socialismo, se opone a que el proletariado —esto es la clase a la que históricamente incumbe

la función de actuario— afirme y ejercite su derecho a luchar por él, autónomamente de toda influencia burguesa o pequeño-burguesa.

Ninguna de estas constataciones discute a la Revolución Mexicana su fondo social, ni disminuye su significación histórica. El movimiento político que en México ha abatido el porfirismo, se ha nutrido, en todo lo que ha importado avance y victoria sobre la feudalidad y sus oligarquías, del sentimiento de las masas, se ha apoyado en sus fuerzas y ha estado impulsado por un indiscutible espíritu revolucionario. Es, bajo todos estos aspectos, una extraordinaria y aleccionadora experiencia. Pero el carácter y los objetivos de esta revolución, por los hombres que la acaudillaron, por los factores económicos a que obedeció y por la naturaleza de su proceso, son los de una revolución democrático-burguesa. El socialismo no puede ser actuado sino por un partido de clase; no puede ser sino el resultado de una teoría y una práctica socialistas. Los intelectuales adherentes al régimen, agrupados en la revista Crisol, toman a su cargo la tarea de "definir y esclarecer la ideología de la Revolución". Se reconoce, por consiguiente, que no estaba definida ni esclarecida. Los últimos actos de represión, dirigidos en primer término contra los refugiados políticos extranjeros, cubanos, venezolanos, etc., indican que este esclarecimiento va a llegar con retardo. Los políticos de la Revolución Mexicana, bastante distanciados entre ellos por otra parte, se muestran cada día menos dispuestos a proseguirla como revolución democrático-burguesa. Han dado ya máquina atrás. Y sus teóricos nos sirven, en tanto, con facundia latinoamericana, una tesis del Estado regulador, del Estado intermedio, que se parece como una gota de agua a otra gota a la tesis del Estado fascista.

ENTREVISTAS

La cuestión del Ruhr y la gran crisis europea[245]

Diversos aspectos panorámicos

Conversando con José Carlos Mariátegui

El distinguido escritor nacional José Carlos Mariátegui, en un artículo para nuestra revista *Variedades*, titulado "El crepúsculo de la civilización"[246] expuso algunas ideas nuevas, panorámicas y originales sobre la crisis europea. Tanto por esto como porque Mariátegui, durante los tres años de su permanencia en Europa, sin renegar de sus preocupaciones literarias y artísticas, se ha dedicado preferentemente a los estudios políticos, económicos y sociales, hemos creído interesante conversar con él sobre la actual situación política de Europa. Testigo presencial de la ocupación del Ruhr, Mariátegui ha traído una impresión fresca de los últimos acontecimientos europeos, con los cuales su curiosidad periodística los ha mantenido en constante contacto:

He aquí esta conversación:

---

245 Entrevista a José Carlos Mariátegui publicada en el suplemento *Variedades* del diario *La Crónica*, página 7, en Lima, el 15 de abril de 1923.

246 Publicado en el capítulo "Signos y Obras" de *El Alma Matinal y otras estaciones del hombre de hoy*.

Variedades (V): Hablemos ante todo, de la cuestión del día: la cuestión del Ruhr.

José Carlos Mariátegui (JCM): Bien. Yo asistí a los primeros acontecimientos de la ocupación. Desde entonces dominaba la impresión de que Francia había acometido una empresa superior sus fuerzas. Y esta expresión se ha extendido y ahondado cada día. Francia puede instalarse militarmente en ese y otros territorios de Alemania; pero no puede gobernarlos, no puede asimilárselos. En el territorio del Ruhr está concentrada una gran actividad industrial y minera. Esta actividad es la obra de enormes e inteligentes masas de técnicos y proletarios. Y Francia no puede conseguir su colaboración con medios marciales y guerreros. Francia, además carece de técnicos y obreros franceses suficientes para tomar en sus manos las minas, las usinas y los ferrocarriles del Ruhr. Los franceses han hecho desesperados esfuerzos para reducir a la obediencia a la población de las zonas ocupadas. Pero esta ha perseverado, disciplinadamente, en la resistencia pacífica. Alguien ha dicho por eso que el Ruhr era un bocado que Francia no podía digerir. La aventura del Ruhr es una aventura fracasada.

V: Pero la resistencia pasiva fatiga y extenúa a Alemania. Una solución cualquiera tiene que abrirse paso finalmente. ¿Será una solución definitiva del problema de las reparaciones?

JCM: Para llegar a una solución definitiva sería necesario que Francia consintiese en proporcionar el monto de las reparaciones a la capacidad de pago de Alemania. Alemania no puede pagar la indemnización que se exige de ella. Esta es una conclusión suscrita por banqueros y peritos naturales. John Maynard Keynes, en quien Poincaré en *Le temps*, hace año y medio, ha reconocido "entre los economistas eminentes a uno de los más eminentes", ha documentado esta conclusión en sus libros y en sus artículos del *Manchester Guardian*. Y en los sectores menos impermeables de la opinión francesa la han admitido como verdadera e incontrovertible. Pero otra gran parte de la opinión francesa está intoxicada por una prensa chauvinista y deletérea. En el parlamento francés reina un estado de ánimo agresivo y guerrero. Y el gobierno necesita conformar sus actos con este estado de ánimo parlamentario. Esta Francia oficial

no quiere enmendar ni atenuar el tratado de Versalles. Hay gente del "bloc nacional" a quien el tratado de Versalles le parece insuficiente e imperfecto como instrumento de tortura y extorsión de Alemania. Esta Francia oficial, en suma, mira en las reparaciones un pretexto para conseguir la guerra contra Alemania. No le interesa que Alemania pueda pagar. Le interesa, por el contrario, que Alemania, no pueda pagar. Del gobierno francés, por consiguiente, no es posible esperar que consienta en disminuir seriamente las cargas que el tratado de Versalles echa sobre Alemania. Y aquí se halla toda la complicación del problema de las reparaciones. Alemania no puede pagar sin convalecer, sin reponerse. Y Francia tiene miedo que Alemania convalezca y se reponga. Francia teme el porvenir. Francia teme la *revancha* alemana. Por eso trata de desmembrar a Alemania. Pero Alemania tiene una función, una función primaria en el organismo europeo. La salud del organismo europeo es solidaria de la salud de Alemania. Es imposible la coexistencia de una Francia próspera y una Alemania miserable. Las repercusiones de la aventura del Ruhr en el curso de las monedas francesa y alemana han sido elocuentes. La suerte del franco francés está vinculada a la suerte del marco alemán. En una palabra el crédito francés depende en parte del crédito de Alemania. Francia es el mayor acreedor de Alemania. Así es que toda amenaza de bancarrota alemana, disminuye las garantías de la solvencia francesa. Arruinar a Alemania equivale, en consecuencia, a arruinar a Europa.

V: ¿Y las perspectivas de un cambio de la opinión francesa?

JCM: El mundo ha tenido y tiene mucha fe en el buen sentido del pueblo francés. Y yo, que amo a Francia —no la Francia de Poincaré, de León Daudet y de André Tardieu sino a la Francia de Romain Rolland, de Anatole France, de Henri Barbusse y de Jacques Sopoul— comparto esta fe. Pero la Francia revolucionaria que yo amo está sojuzgada, dominada por la Francia reaccionaria, imperialista y conquistadora. Se cree que de las elecciones venideras saldrá una cámara diferente de la actual. Pero las elecciones están aún lejanas. Y la mentalidad de la próxima mayoría parlamentaria no diferirá sustancialmente de la del "bloc nacional". El chauvinismo de la mayoría se suavizará un tanto. Aumentará la

presentación de las extremas izquierdas. Algunos matices se oscurecerán y otros se avivarán. Mas no habrá una mudanza radical de la fisonomía de la cámara. Aparentemente, de la cordura de éste depende la reconstrucción de Europa; de su extravío, la disolución. Pero esta no es sino una apariencia. El oscurecimiento del buen sentido francés no es una causa sino una consecuencia de la crisis mundial. No es el mal; es uno de los síntomas. Francia juega en la crisis el rol que le asigna la historia.

V: ¿Se ratifica usted, entonces, en la impresión catastrófica, casi apocalíptica de la situación europea, contenida en su artículo de* Variedades *sobre "El crepúsculo de la civilización"?

JCM: Catastrófica, apocalíptica, como ustedes quieran, es esa la impresión de una vasta corriente intelectual contemporánea. La guerra ha abierto una gran crisis histórica. La soberbia, magnífica y grandiosa civilización capitalista está en decadencia, en disgregación. El caos es económico, político e ideológico. Las instituciones económicas de esta civilización se hunden poco a poco. Varios grandes países tienen su moneda irremediablemente desvalorizada e inexorablemente condenada a muerte. Sobre casi todas las pesan deudas y déficits fantásticos. Las instituciones políticas —el sufragio universal, el parlamentarismo—, no están menos irreparable y profundamente minadas. Basta mirar a Italia para constatarlo. El actual gobierno italiano no ha brotado del parlamento. El fascismo ha conquistado el poder no a través del sufragio universal, sino de un golpe de estado, de un *putsch*, como se dice en Alemania. Una vez en el gobierno, ha organizado una milicia fascista destinada a mantenerlo por la fuerza en él, cualesquiera que sean las vicisitudes de la vida parlamentaria. El parlamento lo tiene sin cuidado. Si el parlamento se atreviese a votar contra el fascismo, sería disuelto. Hasta hace poco la sociedad occidental oponía a las instituciones del sovietismo ruso, estas famosas instituciones de la democracia: el sufragio universal, el parlamentarismo. Ahora, la misma sociedad occidental, urgida por sus necesidades, se encarga de sacrificar sus dos monumentales y decorativos fetiches. Con esto no hace sino abreviar su propia vida.

V: El fascismo, sin embargo, pretende haber salvado a Italia de la revolución.

JCM: Pero, en realidad, el fascismo sirve indirectamente a la causa de la revolución. El fascismo con su triunfo, desacredita la acción legal, desacredita las instituciones democráticas. Finalmente destruye en las masas proletarias la ilusión social democrática. Dos tendencias dividen a las masas socialistas: la tendencia colaboracionista, reformista y la tendencia revolucionaria, maximalista. El fascismo desacredita a la tendencia colaboracionista. Y provocará, en consecuencia, la formación de un frente único proletario. La dictadura fascista polarizará no sólo los elementos sinceramente democráticos socialistas sino también a los elementos de izquierda, a los elementos sinceramente democráticos de la burguesía. El descontento contra el fascismo no tardará en extenderse. El fascismo no ha inventado ningún bálsamo de fierabrás para curar a la economía de Italia de las heridas recibidas en la guerra: crecimiento desmesurado de la deuda pública, desequilibrio del presupuesto fiscal y de la balanza comercial, crisis de la industria, el cambio, el trabajo, etc. Análoga sería la posición de cualquier gobierno ultra-reaccionario, esto es fascista, en Francia, en Inglaterra. Hay quienes piensan que la tragedia de Europa es ésta: "el capitalismo no puede más y el socialismo no puede todavía". La crisis aparece, pues, como el resultado de dos grandes impotencias. Impotencia de la idea individualista, demasiado vieja, caduca, senil, gastada. Impotencia de la idea colectivista, demasiado inmadura. Pero la primera es la impotencia de la decrepitud, mientras la segunda es la impotencia de la inmadurez. La posición histórica de una y de otra idea es, pues, sustancialmente distinta.

El ocaso de la civilización europea[247]

El mundo es un coro inmenso y cada hombre una nota

Renan

Un interesante reportaje a José Carlos Mariátegui

Diarios y revistas han reporteado a José Carlos Mariátegui a su vuelta al país. A todas las preguntas ha respondido nítidamente pero como dejando escapar su deseo de hablar más claro y más fuerte acerca de la verdadera realidad presente del mundo.

Claridad ofrece al brillante escritor el campo sin barreras de sus páginas libres. El reportaje que va en estas columnas es la mejor expresión de cómo es necesario en el Perú que no se siga engañando a la opinión. En la confabulación de intelectuales y escritores que tienen ojos y no ven y oídos y no oyen, no figura ya la depurada mentalidad de Mariátegui. No es de los "intelectuales de Panteón", es de los que aspiran antes que todo a sentir el ideal del hombre.

Aquí nuestro reportaje:

Usted ha dicho a *La Crónica* algunas de sus impresiones acerca de la crisis europea.

---

247 Publicado en *Claridad*, Órgano de la Juventud Libre del Perú, Año I, Nº 1, 19 de mayo de 1923.

Toquemos en esta entrevista otros de sus aspectos. Primeramente, el aspecto político. ¿Cuál es la orientación presente del Estado burgués? ¿Cuál es su posición vis a vis del socialismo?

JCM: Estamos en un periodo de contraofensiva capitalista. El Estado tiene en este instante una orientación reaccionaria, contrarrevolucionaria, antisocialista.

¿Cuál es la historia de esta contraofensiva capitalista?

JCM: Voy a tratar de sintetizarla.

El Estado burgués, durante la guerra, necesitó una tregua en la lucha de clases. A los gobiernos beligerantes no les bastaba la neutralidad socialista. Les era indispensable la colaboración socialista. Los socialistas, fueron, pues, llamados a colaborar en el poder. Y el estado asimiló un poco de socialismo. Algunos socialistas permanecieron fieles a la lucha de clases. Pero la mayoría en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en Bélgica dio su concurso a la burguesía. En Italia, los socialistas oficiales se mantuvieron irreductibles. Entraron a la *unión sacrée* sólo los socialistas reformistas de Bissoliti y Bonomi. Y algunos socialistas disidentes, como Labriola, Raymondo y Mussolini, el actual *leader* fascista, que fueron los más eficaces y dinámicos propagandistas de la intervención italiana. Pero desde la oposición, los socialistas oficiales y los organizadores proletarios influenciaron los rumbos de la política gubernamental.

En ese periodo, además, un poco de colectivismo no resultaba incómodo al Estado. La guerra imponía, precisamente, la restricción del individualismo. No eran posibles la libertad de comercio, de industria, de cambio. Las funciones sociales tenían que ser asumidas o controladas por el Estado. El Estado se hizo empresario, banquero, comerciante. Muchos servicios fueron estatizados. El Estado se encargo de la adquisición y distribución del trigo. El Estado reglamentó los consumos, racionó algunos alimentos, financió a las cooperativas, etc. Hubo, por todo esto, la impresión de que la guerra inauguraba un era de socialización. El liberalismo, el individualismo, andaban de capa caída. Al mismo tiempo, los salarios eran altos. Los tributos pesaban, especialmente, sobre las clases ricas.

Esta política duró hasta los primeros tiempos de paz. Los gobiernos europeos necesitaban preservar a las clases trabajadoras del contagio del maximalismo ruso. Y alimentar con ellas la ideología social-democrática. Este resultado fue conseguido. Las mayorías socialistas rehusaron adherirse a los principios de la revolución rusa: dictadura del proletariado, organización sovietista, etc. Las concesiones de la burguesía, en suma, adormecieron la voluntad revolucionaria de las masas. Los *leaders* mayoritarios sostuvieron que la revolución era prematura. Y que había que intentar reformística y democráticamente la realización gradual del socialismo. El proletariado se escisionó. La mayoría se afirmó en su orientación colaboracionista, reformista; la minoría se adhirió a la revolución rusa y a la Tercera Internacional.

Pero poco a poco, a medida que se repusieron de su miedo a la revolución, los Estados europeos empezaron a encontrar demasiado onerosas y pesadas sus concesiones al socialismo. El régimen económico del periodo bélico aparecía exageradamente dispendioso. El precio fiscal del pan, el financiamiento de las cooperativas, etc., gravaban exorbitantemente el presupuesto. Los socialistas resultaban unos colaboradores muy caros. El capitalismo, alarmado del monto del déficit, exigió economías fiscales. Exigió que no se aumentasen sus tributos si no los del proletariado. Exigió que se le consintiesen reducir los salarios. Y exigió el restablecimiento de la libertad de comercio. Se produjo una vigorosa reacción de las clases conservadoras. Y los Estados europeos que, en la guerra y la paz, habían orientado sus políticas hacia la izquierda, rectificaron su dirección hacia la derecha. Los hombres de Estado, como Nitti, como Lloyd George, aparecieron entonces un tanto comprometidos con el socialismo y un tanto sospechosos de complacencia con las masas. Los pilotos de una política de izquierda, no pudieron ser los pilotos de una política de derecha. Este es el sentido histórico de las crisis ministeriales en que estos estadistas perdieron el poder.

Actualmente, pues, se quiere volver a la concepción liberal del Estado. Se abandona a las empresas privadas las funciones estatizadas durante la guerra. Se ampara la reducción de salarios. Se ataca la jornada de ocho horas. Se cambia la política tributaria. Algunos servicios públicos vuelven paulatinamente, de manos del Estado, a manos particulares. En

Alemania, Hugo Stinnes conspira para apoderarse de los ferrocarriles y las forestas fiscales. En Italia el Estado cumple su misión de restablecer el antiguo tipo de Estado-gendarme. El Estado italiano cede progresivamente a las empresas privadas las funciones que asumió en la guerra. Todas las concesiones al socialismo son canceladas en Italia una tras otra. Y se devuelve al capitalismo sus antiguos fueros de policía: asegurar la represión marcial de las agitaciones proletarias. Tal es la contraofensiva capitalista. Tal es, sumariamente, su proceso.

Esta política reaccionaria, esta orientación anti-socialista del Estado burgués. ¿tiene alguna eficacia conservadora?

JCM: Transitoria y aparentemente, sí. Pero nada más que transitoria y aparentemente. Esta política reaccionaria puede galvanizar el Estado capitalista. Pero no puede restituirle su perdida vitalidad. Los estados europeos no lograrán mediante un retorno a la economía liberal, a la economía clásica, la solución de los problemas económicos. No remediarán sus déficits fiscales. No revalorizarán sus depreciadas valutas. El predominio de la mentalidad conservadora mantendrá, en tanto, en los Estados europeos, tendencias nacionalistas y guerreras, contrarias a una política de reconstrucción y solidaridad europea.

Una política reaccionaria causará, finalmente, la polarización de las izquierdas. Provocará la fusión de todas las fuerzas proletarias. La contra-ofensiva capitalista hará lo que no ha podido hacer el instinto de las clases trabajadoras: el frente único proletario. Paralelamente, en la clase intelectual, en la pequeña burguesía —en todas las zonas sociales donde la fe en los principios democráticos es ingenua y honrada y donde la tendencia radical y reformista es tradicional—, germinará el descontento, germinará la inquietud revolucionaria. Gobernando con los socialistas reformistas, el capitalismo adormecía la voluntad revolucionaria de las masas, escisionaba su organización; gobernado contra el socialismo, despierta la voluntad revolucionaria, unifica su organización.

¿Qué se piensa de Rusia en Europa? Aquí se habla aún del bolcheviquismo ruso como de un régimen caótico, bárbaro, sanguíneo, utopístico.

JCM: La burguesía europea no ahorra epítetos agresivos, vituperios, contumelias contra el bolcheviquismo. Lo combate con todas las armas verbales y literarias posibles. Pero esto es natural. Tampoco el bolcheviquismo ruso trata cortés ni tiernamente a la burguesía europea. El bolcheviquismo y la burguesía son dos beligerantes que usan el libro, el periódico, la conferencia, etc. como instrumentos de lucha. Su respectiva literatura es, necesariamente, una literatura agresiva y guerrera. Hasta aquí, probablemente no llega la literatura de la revolución rusa. Llega, en cambio, abundantemente, la literatura de la burguesía más reaccionaria y conservadora. En Europa, a pesar de esta atmósfera bélica, las *elites* de intelectuales, de hombres de estudio, comentan la revolución rusa con un léxico circunspecto. Los estadistas bolcheviques son tratados con toda clase de consideraciones intelectuales y morales por los hombres de pensamiento, serenos y objetivos, de Europa. Los estadistas burgueses de mayor estatura histórica, como Lloyd George, como Nitti, han usado con los estadistas bolcheviques idénticos respetos intelectuales y morales. Herriot, alcalde de Lyon y *leader* parlamentario radical francés, después de una visita a Moscú ha publicado un libro resonante. Este libro está lleno de opiniones favorables de los soviets. Muchos escritores burgueses han estudiado las instituciones bolcheviques con bastante objetividad y absoluto respeto. Son conocidos los libros de Welles, de Arthur Ransome, redactor del *Manchester Guardian* y de otros.

Pasamos a otro aspecto de la crisis mundial: el aspecto filosófico. ¿Cuáles son sus características?

JCM: Presenciamos la decadencia definitiva del historicismo, del racionalismo, de las bases ideológicas de la sociedad burguesa. El pensamiento contemporáneo está saturado de relativismo y escepticismo. Y esto es trascendental. Adriano Tilgher, jugoso pensador italiano, remarca que la característica de la actualidad filosófica es la aparición de teorías de duda, de negación y de relatividad. Una civilización en apogeo construye una filosofía afirmativa, constructiva, dogmática. Una filosofía

negativa, destructiva, escéptica es, en cambio, producto de una civilización declinante y moribunda. La corriente relativista no proviene solamente de la teoría de la relatividad de Einstein. Einstein no es sino un físico. Su teoría de la relatividad no es sino una teoría física. Así como los descubrimientos físicos de Copérnico y Galileo, que hirieron de muerte al antropomorfismo, repercutieron, instantáneamente, en la metafísica, los descubrimientos físicos de Einstein influyen ya en el pensamiento filosófico. Pero aun sin Einstein tendríamos un extenso y profundo movimiento relativista. Adriano Tlgher clasifica, como los cuatro mayores relativistas contemporáneos, a Einstein, Vaihingher, Spengler y Rougier. Oswald Spengler es el autor de un libro de vasto eco universal: *Der Untergang des Abendlandes* (La decadencia de Occidente). Yo he hablado de este libro en *Variedades*. Spengler estudia cómo nacen, se desarrollan, florecen y decaen las civilizaciones. Toda civilización, según Spengler, tiene elementos, ideas, ambiente, espíritu, función y finalidad propias y particulares. Y toda civilización después de su máximo florecimiento decae y muere. Spengler define su libro como un "Bosquejo de una morfología de la Historia del mundo" (*Umrisse einer Morphologie der Weltgeschichte*). Este libro ha vigorizado la idea de que contemplamos actualmente el crepúsculo de esta civilización. Y de que esta orgullosa civilización capitalista se hunde, poco a poco, como su ciencia, su filosofía, su arte, etc.,etc.

Unión de Repúblicas Socialistas de la América Latina [248]

(Marzo de 1929)

José Carlos Mariátegui es un pensador de honda síntesis, un visionario vigoroso.

Me fue presentado una tarde, en una exposición de pinturas, por el pintor José Sabogal. En torno suyo hacía rueda una decena de muchachos, escritores y artistas.

Apenas si entonces pudimos cambiar algunas palabras, aludiendo a los escritores chilenos que conocía, o con los cuales mantenía correspondencia. Más tarde fui a verlo a su casa, en momentos en que ese poeta maravilloso, poeta puro, antena vibrante de más sutiles emociones, que se llama José María Eguren, le mostraba unas acuarelas, verdaderas sugerencias de iluminado.

Al recoger el pensamiento de la juventud peruana que estudia, que trabaja y que se prepara para asumir las responsabilidades patrias que el destino le tiene deparadas, hube de acercarme a Mariátegui. Y conversamos. Yo le había obsequiado *La fonda aristocrática*, de Edwards. Acababa de leerla. Me dijo:

---

248 Reportaje realizado por el periodista Rafael Maluenda para *El Mercurio* de Santiago de Chile. Fue publicado en la revista *Repertorio Americano* (Costa Rica, 24 de mayo de 1930).

Es interesante, se lee con agrado; pero no siento en sus páginas la independencia fría del crítico. Advierto en este libro la sensación de una "demostración". Además, hablar de la evolución política de un país y de un país americano, sin referirse a su evolución económica, es especular un poco en el aire; lo económico va siempre animado, y palpitando en la médula de los acontecimientos históricos que designamos con el nombre de "políticos".

Entonces lo he interrogado.

Rafael Maluenda (RM): ¿Cómo ve e interpreta usted el desenvolvimiento económico del Perú?

José Carlos Mariátegui (JCM): El Perú está en una etapa de crecimiento capitalista. La guerra europea nos hizo pasar de la moratoria y el retorno al billete, a la capitalización y las sobre-utilidades. La burguesía nacional, que ha carecido siempre, por lo menos en su categoría dominante de latifundistas y gamonales, de un verdadero espíritu capitalista, desperdició esta oportunidad de emplear inesperados recursos en asegurarse, frente a los prestamistas extranjeros, una situación más independiente, y frente a las eventuales depresiones de los precios de los productos de exportación, una posición más segura. Fue incapaz de coordinar y dirigir sus esfuerzos en un sentido nacionalista. Se imaginó que las sobre-utilidades no se acabarían. Gaudente, sensual por naturaleza, imprevisora por hábito, en vez de aplicarse a la creación de nuevas fuentes de riqueza, se dedicó al dispendio. Cuando los precios del azúcar y del algodón, después de la guerra, cayeron bruscamente, los hacendados de la costa se vieron en la imposibilidad de hacer frente a los créditos que habían contraído ensanchando incontroladamente sus cultivos y cuadruplicando su lujo. Un gran número de ellos quedó desde entonces en manos de sus acreedores: las casas exportadoras que financian nuestra agricultura costeña y que se deprimen regulando su producción según el ritmo de los mercados extranjeros, una fisonomía característicamente colonial. Las lluvias y desbordes de 1925 vinieron a agravar esta situación.

El volumen de nuestras exportaciones de algodón y azúcar ha aumentado ciertamente; pero la baja de los precios repercute deprimentemente en la economía del país. Muchas haciendas de la costa han

pasado a ser propiedad de las grandes firmas exportadoras, no pocos latifundistas han quedado reducidos a la condición de administradores o fiduciarios de estos. Y en el valle de Chicama se ha operado un proceso de absorción de las negociaciones agrícolas nacionales –y aún del comercio de la ciudad de Trujillo- por la poderosa empresa azucarera alemana, propietaria de la hacienda y la central de Casa Grande.

La explotación de las minas de cobre y de sus yacimientos petrolíferos, ha crecido enormemente; pero sus utilidades enriquecen a compañías extranjeras que no dejan en el país sino lo que pagan en salarios, sueldos e impuestos. La industria es todavía exigua. Sus posibilidades de desarrollo son naturalmente limitadas; pero las limita más aún la dependencia de nuestro movimiento económico al capitalismo extranjero. El capital europeo y norteamericano no toma interés en que estos países sean otra cosa que depósitos de materias primas y mercado de consumo de la industria de Europa o Norte América.

Tenemos así que resolver un problema de nacionalización de nuestra economía.

RM: ¿Es posible esta nacionalización, dentro de los intereses y necesidades del régimen capitalista?

JCM: He aquí una pregunta a la que cada uno responderá con un criterio siempre más subjetivo que objetivo. Yo no pretendo escapar a esta regla; pero creo de todos modos que la crítica de un intelectual que, aunque obedezca a una filiación doctrinal, no puede dejar de tomar en cuenta los datos de la realidad, es más libre, más desinteresada que la del negociante o la del abogado ligado absolutamente por sus conveniencias al régimen capitalista.

Me parece evidente que el grado a que ha llegado el capitalismo mundial, en su organización industrial y financiera y en su distribución de los mercados o su concurrencia en ellos, excluye la posibilidad de que puedan desarrollarse con autonomía nacional, nuevos capitalismos. Estamos en una época de imperialismo y de colonización inexorables. El Perú, como los demás países latino-americanos en análogo estado de su evolución económica, no puede sustraerse a esta ley.

Las consecuencias de la baja de los precios de nuestra agricultura costeña, se habrían dejado sentir más marcadamente en la situación económica y financiera general del país, si la política de empréstitos que se invierten en parte en trabajos políticos y en el resto se aplican a cubrir los déficit de los ejercicios fiscales, no disminuyeran su efecto.

Esta política, de otro lado, se refleja en la formación de una categoría de *profiteurs*, que compensa a la clase capitalista nacional de la baja de sus latifundistas algodoneros y azucareros.

RM: ¿Qué papel y que significación han tenido las clases sociales en la historia y formación de la nacionalidad peruana?

JCM: Sin duda, hay mucho que hablar sobre este tópico. Pero no cabe dentro de los límites de un reportaje. Me limitaré a algunas observaciones. La primera es que la población indígena ha vivido en un casi completo ostracismo de la nacionalidad. La vida social de la Colonia nos legó un sistema de castas más que de clases. La revolución de la Independencia no llenó su función de revolución liberal por la falta de una burguesía que realizara sus ideales. Si en esa época el Perú hubiese tenido un campesinado apto para apropiarse de estos ideales, el feudalismo latifundista no habría pesado, como pesa hasta hoy, en la evolución política, social y económica de la República.

El caudillaje militar fue, en nuestro proceso republicano, un fenómeno característico de una sociedad falta de una compacta y activa clase dirigente. Una clase capitalista, y anexamente el gobierno civilista, aparecen en ese proceso sólo cuando, sumados a la antigua aristocracia terrateniente, los especuladores del guano y otros negocios fiscales y sus abogados, el poder económico restablece el poder político de esta aristocracia, suficientemente fuerte para prescindir de intermediarios inseguros. El pueblo está visible en las luchas de la República; pero como pueblo, es decir, como suma o conjunto, no como clase; y no tiene una élite propia a su vanguardia. La pequeña burguesía ha jugado el rol a que ya me he referido en la formación del régimen leguiísta. Y el hecho más grávido de promesas de nuestra historia social de estos tiempos es, evidentemente, la aparición del proletariado, su maduración como clase que se siente destinada a la creación de un orden nuevo.

RM: ¿Hay ideales unitivos entre los intelectuales y los obreros peruanos?

JCM: Los intelectuales de las nuevas generaciones no han podido sustraerse, precisamente a la influencia de este hecho. Es tarde, además, para que aspiren a ser la conciencia de una burguesía progresiva y robusta. Esa burguesía no ha existido nunca en el Perú; y no depende de los intelectuales darle existencia. El prestigio de los ideales burgueses o liberales ha envejecido. Los intelectuales que no se dirigen al socialismo, caen en lo que podría llamarse un diletantismo de la reacción: curiosidad simpatizante, más que adhesión por las teorizaciones fascistas y tomistas. La juventud de las universidades, después de la agitación de la Reforma, no ha cesado de interesarse por la cuestión social.

También de este lado ha habido no poco diletantismo pasajero; pero algunas inteligencias honradas han encontrado una vida definitiva.

La tendencia ideológica más afirmativa y definida de la actualidad nacional es la tendencia socialista; las otras, si existen, están todavía por precisar o son simples resurrecciones de viejas tendencias, débil y confusamente retocadas.

De la solidaridad de los intelectuales de vanguardia con el proletariado y el campesinado, saldrá la fuerza política de mañana. En potencia, esa fuerza existe ya. Muchos factores favorecen la formación de un partido socialista, que dé *un programa y un rumbo a las masas obreras y campesinas*. Con la liquidación de los viejos y febles partidos, se ha producido una sustitución de los antiguos temas políticos por los temas económicos. En este terreno, ninguna doctrina se mueve con más seguridad que el socialismo.

Se dirá, por algunos, que quienes trabajamos en el Perú por el socialismo, no tenemos reivindicaciones inmediatas y, por consiguiente, nos alejamos de las necesidades presentes, concretas, de las masas. Pero esto no es exacto. Reivindicamos el derecho de las masas obreras y campesinas a la libertad de asociación, a la organización sindical. Reivindicamos para las comunidades y para los campesinos el derecho a la tierra. Los indios saben que estamos contra la conscripción vial, contra todas las formas de servidumbre subsistentes, contra la feudalidad latifundista.

RM: ¿Cómo juzga Ud. frente a la realidad peruana, el problema de Tacna y Arica? ¿Qué porvenir le asigna Ud. en el futuro americano a la unidad material y moral de nuestros países?

JCM: Tengo para opinar sobre esta cuestión, lejos de todo motivo circunstancial u oportunista, el título de ser en el Perú uno de los escritores que no ha atizado la hoguera del revanchismo. Una distinguida escritora mexicana amiga mía me escribía recientemente de Santiago, invitándome a contribuir a la reanudación de las relaciones entre los intelectuales de los dos pueblos. Personalmente no tengo que reanudarlas sino que acrecentarlas y mantenerlas, porque no las había interrumpido.

Para la generación que siguió a la de la guerra, el problema de Tacna y Arica era, sentimental y moralmente, el problema dominante de la reorganización nacional. Esta generación tuvo un magnífico e inmaculado portavoz: González Prada. Pero la idealización de Tacna y Arica irredentas dio su más puro fruto en la Junta Patriótica y el Apostolado de Figueredo. La generación [actual] ha descubierto el problema de cuatro millones de indios irredentos y no ha podido ya pensar como la de González Prada. La reivindicación de Tacna y Arica ha sido explotada por la política del feudalismo, heredero y continuador de la Colonia, precisamente para descartar otras reivindicaciones. La juventud, el proletariado del Perú de hoy han respondido fraternalmente, por esto, a las palabras de la juventud y el proletariado de Chile. Muchos problemas comunes nos unen, para que pueda separarnos el de Tacna y Arica, que en un ambiente de amistad y comprensión tendrá la mejor garantía de una solución justiciera.

Si la solución es hoy posible, se debe en parte a que, pese a los chauvinismos recalcitrantes, se ha hecho ya un trabajo preparatorio en la opinión de ambos pueblos. Los demás factores del acercamiento son bien conocidos. No es necesario que me refiera a ellos. Económica, prácticamente, Chile y el Perú son dos países que, como productores, se complementan. Histórica, espiritualmente, su más glorioso patrimonio es el de las comunes, fraternas jornadas de la Revolución de la Independencia.

Y en cuanto al porvenir de la unión material y moral de nuestros dos países, mi esperanza y mi augurio son: que *una confederación peruano-chileno-boliviana*, u otra más amplia aún, pero en la que entrarán nuestros dos países, constituirá la primera *Unión de Repúblicas Socialistas de*

la América Latina. ¿Utopía excesiva? Los mayores estadistas de Europa capitalista –desgarrada por ardorosos nacionalismos, dividida por lenguas, pueblos y tradiciones distintas-, declara su adhesión a una idea que, en ellos si, tiene el carácter de una utopía: los Estados Unidos de Europa. ¿Por qué la juventud del Perú y de Chile no ha de confesar su ideal que no sería sino una estación del camino a *los Estados Unidos de Sud-América*?[249]

---

249 Mariátegui a través de la revista *Amauta* -y en su nombre-, en las páginas 15 y 16 del N° 23, defiende la "posición fraternizadora" de la izquierda peruana, y denuncia la hipócrita demagogia de los latifundistas que hacían propaganda chauvinista desde el Gobierno y que, a espaldas del pueblo, vendían a Chile sus productos (Alberto Tauro del Pino, 1960). Es precisamente en este artículo "El arreglo peruano-chileno" de mayo de 1929 que Mariátegui pronostica la Unión de Repúblicas Socialistas de América Latina por primera vez en un texto escrito de su puño y letra. Es breve y se transcribe a continuación como complemento a la entrevista: "Si ha habido en el Perú, en los últimos años, una tendencia que ha tenido, frente a la cuestión de Tacna y Arica, una posición neta y realista, ha sido la de izquierda. Desafiando el chovinismo del ambiente, cultivado por la política burguesa, la juventud y el proletariado de vanguardia del Perú, han tendido la mano, en más de una oportunidad, a la juventud y el proletariado de vanguardia de Chile, que antes había dado prueba explícita de su repudio de la chilenización y detentación de Tacna y Arica. Gómez Rojas, Vicuña Fuentes, son nombres que recordarán siempre esta protesta, dictada por un noble espíritu de justicia a la vez que de fraternidad y reconciliación.
La burguesía y el gamonalismo, por el contrario, no han renunciado nunca a la especulación política, frente a esta cuestión, de la que se han servido, explotando el sentimiento popular, para distraer a las masas de sus reivindicaciones de clase y, a veces, casi para prohibírselas. Los partidos y los políticos, han competido en la tarea de excitar un reivindicacionismo intransigente en la opinión pública: reivindicacionismo que degeneraba con frecuencia en frenético clamor revanchista. La plutocracia azucarera que hasta 1919, retuvo en sus manos el poder, y que obtenía una parte de sus ganancias de la exportación de azúcar a Chile, se esmeró en una declamación que, afirmando a ultranza la reivindicación de Tacna y Arica como una cuestión de honor y sentimiento, resulta su obra maestra de simulación e hipocresía. Los bandos políticos se bloqueaban y vigilaban unos a otros para impedirse toda tentativa de liquidación. Cuando un gobernante de visión progresista y práctica como el señor Billinghurst se atrevía al replanteamiento de la cuestión, se le vituperaba por este acto como un traidor, cobrándole en la crítica de su gestión internacional el rencor por sus tendencias radicales y anti-oligárquicas en la política interna. Y, en 1919, al abatir a la oligarquía azucarera, aunque para vencerla bastaba un programa populista que satisfaciese las exigencias de la pequeña burguesía, se recurrió de nuevo, sin la reserva que la situación aconsejaba, a la plataforma revanchista.
De un lado, la especulación, de otro lado el romanticismo y la retórica, han estorbado la formación de un juicio exacto sobre este problema internacional. Los hombres del movimiento radical o gonzáles-pradista pertenecían a una generación sobre la cual actuaban demasiado imperiosa e inmediatamente las reacciones sentimentales de la derrota. El movimiento izquierdista de la juventud

intelectual, que a medida que madura ideológica e históricamente se define y concreta como movimiento socialista, falto de precursores para adoptar un gesto nuevo, no contaba sino con el instinto de clase del proletariado. La lucha con los sentimientos mantenidos por la demagogia burguesa y pequeño burguesa era muy desigual y difícil. En esta atmósfera se propagó, en los primeros instantes de la paz wilsoniana, la ilusión de la justicia de la Sociedad de las Naciones; y, más tarde, sustituido el método de Wilson por el de Hughes en los negocios de Washington, la ilusión de la justicia de los Estados Unidos.

El Perú ha llegado así a la hora de hacer las cuentas con la realidad. ¿Qué de extraño tiene que, frente al acuerdo, el sentimiento revanchista estimulado sistemáticamente por la política burguesa, haya hecho, sin extenderse esta vez a la clase obrera, y con escaso eco en las mismas clases medias, su última exacerbada reaparición? El tratado que ha auspiciado Norteamérica, fracasado su arbitraje, es al mismo tiempo que la liquidación de la derrota del 83 la liquidación de aquella política.

Somos de los pocos que no tienen en esto que cambiar de actitud ni ensayar un razonamiento nuevo. Hace dos meses declaraba el director de esta revista al redactor de "El Mercurio", señor Maluenda, en un reportaje que ha quedado inédito hasta hoy, según parece por razones de diplomacia periodística: "Mi esperanza y mi augurio son: que una confederación peruano-chilena-boliviana, u otra más amplia aún, pero en la que entrarán nuestros dos países, constituirá la primera *Unión de Repúblicas Socialistas de la América Latina*".

"Amauta" representa el único sector exento de responsabilidad en las especulaciones chovinistas. Tribuna del socialismo peruano, dirige su atención a los problemas que como el de Tacna y Arica sirvió de razón para posponer y olvidar. En sus páginas, han colaborado escritores y artistas chilenos sinceramente deseosos de la reconciliación de ambos pueblos.

Hoy su solidaridad fraterna acompaña a los obreros, intelectuales y maestros que, representantes de la misma causa histórica, luchan en Chile contra el régimen reaccionario del general Ibáñez. Al partido y los sindicatos de la clase obrera, a los grupos de intelectuales revolucionarios que ese régimen fascista pretende aniquilar con sus persecuciones encarnizadas, va el saludo de "Amauta". Este saludo es, también, nuestro voto."

ÍNDICE

Criterio de esta edición 11

Prólogo 13
La política revolucionaria de José Carlos Mariátegui
y su contribución a la crítica socialista 15

La escena contemporánea 81
Palabras preliminares 83

Biología del fascismo 85
Mussolini y el fascismo 87
D'Annunzio y el fascismo 93
La inteligencia y el aceite de ricino 99
La teoría fascista 103
Los nuevos aspectos de la batalla fascista 109
Artículo complementario 117
El fascismo y el monarquismo en Alemania 119

La crisis de la democracia 123
Wilson 125
La Sociedad de las Naciones 129
Lloyd George 133
El sentido histórico de las elecciones inglesas de 1924 139
Nitti 145
Amendola y la batalla liberal en Italia 151
John Maynard Keynes 155
El debate de las deudas inter-aliadas 161
El pacto de seguridad 167
El imperio y la democracia yanquis 171
La democracia católica 177

Hechos e ideas de la Revolución Rusa 181
Trotsky 183
Lunatcharsky 187
Dos testimonios 193
Zinoviev y la Tercera Internacional 201
Artículos complementarios 207
El Partido Bolchevique y Trotsky 209
El exilio de Trotsky 215
Trotsky y la oposición comunista 219
Lenin 223
El Partido Socialista Italiano y la Tercera Internacional 233

La crisis del socialismo 237
El Labour Party 239
El socialismo en Francia 245
Jaurés y la Tercera República 251
El Partido Comunista Francés 255
La política socialista en Italia 259
Ebert y la social-democracia alemana 265
El caso Jacques Sadoul 269

La revolución y la inteligencia 275
El grupo Clarté 277
Henri Barbusse 281
Les Enchainements 285
Anatole France 291
La revisión de la obra de Anatole France 297
Máximo Gorki y Rusia 301
Alejandro Blok 307
George Grosz 311
Marinetti y el futurismo 315

El mensaje de Oriente 319
Oriente y Occidente 321
Gandhi 325
Rabindranath Tagore 331
La Revolución Turca y el Islam 337

Semitismo y antisemitismo 343
El semitismo 345
El antisemitismo 351

Capítulos complementarios 355

Veinticinco años de sucesos extranjeros 357
Veinticinco años de sucesos extranjeros 359
1905-1914: Europa pre-bélica 361
1914-1918: la Gran Guerra 365
Revolución Rusa 369
La Revolución Alemana 373
El fascismo en Italia 375
La Revolución China 377
El movimiento nacionalista hindú 381
La Revolución Mexicana 385
Conclusión 389
Breve epílogo 391

Temas de nuestra América 397
La unidad de la América indo-española 399
Un congreso de escritores hispano-americanos 405
¿Existe un pensamiento hispano-americano? 409
El ibero-americanismo y pan-americanismo 415
La América Latina y la disputa boliviano-paraguaya 419
El imperialismo yanqui en Nicaragua 425
Las elecciones en Estados Unidos y Nicaragua 429
El movimiento revolucionario venezolano 433
La ley marcial en Haití 437

México y la Revolución 439
La reacción en México 443
Al margen del nuevo curso de la política mexicana 447

Entrevistas 451
La cuestión del Ruhr y la gran crisis europea 453
El ocaso de la civilización europea 459
Unión de Repúblicas Socialistas de la América Latina 465

Edición digital
Junio, 2017
Caracas – Venezuela.

BM_Laescenacontemporaneayotros escritos_TomoI.indd 479 08/10/10 17:48

La biblioteca *Mariátegui: Política Revolucionaria: Contribución a la crítica socialista,* presenta los textos decisivos del revolucionario peruano y universal, en cinco tomos que contienen los títulos más representativos de la obra mariateguiana, como lo son *La escena contemporánea, 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana, El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy, Defensa del marxismo* e *Ideología y política.*

Con esta compilación de artículos sobre los acontecimientos mundiales más importantes ocurridos en el primer cuarto de siglo de la centuria pasada, Mariátegui no se propuso la posibilidad de "aprehender en una teoría el entero panorama del mundo contemporáneo", sin embargo, el Amauta, valiéndose de algunos bosquejos, pudo vislumbrar las relaciones de poder que se encontraban detrás de los fenómenos políticos, económicos y culturales neurálgicos de la escena mundial que le tocó vivir. Las interpretaciones de esas realidades no las realizó con pretensiones de imparcialidad, pues asumió el marxismo como una herramienta para analizar y transformar la realidad opresora del capitalismo. Sus análisis los construyó tomando partido de acuerdo con una convicción, una fe, según sus propias palabras; el socialismo siempre fue para él una religión, una mística.

Publicándolos previamente en las revistas peruanas *Variedades y Mundial*, Mariátegui esbozó en estos artículos asuntos cuyo escenario ocupó los cinco continentes. Se encuentran en *La escena contemporánea* temas como las dos grandes revoluciones de comienzos del siglo XX: la Revolución Mexicana y la Revolución Rusa, la Primera Guerra Mundial, la emergencia del fascismo en tanto que reacción contra la revolución, la realidad política e intelectual de los países de Nuestra América, la crisis de la democracia liberal, entre otros acontecimientos que fueron decisivos para el advenimiento del orden mundial para ese entonces. La comprensión del sentido de la historia mundial le permitió a Mariátegui llegar a conclusiones que siguen teniendo vigencia hoy día cuando a comienzos del siglo XXI urge la invención de una alternativa socialista que le haga frente al capitalismo.

9 789801 437901

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

1817 · 2017 ZAMORA UNIÓN CÍVICO MILITAR